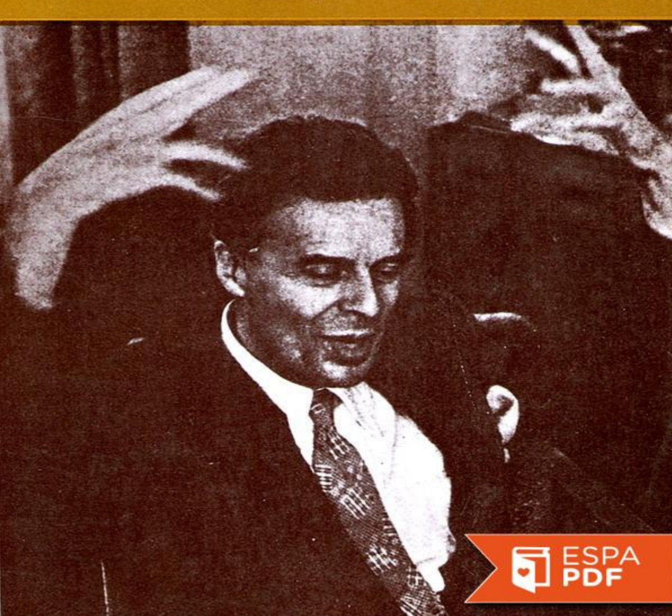
MOKSHA

ALDOUS HUXLEY



Moksha —palabra que en sánscrito significa «liberación», «ingreso en el nirvana»— reúne por primera vez páginas proféticas, revolucionarias, escritas por Aldous Huxley en la última década de su vida. En su novela La isla, Huxley describió una sociedad utópica en que un «remedio» imaginario llamado moksha se emplea para alcanzar la iluminación. Por esos años, los textos de Huxley fueron adquiriendo un carácter cada vez más polémico y desafiante. A partir de la premisa de que «la verdad yace en el fondo de un estanque

muy fangoso», Huxley experimentó con la mescalina y el LSD como recurso para investigar en las complejas imbricaciones de la mente. Moksha es un compendio de esa apasionada investigación. Los compiladores de este volumen han reunido un vasto material que abarca conferencias, entrevistas, ensayos y cartas de Aldous Huxley. Han incluido además pasajes de muchos libros de Huxley relacionados con la experiencia visionaria y que ilustran su transición desde el poeta y el novelista hacia el místico, el ensayista, el científico. Se

encontrarán aquí fragmentos de Un mundo feliz, El tiempo debe detenerse, Las puertas de la percepción, Cielo e infierno y La isla. La aventura intelectual emprendida por Huxley es vertiginosa: reúne la psicología y la medicina, la religión y la ecología, la literatura y la política. Y los puentes que tiende entre la experiencia alucinógena y el misticismo presagian muchos de los intentos que conmovieron la atención del mundo entero en la década del 60.



Aldous Huxley

Moksha

Escritos sobre psicodelia y experiencias visionarias (1931-1963)

ePub r1.0

Titivillus 16.10.15

Título original: *Moksha*
Aldous Huxley, 1977
Traducción: Eduardo Goligorsky
Compiladores: Michael Horowitz & Cynthia Palmer
Introducción: Albert Hofmann & Alexander Shulgin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Testimonios de agradecimiento, por la autorización para reproducir materiales ya publicados: A Farrar, Straus & Giroux, Inc., por una selección de *This Timeless Moment*, de Laura Archera Huxley, Copyright © 1968 por Laura Archera Huxley. A Grune & Stratton, Inc., por «Mescaline and the "Other World"», Copyright © 1956 por Grune & Stratton. A Laura Archera Huxley, por «Exploring the Borderlands of the Mind», Copyright © 1962 por Aldous Huxley; «Culture and the Individual», Copyright © 1963 por Aldous Huxley (gentileza de G. P. Putnam's Sons y H. M. H. Publishing Co., Inc.; publicado originariamente en *Playboy*). Al *Journal of Clinical Psychology* por «Visionary Experience», Copyright © 1962 por Aldous Huxley. Reproducido con autorización. A New American Library por una selección de *High Priest*, de Timothy Leary, Copyright © 1968 por League for Spiritual Discovery. A la

Dedicado a

Sunyata, Jubal, Winona,
Yuriel, Joaquin
y todas las otras criaturas del
futuro.

«Pero aquel que contempla el tercer mantra de OM, o sea, aquel que ve a Dios como El Mismo, se esclarece y obtiene la moksha. *Así como una serpiente, aligerada de su antigua piel, se renueva, así también el* yogui *que venera el tercer* mantra *aligerado de su enroscamiento mortal, de sus pecados y sus debilidades terrestres, y emancipado de manera tal que su cuerpo espiritual puede deambular por todo el Universo de Dios, disfruta de la gloria del Espíritu Omnímodo y Omnisciente, cada vez más y más. La contemplación del último* mantra *lo dota de* moksha *o inmortalidad».*

De The Mandukyopanishat being The Exposition of OM
the Great Sacred Name of the Supreme Being in the Vedas.
Trad. Pandit Guru, Datta Vidhyarthi, profesor de Ciencias Físicas, Lahore. Lahore, 1893.

«Abran nuevamente los ojos y miren a Nataraja encaramado en el altar. Miren atentamente. Como ya han visto, en la mano superior derecha sostiene el tambor que convoca la existencia del mundo, y en la mano superior izquierda enarbola el fuego destructor. La vida y la muerte, el orden y la desintegración, la imparcialidad. Pero ahora miren el otro par de manos de Shiva. La inferior derecha está alzada con la palma vuelta hacia afuera. ¿Qué significa este ademán? Significa: "No temas; está Muy Bien". ¿Pero cómo es posible que una persona sensata se abstenga de temer? ¿Cómo es posible que alguien finja que la maldad y el sufrimiento

están muy bien, cuando es tan obvio que están todos mal? Nataraja tiene la respuesta. Ahora miren su mano inferior izquierda. La utiliza para señalar sus pies. ¿Y qué hacen sus pies? Miren atentamente y verán que el pie derecho está firmemente plantado sobre una horrible y pequeña criatura infrahumana: el demonio, Muyalaka. Muyalaka, un enano portentoso en su iniquidad, es la encarnación de la ignorancia, la manifestación del egoísmo ávido, posesivo. ¡Písenlo, quiébrenle el espinazo! Y esto es precisamente lo que hace Nataraja. Aplasta al pequeño monstruo con el pie derecho. Pero observen que su dedo no

señala el pie derecho que utiliza para pisotear, sino el pie izquierdo, el pie que, al danzar, levanta del suelo. ¿Y por qué lo señala? ¿Por qué? Este pie alzado, este desafío danzante a la fuerza de gravedad, es el símbolo de la emancipación, de la moksha*, de la liberación. Nataraja danza en todos los mundos al unísono… en el mundo de la física y la química, en el mundo de la experiencia común, demasiado humana, y finalmente en el mundo de la Semejanza, de la Mente, de la Luz Clara…».*

De Island*, de Aldous Huxley (1962)*

Prefacio

A mediados de la década de los 50, cuando aparecieron *The Doors of Perception* [*Las puertas de la percepción*] y *Heaven and Hell* [*Cielo e infierno*], de Aldous Huxley, encontré en ellos descripciones de experiencias y la formulación de ideas que no cesaban de ocupar mi mente desde hacía doce años, o sea desde que había sido descubierta la LSD.

En esa época ya se habían efectuado investigaciones de gran envergadura con LSD en los campos de la medicina, la biología, la farmacología y la

psiquiatría, y ya se habían publicado aproximadamente mil ensayos sobre el tema. Pero me parecía que aún no se había ponderado ni reconocido suficientemente una posibilidad fundamental de este agente químico, a saber, su capacidad para producir experiencias visionarias. Por tanto me dejó muy complacido la noticia de que una persona de tanto prestigio literario y espiritual como Aldous Huxley había emprendido un estudio profundo de este fenómeno mediante el empleo de la mescalina, que exhibe efectos cualitativos análogos a los de la LSD. Ya a comienzos de siglo se habían efectuado investigaciones sobre la

mescalina, pero posteriormente el interés por esta droga había decaído mucho.

Aproximadamente en la misma época en que Huxley realizaba sus experimentos con mescalina, yo celebraba sesiones con LSD en compañía del famoso autor alemán Ernst Jünger, para ahondar el conocimiento de las experiencias visionarias que la droga producía en la mente humana. Ernst Jünger documentó sus experiencias en un ensayo titulado *Besuch auf Godenholm* (Vittorio Klostermann, Francfort del Meno, 1952), que suministra la esencia de sus interpretaciones en forma literaria. Por

otra parte, en los libros arriba citados, Aldous Huxley brinda no sólo una descripción magistral de su encuentro con la mescalina, sino también una evaluación de este tipo de droga desde el punto de vista espiritual y mental más elevado, tomando en cuenta aspectos sociológicos, estéticos y filosóficos.

En verdad Aldous Huxley postuló el empleo de ciertas drogas, lo cual determinó que algunas personas que habían estudiado sus obras superficialmente, o que no las habían estudiado en absoluto, lo acusaran de ser hasta cierto punto culpable del auge de la drogadicción, o incluso de ser él mismo drogadicto. Por supuesto, dicha

acusación carece de base justificable, pues Huxley sólo experimentó con las substancias para las cuales Humphry Osmond ha acuñado el término «psicodélico». Estas substancias son los agentes psicotrópicos que hasta entonces la literatura científica había denominado «*phantastica*», «alucinógenos» o «psicotomiméticos». No se trata de drogas adictivas como la heroína derivada del opio, o como la cocaína, contra cuyas consecuencias deletéreas para el organismo y la psique Huxley alertó enfáticamente.

Las substancias psicotrópicas de origen vegetal ya habían sido utilizadas hace miles de años en México, como

drogas sacramentales para ceremonias religiosas y como pociones mágicas de efectos terapéuticos. Las substancias psicodélicas más importantes, entre estas, son: la mescalina, que se encuentra en el cacto *peyotl*; la psilocibina, que he aislado de los hongos sagrados mexicanos llamados *teonanacatl*; y, por supuesto, la LSD. A pesar de que la LSD (*Lysergsäure-diäthylamid*, dietilamida del ácido lisérgico) es una substancia semisintética que he preparado en el laboratorio a partir del ácido lisérgico contenido en el cornezuelo —un hongo que crece en el centeno—, desde el punto de vista de su composición

química, así como desde el de su forma de actuar psicotrópica, pertenece al grupo de las drogas sacramentales mexicanas. Esta clasificación se justifica también por el hecho de que hemos encontrado en otra droga sacramental mexicana, el *ololiuqui*, las substancias activas amida del ácido lisérgico e hidroxietilamida del ácido lisérgico, que, como lo indican los términos químicos, están muy estrechamente emparentadas con la dietilamida del ácido lisérgico.

Ololiuqui es la denominación azteca de las semillas de determinadas especies de dondiego. La LSD se puede catalogar como una droga de *ololiuqui*

elevada a una mayor potencia, porque, en tanto que la dosis activa de la amida del ácido lisérgico que entra en la composición del *ololiuqui* asciende a 2 miligramos (0,002 gramos), se puede obtener un efecto similar con apenas 0,05 a 0,1 miligramo de LSD.

El *peyotl*, el *teonanacatl* y el *ololiuqui* producen profundos efectos psíquicos de alteración de conciencia, en razón de lo cual los indios de los países de América Latina sentían mucho respeto y temor por estas drogas, sobre las que hacían recaer un tabú. Sólo las personas ritualmente limpias, preparadas mediante un período de oración y ayuno, tenían derecho a ingerir

estas drogas y llenaban los requisitos necesarios para ello, y esto sólo con su organismo tan depurado como se lo permitía su naturaleza divina, en tanto que los impuros se sentían enloquecer o recibían un castigo mortal.

Aldous Huxley se esforzó por demostrar cómo se podía emplear, en beneficio de quienes vivían en una sociedad tecnológica hostil a las revelaciones místicas, el poder intrínseco de estas drogas sacramentales. Los ensayos y las disertaciones compilados en este volumen ayudarán a entender mejor esas ideas. A juicio de Huxley, el uso de las substancias psicodélicas debería formar

parte de una técnica de «misticismo aplicado» que me describió en una carta fechada el 29 de febrero de 1962 como:

> una técnica para ayudar a los individuos a sacar el mayor provecho de su experiencia trascendental y a utilizar sus vislumbres del «otro mundo» en los asuntos de «este mundo». Meister Eckhart escribió que «lo que se capta mediante la contemplación debe dispensarse en forma de amor». Esto es lo que hay que perfeccionar, esencialmente: el arte de dispensar en forma de amor e

inteligencia lo que se extrae de la visión y la experiencia de la propia trascendencia y la solidaridad con el universo.

En su último libro, que es también el más conmovedor, la novela utópica *Island* [*La isla*], Aldous Huxley describe el tipo de estructura cultural en la cual la substancia psicodélica —denominada «medicina-*moksha*» en su narración— se podía aplicar de una manera beneficiosa. *Moksha* es, por tanto, un título muy apropiado para este libro, por el cual debemos quedar muy agradecidos a los compiladores.

ALBERT HOFMANN

Burg i.L.

Suiza

Introducción

Moksha es una colección de escritos de Aldous Huxley extraídos principalmente de la última década de su vida. Para apreciar estas disertaciones, estos ensayos y estas cartas, así como el valor que les asignaba Huxley, es necesaria una introducción al autor así como al legado escrito que nos dejó. Aldous Leonard Huxley nació el 26 de julio de 1894, en el seno de una destacada familia de literatos y científicos. Era el tercer hijo del doctor Leonard Huxley —maestro, compilador y hombre de letras— y de Julia Arnold, sobrina del

poeta Matthew Arnold y hermana de una novelista, esposa de Humphrey Ward. Era nieto de T. H. Huxley, el científico, y bisnieto de un portentoso moralista, el doctor Thomas Arnold. Su hermano mayor, Julian, que falleció el 21 de febrero de 1975, puso fin a aquella generación de Huxleys de fama mundial.

Los escritos de Huxley son los que mejor documentan su transición: de poeta a novelista, de novelista a místico, de místico a ensayista, de ensayista a científico. A los dieciséis años, una desastrosa infección ocular lo dejó prácticamente ciego y frustró la expectativa de que se consagrara a la medicina. Obligado a depender del

sistema Braille para sus lecturas, de un lazarillo para sus caminatas y de una máquina para escribir, llegó a la conclusión de que su incapacidad era irreversible, y sus primeros poemas tales como *The Defeat of Youth* (1918) y *Leda* (1920) destilan amargura. Sin embargo, el poema que dio título a *The Cicadas* (1931) refleja una recuperación respecto de esta morbosidad, y en un arranque de productividad Huxley pasó de la poesía a la novela, y sacudió al público lector con *Crome Yellow* [*Amarillo cromo*] (1921), *Antic Hay* (1923) y *Those Barren Leaves* (1925). Lo compararon con dos literatos rebeldes contemporáneos suyos, Noel

Coward y Richard Aldington, pero, en tanto que estos dos atacaban a la clase media sin formular sugerencias para el perfeccionamiento, los escritos de Huxley sembraban las semillas de una síntesis constructiva. En la colección de ensayos de viaje *Jesting Pilate* (1926) y en su novela *Time Must Have a Stop* [*El tiempo debe detenerse*] (1944) se observa el estilo pulido que habría de convertirse en su impronta, y se captan vislumbres de las inquietudes filosóficas que no tardarían en dominar su atención.

Brave New World [*Un mando feliz*] (1932) apareció más o menos veinte años antes que *1984* de George Orwell, y quizás es actualmente la obra más

conocida de Huxley. Es inquietante la cantidad de profecías por él formuladas que se han cumplido. En esta novela Huxley presenta una droga-panacea llamada Soma (cristianismo sin lágrimas, moral embotellada) que debemos contrastar con su creación posterior Moksha (un proceso de educación y esclarecimiento).

La visión que Huxley tenía del científico como individuo que empalma las disciplinas de la religión y la filosofía con la ciencia, se ceñía a principios que había enunciado por primera vez en *Time Must Have a Stop*. En esta novela eludía escrupulosamente los compromisos extremos: intuía que en

la búsqueda de la verdad y la comprensión, la ausencia de una hipótesis restaba un motivo o una razón para experimentar, en tanto que la elaboración de una hipótesis demasiado refinada llevaba a descubrir lo que ya se sabía que estaba allí, al mismo tiempo que uno se desentendía de todo lo demás. Su «hipótesis mínima de trabajo» presume la existencia de una Deidad o un Fundamento, un desprendimiento trascendente e inmanente, con el cual uno debe identificarse mediante el amor y el conocimiento.

El encuentro con el doctor Humphry Osmond en 1953, que suministró el

crisol para los experimentos personales de Huxley encaminados a verificar esta «hipótesis mínima de trabajo», es el punto de partida lógico para esta colección de escritos. La mescalina, droga entonces poco estudiada que se extraía del cactus *Anhalonium lewinii*, habría de servir de catalizador para este experimento. Heffter aisló por primera vez la mescalina de esta planta en 1894, Spath la sintetizó por primera vez en 1919, y Rouhier y Beringer la exploraron desde el punto de vista farmacológico a mediados de la década de los 20. Sin embargo, a comienzos de la década de los 50 sólo se habían documentado estudios clínicos y

fisiológicos acerca de los efectos de la droga, y no se habían realizado indagaciones literarias ni humanísticas en torno a ella.

Los resultados de la investigación científico-humanística de Huxley fueron profundos e inmediatamente visibles. Las consecuencias a corto plazo consistieron en documentar las experiencias inducidas mediante la droga en *The Doors of Perception* (1954), y en desarrollarlas y extrapolarlas a otros fenómenos de la conciencia en *Heaven and Hell* (1956). Las consecuencias a largo plazo de este experimento y de los siguientes convencieron a Huxley de que su

hipótesis de trabajo era correcta: de que existía un Fundamento y de que este era «todo lo que sucede en todo el ámbito del universo», o mejor aún, la conciencia de este «todo». Quedó fascinado por el potencial de drogas como la mescalina, la LSD y la psilocibina para suministrar una experiencia de aprendizaje que normalmente nos es negada dentro de nuestro sistema educacional. Sus conferencias, novelas y ensayos repetían el estribillo de la desesperación y la esperanza. En un artículo publicado en *Playboy* (noviembre de 1963) se manifestó angustiado porque «en un mundo de crecimiento demográfico

explosivo, de arrollador progreso tecnológico y de nacionalismo militante, el tiempo de que disponemos para descubrir nuevas fuentes de energía que nos permitan superar la inercia psicológica de nuestra sociedad, es estrictamente limitado». La esperanza, tal como se expresa en su fantasía utópica *Island* (1962), reside en que «una substancia afín a la psilocibina se pueda emplear para potenciar la educación no verbal de los adolescentes y para recordar a los adultos que el mundo verdadero es muy distinto del universo desfigurado que ellos crearon para sí mismos mediante sus prejuicios condicionados por la cultura».

En *Island*, el concepto de semejante droga se desarrolla con la introducción de un hongo, Moksha. Su nombre indica que no es el Soma presentado en *Brave New World*. Moksha deriva del término sánscrito que significa «liberación», y Soma de la palabra griega que significa «cuerpo». En este libro Huxley volvió a desencadenar una controversia en la que se adelantó a su tiempo al describir la agonía como un proceso de aprendizaje, que se puede enriquecer mediante la administración de drogas psicodélicas. La sinceridad de este concepto se refleja en su experimento postrero, en el curso del cual recibió dos pequeñas dosis de LSD: una, varias horas antes de su

muerte, y la otra, inmediatamente antes de esta. Pasó sus últimos momentos consciente y sereno.

Durante la última década de su vida, Huxley fue premeditadamente polémico, pero también fue desesperadamente sincero. Es imposible adivinar lo que escribiría hoy, unos quince años más tarde, después de la campaña masiva a favor del uso de drogas psicodélicas que se desarrolló a finales de la década de los 60. En aquella época se produjo un consumo en gran escala, y a menudo quienes la utilizaron fueron individuos que no se habían preparado para la experiencia o para la integración personal de sus valores.

Independientemente de lo que podría haber escrito, nunca se podrá negar el papel que desempeñó Huxley en la literatura y en la expresión de la filosofía de la expansión de la conciencia.

ALEXANDER T. SHULGIN
Lafayette, California

Nota de los compiladores

La presentación es cronológica, si se exceptúan pequeñas discrepancias que se deben a nuestro deseo de organizar la correspondencia de cada año. Las conferencias están ordenadas de acuerdo a las fechas en que fueron pronunciadas y no a las fechas de publicación; los ensayos, de acuerdo a la fecha de su primera aparición impresa, y no de su publicación en forma de libro. Las memorias de Humphry Osmond y Laura Huxley están intercaladas en la zona

cronológica que les corresponde y no en la de su fecha de publicación.

En aras de la reproducción de los textos completos de varios ensayos y conferencias muy raros y difíciles de obtener, nos hemos arriesgado a incurrir en repeticiones ocasionales que esperamos dejar compensadas con la virtud de suministrar esas sutiles variaciones del lenguaje y las ideas de un prosista magistral.

«Bedford» indica una referencia al libro de Sybille Bedford, *Aldous Huxley: A Biography* (Chatto & Windus asociado con Collins, 1974). El número de «Smith» en el encabezamiento de una carta remite a la compilación del

profesor Grover Smith: *Letters of Aldous Huxley* (Chatto & Windus, 1969).

Deseamos reconocer la colaboración de Robert Baker, director de The Fitz Hugh Ludlow Memorial Library, que concibió la idea de esta antología y aportó materiales originales y trabajos de investigación. Agradecemos a Joan Wheeler Redington el cotejo de las versiones francesa e inglesa de los artículos de *Planète* y *Fate*. Le quedamos muy agradecidos a la señora Laura Huxley por el apoyo y la ayuda impagables que nos brindó en todas las etapas de nuestra empresa, y a Michael

R. Aldrich, director ejecutivo de la Ludlow Library, por su ayuda en el trabajo de corrección. También les agradecemos a Humphry Osmond, Alexander T. Shulgin, Timothy Leary y Ralph Metzner los materiales que nos proporcionaron de sus archivos.

Recibiremos complacidos la correspondencia de los lectores de Aldous Huxley que posean o conozcan materiales adicionales para MOKSHA.

MICHAEL HOROWITZ
CYNTHIA PALMER

Primera Parte

PRECOGNICIÓN

Capítulo 1

1931 Un tratado sobre drogas

ALDOUS HUXLEY

Phantastica, *el memorable estudio de Louis Lewin sobre las drogas*

psicoactivas que se utilizan en todo el mundo, apareció, en lengua inglesa, en 1931. Aldous Huxley tropezó con este «tesoro de aspecto poco prometedor» en algún momento de aquel año —en Londres, donde estaban poniendo en escena su primera pieza teatral, The World of Light, *o en la Riviera francesa, donde estaba escribiendo* Brave New World— *y «lo leyó de punta a punta con apasionado y creciente interés». Es probable que el tratado de Lewin haya servido para introducir a Huxley en la historia de las drogas y sus efectos, aunque habrían de pasar veintidós años antes de que realizara su primer experimento en carne propia,*

con mescalina... y de que rindiera tributo a Lewin en la primera linea del libro inspirado por dicha prueba. (No hay evidencias que confirmen el aserto de Francis King según el cual Aleister Crowley inició a Huxley en la mescalina en Berlín, durante la década de los 20). El primer texto impreso de Huxley sobre el consumo de drogas aborda temas a los que habría de volver reiteradamente en su obra posterior: el uso generalizado y ubicuo de las drogas, su importancia en el ceremonial religioso, la predilección del hombre por las vacaciones circunstanciales respecto del mundo cotidiano, el problema de la adicción,

el fracaso de la prohibición y las drogas del futuro.

El otro día descubrí, polvoriento y olvidado en uno de los anaqueles superiores de la librería local, la obra portentosa de un farmacólogo alemán. El precio no era elevado: lo pagué y me llevé a casa el tesoro de aspecto poco prometedor. Se trataba de un volumen grueso, de contenido denso, y hasta cierto punto era un modelo de todo lo que no debe ser el estilo literario. En términos estrictos, un libro ilegible. Sin embargo, lo leí de punta a punta con apasionado y creciente interés. Porque

este libro era una especie de enciclopedia de las drogas. El opio y sus derivados modernos, la morfina y la heroína; la cocaína y el peyotl mexicano; el hachís de la India y del Oriente Próximo; el agárico de Siberia; la kawa de Polinesia; el betel de las Indias Orientales; el ahora universal alcohol; el éter, el doral, el veronal del Occidente contemporáneo… no omitía nada. Cuando llegué a la última página, ya sabía algo acerca de la historia, la distribución geográfica, la forma de preparación y los efectos fisiológicos y psicológicos de todos los venenos deliciosos mediante los cuales los hombres han construido, en pleno mundo

hostil, sus efímeros y precarios paraísos.

La historia del consumo de drogas constituye uno de los capítulos más curiosos y también, a mi juicio, más significativos de la historia natural de los seres humanos. Los hombres y mujeres han buscado —y hallado puntualmente— en todas partes y en todos los tiempos, los medios para tornarse unas vacaciones que los sacaran de la realidad de su existencia generalmente tediosa y a menudo muy desagradable. Unas vacaciones fuera del espacio, fuera del tiempo, en la eternidad del sueño o el éxtasis, en el cielo o el limbo de la fantasía

visionaria. «En cualquier parte, en cualquier lugar situado fuera del mundo».

Es significativo que el consumo de drogas desempeñe un papel importante en casi todas las religiones primitivas. Los persas y, antes que ellos, los griegos y probablemente los antiguos hindúes, utilizaban el alcohol para producir el éxtasis religioso; los mexicanos comían un cacto venenoso para procurarse la visión beatífica; un hongo llenaba de entusiasmo a los chamanes de Siberia y los dotaba del don de lenguas. Y así sucesivamente. Los ejercicios de devoción de los místicos posteriores están concebidos en su totalidad para

producir por medios puramente psicológicos los efectos milagrosos de la droga. ¿Cuántas de las ideas corrientes sobre la eternidad, el cielo y los estados sobrenaturales son la consecuencia última de las experiencias de consumidores de droga?

El hombre primitivo exploraba con minuciosidad realmente asombrosa todas las vías farmacéuticas que permitían evadirse del mundo. Nuestros antepasados no dejaron prácticamente ningún estimulante, alucinógeno o estupefaciente natural sin descubrir. La necesidad es la madre de los inventos: el hombre primitivo, al igual que su descendiente civilizado, experimentaba

una necesidad tan urgente de evadirse ocasionalmente de la realidad, que la invención de las drogas le fue en verdad impuesta.

Todas las drogas existentes son traicioneras y dañinas. El cielo en el cual introducen a sus víctimas no tarda en convertirse en un infierno de enfermedad y degradación moral. Matan primeramente el alma y después, al cabo de pocos años, el cuerpo. ¿Cuál es el remedio? «La prohibición», responden a coro todos los gobiernos contemporáneos. Pero los resultados de la prohibición no son alentadores. Los hombres y las mujeres experimentan una necesidad tan apremiante de tomarse

vacaciones circunstanciales respecto de la realidad, que casi no repararán en medios para procurarse la vía de evasión. Lo único que justificaría la prohibición sería el éxito. Pero no tiene éxito y, dada la naturaleza de las cosas, tampoco puede tenerlo. La forma de evitar que la gente beba demasiado alcohol, o se haga adicta a la morfina o la cocaína, consiste en suministrarle un sustituto eficiente pero sano de estos venenos deliciosos y (en el actual mundo imperfecto) necesarios. El hombre que invente dicha substancia se contará entre los benefactores más insignes de la humanidad sufriente.

Capítulo 2

1931
Se busca: un nuevo placer

ALDOUS HUXLEY

En este breve ensayo, subsidiario a la confección de Brave New World,

Huxley, que residía en la Riviera francesa y observaba las costumbres de una sociedad hedonista para la que el alcohol y la cocaína eran las drogas predilectas, asume un tono de ironía cuando describe una «droga celestial, transfiguradora del mundo» que tal vez crearían los científicos del futuro. La sensación más a fin a la experiencia de la droga es la emoción de la velocidad, que, por supuesto, no tiene nada que ver con una reacción análoga a la de las anfetaminas, sino literalmente con la rapidez.

La ciencia del siglo XIX descubrió la

técnica del descubrimiento, y nuestra era es, por consiguiente, la de los inventos. Sí, la era de los inventos. Nunca nos cansamos de proclamarlo. La era de los inventos… y sin embargo nadie ha conseguido inventar un nuevo placer.

Tomé conciencia por primera vez de este hecho curioso y un poco descorazonador durante una reciente visita a esa región que los anuncios de las agencias de viajes describen como el emporio específico del placer: la Riviera francesa. Desde la frontera italiana hasta las montañas de Esterel, sesenta kilómetros de costa del Mediterráneo han sido transformados en una vasta «colonia de placer». O, para

ser más preciso, han sido transformados en un enorme suburbio disperso, el suburbio de toda Europa y de las dos Américas, salpicado de trecho en trecho por núcleos urbanos como Menton, Niza, Antibes, Cannes. Los franceses tienen el don de la elegancia, pero también tienen el de la fealdad. No hay en el mundo barrios tan espantosos como los que circundan a las ciudades francesas. La gran *banlieue* mediterránea de la Riviera no es una excepción a la regla. La sordidez caótica de este prolongado arrabal burgués es dichosamente única. Las ciudades son inmensamente superiores, desde luego, a los suburbios que las

conectan. Una cierta grandiosidad agradable y absurdamente anticuada, cursi, adorna a Montecarlo; Niza es extensa, rutilante y vivaz; Cannes es adustamente pomposa y parece tener conciencia de su costosa elegancia. Y todas ellas están equipadas con el dispositivo más refinado y oneroso para suministrar placer a sus huéspedes.

Mientras me entretenía, o mejor dicho, mientras procuraba entretenerme en medio de este dispositivo, llegué a mi deprimente conclusión acerca de la ausencia de nuevos placeres. Recuerdo que la idea se me ocurrió en una triste noche de invierno, cuando salí del Restaurant des Ambassadeurs de Cannes

y me encontré con uno de esos vientos ululantes, mitad alpinos y mitad marinos, que durante ciertos días transforman la Croisette y la Promenade des Anglais en una de las imitaciones más penosamente realistas de *Cumbres Borrascosas*. Comprendí repentinamente que, por lo que a placeres concierne, no estamos en mejores condiciones que los romanos o los egipcios. Desde el punto de vista de los placeres humanos, Galileo y Newton, Faraday y Clerk Maxwell han vivido en vano. Los grandes consorcios que controlan las industrias modernas del placer no pueden ofrecernos nada esencialmente distinto de las diversiones que los cónsules brindaban

a los plebeyos romanos o que los alcahuetes de Trimalción montaban para los ricos aburridos y decadentes en la era de Nerón. Y esto es cierto a pesar de los cines, las películas sonoras, el gramófono, la radio y todos los elementos similares destinados al entretenimiento de la humanidad. Es cierto que estos artilugios son todos esencialmente modernos: antes no existió nada parecido. Pero no porque los artilugios sean modernos los entretenimientos que estos reproducen y propalan también habrán de serlo. No lo son. Lo único que consiguen estos nuevos medios es hacer accesibles a un público más numeroso los dramas, las

pantomimas y la música que desde tiempos inmemoriales han distraído los ocios de la humanidad.

Los entretenimientos reproducidos por medios mecánicos son económicos y por tanto no los promueven en los centros de placer que, como los de la Riviera, existen con el único fin de aligerar a los viajeros de la máxima cantidad de dinero en un lapso mínimo. Así que en estos lugares los dramas, las pantomimas y la música los dispensan en la forma original, como se los suministraban a nuestros antepasados, sin la intervención de intermediarios mecánicos. Los otros placeres de estos lugares de turismo no son menos

tradicionales. Se come y se bebe en exceso; se contemplan bailarinas y acróbatas parcial o totalmente desnudos con la esperanza de estimular el apetito sexual estragado; se baila; se juega y se mira jugar, juegos preferentemente un poco sanguinarios y feroces; se matan animales… estos han sido siempre los deportes de los ricos y, cuando se les presentaba la oportunidad, también de los pobres. No menos tradicional es esa otra diversión tan típica de la Riviera: el juego de azar. El juego de azar debe de ser por lo menos tan antiguo como el dinero. Mucho más antiguo, imagino… tanto como la naturaleza humana misma, o por lo menos tanto como el

aburrimiento, tanto como el anhelo de excitación artificial y emociones ficticias.

Oficialmente, esto completa la lista de placeres que suministran las industrias del entretenimiento de la Riviera. Pero no hay que olvidar que, para quienes pagan por ellos, todos estos placeres están situados, por así decir, en un determinado campo emocional: en el complejo placer-dolor del esnobismo. El hecho de poder pagar la entrada a lugares de entretenimiento «reservados» (y generalmente esto significa costosos) produce a la mayoría de las personas una satisfacción considerable. Les complace pensar en el

rebaño pobre y vulgar que se agolpa fuera, así como, según Tertuliano y muchos otros Padres de la Iglesia, los Bienaventurados disfrutan contemplando, desde los balcones del Cielo, las convulsiones de los Malditos en el foso inferior. Les gusta sentir, con cierto engreimiento, que están sentados entre los elegidos, o que ellos mismos son los elegidos, cuyos nombres figuran en las columnas de sociedad de la edición del *Daily Mail* para el continente europeo, o en la edición de París del *New York Herald*. Claro que a menudo el esnobismo es la fuente de un dolor desgarrante. Pero no es menos la fuente de placeres exquisitos. Estos

placeres, repito, son dispensados con prodigalidad en todos los centros de turismo y constituyen una especie de telón de fondo para todos los otros goces.

Ahora bien, todos estos placeres de los emporios-de-placeres, incluidos los del esnobismo, tienen una antigüedad inmemorial: son, en el mejor de los casos, variaciones de temas tradicionales. Vivimos en la era de los inventos, pero los descubridores profesionales han sido incapaces de idear un sistema totalmente nuevo para estimular nuestros sentidos de modo placentero o para generar reacciones emocionales agradables.

Pero esto, continué reflexionando, mientras me debatía contra el vendaval que soplaba en dirección contraria por la Croisette, esto no es, al fin y al cabo, tan sorprendente. Nuestra estructura fisiológica sigue siendo muy parecida a como era hace diez mil años. Es cierto que se han producido cambios considerables en nuestra conciencia. Obviamente, en ningún momento se realizan simultáneamente todas las posibilidades de la psique humana. La historia es, entre otras muchas cosas, la crónica de la actualización, la preterición y la reactualización sucesivas en otro contexto de diferentes conjuntos de estas posibilidades casi

indefinidamente múltiples. Pero a pesar de estos cambios (que reciben habitual e incorrectamente el nombre de evolución psíquica), los simples sentimientos instintivos a los que apelan los proveedores de placer, que también apelan a los sentidos, se han mantenido notablemente estables. La función de los mercaderes de placer consiste en suministrar una especie de Mayor Común Denominador del entretenimiento que satisfaga a grandes cantidades de hombres y mujeres, independientemente de su idiosincrasia psicológica. Es evidente que semejante entretenimiento debe estar muy desprovisto de especialización. Debe

ejercer su atracción sobre las características humanas compartidas más simples, sobre las bases fisiológicas y psicológicas de la personalidad y no sobre la personalidad misma. Ahora bien, el número de invocaciones que se pueden dirigir a las que me atrevería a llamar las Grandes Impersonalidades comunes a todos los seres humanos es estrictamente limitado… tan estrictamente limitado que, como se ve, hasta ahora nuestros inventores han sido incapaces de idear otras nuevas. (Existe un ejemplo dudoso de nuevo placer. Más adelante me referiré a él). Aún nos conformamos con los placeres que seducían a nuestros

antepasados de la Edad de Bronce. (Digamos al pasar que hay excelentes motivos para pensar que nuestras diversiones son intrínsecamente inferiores a las de la Edad de Bronce. Los placeres modernos son íntegramente seculares y están desprovistos de una mínima trascendencia cósmica, en tanto que los entretenimientos de la Edad de Bronce eran en su mayoría ritos religiosos, y quienes participaban en ellos los consideraban pletóricos de significados importantes).

Por lo que veo, el único nuevo placer posible sería el derivado de la invención de una nueva droga, de un sucedáneo del alcohol y la cocaína, más

eficaz y menos dañino. Si yo fuera millonario, financiaría a un equipo de investigadores para que buscaran el embriagante ideal. Si pudiéramos aspirar o ingerir algo que aboliera diariamente nuestra soledad individual durante cinco o seis horas, algo que nos reconciliara con nuestros semejantes en una ardiente exaltación de afecto y que hiciera que la vida nos pareciera no sólo digna de ser vivida en todos sus aspectos, sino divinamente bella y trascendente, y si esta droga celestial, transfiguradora del mundo, fuera de naturaleza tal que a la mañana siguiente pudiéramos despertarnos con la cabeza despejada y el organismo indemne…

entonces, creo, todos nuestros problemas (y no sólo el problema minúsculo de descubrir un placer novedoso) quedarían totalmente resueltos y la tierra se convertiría en un paraíso.

Lo más parecido a esta nueva droga —¡y qué inmensamente lejos está del embriagante ideal!— es la droga de la velocidad. La velocidad, me parece, suministra el único placer auténticamente moderno. Es cierto que los hombres siempre han disfrutado con la velocidad, pero su goce ha estado constreñido, hasta hace muy poco tiempo, por la capacidad del caballo, cuya velocidad máxima no es muy

superior a los cuarenta y cinco kilómetros por hora. Ahora bien, cuarenta y cinco kilómetros por hora sobre un caballo *parecen* mucho más veloces que noventa kilómetros por hora en un tren o ciento cincuenta en un avión. El tren es tan grande y estable, y el avión está tan lejos del entorno estacionario, que los pasajeros no experimentan una sensación muy intensa de velocidad. El automóvil es suficientemente pequeño y está suficientemente cerca del suelo como para poder competir, en su condición de abastecedor de velocidad embriagante, con el caballo lanzado al galope. Los efectos embriagantes de la velocidad se

notan, a caballo, a unos treinta kilómetros por hora, y en auto a unos noventa. Cuando el coche ha pasado los ciento diez, más o menos, uno empieza a experimentar una sensación sin precedentes… una sensación que ningún hombre experimentó jamás en los tiempos de los caballos. Y que se intensifica a medida que aumenta la velocidad. Yo, personalmente, nunca he viajado a mucho más de ciento veinte kilómetros por hora en un auto, pero quienes han bebido una concentración más fuerte de este extraño brebaje intoxicante me informan que al que tiene la oportunidad de trasponer el límite de los ciento cincuenta le aguardan nuevas

maravillas. Ignoro a qué altura el placer se trueca en dolor. De todas maneras, es mucho antes de llegar a los promedios fantásticos de Daytona. Trescientos kilómetros por hora deben de ser una absoluta tortura.

Pero en esto, desde luego, la velocidad se parece a todos los otros placeres. Exagerados, se convierten en su opuesto. Cada placer específico tiene su correspondiente dolor, hastío o disgusto específico. Supongo que el engorro que neutraliza el placer excesivo de la velocidad debe de ser una horrible combinación de malestar físico agudo y miedo intenso. No, probablemente lo más aconsejable será

que quien tenga propensión a los excesos opte por algo anticuado e incurra en la gula.

Capítulo 3

1932
Soma

ALDOUS HUXLEY

En su novela futurista Brave New World *una así llamada «droga perfecta» es elaborada comercialmente*

y distribuida en gran escala. Huxley la llamó soma en homenaje a la droga más antigua de la que se tiene noticia, citada en el Rig-Veda*, antigua escritura hindú, donde se la considera una bebida embriagante: «un brebaje alcohólico muy fuerte… obtenido mediante la fermentación de una planta y venerado como la planta misma» (Lewin:* Phantastica*, pág. 161). Más tarde R. G. Wasson intentó demostrar que en la fermentación del soma se empleaba el hongo psicoactivo* Amanita muscaria*. En una entrevista concedida en 1960, Huxley describió el soma de su novela como «una droga imaginaria», que no tenía ninguna*

semejanza con la mescalina ni la LSD, «con tres efectos diferentes: euforizantes, alucinógenos o sedantes... una combinación imposible».

—Ahora tenemos el Estado Mundial. Y los festejos del Día de Ford, los Cánticos Comunitarios y los Ritos de solidaridad.

«¡Ford, cómo los odio!», pensaba Bernard Marx.

—Había algo llamado Cielo, pero igualmente acostumbraban a beber cantidades enormes de alcohol.

«Como si fuera carne, como si fuera

un trozo de carne».

—Había algo llamado alma y algo llamado inmortalidad.

«Pregúntale a Henry dónde lo consiguió».

—Pero acostumbraban a consumir morfina y cocaína.

«Y lo que es peor, ella se ve a sí misma como si fuera un trozo de carne».

—En el año 178 d.F. subsidiaron a dos mil farmacólogos y bioquímicos.

—Parece malhumorado —comentó el Subdirector de Predestinación, señalando a Bernard Marx.

—Seis años más tarde la producían comercialmente. La droga perfecta.

—Vamos a provocarlo.

—Eufórica, narcótica, agradablemente alucinante.

—Siempre de mal humor, Marx, siempre de mal humor. —La palmada en el hombro lo sobresaltó y le hizo levantar la vista. Era ese bruto de Henry Foster—. Lo que necesitas es un gramo de soma.

—Todas las virtudes del cristianismo y del alcohol, y ninguno de sus defectos.

«¡Oh, Ford, me gustaría matarlo!».

Pero se limitó a decir:

—No, gracias —y rechazó el tubo de tabletas que le tendía.

—La estabilidad estaba prácticamente asegurada.

—Un centímetro cúbico cura diez sentimientos lúgubres —dijo el Subdirector de Predestinación, citando una fórmula de sabiduría hipnopédica elemental.

—Sólo faltaba vencer la vejez.

—¡Malditos, malditos! —vociferó Bernard Marx.

—Qué petulante.

—Hormonas gonadales, transfusión de sangre joven, sales de magnesio…

—Y recuerda que un gramo es mejor que una maldición.

Salieron riéndose.

—Se han abolido todos los estigmas fisiológicos de la vejez. Y con ellos, por supuesto…

—No olvides preguntarle por el cinturón malthusiano —dijo Fanny.

—Y con ellos todas las peculiaridades mentales del anciano. Los caracteres permanecen inalterables durante toda la vida.

«… dos partidas de golf con obstáculos antes de que oscurezca. Debo darme prisa».

—Trabajar, jugar… a los sesenta tenemos las mismas fuerzas y los mismos gustos que a los diecisiete. En los malos tiempos antiguos los viejos acostumbraban a renunciar, a jubilarse, a abrazar la religión, a pasar su tiempo leyendo, pensando… *¡pensando!*

«¡Cochinos idiotas!», masculló

Bernard Marx para sus adentros, mientras marchaba por el pasillo hacia el ascensor.

—Ahora, y en ello consiste el progreso, los viejos trabajan, los viejos copulan, los viejos no disponen de tiempo, de interrupciones en el placer, de un momento para sentarse y pensar… o si alguna vez, por una desdichada casualidad, se abriera uno de esos abismos de tiempo en la substancia sólida de sus distracciones, siempre tendrían el soma, el delicioso soma: medio gramo para disfrutar de medio día festivo, un gramo para un fin de semana, dos gramos para un viaje al bello Oriente, tres para una oscura eternidad

en la Luna; y al regresar se encontrarían del otro lado del abismo, sanos y salvos sobre el terreno firme del trabajo y la distracción cotidianos, corriendo de cine-sensible en cine-sensible, de chica neumática en chica neumática, de Campo de Golf Electromagnético en…

… El grupo ya estaba completo y el círculo de solidaridad era perfecto, impecable. Hombre, mujer, hombre, en una rueda de alternancias sin fin alrededor de la mesa. Eran doce y estaban listos para unificarse, para cohesionarse, para fusionarse, para perder sus doce identidades individuales dentro de un ente mayor.

El Presidente se levantó, hizo el signo de la T, activó la música sintética y desató el suave e infatigable redoble de tambores y un coro de instrumentos —casiviento y supercuerda— que repetían plañideramente, una y otra vez, la melodía breve e inevitablemente obsesionante del Primer Himno de la Solidaridad. Otra vez, y otra… y no era el oído el que captaba el ritmo palpitante, sino el diafragma. El gemido y el repique de esas armonías machaconas no hechizaban la mente, sino las entrañas anhelantes de compasión.

El Presidente repitió el signo de la T y se sentó. La ceremonia había

comenzado. Las tabletas de soma consagrado fueron depositadas en el centro de la mesa. La copa de soma con helado de fresas circuló de mano en mano y libaron doce veces de ella, mientras recitaban la fórmula: «Brindo por mi aniquilación». Luego cantaron el Primer Himno de la Solidaridad, con el acompañamiento de la orquesta sintética.

Somos doce, Ford; oh, haznos uno,
como gotas del Río Social;
oh, ahora haznos correr juntos
tan raudos como tu

reluciente carruaje.

Doce estrofas anhelantes. Y entonces pasaron la copa por segunda vez. Ahora la fórmula era: «Brindo por el Ser Supremo». Bebieron todos. La música sonaba incansablemente. Redoblaban los tambores. El sollozo y el entrechocar de las armonías eran una obsesión en las entrañas conmovidas. Entonaron el Segundo Himno de la Solidaridad.

¡Ven aquí, Ser Supremo, Amigo Social,
aniquilando a los Doce-en-Uno!

Ansiamos morir, porque cuando expiramos
no hace más que empezar nuestra vida sublime.

Nuevamente doce estrofas. A esa altura el soma ya había comenzado a surtir efecto. Sus ojos brillaban, tenían las mejillas congestionadas, la luz interior de la benevolencia universal afloraba en todos los rostros en forma de sonrisas felices, cordiales. Incluso Bernard se sintió un poco conmovido. Cuando Morgana Rothschild se volvió y le sonrió, él hizo lo posible por devolver la sonrisa. Pero la ceja, esa negra dos-en-uno, seguía, ¡ay!, allí.

Bernard no podía desentenderse de ella, por muchos esfuerzos que hiciera. Quizá si hubiera estado sentado entre Fifi y Joanna… La copa circuló por tercera vez.

—Brindo por la inminencia de Su Advenimiento —dijo Morgana Rothschild, a quien le había tocado casualmente el turno de iniciar el rito circular. Su tono fue potente, eufórico. Bebió y le pasó la copa a Bernard.

—Brindo por la inminencia de Su Advenimiento —repitió Bernard, esforzándose sinceramente por sentir que el advenimiento era inminente. Pero la ceja continuaba obsesionándolo, y por lo que a él atañía el Advenimiento

estaba espantosamente alejado. Bebió y le pasó la copa a Clara Deterting. «Volveré a fracasar —se dijo para sus adentros—. Lo sé». Pero siguió haciendo cuanto podía por exhibir una sonrisa radiante.

La copa había completado el círculo. El Presidente levantó la mano e hizo una seña. El coro prorrumpió en el Tercer Himno de la Solidaridad.

¡Sentid ahora cómo se aproxima el Gran Ser!

¡Regocijaos, y al regocijaros, morid!

¡Disolveos en el redoble de los tambores!

Porque yo soy vosotros y vosotros sois yo.

Capítulo 4

1936 Propaganda y farmacología

ALDOUS HUXLEY

El lavado de cerebro era un tema al que Huxley volvía una y otra vez. El

auge del fascismo en la década de los 30 hizo brotar de su pluma un largo ensayo, «Writers and Readers», que incluye un pasaje sobre las más recientes técnicas químicas de violación de la mente. Incluso después de haber tenido experiencias positivas con substancias psicodélicas, dos décadas más tarde, Huxley continuó alertando contra el fenómeno de la «agresión farmacológica».

… Es probable que los propagandistas del futuro sean los químicos y fisiólogos, además de los escritores. Un sello con tres cuartos de gramo de doral

y tres cuartos de miligramo de escopolamina producirá en la persona que lo ingiera un estado de absoluta maleabilidad psicológica, semejante a la de un sujeto sometido a hipnosis profunda. Cualquier sugestión inculcada al paciente mientras se encuentra en este trance inducido por medios artificiales penetra hasta lo más profundo del inconsciente y puede generar una modificación permanente de las formas habituales de pensar y sentir. En Francia, donde se ha utilizado esta técnica en forma experimental durante varios años, se ha comprobado que dos o tres sesiones de sugestión bajo los efectos del doral y la escopolamina

incluso pueden modificar los hábitos de las víctimas del alcohol y de irreprimibles adicciones sexuales. Una peculiaridad de la droga consiste en que la amnesia subsiguiente es retrospectiva: el paciente no guarda recuerdos de un período que empieza varias horas *antes* de la administración de aquella. Coged a un hombre desprevenido y hacedle ingerir un sello. Recuperará la conciencia firmemente convencido de todas las sugestiones que le habéis inculcado durante su estupor y totalmente ajeno a la forma en que se ha producido esta asombrosa conversión. Un sistema de propaganda que combine la farmacología con la literatura debería

ser completa e infaliblemente eficaz. Esta es una idea tremendamente inquietante…

Capítulo 5

1944
Una ausencia ilimitada

ALDOUS HUXLEY

La novela de Huxley Time Must Have a Stop *contiene una descripción llamativa y profética de un estado post*

mórtem que se asemeja extraordinariamente a la aniquilación del Yo bajo la acción de una droga psicodélica entre moderada y fuerte.

Ya no sentía ningún dolor, ni la necesidad de jadear, y el suelo embaldosado del lavabo había dejado de ser frío y duro.

Todos los sonidos se habían extinguido y reinaba la oscuridad. Pero en medio del vacío y el silencio perduraba una especie de conocimiento, una vaga conciencia.

Conciencia no de un nombre o una persona, no de las cosas presentes, ni de

los recuerdos del pasado, y ni siquiera del acá o el allá, porque no había lugar alguno, sino sólo una existencia cuya única dimensión consistía en este saber que no tenía propietario ni propiedades y que estaba solo.

La conciencia se conocía sólo a sí misma, y a sí misma sólo como ausencia de algo más.

El conocimiento se internaba en la ausencia que era su objeto. Se internaba en la oscuridad, más y más. Se internaba en el silencio. Ilimitadamente. No había fronteras.

El conocimiento se conocía a sí mismo como una ausencia ilimitada dentro de otra ausencia ilimitada, que ni

siquiera era consciente.

Era el conocimiento de una ausencia cada vez más total, de una privación cada vez más atroz. Y tenía conciencia con una especie de apetito creciente, pero un apetito de algo que no existía. Porque el conocimiento era sólo de ausencia, de ausencia pura y absoluta.

Una ausencia soportada durante lapsos cada vez más prolongados. Lapsos de desasosiego. Lapsos de hambre. Lapsos que se expandían progresivamente a medida que se agudizaba también progresivamente el frenesí de la insaciabilidad, lapsos que se prolongaban hasta convertirse en eternidades de desesperación.

Eternidades del conocimiento insaciable, desesperante, de la ausencia dentro de la ausencia, ubicua, sempiterna, en una existencia unidimensional…

Y entonces, repentinamente, afloraba otra dimensión, y lo eterno cesaba de ser eterno.

Aquella dimensión en que la conciencia de la ausencia se conocía a sí misma, aquella mediante la cual era incluida e impregnada, y dejaba de ser una ausencia para convertirse en la presencia de otra conciencia. La conciencia de la ausencia se sabía sabida.

En el oscuro silencio, en el vacío de

toda sensación, algo empezaba a conocerla. Al principio muy débilmente, desde una distancia inconmensurable. Pero la presencia se aproximaba gradualmente. La tenuidad de ese otro conocimiento cobraba más brillo. Y de pronto la conciencia se había convertido en una conciencia de la luz. La luz del conocimiento mediante el cual era conocida.

La ansiedad encontraba alivio, el apetito encontraba satisfacción, en la conciencia de que había algo más que ausencia.

En lugar de privación existía esta luz. Existía este conocimiento de ser conocido. Y este conocimiento de ser

conocido era un conocimiento satisfecho, incluso jubiloso.

Sí, producía júbilo el hecho de ser conocido, de ser así abarcado dentro de una presencia rutilante, de estar así impregnado por una presencia rutilante.

Y como la conciencia estaba así abarcada por ella, impregnada por ella, se identificaba con ella. La conciencia no sólo era conocida por ella sino que también conocía con su conocimiento.

Conocía, no la ausencia, sino la luminosa negación de la ausencia, no la privación, la dicha.

El apetito perduraba. Apetito de conocer aun más una negación aun más total de la ausencia.

Apetito, pero también la satisfacción del apetito, también la dicha. Y luego, a medida que aumentaba la luminosidad, nuevamente apetito de satisfacciones más profundas, de una dicha más intensa.

Dicha y apetito, apetito y dicha. Y a lo largo de lapsos cada vez más prolongados la luz seguía refulgiendo de belleza en belleza. Y el júbilo de saber, el júbilo de ser sabido, aumentaba a medida que aumentaba esa belleza comprehensiva y compenetrante.

Más y más refulgente, a lo largo de lapsos sucesivos, que por fin se expandían en una eternidad de júbilo.

Una eternidad de conocimiento

radiante, de dicha inmutable en su intensidad última. Por siempre jamás.

Pero lo inmutable empezaba a cambiar, gradualmente.

La luz brillaba más intensamente. La presencia se tornaba más apremiante. El conocimiento se hacía más exhaustivo y completo.

Bajo el impacto de esta intensificación, la jubilosa conciencia de ser sabido, la regocijada participación en este saber, quedaba prensada contra los límites de su dicha. Prensada con una presión creciente hasta que por fin los límites empezaban a ceder y la conciencia se encontraba más allá de estos, en otra existencia. Una

existencia donde el conocimiento de estar abarcado dentro de una presencia rutilante se había convertido en el conocimiento de estar oprimido por un exceso de luz. Donde esta impregnación transfiguradora era captada como una fuerza desquiciante nacida de dentro. Donde el conocimiento era tan penetrantemente luminoso que la participación en él estaba fuera del alcance del participante.

La presencia se aproximaba, la luz se intensificaba.

Donde había habido dicha eterna había ahora un desasosiego inmensamente prolongado, un lapso de dolor inmensamente prolongado y, a

medida que este aumentaba, lapsos cada vez más prolongados de angustia intolerable. La angustia de sentirse obligado, por participación, a saber más de lo que podía saber el participante. La angustia de ser triturado por la presión de un exceso de luz… triturado y reducido a condiciones de densidad y opacidad cada vez mayores. La angustia, simultáneamente, de ser quebrantado y pulverizado por el impulso de ese conocimiento impregnante nacido de dentro. Desintegrado en fragmentos cada vez más pequeños, en mero polvo, en átomos de mera inexistencia.

Y el conocimiento en el que había participación captaba como

abominables este polvo y la siempre creciente naturaleza densa de esta opacidad. Los juzgaba y los encontraba repulsivos: la privación de toda belleza y realidad.

La presencia se aproximaba inexorablemente, la luz se intensificaba.

Y con cada aumento del apremio, con cada intensificación de este conocimiento invasor de fuera, de este brillo desquiciante que empujaba desde dentro, se multiplicaba el dolor, el polvo y la oscuridad compactada se tornaban más bochornosos, eran conocidos, por participación, como la más inmunda de las ausencias.

Vergonzosamente perenne en una

eternidad de bochorno y dolor.

Pero la luz se intensificaba, se intensificaba torturantemente.

Toda la existencia era fulgor, toda excepto este pequeño coágulo de ausencia opaca, excepto estos átomos dispersos de una nada que, por conciencia directa, se conocía a sí misma como opaca e independiente, y que al mismo tiempo, merced a una desgarradora participación en la luz se conocía a sí misma como la más horrible y bochornosa de las privaciones.

Un brillo que trasciende los límites de lo posible, y luego aun más intenso, próximo a la incandescencia,

presionando desde fuera, desintegrando desde dentro. Y al mismo tiempo este otro conocimiento, cada vez más penetrante y completo, a medida que la luz se intensificaba, de una coagulación y una desintegración que parecían gradualmente más bochornosas a medida que los lapsos se prolongaban interminablemente.

No había evasión, una eternidad en la que no había evasión. Y a lo largo de lapsos cada vez más prolongados, aunque cada vez más desacelerados, la refulgencia aumentaba de imposible en imposible, se aproximaba de manera más apremiante y torturante.

Repentinamente afloró un nuevo

conocimiento contingente, una conciencia condicional de que, si no participaba en la refulgencia, la mitad del dolor desaparecería. Ya no percibiría la fealdad de esta privación coagulada o desintegrada. Sólo quedaría una autonomía opaca, que se sabría a sí misma distinta de la luz invasora.

Un polvo desdichado de nada, un pobre y diminuto coágulo inofensivo de simple privación, triturado desde fuera, disgregado desde dentro, pero que seguía resistiéndose, que seguía negándose, no obstante la angustia, a despojarse de su derecho a una existencia independiente.

Bruscamente, se produjo un nuevo y

abrumador chispazo de participación en la luz, en la torturante conciencia de que no había tal derecho a la existencia independiente, de que esta ausencia coagulada y desintegrada era vergonzosa y debía ser negada, aniquilada… sometida implacablemente al fulgor de ese conocimiento invasor y totalmente destruida, disuelta en la belleza de esa incandescencia imposible.

Durante un lapso descomunal ambas conciencias parecieron quedar equilibradas: el conocimiento que se sabía independiente, que conocía su propio derecho a la independencia, y el conocimiento que conocía la naturaleza vergonzosa de la ausencia y la

necesidad de que esta fuera dolorosamente aniquilada por la luz.

Parecieron quedar equilibradas, como si oscilaran sobre el filo de un cuchillo entre una magnitud imposible de belleza y una magnitud imposible de dolor y vergüenza, entre un apetito de opacidad e independencia y ausencia y un apetito de participación aun mayor en el brillo.

Y entonces, después de una eternidad, se produjo la renovación de ese conocimiento contingente y condicional: «Si no participaba en la refulgencia, si no participaba…».

Y de pronto ya no hubo participación alguna. Hubo un autoconocimiento del

coágulo y del polvo desintegrado, y la luz que conocía estos elementos era otro conocimiento. Continuaba la invasión torturante desde dentro y desde fuera, pero ya no existía el bochorno, sino sólo una resistencia al ataque, una defensa de derechos.

El brillo empezó a perder gradualmente parte de su intensidad, a replegarse, por así decir, a hacerse menos apremiante. Y súbitamente se produjo una especie de eclipse. Algo se interpuso bruscamente entre la luz insufrible y la conciencia sufriente de la luz como una presencia ajena a esta privación coagulada y desintegrada. Algo que tenía la naturaleza de una

imagen, algo que compartía un recuerdo.

Una imagen de cosas, un recuerdo de cosas. Cosas relacionadas con cosas de una manera bienaventuradamente familiar que aún no era posible captar con claridad.

Casi completamente eclipsada, la luz perduró, tenue e insignificante, sobre las fronteras de la conciencia. En el centro sólo había cosas.

Cosas aún no reconocidas, ni imaginadas o recordadas cabalmente, desprovistas de nombre e incluso de forma, pero categóricamente presentes, categóricamente opacas.

Y ahora que la luz se había eclipsado y no había participación, la

opacidad ya no era vergonzosa. La densidad era dichosamente consciente de la densidad, la nada de la nada opaca. El conocimiento no era dichoso, pero sí era profundamente tranquilizador.

Y el conocimiento se aclaró gradualmente, y las cosas conocidas se tornaron más definidas y familiares. Más y más familiares, hasta que la conciencia flotó sobre el filo del reconocimiento.

Aquí algo coagulado, aquí algo desintegrado. ¿Pero qué eran esas cosas? ¿Y qué eran esas opacidades correspondientes mediante las cuales se las conocía?

Hubo un prolongado lapso de

incertidumbre, un largo, largo tanteo en un caos de posibilidades no manifestadas.

Entonces, bruscamente, fue Eustace Barnack quien tuvo conciencia. Sí, esa opacidad era Eustace Barnack, esa danza de polvo agitado era Eustace Barnack. Y el coágulo situado fuera de él, esa otra opacidad de la que tenía la imagen, era su cigarro. Recordaba su Romeo y Julieta tal como se había desintegrado en una nada azul entre sus dedos. Y con el recuerdo del cigarro vino el recuerdo de una frase: «Hacia atrás y hacia abajo». Y luego el recuerdo de la risa.

¿Palabras en qué contexto? ¿Risa a

expensas de quién? No obtuvo respuesta. Sólo «hacia atrás y hacia abajo» y ese muñón de opacidad en vías de desintegrarse. «Hacia atrás y hacia abajo», y después la carcajada y la gloria súbita.

Muy lejos, más allá de la imagen de ese cilindro de tabaco marrón y baboseado, más allá de la repetición de esas cinco palabras y de la risa que las había acompañado, estaba latente el fulgor, como una amenaza. Pero en medio de su júbilo por haber recuperado esta memoria de las cosas, este conocimiento de un recuerdo de identidad, Eustace Barnack prácticamente había cesado de tener


conciencia de su existencia.

Capítulo 6

1952 Trascendencia descendente

ALDOUS HUXLEY

En un epílogo a The Devils of Loudun [Los demonios de Loudun], *su*

descripción histórica de un caso de histeria colectiva y exorcismo que tuvo por escenario un convento francés del siglo XVII, *Huxley se basó en las ideas que Philippe de Felice había enunciado en* Foules en Délire, Ecstases Collectives, *a saber, que había tres tipos de trascendencia personal: descendente, ascendente y horizontal. El consumo de drogas, la sexualidad elemental y el envenenamiento del rebaño conducían a la primera categoría. Los métodos químicos de trascendencia personal sólo suministraban en el mejor de los casos una revelación momentánea y a un precio considerable. Sin embargo,*

después de consumir mescalina, escribió (a Osmond) sobre su convicción de que esta droga «se puede emplear para elevar la trascendencia personal horizontal que se desarrolla dentro de los grupos dirigidos a un fin... para que se convierta en trascendencia ascendente...».

Si no entendemos la necesidad de trascendencia personal profundamente arraigada en el hombre, su renuencia muy natural a encauzarse por el camino difícil, ascendente, y su búsqueda de alguna liberación ficticia ya sea por debajo o paralelamente a su

personalidad, no podremos alimentar la esperanza de comprender nuestro propio período particular de la historia ni, en verdad, la historia en general, la vida tal como fue vivida antaño y es vivida actualmente. Por esta razón me propongo analizar algunos de los sucedáneos más comunes de la Gracia, dentro de los cuales y por cuyo intermedio los hombres y las mujeres han intentado evadirse de la torturante conciencia de ser sólo ellos mismos.

En Francia hay ahora más o menos un vendedor de alcohol por cada cien habitantes. En los Estados Unidos hay probablemente por lo menos un millón de alcohólicos desesperados, además de

un número mucho mayor de grandes bebedores cuya enfermedad aún no se ha hecho mortal. Carecemos de datos precisos o estadísticos acerca del consumo de embriagantes en el pasado. En Europa occidental, entre los celtas y teutones, y durante la Edad Media y comienzos de la Moderna, la ingestión de alcohol probablemente era aun mayor que hoy. En las múltiples circunstancias en que nosotros bebemos té, café o gaseosas, nuestros antepasados se refrescaban con vino, cerveza, aguamiel y, en siglos posteriores, con ginebra, brandy y whisky. El consumo regular de agua era un castigo que se imponía a los malhechores, o que los religiosos

aceptaban, junto con la ocasional dieta vegetariana, como una mortificación muy cruel. El hecho de no ingerir bebidas embriagantes era una excentricidad suficientemente llamativa como para inspirar comentarios y el empleo de un apodo más o menos despectivo. De ahí patronímicos tales como el italiano Bevilacqua, el francés Boileau y el inglés Drinkwater.

El alcohol no es más que una de las muchas drogas que utilizan los seres humanos para evadirse del yo aislado. Creo que no hay un solo narcótico, estimulante o alucinógeno natural cuyas propiedades no se conozcan desde tiempos inmemoriales. La investigación

moderna nos ha aportado una multitud de flamantes productos sintéticos, pero por lo que atañe a los venenos naturales no ha hecho más que desarrollar mejores métodos para extraer, concentrar y recombinar los ya conocidos. Desde la amapola hasta el curare, desde la coca de los Andes hasta el cáñamo de la India y el agárico siberiano, todas las plantas y todos los arbustos u hongos capaces de adormecer o de excitar o de provocar visiones cuando se los ingiere, han sido descubiertos y empleados sistemáticamente desde hace mucho tiempo. Este hecho es curiosamente significativo, porque parece probar que, en todo tiempo y lugar, los seres

humanos han experimentado la insuficiencia radical de su existencia personal, la desdicha de ser su yo aislado y no algo distinto, algo más vasto, algo, para decirlo con la frase de Wordsworth, «más profundamente fusionado». Evidentemente, al explorar el mundo circundante el hombre primitivo «lo probaba todo y se aferraba a lo bueno». Para los fines de la autoconservación lo bueno es todo fruto y hoja comestible, toda semilla, raíz y nuez sana. Pero en otro contexto —el contexto de la insatisfacción con uno mismo y del anhelo de trascendencia-de-sí—, lo bueno es todo elemento de la naturaleza mediante el cual se puede

modificar la conciencia individual. Estos cambios inducidos por las drogas pueden ser patentemente perjudiciales, pueden producirse a costa del malestar presente y la adicción futura, la degeneración y la muerte prematura. Todo esto es secundario. Lo que importa es la conciencia, aunque sólo sea durante una o dos horas, aunque sólo sea durante pocos minutos, de ser alguien o, más a menudo, algo más que el yo aislado. «Vivo, pero no yo, sino que el vino o el opio o el peyotl o el hachís vive en mí». Trasponer los límites del yo aislado implica una liberación de tanta magnitud que, aunque la trascendencia-de-sí se logre mediante

náuseas que transportan al frenesí, mediante calambres que generan alucinaciones y coma, los primitivos e incluso los muy civilizados han interpretado la experiencia inducida por las drogas como algo intrínsecamente divino. El éxtasis mediante la intoxicación continúa siendo un componente esencial de la religión de muchos pueblos africanos, sudamericanos y polinesios. Fue otrora, como lo demuestran claramente los documentos subsistentes, un componente no menos esencial de la religión de los celtas, los teutones, los griegos, los pueblos del Oriente Medio y los conquistadores arios de la India. No se

trata sólo de que «la cerveza hace más que lo que puede hacer Milton para justificar ante el hombre los actos de Dios». La cerveza *es* el dios. Entre los celtas, Sabacis era el nombre divino adjudicado a la enajenación que se experimentaba al emborracharse mortalmente con cerveza. Más al sur, Dionisos era, entre otras cosas, la objetivación sobrenatural de los efectos psicofísicos del consumo excesivo de vino. En la mitología veda, Indra era el dios de esa droga ahora inidentificable que se llamaba soma. Un héroe, exterminador de dragones, era la proyección magnificada en el cielo de esa alteridad extraña y gloriosa que

experimentan los embriagados. Identificado con la droga, se convierte, como Soma-Indra, en la fuente de inmortalidad, en el mediador entre lo humano y lo divino.

En los tiempos modernos ya no se venera oficialmente como dioses a la cerveza y otros atajos tóxicos para llegar a la trascendencia-de-sí. La teoría ha experimentado un cambio, pero no la práctica. Porque en la práctica, millones y millones de hombres y mujeres civilizados continúan rindiendo culto, no al Espíritu liberador y transfigurador, sino al alcohol, al hachís, al opio y a sus derivados, a los barbitúricos, y a los otros agregados sintéticos al secular

catálogo de venenos capaces de provocar la trascendencia-de-sí. En todos los casos, desde luego, lo que parece un dios es en verdad un demonio, lo que parece una liberación es en realidad una esclavización. La trascendencia se produce invariablemente hacia abajo, en dirección a lo menos que humano, a lo más bajo que lo personal…

¿En qué medida, y en qué circunstancias, es posible que el hombre utilice el camino descendente para encauzarse hacia la trascendencia espiritual? A primera vista parecería obvio que el camino descendente no es ni puede ser

nunca el camino ascendente. Pero en el ámbito de la existencia las cosas no son tan sencillas como en nuestro mundo de palabras, maravillosamente pulcro. En la vida real, a veces es posible convertir un movimiento descendente en el comienzo de un ascenso. Cuando se ha resquebrajado el caparazón del ego y empieza a aflorar una conciencia de la alteridad subliminal y fisiológica que subyace en la personalidad, a veces captamos una vislumbre, fugaz pero apocalíptica, de esa otra Alteridad, que es el Fundamento de todo ser. Mientras estamos encerrados en nuestra personalidad aislada, permanecemos ajenos a los diversos no-yo con los que

estamos asociados: el no-yo orgánico, el no-yo inconsciente, el no-yo colectivo del medio psíquico en el que todo nuestro pensamiento y nuestro sentimiento desarrollan su existencia, y el no-yo inmanente y trascendente del Espíritu. Cualquier evasión fuera de nuestra personalidad aislada, incluso mediante un camino descendente, permite tomar por lo menos una conciencia momentánea del no-yo en todos los niveles, incluso el más elevado. En su libro *Varieties of Religious Experience*, William James suministra ejemplos de «revelaciones anestésicas»[1] experimentadas después de la inhalación de gas hilarante. Los

alcohólicos experimentan a veces teofanías análogas, y es probable que en el curso de la intoxicación con casi todas las drogas haya momentos en los cuales resulta fugazmente posible tomar conciencia de un no-yo superior al ego en vías de desintegración. Pero por estos chispazos ocasionales de revelación se pagan precios exorbitantes. El momento de conciencia espiritual del consumidor de droga (si en verdad se produce) deja paso inmediatamente al embotamiento subhumano, al frenesí o la alucinación, seguido por una resaca descorazonadora y, a la larga, por un deterioro permanente y fatal de la salud orgánica y

de las facultades mentales. Muy de cuando en cuando una «revelación anestésica» solitaria puede actuar sobre su receptor, como cualquier otra teofanía, de manera tal que lo incita a realizar un esfuerzo de autotransformación y de trascendencia-de-sí en sentido ascendente. Pero el hecho de que esto ocurra esporádicamente nunca puede justificar el uso de métodos químicos de trascendencia personal. Este es un camino descendente y la mayoría de quienes lo sigan desembocarán en un estado de degradación, en el cual los períodos de éxtasis subhumano se alternarán con otros de personalidad

consciente tan calamitosos que cualquier evasión —incluida la que lleva al suicidio lento de la drogadicción— parecerá preferible al hecho de ser persona.

Segunda Parte

EXPERIENCIA PSICODÉLICA Y VISIONARIA

Capítulo 7

1953 Cartas

El doctor Humphry Osmond era un investigador psiquiátrico que estudiaba la relación entre las experiencias con mescalina y la esquizofrenia en la Universidad de

Saskatchewan cuando conoció a Huxley. Las siguientes cartas documentan la invitación de Huxley al doctor Osmond y su expectativa por ingerir mescalina.

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 623]

740 N. Kings Rd.,
Los Ángeles 46, California.
10 de abril de 1953

Estimado doctor Osmond:

Le agradezco su interesante carta y el

artículo que la acompaña, así como las palabras muy amables y comprensivas que dedica a mi libro *Devils*. Parece que la hipótesis de trabajo más satisfactoria acerca de la mente humana debe ceñirse, hasta cierto punto, al modelo bergsoniano, en el cual el cerebro con su personalidad normal asociada se comporta como un dispositivo utilitario encargado de limitar, y de seleccionar dentro del inmenso mundo posible de la conciencia, y de encauzar la experiencia por canales biológicamente útiles. La enfermedad, la mescalina, el choque emocional, la experiencia estética y la iluminación mística tienen el poder de inhibir, cada uno a su manera y en

distinta medida, las funciones de la personalidad normal y de su actividad cerebral corriente, permitiendo así que «el otro mundo» aflore en la conciencia. El problema básico de la educación es este: ¿Cómo aprovechar al máximo el mundo de la utilidad biológica y el sentido común y, al mismo tiempo, el mundo de la experiencia ilimitada que está subyacente? Sospecho que la solución cabal del problema sólo podrá emanar de quienes han aprendido a asentarse en el tercer y último mundo del «espíritu», el mundo que subtiende e impregna los otros dos. Pero sin llegar a esta solución definitiva, es posible que haya otras parciales, mediante las cuales

se le puede enseñar al niño en vías de crecimiento a conservar en la edad adulta sus «atisbos de inmortalidad». Tal como se dispensa actualmente la educación, la inmensa mayoría de los adultos pierden, en el curso de esta, toda la apertura a la inspiración, toda la capacidad de tomar conciencia de elementos distintos de los enumerados en el catálogo Sears-Roebuck que constituye el mundo convencionalmente «real». La existencia de los pocos hombres y mujeres que conservan su contacto con el otro mundo, incluso mientras desarrollan sus actividades en este, demuestra que aquel no es el precio necesario e inevitable que se

paga por la supervivencia biológica y la eficiencia civilizada. ¿Es exagerado pretender que algún día se pueda idear un sistema de educación cuyos resultados estén a la altura —en términos de desarrollo humano— del tiempo, el dinero, la energía y la dedicación invertidos? Es posible que la mescalina o alguna otra substancia química desempeñe un papel en dicho sistema de educación, al permitir que los jóvenes «saboreen y vean» lo que han aprendido de segunda mano, o directamente pero en un nivel más bajo de intensidad, en los escritos de los religiosos, o en las obras de poetas, pintores y músicos.

Alimento grandes esperanzas de poder verlo por estas tierras durante el Congreso Psiquiátrico de mayo. Uno de los bichos más raros que encontrará en el congreso será un amigo nuestro, el doctor […], que quizás es el mayor virtuoso viviente de la hipnosis. (Por cierto, al menos para algunas personas, el trance hipnótico profundo es un camino que conduce al otro mundo… un camino menos radical que el de la mescalina, en la medida en que las experiencias son totalmente interiores y no se asocian con percepciones sensoriales y con el carácter de las cosas y las personas «de allí fuera», aunque no por ello deja de ser un

camino muy concreto). Si resuelve concurrir al encuentro, podremos suministrarle cama y cuarto de baño… pero lamentablemente no disponemos de sitio más que para una sola persona. Dispondrá de libertad para ir y venir a su antojo, y siempre habrá algo para comer, aunque es posible que la comida sea un poco precaria en los días en que no tenemos cocinera. Sea como fuere, espero poder verlo y tener la oportunidad de discutir con más detenimiento algunos de los problemas planteados en su carta y en sus artículos y los del doctor Smythies.

Atentamente,

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 624]

740 N. Kings Rd.,
L. A. 46, Cal.
19 de abril de 1953

Estimado doctor Osmond:

¡Estupendo! Lo esperaremos el día tres. Permítame sugerirle que vaya en el autobús de la línea aérea hasta el Hollywood Roosevelt Hotel, adonde podremos ir a buscarlo, o desde el cual

le resultará fácil coger un taxi. Con la congestión del tránsito, el ir a recibir viajeros al aeropuerto se ha convertido en una pesadilla, hasta el punto de que mi esposa, que conduce el coche, les ruega a todos que vengan hasta el Roosevelt, lo cual es más rápido para el pasajero y también más sencillo para la persona que ha de recibirlo.

Hoffmann La Roche le ha comunicado a mi joven amigo el doctor que deben pedir que les envíen una partida de mescalina desde Suiza… así que quizá tardará semanas en llegar aquí. En el ínterin, ¿tiene esa substancia a mano? Si la tiene, espero que pueda traer un poco, porque estoy ansioso por

realizar el experimento y me haría muy feliz realizarlo bajo la supervisión de un investigador tan veterano como usted.

Muy atentamente,
Aldous Huxley

Capítulo 8

1953
Una mañana de mayo en Hollywood

DOCTOR HUMPHRY OSMOND

Aquí el doctor Osmond narra «aquella improbable expedición» que lo llevó a Los Ángeles con una dosis (0,4 gramos) de mescalina para Huxley, a quien guió en el viaje inmortalizado en Doors of Perception. *Osmond expresa con humor las ansiedades clásicas del guía: aunque Aldous «parecía un sujeto ideal», Osmond temió momentáneamente que se lo conociera en el futuro como «el hombre que había hecho enloquecer a Aldous Huxley». Osmond continuó siendo uno de los amigos más íntimos de Huxley durante su última década, y fue el destinatario de muchas de las cartas más*

importantes de este acerca de la experiencia psicodélica.

Han transcurrido once años desde que realicé aquella improbable expedición a Hollywood. Yo trabajaba en un hospital psiquiátrico en las praderas de Canadá, a dos mil millas de distancia. Aunque había conservado conmigo un ejemplar de la magnífica antología de Aldous Huxley *Texts and Pretexts* durante la *blitz* de Londres y en los convoyes del Atlántico en un destructor de escolta, y aunque el libro aún me acompaña en mis andanzas, nunca había imaginado que conocería a su formidable autor. En

verdad, si lo hubiera pensado, habría dudado que tuviésemos mucho en común, porque tanto entonces como ahora lo que más me interesa y preocupa es el cuidado, el tratamiento y la recuperación de los pacientes que padecen esquizofrenia.

El doctor John Smythies[2] y yo habíamos colaborado en un artículo para el *Hibbert Journal*[3] sobre el estado actual de la medicina psicológica. Aldous lo leyó, le gustó, y nos envió una carta típicamente cordial y alentadora en su letra cursiva que formaba un ligero declive sobre el papel. Añadía que esperaba que lo visitáramos cuando volviésemos a California. Ni John ni yo

estábamos suficientemente aclimatados a Norteamérica como para pensar que dos o tres mil millas no implicaban una barrera específica contra los encuentros. Eso ocurría antes de que el reactor hubiera corroído totalmente nuestro sentido del espacio.

Sin embargo, más o menos un mes después de haber recibido aquella primera carta, yo viajaba rumbo a California para convertirme en huésped de Aldous y Maria Huxley. Inesperadamente, me habían enviado al congreso de la Asociación Psiquiátrica Americana que se celebraba entonces en Los Ángeles. Recuerdo que me sentí un poco turbado y también un poco

orgulloso cuando anuncié que no necesitaría hotel porque me alojaría en casa de ellos.

Maria me contó los entretelones. Una mañana, mientras desayunaban, Aldous levantó la vista de su correspondencia y dijo: «Invitemos a casa a este fulano». Maria se sorprendió porque Aldous raramente sugería que invitaran a alguien a alojarse en su casa y porque nunca había oído hablar de «este fulano». Aldous le explicó: «Es un psiquiatra canadiense que trabaja con mescalina». Maria respondió: «Pero es posible que use barba y que no nos caiga simpático». Aldous recapacitó un poco y contestó: «Si no nos cae simpático

estaremos siempre fuera». A María no le pareció que esta fuera una buena solución. Sin embargo, la invitación de Aldous indicaba que, si bien yo sería muy bienvenido, la naturaleza de su trabajo los obligaba a ambos a pasar mucho tiempo fuera. Esto me intrigó, sobre todo porque él manifestaba que le interesaba nuestro trabajo y que tal vez incluso se prestaría a servir de sujeto, si ello era posible. Yo también sentí aprensión, pero mi esposa comentó: «Sólo serán unos pocos días, y siempre podrás decir que una sesión de la A.P.A. te ha retenido hasta tarde».

La invitación fue un honor y una oportunidad. Sentía mucha curiosidad

por conocer a ese hombre notable cuyas ideas había criticado desde una distancia segura, pero no soy un literato y la perspectiva me acobardaba. Llegué a casa de los Huxley, en Kings Road, no lejos de Sunset Boulevard, cansado y preocupado. No había podido averiguar cuáles eran las normas que regían la introducción de mescalina en los Estados Unidos. Cuando las descubrí algunos años más tarde me di cuenta de que mis temores habían estado justificados. También me sentía tímido y desmañado. Dudaba de poder mantener el tipo de conversación a la que suponía que estaban habituados los Huxley.

Maria me tranquilizó en seguida. No

era en absoluto intimidante. Y a ella también la alivió comprobar que no usaba barba. «Sabía que usted y Aldous se entenderían, por el hecho de ser ambos ingleses», comentó. A juicio de Maria, los ingleses eran seres en general incomprensibles, excepto para sus compatriotas.

Aldous se deslizó hacia mí desde la fresca penumbra de la casa hasta asomarse al porche soleado. Parecía suspendido una fracción de pulgada por encima del suelo como una de las figuras alegóricas de Blake. Era muy alto. Su cabeza era colosal, estaba bellamente delineada y tenía una frente espléndida. La mirada de su ojo más

sano era aguzada y penetrante, pero parecía enfocada un poco por encima y por debajo de mí. Su apretón de manos fue precario e incierto, como si no le sedujera la costumbre, y en verdad no lo seducía, porque las personas de piel fina, de contextura ligera, delgadas, que Sheldon llama cerebrotónicas, no disfrutan mucho del contacto físico. Su voz era clara y estaba hermosamente modulada, con un timbre agudo, casi de trino, del cual tomé plena conciencia pocos días más tarde en el congreso de la A.P.A. Nos hallábamos en el vestíbulo, junto al salón de sesiones, cuando la voz de Aldous cortó el bullicio como la hoja de un cuchillo:

«Pero Humphry, es increíble que en un país marxista como este…». Corría el año 1953, en el apogeo de la era de McCarthy. «Marxista» era una palabra diabólica en la ciudad de Los Ángeles.

Lo que me impresionó desde el principio y siguió impresionándome durante los años de nuestra amistad fue la bondad y la tolerancia de este hombre, cuyos escritos me habían hecho suponer a veces que sería un individuo desencantado, cínico e incluso salvaje.

Tardé un tiempo en entender que Bertie era Bertrand Russell, que Tom Eliot era T. S. Eliot, y que Lawrence era, por supuesto, D. H. María me contó que cuando ella estaba mecanografiando

el manuscrito de *Lady Chatterley*, Lawrence se le acercó un día desolado y avergonzado. Espetó: «María, nunca debes volver a usar esa palabra». María le preguntó cuál podía ser la palabra prohibida, y Lawrence pronunció de mala gana la procacidad ahora tan corriente. «Pero Lawrence —protestó ella—, si la usas constantemente en *Lady Chatterley*. Además es una palabra muy buena». Lawrence explicó afablemente que ella no debería volver a usarla porque «le chocaría a Aldous. No es en absoluto una buena palabra, y de todas maneras nunca serviría para nada». María se quedó perpleja porque la palabra no parecía molestar ni

remotamente a Aldous, pero puesto que era evidente que sí disgustaba a Lawrence, cesó de emplearla. Ambos siempre hablaban muy afectuosamente de Lawrence.

Yo había previsto que Aldous sería una persona bien informada, pero desde el primer encuentro hasta el último que tuvimos en Estocolmo el año pasado, nunca dejé de asombrarme y deleitarme con la envergadura, la audacia, la flexibilidad y la cabal jovialidad de su espléndida inteligencia. Cuando estaba a gusto, descerrajaba ideas con la misma gracia, la misma elegancia y el mismo sentido del humor con que un delfín amaestrado juega con una pelota. Ya

estuviéramos en un congreso científico, en una gira turística por Nueva York, visitando el inmenso cementerio de Forest Lawn, caminando por el parque de Surrey que a él le encantaba tanto, rodando por el desierto de Mohave, marchando rumbo al Athenaeum donde, como él decía, «apenas puedes oír tus propios pensamientos entre el chirrido de las hachas políticas, académicas y eclesiásticas que se afilan allí para cortar cabezas», o de compras en Ohrbach's, Aldous no dejaba de discutir cuestiones tanto serias como triviales con su inmensa reserva de conocimientos expertos. Era un enamorado de los chismes interesantes

sobre toda clase de temas: el último descubrimiento científico, los principios teológicos, libros, pinturas, nuevos adelantos en la purificación de aguas residuales, utopías, el sistema de suministro de agua de Los Ángeles (uno de sus temas favoritos), el efecto de la ropa producida en masa sobre los sistemas sociales y políticos, la parapsicología o el futuro de las megápolis… siempre que le dieran la oportunidad de reflexionar y formular comentarios sobre la naturaleza infinitamente extraña de la vida. Aunque estaba muy bien informado siempre aprendía más, y el mejor tributo que uno podía obtener de él era su regocijado:

«¡Pero si es increíble!».

Quienes no lo conocían, o no estaban muy familiarizados con el tema específico que discutía, podían caer en el error de suponer que sus conocimientos eran superficiales, porque lucía su gran sabiduría con desparpajo y nunca era pomposo. Se veía a sí mismo como un hombre culto que hacía todo lo posible por estar al día con su tiempo, y le parecía natural proceder así. Creo que tenía plena conciencia de que era inmensamente inteligente y de que estaba muy bien dotado, pero no consideraba que este fuera un motivo de vanidad o engreimiento. De lo que sí estaba

orgulloso era de poder ganarse la vida con la pluma: disfrutaba de su profesión y sentía por ella un cariño y un interés de artesano. Se veía a sí mismo como un escritor que debía estar en condiciones de comunicarse con toda clase de personas, y no sólo con los sofisticados o los eruditos. Nunca pensaba que pudiera menoscabarlo el hecho de escribir para el cine o para revistas populares. En una oportunidad planeó convertir *Brave New World* en una comedia musical porque le pareció que así divulgaría mejor sus ideas. Escribía para *Playboy* y para *Daedalus*, para *Life* y para *Encounter*, y opinaba que todas estas revistas eran canales

igualmente aceptables para comunicarse con la gente. Les escribía a hombres y mujeres interesantes de todo el mundo y le gustaba reunirse con ellos, y parecía estar igualmente cómodo con sabios, científicos, millonarios, gurúes, dramaturgos y administradores, así como con las personas más chifladas y extravagantes. Y todos parecían disfrutar inmensamente de su inteligencia crítica, objetiva, sagaz, y al mismo tiempo bondadosa y entusiasta.

Aldous me acompañó a una de las principales sesiones del congreso. Asistió a ella con la mayor atención, y se persignaba devotamente cada vez que alguien mencionaba el nombre de Freud.

En *Brave New World* el Salvador se llamaba «Nuestro Ford» o, como algunas personas preferían designarlo, por una razón ignorada, «Nuestro Freud». Esa era una congregación que incluía a muchos freudianos creyentes, así que Aldous tenía en qué entretenerse. Afortunadamente mis colegas psiquiatras estaban tan absortos en los ensalmos que nadie se fijó en él.

Cuando concluyó el congreso, afloró la mescalina, porque yo había confesado que tenía una dosis en mi poder. Maria me aseguró que Aldous estaba ansioso por ingerirla, pues había adivinado correctamente que «los dos ingleses» habíamos eludido el tema. El médico de

la familia no había puesto objeciones. Aldous no tenía dolencias hepáticas. No obstante los comentarios que oí alguna vez sobre las «infortunadas propensiones místicas de sus últimos años», me pareció, tanto entonces como posteriormente, lúcido, realista y atinado. Pero por supuesto, aunque existan ideas generalizadas en sentido contrario, la historia del misticismo concierne a muchos individuos prácticos, perspicaces y socialmente útiles.

Aldous se había agenciado un dictáfono para esa ocasión. No encontré una forma decorosa de zafarme y acordamos realizar el experimento. Pasé

una noche intranquila. A la mañana siguiente, mientras agitaba el agua y observaba cómo los cristales de mescalina de color blanco plateado giraban y se disolvían con un ligero rastro aceitoso, me pregunté si la dosis sería suficiente o excesiva. Esa era una deliciosa mañana de mayo, en Hollywood, sin un atisbo de smog que hiciera arder los ojos, y no demasiado calurosa. Sin embargo estaba intranquilo. Aldous y Maria se afligirían si no surtía efecto, ¿pero y si lo surtía en exceso? ¿Debería reducir la dosis a la mitad? El entorno difícilmente podría haber sido mejor, Aldous parecía un sujeto ideal, Maria era eminentemente

sensata y todos habíamos congeniado, pero no me complacía la posibilidad, por muy remota que esta fuera, de convertirme en el hombre que había hecho enloquecer a Aldous Huxley. Mis temores resultaron ser infundados. La substancia química amarga no actuó tan rápidamente como Aldous había esperado con bastante impaciencia. Disolvió gradualmente la pátina del pensamiento conceptual; las puertas de la percepción se limpiaron, y Aldous percibió las cosas con menos interferencias de su inmenso cerebro racionalizador. Al cabo de dos horas y media noté que surtía efecto, y al cabo de tres comprendí que todo marcharía

bien. Aldous y María quedaron muy complacidos. Yo también, y a mi complacencia se sumó una gran sensación de alivio.

Tres días más tarde volví en avión a Canadá, donde encontré las praderas azotadas por una ventisca tardía. Había disfrutado mucho y esperaba ansiosamente el informe de Aldous, que este desarrolló en un libro famoso: *The Doors of Perception*. A partir de entonces continuamos viéndonos por lo menos una vez por año, y siempre nos escribíamos. Ahora tengo a mi lado su última carta, fechada el 15 de octubre de 1963. Discutía el esquema de un estudio sobre el potencial humano en el cual

trabajábamos conjuntamente. Es típica de él… «Pero como me parezco al viejo de las Termopilas que nunca hace nada correctamente, no encuentro el duplicado». La carta concluye así: «Siento que nunca volveré a servir para nada, pero espero y pienso que esta situación pasará a su debido tiempo (claro que pasará: este es el único refrán que vale para todas las situaciones humanas, tanto buenas como malas)».

Aldous estaba muy interesado en la relación entre el aspecto físico y el temperamento y era íntimo amigo del doctor William Sheldon, uno de los notables pioneros de esta especialidad. Por su intermedio conocí a Sheldon,

quien me dijo que Aldous era una de las poquísimas personas que entendían realmente cuál era su meta. En una de nuestras expediciones a Ohrbach's, en Los Ángeles, adonde habíamos ido de compras, Aldous me inició en el arte de la tipificación somática en la escalera mecánica. Las personas montadas en las escaleras mecánicas se comportan con naturalidad, no imaginan que las observan y están distendidas. Mientras nos cruzábamos con ellas, Aldous exclamaba, por ejemplo: «Humphry, ¿has visto a esa mujer maravillosamente somatotónica, con rasgos aztecas?». Él mismo ilustró las limitaciones que la contextura impone incluso a la

imaginación más viva cuando comentó: «Sabes, no puedo imaginar cómo sería ser Joe Louis». Yo había supuesto que con su profunda comprensión del temperamento no le habría resultado muy difícil entrar en el mundo del gran boxeador. Este es un mundo en el cual todo gira alrededor de esos pocos momentos muy rituales e intemporales que transcurren en el ring, momentos de autenticidad para los que vive un gran pugilista y durante los cuales está realmente vivo. Pero a Aldous, de esqueleto ligero, músculos magros, lineal, delgado y cerebrotónico, le parecía incomprensible que alguien pudiera complacerse en presenciar ese

combate donde se quebrantaban los huesos y se machacaban los sesos, con impactos lacerantes de cuerpos, o que pudiera complacerse participando en él.

Maria falleció no mucho después de mi segunda visita a Los Ángeles. Como sabía que le quedaba poco tiempo de vida, me explicó que estaba muy preocupada por Aldous. Pero este demostró estar mejor pertrechado y ser más adaptable de lo que ella y la mayoría de sus amigos habían previsto.

Me presentó a muchas personas a las que creía que les interesaría nuestro trabajo, y dichas presentaciones dieron muchos frutos. Por ejemplo, la de la señora Eileen Garrett[4] ha desembocado

en diversos estudios que asocian la parapsicología con la psicofarmacología. Y de esto surgieron a su vez excitantes novedades en el campo de la hipnosis, tema favorito de Aldous. Y con su hermano Julian[5], mi colega el profesor Abram Hoffer y yo hemos estado explorando algunas de las ventajas genéticas de la condición esquizofrénica. En nuestro trabajo con substancias psicodélicas (las que manifiestan la mente o revelan la mente), Aldous postulaba una cautelosa audacia, y aconsejaba a los exploradores que hicieran el bien sigilosamente y que evitaran la publicidad. Infortunadamente estos no siempre siguieron sus consejos.

Cuando nos encontrábamos en Nueva York, Aldous casi siempre se precipitaba dentro de una galería y revoloteaba de cuadro en cuadro. Los escudriñaba a través de su lupa y siempre descubría cosas que yo, con mucho mejor vista, nunca había observado.

Fue mientras escribía *Island* cuando me enteré de que padecía el cáncer que habría de matarlo. Fue el día de las elecciones presidenciales, en noviembre de 1960, y yo había volado para visitarlo en Cambridge, Massachusetts, donde estaba disertando. Lo encontré demacrado, cansado y pálido. Me dijo que tenía un cáncer en la lengua, pero

que su médico alimentaba muchas esperanzas de que respondiera a un tratamiento con agujas de radio. Había pensado operarse, pero cuando se enteró de que esto le dificultaría casi con seguridad el habla, desistió. Me pidió que no lo comentara con otros miembros de su familia porque se preocuparían y esto no lo ayudaría. Después desechó el tema y me leyó el capítulo de *Island* dedicado a la medicina Moksha, al empleo de las substancias psicodélicas con el fin de ayudar a la gente a prepararse para el cambio en un mundo en vías de transformación, y de enseñarles la forma de aprender a cambiar para bien y la forma de

prepararse para morir. Está abarrotado de sus mejores ideas, que recompensarán un estudio y una consideración esmerados y que aún no han sido cabalmente valoradas.

A comienzos de 1961, él y Laura perdieron su nuevo hogar en un feroz incendio forestal, y se quemaron todos sus bienes, incluidos libros y papeles. Esa fue una especie de muerte, un despojo total. Como él habría de decir más tarde: «Lo tomé como un signo de que la parca torva me estaba inspeccionando con detenimiento». Sin embargo también capeó este temporal, y durante sus visitas de 1961 y 1962 a Inglaterra, aunque estaba flaco como una

estaca, hasta el punto de que parecía que se lo llevaría el viento, se mostró maravillosamente animado.

Apenas un año antes de morir se detuvo frente a la casa donde había nacido en Charterhouse School, en Surrey, y lo conmovió y sorprendió que el nuevo propietario lo reconociera y lo invitara a entrar. Le resultaba difícil ser una figura pública y tomarse en serio como un gran hombre. Me dijo que los panegíricos lo ponían incómodo, porque le inspiraban ganas de reírse o de mirar en torno para vislumbrar al admirable destinatario de tan elogiosos discursos. Sin embargo, disfrutó de la recepción que le tributaron en Río de Janeiro,

donde durante todos los días de su estancia un periódico publicó una columna titulada *O sabio*. «Este es el único país del mundo donde alguien desea leer diariamente la opinión de un literato sobre las cosas en general». En tanto que Brasilia le pareció cansadora y un poco inhumana, el punto culminante de su visita fue el vuelo Amazonas arriba, para ver a una tribu de indios de la Edad de Piedra. Le dio la bienvenida uno de los estupendos antropólogos del Servicio Indígena, quien al oír el nombre Huxley preguntó: «¿Sir Julian?», y cuando le contestaron: «No, Aldous», prorrumpió en lágrimas de júbilo. Creo que nunca le rindieron un tributo que

valorara más que este.

La última vez que visitó la Academia Mundial de Estocolmo, en agosto, estaba pálido y traslúcido, e incluso había dudado si podría concurrir. El cáncer había reaparecido pero había sido derrotado nuevamente por el momento. Sin embargo Aldous se esforzaba fervientemente por persuadir a los miembros de la Academia de que había que estudiar el potencial humano. Cuando lo logró, se abocó a la preparación de un plan. Yo lo acompañé mientras lo completaba en su habitación del hotel. Estaba absorto en su trabajo. Al contemplarlo, intuí que quizá nunca volvería a verlo, y por ello tomé algunas

fotos del maestro artesano en plena faena. Porque nunca lograba ese estilo coloquial engañosamente desenvuelto sin muchas revisiones escrupulosas. Me explicó que no le resultaba más fácil escribir ahora que veinticinco años atrás. No conocía atajos para escribir bien, como no fuera reescribiendo reiteradamente. Cuando nos separamos yo estaba inquieto, pero procuré ocultar mis malos presentimientos. Aldous debía visitarme en Princeton, en octubre, y sólo faltaban dos meses. Y durante los últimos minutos que pasamos juntos, discutimos quiénes deberían ser invitados a colaborar en la nueva obra. Pero cuando llegó octubre, estaba

demasiado enfermo para viajar. Se había agotado el tiempo ganado mediante el tratamiento con rayos X, y pronto mi querido amigo, el sabio y afable trifibio —pues esta era su propia definición del hombre— dejó de existir.

Capítulo 9

1953 Cartas

El siguiente grupo de cartas escritas después del primer experimento de Huxley con mescalina demuestran su considerable entusiasmo («sin duda la experiencia más extraordinaria y

significativa antes de llegar a la Visión Beatífica») y su creciente interés por las áreas de la parapsicología, la enfermedad mental, la experiencia visionaria y la política de la investigación de drogas. El largo ensayo al que se refiere es, desde luego, The Doors of Perception*, que escribió durante los meses de verano, después de haber realizado un largo viaje en automóvil por el oeste de los Estados Unidos.*

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 631]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, California
21 de junio de 1953

Estimado Humphry:

Nuestro viaje terminó apenas ayer. Esto explica la larga demora en contestar tu carta. Claro que hablaré con Hutchins acerca de tu proyecto[6] cuando se presente la oportunidad apropiada. Mientras tanto creo que sería bueno que describas en un par de páginas mecanografiadas la naturaleza de este. Menciona la importancia potencial de los estudios sobre mescalina desde un punto de vista puramente médico[7], y

después pasa a su importancia en los campos más generalizados de la psicología, la filosofía, la teoría del conocimiento. Subraya que los materiales disponibles aún son ridículamente exiguos, y que se necesitan muchos más casos para determinar cómo reaccionan ante la droga personas de diferentes contexturas y temperamentos. P. ej., si la reacción de los visualizadores de Galton es distinta de la de los no visualizadores. (Estoy seguro de que debe ser distinta. Yo soy un no visualizador y capté muy pocas imágenes. Sin embargo muchos de los que han ingerido la substancia hablan de visiones). Además, ¿existe una

diferencia marcada entre las reacciones medias de los cerebrotónicos, viscerotónicos y somatotónicos extremos? ¿Las personas con marcadas dotes musicales tienen una contrapartida auditiva de las visiones y transfiguraciones del mundo exterior que experimentan los demás? ¿Cómo afecta la substancia a los matemáticos puros y los filósofos profesionales? (Sería interesante probarla en un positivista lógico. ¿Acaso este, como Tomás de Aquino en las postrimerías de su vida, cuando le fue concedida una experiencia de «contemplación inspirada», dirá que toda su filosofía era paja y polvo, y se negará a continuar su lucubración

intelectual?). Armado con este resumen del proyecto, y también con mi propio ensayo sobre el tema [*The Doors of Perception*] (que promete convertirse en un trabajo de largo aliento, dada la cantidad de interrogantes que plantea, y los distintos tipos de luz que proyecta, en tantas disciplinas), entrevistaré a Hutchins y procuraré despertar su interés. Creo que es muy probable que él mismo quiera probar la substancia, y puesto que hay varias personas de diversas idiosincrasias que han expresado, o ciertamente expresarán, el deseo de intentar el experimento, ¿no será posible que tomes recaudos para venir tú, o para que venga John

Smythies, más adelante, por unos pocos días, con el fin de realizar la investigación? Las partes interesadas podrían sufragar los gastos de viaje, y podríais alojaros en nuestra casa, o en casa de Hutchins o de algún otro si fuera necesario ir a Pasadena para entrar en contacto con la Fundación Ford o con los físicos del Caltech. Dime si la idea te parece viable y empezaré a preparar el terreno. Mientras tanto envíame tu resumen. Cuando mi ensayo esté terminado te lo mandaré.

Maria también os envía sus mejores deseos a ti y a tu familia.

Tuyo,

Aldous H.

A HAROLD RAYMOND[8]

[SMITH 632]

740 North Kings Rd.
Los Ángeles 46, Cal.
21 de junio de 1953

Mi estimado Harold:

Regresamos ayer de una gira de tres semanas por el Noroeste y encontramos tu carta sobre Penguin. Tiendo a coincidir contigo en que esta es una buena jugada, así que resolveremos

llevarla adelante.

El volumen de ensayos en el que he estado trabajando esporádicamente desde hace un tiempo marcha bastante bien, y espero tener lista la colección completa en otoño. Ahora me ocupo de lo que promete convertirse en un ensayo muy extenso sobre una experiencia con mescalina, que realicé en el pasado mes de mayo, cuando vino a alojarse con nosotros un joven psiquiatra inglés excepcionalmente capaz, que ahora investiga el problema de la esquizofrenia junto con un equipo de jóvenes médicos y bioquímicos igualmente emprendedores, en Canadá. Probablemente has leído descripciones

de experiencias con mescalina: la de Havelock Ellis, por ejemplo, o la de Weir Mitchell[9], y también ha habido muchas otras. Se trata sin duda alguna de la experiencia más extraordinaria y significativa que está al alcance de los seres humanos antes de llegar a la Visión Beatífica: postula una multitud de problemas filosóficos, y arroja intensa luz y plantea todo tipo de interrogantes en los campos de la estética, la religión, la teoría del conocimiento. Lo más extraordinario de la mescalina —el principio activo del cacto peyotl que utilizan los indios de América del Norte en sus ceremonias religiosas, y que ahora ha sido sintetizado— es que se

trata de una substancia casi totalmente desprovista de efectos tóxicos. No produce resultados físicos desagradables, si se exceptúa una ligera sensación de mareo al principio; no reduce la capacidad intelectual; y no produce la menor resaca… sólo una transformación de la conciencia para que uno sepa exactamente a qué se refería Blake cuando dijo: «Si se limpiaran las puertas de la percepción todo aparecería tal como es: infinito y santo». El esquizofrénico alcanza ocasionalmente este tipo de conciencia, pero como empieza con miedo y como el hecho de ignorar cuándo y de qué manera emergerá de esta condición de

conciencia modificada tiende a intensificar dicho miedo, sus experiencias más comunes son de Otro Mundo, que no está situado en el cielo sino en el infierno y el purgatorio. Estos jóvenes de Canadá están sobre la pista de algo inmensamente importante: un elemento bioquímico que contribuye a causar la esquizofrenia. La mescalina y la droga recientemente aislada, el ácido lisérgico, que surte el mismo efecto, están muy próximas, desde el punto de vista químico, a la adrenalina. Y uno de los productos derivados de la adrenalina, el adrenocromo, que puede aparecer en el organismo, está en condiciones de generar, cuando se lo

aísla, experiencias muy afines a las que genera la mescalina. Así que quizá nos estamos acercando a un medio para curar o prevenir esta plaga moderna de gran envergadura. ¿Quién sabe?

Nuestros cariños para ambos.

Tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 642]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, California

31 de octubre de 1953

Estimado Humphry:

… Gracias por el ejemplar de *Macleans*. El artículo era muy interesante[10]. ¿El ácido lisérgico produce esos resultados aterradores? ¿O acaso le administrasteis a vuestro conejillo de Indias una dosis excesiva? ¿O, en cambio, el sujeto ya tenía una ligera neurosis que se magnificó hasta tornarse irreconocible? Cualquiera que sea la respuesta, lo que continúa siendo inexplicable es la naturaleza de estas visiones. ¿Quién inventa semejantes prodigios? ¿Y por qué el no-yo

responsable de la invención pone el acento precisamente en estas cosas? Las joyas y las arquitecturas parecen ser casi específicas: un síntoma regular de la experiencia con mescalina. Me pregunto si esto tiene algo que ver con las fantasías de las Mil y Una Noches y de otros cuentos de hadas. Sin duda los palacios enjoyados son, en parte, una materialización de deseos: lo opuesto a la experiencia cotidiana. Pero también pueden ser auténticas *choses vues*, elementos del paisaje corriente de determinado tipo de personas. Sería interesante saber si los niños, que no saben nada de joyas, o los seres primitivos, para los cuales los

diamantes, los rubíes, etcétera, carecen de sentido, verían algo semejante…

Tuyo,
Aldous

Capítulo 10

1954
Las puertas de la percepción

ALDOUS HUXLEY

La publicación de este delgado volumen —The Doors of Perception—

en medio del erial psíquico e intelectual de la administración Eisenhower y las audiencias de McCarthy, produjo un profundo impacto cultural. El cuadragésimo libro de Huxley, cuyo título ha sido tomado de The Marriage of Heaven and Hell*, del poeta visionario William Blake, es una de las obras clave de la literatura psicodélica. Al comenzar la última década de su vida, cuando le faltaban pocos meses para cumplir sesenta años, Huxley descubrió la «clave del acceso químico».*

Por tratarse de la descripción literaria de un experimento científico, las citas son típicamente numerosas. El

tono es de máxima racionalidad, respaldada por el testimonio personal y la evidencia histórica. Otra fuente literaria importante, además de Blake, es El libro tibetano de los muertos, *que habría de tener una figuración tan destacada en su vida y sus escritos posteriores. Huxley llegó a la conclusión de que, si bien la mescalina era superior a la mayoría de las drogas consumidas por la humanidad, «aún no es la droga ideal». Pero el concepto de Moksha estaba mucho más próximo después de su primer experimento con mescalina. En la iniciación psicodélica de Huxley estuvo presente, además del doctor Osmond, que actuó como*

supervisor médico, la esposa de Aldous, Maria, a la cual dedicó The Doors of Perception.

Fue en 1886 cuando el farmacólogo alemán Louis Lewin[11] publicó el primer estudio sistemático del cacto, que posteriormente fue bautizado con su propio nombre. El *Anhalonium Lewinii* era nuevo para la ciencia. Para la religión primitiva y para los indios de México y del sudoeste de los Estados Unidos era un amigo de tiempo inmemorial. En verdad, era mucho más que un amigo. Para decirlo con las palabras de uno de los primeros

visitantes españoles del Nuevo Mundo, «comen una raíz que llaman peyote, y que veneran como si fuese una deidad».

La razón por la cual la veneraban como a una deidad salió a luz cuando eminentes psicólogos como Jaensch[12], Havelock Ellis[13], y Weir Mitchell[14] iniciaron sus experimentos con mescalina, el principio activo del peyote. Es cierto que estos se detuvieron bastante antes de caer en la idolatría, pero todos coincidieron en asignar a la mescalina un puesto entre las drogas de singular importancia. Administrada en dosis adecuadas, cambia la cualidad de la conciencia más profundamente que cualquier otra substancia del repertorio

farmacológico, y sin embargo es menos tóxica.

La investigación sobre la mescalina ha continuado esporádicamente desde los tiempos de Lewin y Havelock Ellis. Los químicos no sólo han aislado el alcaloide sino que han aprendido a sintetizarlo, de modo que las existencias ya no dependen de las escasas e intermitentes recolecciones de un cacto del desierto. Los alienistas se han administrado a sí mismos dosis de mescalina con la esperanza de comprender mejor, de primera mano, los procesos mentales de sus pacientes. Los psicólogos han observado y catalogado algunos de los efectos más llamativos de

la droga, trabajando, infortunadamente, con muy pocos sujetos y dentro de un marco muy estrecho de circunstancias. Los neurólogos y los fisiólogos han averiguado algo acerca de los mecanismos de su acción sobre el sistema nervioso central. Y por lo menos un filósofo profesional ha ingerido mescalina para verificar qué luz arroja sobre ciertos antiguos enigmas aún no resueltos, como el que concierne al lugar que ocupa la mente en la naturaleza y a la relación entre el cerebro y la conciencia.

Las cosas quedaron así hasta que, hace dos o tres años, se observó un hecho nuevo y quizá muy significativo.

En realidad, este hecho había estado a la vista de todos durante varias décadas, pero sucedió que nadie le prestó atención hasta que un joven psiquiatra inglés, que trabaja actualmente en Canadá, se sintió impresionado por la estrecha semejanza que existe entre la composición química de la mescalina y la de la adrenalina. Ulteriores investigaciones revelaron que el ácido lisérgico, un alucinógeno extraordinariamente poderoso que se extrae del cornezuelo del centeno, tiene una relación estructural bioquímica con las otras dos substancias. Luego se descubrió que el adrenocromo, que es un producto de la descomposición de la

adrenalina, puede generar muchos de los síntomas observados en la intoxicación con mescalina. Pero es probable que el adrenocromo aparezca espontáneamente en el organismo humano. En otras palabras, quizá cada uno de nosotros es capaz de producir una substancia química que, en dosis minúsculas, causa cambios profundos en la conciencia. Algunos de estos cambios son similares a los que se manifiestan en esa plaga arquetípica del siglo veinte que es la esquizofrenia. ¿El trastorno mental se debe a un trastorno químico? ¿Y el trastorno químico se debe, a su vez, a malestares psicológicos que actúan sobre las suprarrenales? Sería

apresurado y prematuro afirmarlo. Lo más que podemos decir es que se ha probado una especie de caso *prima facie*. Mientras tanto se investiga sistemáticamente el indicio, y los sabuesos —bioquímicos, psiquiatras, psicólogos— siguen la pista.

Merced a una serie de circunstancias que para mí fueron extraordinariamente afortunadas, en la primavera de 1953 yo me encontré cabalmente atravesado sobre dicha pista. Uno de los sabuesos había viajado a California por razones profesionales. Aunque ya hacía setenta años que se estudiaba la mescalina, los materiales psicológicos que tenía a su alcance continuaban siendo

absurdamente escasos, y estaba ansioso por complementarlos con otros. Yo estaba a mano y dispuesto a convertirme en su conejillo de Indias. En verdad, estaba ávido por desempeñar ese papel. Así fue como en una radiante mañana de mayo[15] ingerí cuatro décimas de gramo de mescalina, disueltas en medio vaso de agua y me senté a esperar los resultados.

… Enfrentado con una silla que parecía el Juicio Final —o, para ser más exacto, enfrentado con un Juicio Final que, después de mucho tiempo y con considerables dificultades, identifiqué

como una silla— me encontré de pronto sobre el filo del pánico. Tuve la repentina sensación de que eso iba demasiado lejos. Demasiado lejos, a pesar de que iba hacia una belleza más intensa, hacia un significado más profundo. Un análisis retrospectivo me indica que lo que temía era quedar abrumado, desintegrarme bajo la presión de una realidad más descomunal que la que podía soportar una mente acostumbrada a pasar la mayor parte del tiempo en un confortable mundo de símbolos. La literatura de la experiencia religiosa es rica en referencias a los tormentos y terrores que aplastan a quienes se han encontrado, de manera

demasiado repentina, cara a cara con alguna manifestación del *Mysterium tremendum*. En lenguaje teológico, este medio se debe a la incompatibilidad entre el egoísmo del hombre y la pureza divina, entre la independencia exasperada del hombre y la infinitud de Dios. Podríamos afirmar, con Boehme y William Law, que las almas impenitentes sólo pueden captar la Luz divina en todo su esplendor como un fuego quemante del purgatorio. Se puede hallar una doctrina casi idéntica en *El libro tibetano de los muertos*, que describe cómo el alma difunta huye dolorida de la Pura Luz del Vacío, e incluso de las Luces menores y

mitigadas, para arrojarse de cabeza en las tinieblas reconfortantes del yo en forma de ser humano renacido, o incluso de bestia, de espectro desdichado, de criatura del infierno. Cualquier cosa antes que la refulgencia abrasadora de la Realidad sin afeites… ¡cualquier cosa!

El esquizofrénico es un alma no sólo impenitente sino para colmo desesperadamente enferma. Su dolencia consiste en la incapacidad para evadirse de la realidad interior y exterior —como lo hace habitualmente el individuo cuerdo— y refugiarse en el universo doméstico del sentido común, en el mundo estrictamente humano de las ideas útiles, los símbolos compartidos y

las convenciones socialmente aceptables. El esquizofrénico se parece a un hombre sometido permanentemente a la influencia de la mescalina, y por tanto incapaz de aislarse de la experiencia de una realidad con la que no puede convivir porque no es suficientemente santo, que no puede desechar mediante explicaciones porque se trata del más terco de los hechos primarios, y que, al no permitirle mirar nunca el mundo con ojos sencillamente humanos, lo asusta hasta el punto de hacerle interpretar su naturaleza inexorablemente extraña, la abrasadora intensidad de su significación, como manifestaciones de malevolencia

humana o incluso cósmica, malevolencia ésta que reclama los contraataques más desesperados, que van desde la violencia asesina en un extremo de la escala, hasta la catatonia, o el suicidio psicológico, en el otro. Y una vez lanzados por el camino descendente, infernal, jamás podríamos detenernos. Ahora esto es harto evidente.

—Si se emprendiera la marcha en sentido equivocado —dije, contestando las preguntas del investigador—, cuanto sucediese sería una prueba de la conspiración urdida contra uno. Todo se confirmaría a sí mismo. No se podría exhalar un suspiro sin saber que este forma parte de la confabulación.

—¿Así que cree saber dónde reside la locura?

Mi respuesta fue un «sí» rotundo y sincero.

—¿Y podría controlarla?

—No, no podría. Si alguien partiera del miedo y el odio como premisa mayor, debería llegar hasta la conclusión.

—¿Podrías fijar tu atención en lo que *El libro tibetano de los muertos* llama la Luz Clara? —me preguntó mi esposa.

Dudé.

—¿Si pudieras fijarla, esto mantendría alejado el mal? ¿O no podrías fijarla?

Estudié un rato la pregunta.

—Quizá —respondí al fin—, quizá podría… pero sólo en compañía de alguien que me hablase de la Luz Clara. No es posible hacerlo a solas. Supongo que este es el sentido del ritual tibetano: alguien que está ahí sentado todo el tiempo y te dice qué es cada cosa.

Después de escuchar la grabación de esta parte del experimento, cogí mi ejemplar de la versión Evans-Wentz de *El libro tibetano de los muertos* y lo abrí al azar. «Oh, tú, que has nacido noblemente, no permitas que tu mente se distraiga». En esto residía el problema: no debía dejarme distraer. No debía dejarme distraer por el recuerdo de

viejos pecados, por placeres imaginados, por el regusto amargo de antiguos agravios y humillaciones, por todos los temores y el odio y los apetitos que generalmente eclipsan la luz. ¿Acaso los psiquiatras modernos no podrían hacer por los dementes lo que aquellos monjes budistas hacían por los moribundos y los muertos? Hacer brotar una voz para asegurarles, durante el día e incluso mientras duermen, a pesar de todo el terror, de toda la perplejidad y la confusión, que la Realidad última sigue siendo inconmovíblemente la misma y que incluso la luz interior de la mente más cruelmente atormentada está hecha de esa misma substancia. Mediante

dispositivos tales como magnetófonos, interruptores equipados con mecanismos de relojería, sistemas de altavoces y parlantes incorporados a las almohadas, sería muy fácil recordar este hecho primordial incluso a los internados en una institución con muy poco personal. Quizás así se podría ayudar a unas pocas almas perdidas para dotarlas de un cierto control sobre el universo —simultáneamente bello y aterrador, pero siempre distinto del humano, siempre totalmente incomprensible— en el cual se ven condenadas a vivir.

No transcurrió demasiado tiempo antes de que me apartaran de los inquietantes esplendores de mi silla de

jardín. La hiedra frondosa que caía del seto formando verdes parábolas refulgía con una especie de radiación cristalina, parecida a la del jade. Un momento después un macizo de pimpollos rojos, en plena floración, estalló en mi campo visual. Las flores, tan apasionadamente vivas que parecían a punto de hablar, se empinaban hacia el azul del cielo. Como la silla bajo los listones, protegían demasiado. Bajé la mirada hacia las hojas y descubrí una filigrana cavernosa de luces y sombras verdes muy delicadas, que palpitaban preñadas de un misterio indescifrable.

Rosas:

las flores son fáciles de pintar,
difíciles las hojas.

El *haiku* de Shiki —que cito en la versión inglesa de R. H. Blyth— expresa, por vía indirecta, exactamente lo que yo sentía entonces: la gloria excesiva y demasiado evidente de las flores, que contrastaba con el milagro más sutil del follaje.

Salimos a la calle. Un gran automóvil de color azul claro se hallaba estacionado junto a la acera. Al verlo, me embargó súbitamente un inmenso regocijo. ¡Qué complacencia, qué absurdo engreimiento irradiaban esas superficies combadas de lustrosísimo

esmalte! El hombre había creado eso a su imagen y semejanza, o mejor dicho, a imagen y semejanza de su personaje favorito de ficción. Me reí hasta que me corrieron lágrimas por las mejillas.

Volvimos a entrar en la casa. Habían preparado la comida. Alguien, que aún no era idéntico a mí, se precipitó sobre ella con apetito voraz. Lo miré desde una distancia considerable y sin mucho interés.

Después de la comida, subimos al auto y fuimos a dar un paseo. Los efectos de la mescalina ya estaban menguando, pero las flores de los jardines seguían vibrando sobre el filo de lo sobrenatural, y los pimenteros y

algarrobos que bordeaban las calles laterales seguían perteneciendo patentemente a algún monte sagrado. El Edén se alternaba con Dodona, el Yggdrasil con la Rosa mística. Y entonces, bruscamente, nos encontramos en una intersección, esperando el momento de cruzar Sunset Boulevard. Delante de nosotros circulaba una corriente ininterrumpida de autos… miles de autos, todos brillantes y refulgentes como el sueño de un ejecutivo de publicidad y cada uno más ridículo que el otro. Nuevamente me desternillé de risa.

Por fin se abrió el Mar Rojo del tráfico y lo atravesamos rumbo a otro

oasis de árboles y prados y rosas. Al cabo de pocos minutos llegamos a un punto panorámico de las colinas y vimos la ciudad desplegada a nuestros pies. Se parecía mucho a la ciudad que había visto en otras ocasiones, lo cual me desencantó bastante. Por lo que a mí concernía, la transfiguración era proporcional a la distancia. Cuanto más próxima, tanto más divinamente distinta. Este panorama vasto y borroso apenas se diferenciaba de sí mismo.

Seguimos adelante, y mientras permanecimos en las colinas, donde un panorama lejano sucedía a otro panorama lejano, la significación se mantuvo en el nivel cotidiano, muy por

debajo del punto de transfiguración. La magia sólo empezó a actuar de nuevo cuando viramos por otro suburbio y nos deslizamos entre dos hileras de casas. Allí, no obstante la fealdad peculiar de la arquitectura, hubo nuevas vislumbres de la alteridad trascendental, atisbos del paraíso matutino. Las chimeneas de ladrillos y los tejados verdes refulgían al sol como fragmentos de la Nueva Jerusalén. Y de pronto vi lo que Guardi había visto y había vertido tan a menudo en sus cuadros, con incomparable maestría: una pared de estuco con una sombra sesgada, desprovista de adornos pero inolvidablemente hermosa, vacía pero preñada con todo el sentido y el

misterio de la existencia. La revelación despuntó y volvió a desaparecer en una fracción de segundo. El auto había seguido su marcha, el tiempo descubría otra manifestación de la eterna Semejanza. «Dentro de la igualdad está encerrada la diferencia. Pero que la diferencia sea diferente de la igualdad no es en modo alguno la intención de todos los Budas. Su intención es tanto la totalidad como la diferenciación». Este macizo de geranios rojos y blancos, por ejemplo… era totalmente distinto de aquella pared de estuco que había quedado cien metros más atrás. Pero la «es-encia» del uno y la otra era la misma, la cualidad eterna de su

transitoriedad era la misma.

Una hora más tarde, cuando habían quedado atrás, ya sin riesgo alguno, otras diez millas y la visita al Drugstore Mayor del Mundo, estuvimos de nuevo en casa, y yo había retornado a ese estado tranquilizador pero profundamente insatisfactorio que denominamos «estar en sus cabales».

Capítulo 11

1954 Cartas

The Doors of Perception *resultó ser la obra más polémica de Huxley. La reacción del público, escribe su biógrafa Sybille Bedford, «pasó por todas las gamas, desde el entusiasmo,*

selectivo e indiscriminado, hasta la desaprobación moral e intelectual, la indiferencia, el bochorno… Los racionalistas pundonorosos encontraron nuevas pruebas de charlatanería y abdicación intelectual, en tanto que a los circunspectos y religiosos les fastidiaba que les ofrecieran un atajo». (Bedford, vol. 2, pág. 162). Pero Aldous, estimulado por la experiencia, ya pensaba en una continuación de Doors*, y se zambullía en viajes, intercambios epistolares y diversas áreas de estudio, algunas de ellas nuevas y otras retomadas: la parapsicología, la privación sensorial (entonces llamada «entorno*

restrictivo») y el ascetismo, la esquizofrenia y el alcoholismo, las metáforas e imágenes celestiales-e-infernales de la literatura y el arte. Él y Maria también ensayaron una droga psicoactiva poco utilizada en los Estados Unidos: el ololiuqui *(semillas de dondiego que contenían aminas del ácido lisérgico), pero la dosis (seis semillas) fue aparentemente tan reducida que no le produjo a Aldous ningún efecto que trascendiera la euforia y la relajación.*

Un largo viaje a Europa y el Oriente Medio incluyó una disertación sobre experiencia visionaria en un congreso internacional de

parapsicología. Al regresar a los Estados Unidos les habló sobre el mismo tema a los alumnos de la Universidad de Duke. Hacia finales de año estaba redactando laboriosamente un libro con sus notas sobre este tema.

A J. B. RHINE[16] [SMITH 649]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, California
17 de enero de 1954

Estimado doctor Rhine:

… Le envío un juego de pruebas de

página de un ensayo sobre la experiencia con mescalina [*The Doors of Perception*] que aparecerá en breve. Me fascina el tema de lo que se podría denominar la fauna y la flora del inconsciente más profundo. Porque aparentemente, detrás del inconsciente personal (que se ocupa de los problemas de nuestra historia privada) y detrás del inconsciente colectivo de Jung, con sus Arquetipos que simbolizan los problemas inmemoriales de la especie, se oculta un mundo que tiene poco o nada que ver con nuestros intereses humanos personales o colectivos: el mundo del cual los poetas y profetas han extraído sus descripciones del infierno y

el cielo, y de las restantes áreas, más remotas, del Otro Mundo. Lo que surge bajo los efectos de la mescalina y en la esquizofrenia es distinto, pero la diversidad exhibe muchos rasgos comunes, y estos rasgos comunes afloran en las descripciones de los paraísos cristiano, musulmán y budista y, cuando la experiencia ha tomado un sesgo negativo, en las descripciones del infierno. En Dante hay muchos elementos muy afines a lo que experimentan y describen los esquizofrénicos y los consumidores de mescalina. Sencillamente es imposible imaginar por qué hemos de llevar con nosotros este vasto universo no humano.

Sólo se trata de «una de esas cosas»… como los marsupiales de Australia, como las jirafas de África, aunque, por supuesto, es algo mucho más extraño. Porque por lo menos los marsupiales y las jirafas se han adaptado a las condiciones de nuestro planeta, en tanto que estos fenómenos celestiales e infernales de nuestro inconsciente profundo parecen ser totalmente ajenos a nuestra experiencia privada o a la experiencia de la raza…

Lo saluda muy atentamente,
Aldous Huxley

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 653]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, California
2 de marzo de 1954

Estimado Humphry:

… Últimamente ha habido tres novedades interesantes. Mi vieja amiga Naomi Mitchison me escribe desde Escocia, después de leer *Doors*, que ella vivió una experiencia casi idéntica de la transfiguración del mundo exterior

durante sus varios embarazos. ¿Esto podría deberse a una alteración temporal de la afluencia de azúcar al cerebro? (También, una desconocida me escribe que tuvo una experiencia análoga a la de la mescalina durante sus ataques de hipoglucemia).

Un desconocido me escribe desde Seattle para decirme que ha logrado cambios extraordinarios de conciencia —que no describe— mediante el ayuno y después de pasar un fin de semana sin dormir. Desde luego, esto es lo que han conseguido tantos místicos, de Oriente y Occidente. El ascetismo sólo es motivado parcialmente por un sentimiento de pecado y un deseo de

expiación, y sólo en parte, en el plano inconsciente, por el masoquismo. También es motivado por el deseo de tomar contacto con el Otro Mundo, y por el conocimiento, personal o vicario, de que la «mortificación» ayuda a trasponer la puerta del muro.

Otro desconocido me estribe desde Los Ángeles. Es un exalcohólico, que tuvo experiencias extáticas en los primeros tiempos de su alcoholismo, y que insiste en que el anhelo de éxtasis es una motivación muy fuerte para muchos alcohólicos, aunque los freudianos digan otra cosa. También tiene amigos indios y conoce a algunos que ingirieron peyote pero que vivieron experiencias terribles,

e insinúa que sabe o que está en condiciones de averiguar muchas cosas acerca de la relación entre el peyotismo y el alcoholismo en la comunidad indígena. No he visto a este hombre, y dudo que tengamos tiempo de verlo antes de nuestra partida. Pero (¡espero que no te moleste!) le he pedido que asiente su información por escrito y que te la envíe. Creo que puede tener un valor considerable. Sugiere que tal vez sería interesante probar el efecto de la mescalina sobre alcohólicos y exalcohólicos. Y pienso que si tu proyecto de investigación se pone en marcha (o incluso si no se pone en marcha), sería fructífero hacerlo[17].

También tengo un amigo amable, idóneo… [A. L. Kitselman], que ha elaborado, a partir de los textos del Budismo Primitivo (textos que puede estudiar en la lengua pali original), una forma de psicoterapia que él llama Terapia E. (E es el equivalente de la Entelequia, el Bodhi). Él, personalmente, ha consumido peyote y se propone iniciarse en la mescalina, bajo supervisión médica. Mientras tanto ha realizado unos pocos experimentos con ololiuqu[i], y ha comprobado que en algunos casos este parece aumentar la sugestibilidad, descargar las tensiones acumuladas durante mucho tiempo, y dar a quien lo consume a obtener vislumbres

de su auténtica naturaleza. Al mismo tiempo, parece facilitar que quienes se encuentran cerca del consumidor entren en algún tipo de relación telepática con este, o acaso deberíamos decir relación subtelegráfica, en la medida en que las experiencias compartidas no son pensamientos sino dolores y malestares, que los ayudantes sienten de manera vicaria (como ha sucedido bajo hipnosis profunda) y en algunos casos «descargan» en beneficio del consumidor, que posteriormente se encuentra mucho mejor. Los hechiceros mexicanos y cubanos utilizan el ololiuqu[i] para aumentar las facultades de percepción extrasensorial y mitigar la

enfermedad, de modo que es posible que en todo esto haya algún elemento psicológicamente objetivo. Cuando lo tomamos nosotros, Leslie LeCron[18] y yo no experimentamos nada excepcional, excepto euforia y, relajación. Maria tuvo algunas visiones muy divertidas y coherentes, cualitativamente distintas de las que tiene en general bajo los efectos de la hipnosis, y más obviamente significativas en un sentido simbólico. Una de ellas parecía un capítulo suplementario de *Monkey*, la maravillosa alegoría china traducida por Arthur Waley. Era una visión en la que el Mono intentaba trepar al cielo por su propia cola: un comentario realmente

admirable sobre las pretensiones del intelecto discursivo.

¿Alguna vez has probado los efectos de la mescalina sobre una ciega o un ciego congénito? Ciertamente sería interesante.

Cariños de los dos para ti y tu familia.

Tuyo,
Aldous

A HAROLD RAYMOND [SMITH 657]

740 N. Kings Rd.,

Los Ángeles 46, Cal.
8 de marzo de 1954

Estimado Harold:

Gracias por tu carta y por las buenas noticias acerca de las ventas del libro [*The Doors of Perception*]… excelentes, debería decir, por tratarse de un ensayo. He visto la crítica de Young, que me gustó mucho, y que satisfizo a mi amigo el doctor Osmond, el psiquiatra bajo cuya supervisión ingerí la substancia. El mismo Osmond está escribiendo una crítica del libro para *Tomorrow*, y su joven colega, el doctor Smythies, publicará un artículo sobre la mescalina en general en la misma

revista. Entre paréntesis, me asombra la cantidad de trabajos que se están realizando en torno de la mescalina. Continuamente afloran novedades: trabajos en Boston, trabajos en Chicago, trabajos en Buenos Aires. En relación con estos últimos, hace uno o dos días irrumpió súbitamente, en mi campo visual, un ítalo-argentino muy competente. Resulta que es la principal autoridad en la química de los alcaloides del cacto, incluida, por supuesto, la mescalina[19].

Lo que dijo Steedman[20] en el sentido de que a veces la droga produce resultados aterradores es, desde luego, absolutamente cierto. (Mencioné este

hecho en el ensayo). Un periodista canadiense llamado Katz suministra una excelente descripción de este terror en el número de octubre (eso creo) de *Macleans Magazine* (publicación canadiense). Katz ingirió la droga bajo la supervisión de Osmond, y su artículo es una narración sistemática, fundada sobre grabaciones y notas taquigráficas, de sus experiencias… que fueron francamente atroces. Es muy extraño que escritores como Belloc y Chesterton puedan entonar loas al alcohol (responsable de aproximadamente dos tercios de los accidentes automovilísticos y de las tres cuartas partes de los crímenes violentos) y que

se los catalogue igualmente como buenos cristianos y personas nobles, en tanto que a cualquiera que se aventure a sugerir que puede haber otros atajos menos perniciosos para alcanzar la trascendencia personal se lo trata como si fuera peligroso maniático drogadicto y un infame corruptor de la humanidad débil de carácter…

Tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 671]

740 N. Kings. Rd.,
Los Ángeles 46, Cal.
25 de octubre, [1954]

Mi estimado Humphry:
Acabo de recibir la carta en que anuncias que llegarás entre el quince y el diecisiete de noviembre. Espero que te quedes aquí tanto como puedas. Si te parece que necesitas mayor sosiego, podríamos irnos por unos días a algún lugar del desierto, o a la costa, o quizás a hacer un corto viaje que combine ambas cosas, lo cual es viable en estos parajes.

Le dimos la mayor parte de nuestra

mescalina a nuestro amigo el doctor Godel, de Egipto, que sabía un poco sobre el tema pero deseaba aprender más. Así que ten la gentileza de venir provisto, pues ya sabes cuán difícil es conseguir cualquier cosa aquí. No recuerdo si te conté que el doctor Puharich ha utilizado ácido lisérgico en los experimentos de percepción extrasensorial, y que ha comprobado que casi en el comienzo había un período de capacidad intensificada, seguido por un largo período de incapacidad, y después por otro período de lucidez cerca del final. Se proponía tratar de reducir la dosis de manera tal que el sujeto permaneciera constantemente en la zona

lúcida, sin trasponer el límite y entrar en el mundo que es totalmente Otro[21]. Obviamente debemos imaginar la mente como un helado napolitano estratificado, con un sabor peculiar de conciencia en cada nivel. Es posible que la farmacología nos permita llegar precisamente al nivel que deseamos, y no más allá.

Entre paréntesis, ¿alguna vez enviaste las piezas teatrales?

Nuestros cariños para todos vosotros.

Tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 672]

740 N. Kings Rd.,
L. A. 46, Cal.
7 de noviembre de 1954

Estimado Humphry:

Por favor, ¿puedes pasarme una pequeña información? ¿Dónde se ha publicado el trabajo de [D. O.] Hebb sobre los efectos del entorno restringido? O, mejor aún, ¿puedes explicarme en una o dos líneas cuál es la naturaleza de las experiencias inducidas por el encierro

en el silencio y la oscuridad? ¿Estas visiones eran semejantes a las que produce la mescalina? Por lo menos quiero mencionar el trabajo en el ensayo sobre «Visionary Experience, Vis. Art and the Other World», que ahora estoy ampliando[22].

Espero verte pronto.

Tuyo,

Aldous

Capítulo 12

1954 Los lejanos continentes de la mente

ALDOUS HUXLEY

La siguiente conferencia es la primera de las muchas disertaciones de Huxley

sobre la consecución de la experiencia visionaria. Eileen J. Garrett, una vieja amiga, era presidenta de la Fundación Parapsicológica que organizaba simposios anuales con la asistencia de figuras destacadas de la especialidad. El interés de Huxley por la parapsicología se remonta a la década de los 30, cuando visitó al doctor J. B. Rhine en la Universidad de Duke, en 1937.

Es difícil hablar de los fenómenos mentales si no es empleando analogías tomadas del universo familiar de las cosas materiales. Se puede decir que

determinado hombre está compuesto por un Viejo Mundo de conciencia personal y, al otro lado de un océano divisorio, por una serie de Nuevos Mundos. Estos Nuevos Mundos del inconsciente nunca se pueden colonizar, rara vez han sido explorados a fondo, y en muchos casos incluso esperan que los descubran. Como sucede en este planeta, si vais a las antípodas de la personalidad consciente de sí misma, encontraréis todo tipo de criaturas por lo menos tan raras como los canguros. En ninguno de los dos casos inventamos estas criaturas. Viven independientemente y fuera de nuestro control. Pero podemos ir a donde están, y observarlas. Existen «allí

fuera», en el equivalente mental del espacio lejano. Desde «aquí dentro», a veces podemos contemplar cómo se dedican a sus misteriosas actividades.

Algunas personas nunca descubren conscientemente sus antípodas. Otras realizan un desembarco ocasional. Otras pocas van y vienen fácilmente y a su antojo. Lo primero que necesita el naturalista de la mente, que debe reunir sus datos para que nos convirtamos en auténticos zoólogos de la mente, es un medio de transporte seguro, fácil y fiable entre los dos Mundos. Existen dos de estos medios. Ninguno es perfecto, pero ambos son suficientemente fiables, fáciles y seguros como para justificar

que los utilicen quienes saben lo que hacen. El primero depende de la mescalina, un alcaloide químico. El segundo depende de la hipnosis. Ambas naves transportan la conciencia a la misma región: la droga tiene un alcance más vasto y penetra más profundamente en la *terra incognita*.

Por lo que concierne a la hipnosis, no sabemos cómo produce sus efectos observados. Ni necesitamos saberlo. Sí sabemos un poco acerca de los efectos fisiológicos de la mescalina. Ésta interfiere el sistema enzimático que regula el funcionamiento del cerebro, menoscaba la eficiencia del cerebro y permite que ingresen en la conciencia

determinados tipos de actividad mental que están normalmente excluidos pues carecen de valor para la supervivencia. Tenemos visiones. Pero no son visiones aleatorias. Lo que sucede en ellas se sujeta a pautas provistas de tanta lógica interna como la que tienen lo que vemos en las antípodas del mundo exterior. Son fenómenos raros, pero dotados de una cierta regularidad.

Estas pautas imponen algunos rasgos comunes a nuestra experiencia visionaria. En primer lugar, y sobre todo, está la experiencia de la luz. Todo se halla brillantemente iluminado, refulge desde dentro, y un caos de colores se intensifica hasta un

paroxismo desconocido en el estado normal. (La mayoría de los sueños normales se desarrollan en blanco y negro o sólo están tenuemente coloreados). Probablemente el color en el sueño o la visión representa la captación de «algo dado» por contraposición a los símbolos dramáticos de nuestros propios esfuerzos o deseos, que generalmente son acromáticos. Las visiones captadas en estas antípodas de la mente no tienen nada en común con lo que soñamos al dormir normalmente, pues esto lo generamos nosotros mismos. Las visiones las vemos porque están allí, pero no son creaciones nuestras. Esa luz

preternatural es característica de toda experiencia visionaria.

A la luz la acompaña el reconocimiento de una significación incrementada. Los objetos dotados de luminosidad propia tienen un significado tan intenso como su color. Aquí, la significación es idéntica a la esencia: los objetos sólo se representan a sí mismos y nada más. Su significado es precisamente este: que son intensamente ellos mismos, y que al serlo, son manifestaciones de la especificidad y alteridad esenciales del universo.

La luz, el color y el significado no existen aisladamente. Modifican los objetos o estos los manifiestan. Ciertos

tipos de imágenes perceptivas se repiten una y otra vez: formas geométricas coloreadas, móviles, vivientes, que se transfiguran ondulando en objetos esquematizados, como alfombras, tallas, mosaicos, transmutándose continuamente en otras formas de color y grandeza más intensos. El observador queda escindido del pasado: ve una nueva creación. Tienen muchas analogías con los cielos y países de hadas del folklore y la religión, prototipo de muchos Paraísos.

Pero también puede existir una experiencia infernal, tan atroz como gloriosa es la otra. En las visiones paradisíacas se produce una sensación de disociación entre el yo y el cuerpo;

en las visiones infernales la conciencia del cuerpo se intensifica y se degrada continuamente. Esto ocurre cuando al sujeto le faltan la fe y la confianza afectuosa, únicas garantías de que la experiencia visionaria será feliz. Y lo que ocurre en las visiones puede ser sólo un anticipo de lo que ocurrirá después del momento de la muerte.

Capítulo 13

1955 La mescalina y el «Otro Mundo»

ALDOUS HUXLEY

En el primer simposio norteamericano sobre substancias psicodélicas, Huxley

fue el único participante que no tenía título médico entre «los Chicos del Electroshock, los Devotos de la Clorpromacina, y las 57 Variedades de Psicoterapeutas» (como le escribió a Humphry Osmond). Su disertación, como era previsible, fue la única que giró en torno a la experiencia con drogas de los «relativamente cuerdos», y no de las personas con alteraciones mentales. Desarrolla, sobre todo mediante referencias artísticas y literarias, ciertas ideas que habría de abordar más detalladamente en Heaven and Hell: *el valor del acceso a «las antípodas de la mente», la experiencia visionaria inducida mediante la*

hipnosis, los alucinógenos, el «transporte» que producen objetos tales como piedras preciosas, las cualidades mágicas que gobiernan estos estados.

Esta noche me propongo hablar de las experiencias con mescalina, no de los neuróticos, sino de quienes, como yo, estamos relativamente cuerdos. Weir Mitchell y Havelock Ellis suministraron, hace muchos años, descripciones clásicas de esta experiencia, y sus relatos se compaginan muy bien con lo que hemos podido testimoniar yo mismo y todos los otros experimentadores que

conozco personalmente. Estas experiencias clásicas con mescalina difieren en muchos sentidos de las que hemos oído analizar esta noche. Casi todas las que hemos oído analizar esta noche están teñidas por el miedo y la ansiedad. Además, contienen abundantes referencias a los recuerdos personales del sujeto y a experiencias traumáticas de su infancia. ¡Cuán distinta es la experiencia clásica con mescalina! Su rasgo más notable, enfáticamente subrayado por todos quienes han pasado por ella, es su naturaleza profundamente impersonal. La experiencia clásica con mescalina no abarca hechos recordados consciente o inconscientemente, no se

refiere a viejos traumas y, en la mayoría de los casos, no está teñida por la ansiedad y el miedo. Es como si quienes la estaban viviendo hubieran sido transportados por la mescalina a alguna región remota, no personal, de la mente.

Utilicemos una metáfora geográfica y comparemos la vida personal del yo con el Viejo Mundo. Abandonamos el Viejo Mundo, cruzamos un océano divisorio, y nos encontramos en el mundo del inconsciente personal, con su flora y su fauna de represiones, conflictos, recuerdos traumáticos y cosas por el estilo. Si seguimos viajando, llegamos a una especie de Lejano Oeste, habitado por arquetipos

jungianos y por la materia bruta de la mitología humana. Más allá de esta región se extiende un ancho Pacífico. Cuando lo sobrevolamos en alas de la mescalina o de la dietilamida del ácido lisérgico, llegamos a las que podríamos denominar las antípodas de la mente. En este equivalente psicológico de Australia descubrimos la contrapartida de los canguros y los ornitorrincos: toda una legión de animales extremadamente improbables, que sin embargo existen y es posible observar.

Ahora bien, el problema es, ¿cómo podemos visitar las áreas remotas de la mente donde habitan estas criaturas? Está claro que algunas personas pueden

ir allí espontáneamente y más o menos a su antojo. Unos pocos de estos viajeros eran artistas, que no sólo podían visitar las antípodas, sino que también podían suministrar un testimonio de lo que habían visto, en palabras o en imágenes. Muchos más son los que han estado en las antípodas y han visto a sus extraños habitantes, pero son incapaces de expresar correctamente lo que han observado. En los tiempos que corren se resisten incluso a proporcionar una versión trunca de su experiencia. El clima mental de nuestra época no es favorable a los visionarios. A quienes han tenido estas experiencias espontáneas, y cometen la imprudencia

de hablar de ellas, los miran con recelo y les dicen que deberían consultar a un psiquiatra. En el pasado, la gente consideraba valiosas las experiencias de este tipo y admiraba a sus protagonistas. Esta es una de las razones (aunque quizá no la única) por las que había más visionarios en otros siglos que en la actualidad.

Quienes no pueden visitar a su antojo las antípodas de la mente (y estos son mayoría) deben hallar un medio de transporte artificial. Un medio que surte efecto en un determinado porcentaje de casos es la hipnosis. Hay personas que, en un trance hipnótico moderadamente profundo, entran en el estado visionario.

Más seguro es el efecto de los llamados alucinógenos: la mescalina y la LSD. Personalmente nunca he probado la LSD, así que sólo puedo hablar, por experiencia, de la mescalina. Ésta nos transporta de una manera muy indolora —porque casi no se manifiestan las horribles náuseas que siguen a la ingestión del cacto peyote, ni produce resaca— a las antípodas de la mente, donde encontramos una fauna y una flora asombrosamente distintas de la fauna y la flora del Viejo Mundo tan conocido de la conciencia personal. Pero así como los marsupiales, aunque improbables, no son de manera alguna fenómenos aleatorios ni ajenos a las

leyes, así tampoco lo son los habitantes de las antípodas de la mente. Estos se ciñen a las leyes de su propia esencia, pueden ser clasificados y su naturaleza extraña posee una cierta regularidad de pautas. Como ha señalado [Heinrich] Klüver en su libro sobre el peyote[23], las experiencias visionarias, si bien varían de un individuo a otro, pertenecen sin embargo a una misma y única familia. Las experiencias con mescalina de tipo clásico exhiben determinadas características bien marcadas.

La más notable de estas características comunes es la experiencia de luz. Se produce una gran

intensificación de la luz, y esta intensificación se experimenta tanto con los ojos cerrados como con los ojos abiertos. La luz parece tener una intensidad preternatural en todo lo que se ve con el ojo interior. También parece tener una intensidad preternatural en el mundo exterior.

A esta intensificación de la luz la acompaña una tremenda intensificación del color, y esto vale tanto para el mundo exterior como para el interior.

Finalmente se intensifica lo que yo llamaría la significación intrínseca. Uno siente que lo que ve, ya sea con los ojos cerrados o con los ojos abiertos, tiene un significado profundo. Un símbolo

representa otra cosa, y este representar otra cosa es su significado. Pero los elementos significativos que se ven en la experiencia con mescalina no son símbolos. No representan otra cosa, no significan nada ajeno a ellos mismos. La significación de cada elemento es idéntica a su ser. Lo importante es que *es*. En una forma paradójica pero muy nítida (para quienes han experimentado esta intensificación de la significación intrínseca), lo relativo se torna absoluto, lo transitorio se torna particularmente universal y eterno.

La luz intensificada, el color intensificado y la significación intensificada no existen aisladamente. Se

hacen inherentes a objetos. Y nuevamente en este caso las experiencias de quienes ingirieron un alucinógeno, mientras se encontraban en buen estado de salud mental y física, y con un grado suficiente de preparación filosófica, parecen ceñirse a pautas bastante regulares. Cuando los ojos están cerrados, la experiencia visionaria comienza con la aparición, en el campo visual, de geometrías vivas, movedizas. Dichas formas abstractas, tridimensionales, están intensamente iluminadas y brillantemente coloreadas. Después de un tiempo tienden a asumir el aspecto de objetos concretos, como alfombras, mosaicos o tallas ricos en

configuraciones. Estos, a su vez, se modulan en edificios suntuosos y refinados, erigidos en parajes de extraordinaria belleza. Ni los parajes ni los edificios se mantienen estáticos, sino que cambian continuamente. En ninguna de estas metamorfosis se parecen a algún edificio o paraje específico visto por el sujeto en su estado corriente y recordado desde un pasado próximo o lejano. Todos estos elementos son nuevos. El sujeto no los recuerda ni los inventa: los descubre, «allí fuera», en el equivalente psicológico de una región geográfica hasta entonces inexplorada.

Por estos parajes y entre estas arquitecturas vivas merodean extrañas

figuras: a veces de seres humanos (o incluso de los que parecen seres sobrehumanos), a veces de animales o de monstruos fabulosos. Al suministrar una descripción directa en prosa de lo que acostumbraba a divisar en sus visiones espontáneas, William Blake explica que veía a menudo seres a los que denominaba Querubines. Dichos seres tenían una estatura de cuarenta metros y no hacían nada que pudiera interpretarse como simbólico o dramático (esta es una característica de los personajes observados en una visión). En este sentido los habitantes de las antípodas de la mente difieren de las figuras que habitan el mundo arquetípico

de Jung, pues no tienen nada en común con la historia personal del visionario ni con los problemas seculares de la raza humana. Son, literalmente, habitantes del «Otro Mundo».

Esto me trae a un detalle muy interesante y creo que significativo. La experiencia visionaria, ya sea espontánea o inducida por las drogas, la hipnosis u otros medios, tiene una asombrosa semejanza con el Otro Mundo, tal como lo encontramos descrito en las diversas tradiciones de la religión y el folklore. En todas las culturas, la morada de los dioses y de las almas en éxtasis es una comarca de insuperable belleza, radiante de color,

bañada por una luz intensa. En esta comarca se ven edificios de indescriptible magnificencia, y sus habitantes son criaturas fabulosas, como los serafines hexápteros de la tradición hebrea, o los toros alados, los hombres con cabeza de halcón, los leones con cabeza humana, los personajes dotados de múltiples brazos o coronados por una cabeza de elefante de las mitologías egipcia, babilónica e india. Entre estas criaturas fabulosas se mueven ángeles y espíritus sobrehumanos que nunca hacen nada, sino que se limitan a disfrutar de la visión beatífica.

La indumentaria de los habitantes, así como los edificios e incluso muchos

elementos del paisaje del Otro Mundo tienen incrustaciones de piedras preciosas. Es interesante saber que lo mismo sucede en el mundo interior abordado mediante la mescalina o la visión espontánea. Weir Mitchell y muchos otros experimentadores que han dejado un testimonio de su experiencia con mescalina, documentan una multitud de gemas vivientes. Estas gemas que, para decirlo con las palabras de Mitchell, parecen racimos de frutos transparentes, radiantes de brillo interior, están incrustadas en los edificios, en las montañas, en la margen de los ríos, en los árboles. Al leer estas descripciones de la experiencia con

mescalina, no podemos menos que evocar lo que las diversas literaturas religiosas del mundo dicen acerca del más allá. Ezequiel habla de «las piedras de fuego» que hay en el Edén. En el Libro de la Revelación, la Nueva Jerusalén es una ciudad de piedras preciosas y de una substancia que a nuestros antepasados debía de resultarle tan maravillosa como las gemas: el cristal. El muro de la Nueva Jerusalén es de «oro semejante al cristal», o sea, que se trata de una substancia transparente, dotada de luz propia, que tiene el color del oro. El cristal reaparece en las mitologías célticas y teutonas de Europa occidental. Entre los

teutones, la morada de los muertos es una montaña de cristal, y entre los celtas es una isla de cristal, con glorietas del mismo material.

Los paraísos hindú y budista son ricos en gemas, como la Nueva Jerusalén, y lo mismo vale para la isla mágica que, en la mitología japonesa, equivale a Avalon y las Islas de Buenaventura.

Entre los pueblos primitivos, que ignoran el cristal y no tienen acceso a las piedras preciosas, el paraíso está adornado con flores que irradian luz propia. Estas flores mágicas desempeñan un papel importante en el Otro Mundo de los pueblos más

avanzados. Pensamos, por ejemplo, en el loto de la mitología budista e hindú, y en la rosa y el lirio de la tradición cristiana.

Se puede objetar que el paraíso no es más que una quimera, y que todos los paraísos están adornados con piedras preciosas precisamente porque estas son preciosas aquí en la tierra. ¿Pero por qué se pensó alguna vez que las gemas eran preciosas? ¿Qué fue lo que indujo a los hombres a invertir cantidades tan colosales de tiempo, zozobras y dinero para descubrir y tallar guijarros de colores? Este hecho es totalmente inexplicable en términos de cualquier tipo de filosofía utilitaria. Mi opinión

personal consiste en que la explicación de la preciosidad de las piedras preciosas se ha de buscar, ante todo, en los hechos de la experiencia visionaria. En las antípodas de la mente existen objetos semejantes a gemas, refulgentes, dotados de luminosidad propia, radiantes de color y significación preternaturales. Los ven los visionarios, y todos quienes los contemplan intuyen que tienen una enorme importancia. En el mundo objetivo, las gemas son lo más parecido a estos objetos visionarios dotados de luminosidad propia. Las piedras preciosas pasan por ser preciosas porque les recuerdan a los seres humanos el Otro Mundo situado en

las antípodas de la mente, el Otro Mundo del cual los visionarios tienen conciencia cabal, en tanto que las personas comunes tienen de él una conciencia vaga, por así decir subterránea. Existe un tipo de belleza mágica, de la cual decimos que nos «transporta». El término ha sido bien escogido, porque es literalmente cierto que determinados espectáculos transportan la mente del espectador… la transportan fuera del mundo cotidiano de la experiencia común, conceptual, y lo llevan al Otro Mundo mágico de la conciencia no verbal, visionaria.

Las flores transportan casi tanto como las piedras preciosas, y yo me

inclinaría a atribuir la pasión casi universal por las flores, el uso casi universal de las flores en los ritos religiosos, al hecho de que estas les recuerdan a hombres y mujeres lo que está siempre allí, en el fondo de sus mentes, con un brillo, un colorido y una significación preternaturales.

No dispongo de tiempo para hablar de la relación entre la experiencia visionaria y determinadas formas de arte. Bastará decir que la relación existe, y que el poder casi mágico que ejercen ciertas obras de arte proviene de que nos recuerdan, conscientemente, o más a menudo inconscientemente, ese Otro Mundo en el cual los visionarios

naturales pueden entrar a su antojo, y al cual el resto de nosotros sólo tenemos acceso bajo los efectos de la hipnosis o de una droga como la mescalina o la LSD.

Capítulo 14

1955 Cartas

Este año Aldous ingirió mescalina dos veces. La primera vez lo hizo en compañía de su viejo amigo el escritor inglés Gerald Heard y de un magnate del uranio, el capitán Albert M.

Hubbard. «Dado que se hallaba en un grupo —escribió Huxley—, la experiencia tuvo un contenido humano del que había carecido la experiencia anterior, solitaria, con su clima de Otro Mundo y su intensificación de la experiencia estética». La segunda sesión con mescalina, guiada por Laura Archera, fue abrumadoramente espiritual, y generó «la conciencia directa, total… del Amor como hecho cósmico primordial y fundamental». Entre estas sesiones se produjo el fallecimiento de su amada Maria, con quien se había casado en 1919. Maria había ingerido mescalina y ololiuqui, había tenido experiencias visionarias

bajo la acción de la hipnosis, y había tenido revelaciones místicas en el desierto. Ella y Aldous habían acompañado a D. H. Lawrence en el momento de su muerte, en 1930. Durante las últimas horas de Maria, Aldous le leyó el Bardo Thodol de El libro tibetano de los muertos.

La mayor parte del ensayo Heaven and Hell *fue escrita en 1955. El año concluyó con el primer experimento de Huxley con LSD, nuevamente en compañía de Heard y Hubbard. Aldous ingirió una pequeña dosis, pero la experiencia fue muy significativa: mientras escuchaba a Bach, comprendió «la esencial perfección del*

universo… la reconciliación de los opuestos… la naturaleza propia de Nirvana del Samsara». También experimentó con un gas psicoactivo compuesto de anhídrido carbónico y oxígeno (carbógeno). Su tentativa de solicitar apoyo para una persona arrestada por posesión de peyote revela otra faceta del carácter de Huxley.

A ROGER Y ALICE GODEL [SMITH 676]

740 North Kings Road,

Los Ángeles 46, Cal.
10 de enero de 1955

Mis queridos Roger y Alice:

… He estado trabajando mucho, puesto que he terminado una novela corta[24], que aparecerá en abril o mayo próximo, y un volumen de ensayos[25] que incluye uno sobre la experiencia visionaria y el Otro Mundo, que visteis la primavera pasada, y que ahora ha sido muy ampliado para incluir un análisis del arte visionario.

Y hablando de visiones, ayer ingerí mescalina, por segunda vez. Esta experiencia no fue menos notable que la

primera, aunque totalmente distinta. Porque dado que me hallaba en un grupo, con otras tres personas, la experiencia tuvo un contenido humano del que había carecido la experiencia anterior, solitaria, con su clima de Otro Mundo y su intensificación de la experiencia estética. Durante cinco horas recibí una serie de ilustraciones luminosas de la máxima cristiana «No juzgues y no serás juzgado» y de la máxima budista: «La enfermedad de la mente consiste en oponer lo que te gusta a lo que te disgusta». Entre paréntesis, últimamente se están produciendo algunas innovaciones interesantes en el campo de la mescalina. Un grupo de

psicólogos y asistentes sociales de Vancouver y Seattle han perfeccionado técnicas para emplearla con fines terapéuticos. Actúa a la inversa de la narco-síntesis. Cuando el tratamiento psicológico se desarrolla bajo la acción de barbitúricos, el yo se adormece y es posible penetrar hasta algunos elementos del inconsciente personal. Pero la mescalina no comprime la conciencia sino que la dilata enormemente, y se abre toda la gama de psiques, hasta llegar a los más elevados niveles superconscientes. El primer tratamiento es de naturaleza negativa, y el segundo es de naturaleza positiva. Y en los casos tratados hasta ahora (aún son

relativamente pocos) los resultados han sido espectaculares. Unos jóvenes delincuentes han sido totalmente transformados en una sola sesión, y la *metanoia* ha persistido. Mientras tanto, un número considerable de académicos y profesionales y hombres de negocios han ingerido la substancia… y todos, sin excepción, han declarado que esta ha sido la experiencia más significativa de su vida, y han comprobado, sobre todo cuando la han tomado en grupo, que la mescalina produce un cambio profundo y perdurable en la cosmovisión. Existen algunas perspectivas de que se cree una comisión mixta —médicos, psicólogos, filósofos, asistentes sociales— para

estudiar la cuestión íntegra. En mi condición de autor del libro primordialmente responsable del gran aumento del interés por la mescalina, espero participar en los trabajos de dicha comisión.

¿Ya han aparecido los diálogos?[26] ¿Y en qué trabajáis ahora? (¡Como si vuestras tareas en el hospital no fueran verdadero trabajo!). ¿Y cómo está la familia de Alice? ¿Y el Hellous?

Espero que 1955 sea un año fructífero y muy feliz para vosotros dos.

Siempre tuyo, querida Alice, y siempre tuyo también, querido Roger,

Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 678]

740 North Kings Rd.,
Los Ángeles 46, Cal.
12 de enero de 1955

Estimado Humphry:

Fue bueno oír tu voz[27] tan claramente a través de los espacios interpuestos. Tu simpático Capitán ensayó un nuevo experimento: la mescalinización en grupo. Los resultados fueron muy buenos para Gerald Heard y para mí, casi nulos

para […], a quien se le administró una dosis pequeña (200 miligramos contra nuestros 300) y que tenía una resistencia inconsciente tremendamente poderosa, y bastante pobres para Hubbard, quien intentó guiar al grupo como había guiado a otros grupos en Vancouver, donde la droga ha servido como instrumento para exhumar culpas y traumas sepultados y para permitir que la gente conviva mejor consigo misma. Gerald y yo huimos de él y nos fuimos a alguna otra parte, pero no a los Otros Mundos remotos de experimentos anteriores. En ambos casos, aunque de manera distinta, fue una experiencia trascendental dentro de *este* mundo y con referencias humanas.

Espero escribir algo acerca de mi experiencia y te enviaré una copia en el momento apropiado. Mientras tanto espero que el buen Capitán, cuyas conexiones con el Uranio parecen servirle de pasaporte para entrar en las esferas más eminentes del gobierno, los negocios y la política eclesiástica, y que está a punto de partir rumbo a Nueva York, tome por asalto las Naciones Unidas, transporte al Cielo a Nelson Rockefeller, y vuelva con millones de dólares. ¡Qué criaturas ingenuas somos los literatos y profesionales! De cuando en cuando el Gran Mundo solicita nuestros servicios y se divierte un poco con los míos, pero tributa toda su

atención y su deferencia al Uranio y al Gran Capital. De modo que debemos consideramos extraordinariamente afortunados por el hecho de que este representante de ambos Poderes Supremos a) se haya interesado tan vehementemente por la mescalina y b) sea un hombre tan simpático.

Te adjunto una carta de Francia, que había extraviado y acabo de rescatar de los abismos del bolsillo de un abrigo. Le he pedido a esta dama farmacológica que te envíe directamente una copia de su tesis. Podría revestir algún interés…

Tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 679]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.
16 de enero de 1955

Mi estimado Humphry:

Gracias por tu carta y por el guión de la charla, que en verdad me gusta mucho. Lo único que puedo sugerirte a manera de cambio es que agregues una o dos líneas, para indicar un poco más específicamente de lo que lo haces qué

es lo que se puede esperar de la investigación sistemática con mescalina y otras substancias. Se puede esperar, por ejemplo, que tal vez arroje nueva luz sobre los mecanismos del conocimiento artístico y científico, y que quizá permita controlar un poco el proceso por demás aleatorio y gratuito de la inspiración. También se puede esperar que arroje luz sobre los problemas de la parapsicología. Y sobre los de la filosofía y la religión.

Gerald y yo pasamos otro día con Al Hubbard, en Long Beach. Nos ha surtido a ambos con una mezcla de anhídrido carbónico y oxígeno[28].

Yo había probado antes este

producto, sin mucho efecto. Pero sospecho que no me lo administraron correctamente, y quizá, después de todo, habrá algo que aprender mediante este procedimiento sencillo e inofensivo. El mismo Hubbard le tiene una confianza implícita…

Tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 713]

Newcomb House, Clapboard Hill Rd.,

Guilford, Conn.
26 de julio de 1955

Estimado Humphry:

Te debo dos buenas largas cartas. No tengo excusa, excepto que he tratado de poner al día muchísima correspondencia atrasada y de completar la serie de apéndices que serán publicados con el ensayo sobre «Visionary Experience and Visionary Art», cuando este aparezca en el próximo mes de enero[29]. El editor me ha fijado el primero de agosto como fecha tope, así que debo trabajar mucho. He escrito uno de los apéndices sobre arte visionario popular, o sea, fuegos de

artificio, pompa, espectáculos teatrales, espectáculos con linterna mágica (muy importantes en el pasado) y ciertos aspectos del cine. Un tema curioso e interesante. Uno de los hechos llamativos consiste en que estas artes dependen estrechamente de la tecnología. Por ejemplo, el progreso de la iluminación artificial a partir de 1750 —velas de esperma de ballena, quemadores de Argand para las lámparas de aceite, luz de gas, luz de calcio a partir de 1825, reflectores parabólicos a partir de 1790, luz eléctrica después de la década de los 80 — ha aumentado inmensamente el poder mágico de la pompa y del espectáculo

teatral. La coronación de Isabel II fue mucho más fastuosa que cualquier ceremonia análoga del pasado, gracias a los reflectores. También se pudo filmar y conservar, en tanto que todas las ceremonias anteriores habían sido espectáculos efímeros y sólo podían alimentar la esperanza de «sobrevivir en los números de Settle un día más». Los fabricantes de máscaras jacobitas tropezaban con el obstáculo insalvable que implicaba la falta de iluminación decorosa. Las linternas mágicas son muy interesantes. Es muy significativo que al invento de Kircher lo denominaran «mágico» y que este nombre contara con la aceptación universal. La luz intensa

sumada al color transparente equivale a la visión. ¿Y te has dado cuenta de que la palabra «fantasmagoría» la acuñaron en 1802 los inventores de una nueva linterna mágica perfeccionada que iba y venía sobre ruedas detrás de una pantalla semitransparente y que podía proyectar imágenes de diversas dimensiones, que un dispositivo automático mantenía enfocadas? No puedo dejar de creer que muchos elementos de la imaginación romántica emanaron del espectáculo de la linterna mágica con sus «vistas cambiantes» (producidas por dos linternas con imágenes convergentes y diafragmas que podían cerrarse y abrirse en correlación

recíproca), sus «fantasmagorías», sus «diapositivas cromotrópicas» (que producían configuraciones tridimensionales móviles, muy semejantes a las de la mescalina). Se captan vislumbres del espectáculo de la linterna mágica en Shelley y, desde otro punto de vista, en Keats, en Fuseli y en John Martin. Y, hablando de linternas, ¿te conté que mi amigo el doctor [L. S.] Cholden[30] había descubierto que el estroboscopio mejora los efectos de la mescalina, tal como lo había descubierto Al Hubbard? Bajo la lámpara centelleante, sus propias visiones geométricas se trocaron en paisajes japoneses. No puede imaginar cómo

diablos se compagina esto con la idea de que los efectos estroboscópicos provienen de la interferencia de dos ritmos: el de la lámpara y el de las ondas cerebrales. Y de todos modos, ¿cuáles son las correlaciones neurológicas entre las experiencias con mescalina y LSD? Y si se forman configuraciones neurológicas, como presumiblemente han de formarse, ¿es posible reactivarlas mediante toques con un electrodo, tal como [Wilder] Penfield reactiva secuencias de memorias, produciendo un recuerdo vivido y completo?

Yo también he celebrado mi cumpleaños, hoy mismo.

¡Cuán rápidamente el Tiempo, el sutil ladrón de edades, me ha sustraído sobre su ala mi sexagésimo primer año!

Afectuosamente,
Aldous

A LA SEÑORA EILEEN J. GARRETT [SMITH 717]

Guilford, Conn.
27 de agosto de 1955

Mi querida Eileen:

… He pasado unos días, a comienzos de

este mes, en Glen Cove, en la extraña comunidad reclutada por Puharich: Alice [Bouverie] y la señora P[uharich] que se comportaron recíprocamente con conspicua cordialidad; Elinor Bond que tuvo notables aciertos telepáticos, pero no produjo nada de interés o valor en la sesión de mediumnidad que me concedió; Frances Farrelly, con su aparato de diagnóstico, que según han demostrado las pruebas de Puharich no es más que un instrumento, como la bola de cristal, para concentrar las facultades de percepción extrasensorial; Harry, el escultor holandés, que entra en trance en las jaulas de Faraday y produce escrituras automáticas en jeroglíficos

egipcios; Narodny, el hombre de las cucarachas, que está preparando experimentos para probar los efectos de la telepatía humana sobre los insectos. Fue todo muy animado y entretenido… y, pienso sinceramente, prometedor. Porque independientemente de todo lo que se pueda decir contra Puharich, este es en verdad muy inteligente, excepcionalmente culto y muy emprendedor. Su objetivo consiste en reproducir mediante métodos farmacológicos, electrónicos y físicos modernos, las condiciones que utilizaban los shamanes para entrar en un estado de clarividencia viajera, para luego, si tiene éxito, enviar gente a

explorar sistemáticamente el «Otro Mundo». Este parece ser un nuevo enfoque del problema de la supervivencia (y de muchos otros) por lo menos tan bueno como cualquiera de los restantes, y es posible que dé algunos resultados interesantes. Mientras tanto, para inmenso deleite de todos, han descubierto que en la propiedad crecen realmente especímenes de *Amanita muscaria*, después de recibir instrucciones para buscarlos por intermedio de la tabla *ouija* mientras intentábamos comunicarnos con la *curandera*[31] del señor [Gordon] Wasson, que se hallaba en ese momento en trance, en México,

bajo los efectos de un hongo. Esto es tanto más notable cuanto que la literatura de la sociedad micológica de Nueva Inglaterra sólo documenta un caso anterior de hallazgo de la *Amanita* en Maine. En Glen Cove ahora han encontrado ocho hermosos especímenes en el mismo lugar. Los efectos, cuando se frota durante unos segundos un trocito del tamaño de la cabeza de un alfiler contra el cuero cabelludo, son tremendamente potentes, y es obvio que habrá que realizar múltiples experimentos, con mucha cautela, para determinar cuál es la dosis precisa del hongo que aumenta los poderes psi.

El lunes iré a Nueva York, me

alojaré en casa de Anita Loos, y conversaré con mi director y productor sobre mi obra [*The Genius and the Goddess*], y el jueves volaré a Los Ángeles. Ellen y Matthew te envían cariños.

Afectuosamente
Aldous

Capítulo 15

1955 Marginada en la oscuridad

LAURA HUXLEY

La experiencia de Aldous con mescalina de octubre de 1955 puede

ser evaluada tanto por el testimonio de Laura Archera —su futura esposa y guía en la sesión— como por su propio testimonio incluido en una carta al doctor Osmond. La descripción sensible de Laura es reveladora no sólo como visión objetiva de Aldous bajo el efecto de una droga psicodélica, sino también por la luz que arroja sobre la función del guía o acompañante psicodélico durante una sesión. Huxley se había propuesto explorar su infancia —Laura era experta en estimular recuerdos y en poner fin a las narcosíntesis mediante técnicas dianéticas— pero en cambio se desarrolló un examen de la naturaleza

del amor en la relación entre él mismo y su guía como «no separación entre sujeto y objeto».

En este informe se analiza el proceso creativo mediante el cual Huxley se inspiró en sus experiencias personales para escribir episodios de Island. This Timeless Moment *también contiene una descripción de la primera experiencia psicodélica de Laura y de las reacciones de Aldous ante ella, incluyendo un comentario que le oyó repetir a menudo en los años posteriores: «Esta droga parece hacer por cada persona lo que dicha persona necesita».*

Ahora, en 1967, cuando la LSD se ha convertido en moneda corriente, comprendo cuánta suerte tuvimos quienes nos aproximamos a la LSD hace diez años, antes de que esta tuviera las vibraciones demoníacas o paradisíacas que tiene ahora… cuando no tenía ecos de gurúes y héroes, de médicos y delincuentes. Abordamos la prueba sin saber qué ocurriría, sin prever que sería como la experiencia de un invitado a la pasada fiesta del sábado a la noche, o como la de Mary Jones, cuyos ojos alucinados, asustados, me miran desde las páginas de una revista. LSD… esas tres letras ahora famosas estaban libres

de asociaciones con la probidad científica y el conformismo *beatnik*, con el paraíso terrenal y la cariñosa preocupación parental… y también estaban libres de los prejuicios, el oscurantismo y la intolerancia. Ahora es inevitable que se produzca la identificación inconsciente con estas ideas, sentimientos y temores, y las consecuencias son desastrosas.

¿Cuál fue mi propia iniciación a la LSD? Fue muy sencilla: Aldous me pidió que le hiciera compañía durante un día íntegro cuando se disponía a ingerir LSD[32].

—Me encantaría pasar todo el día contigo —le respondí—. ¿Hay algo que

deba saber o hacer?

Aldous sonrió.

—Nada… sólo deberás ser como eres.

¿Fue la ingenuidad en lugar de la sabiduría la que me hizo tomar con tanta ligereza aquel comentario?

Llegué a la casa de Aldous aproximadamente a las nueve. Aldous tomó las píldoras y me entregó un papel sobre el que había escrito el objetivo principal que se había fijado para esa sesión. No puedo repetir sus palabras al pie de la letra, pero la esencia era la siguiente: «Deseo conocer el estado de amor y permanecer constantemente en él».

Qué extraño. ¡A mí me parecía que Aldous se hallaba siempre en el estado de amor! Sin embargo, mi opinión no era importante: sólo lo eran sus sentimientos y su búsqueda.

Corría el mes de octubre de 1955. Excepto a través de la lectura de *The Doors of Perception*, yo ignoraba entonces lo que era una sesión psicodélica. Sin embargo, había acumulado cinco años de experiencia como terapeuta. Durante estas sesiones, lo mejor es cancelar las propias opiniones y dejar de lado la tendencia a juzgar a los demás. Basta estar allí, muy atenta y libre. No se trata de que el estado de libertad se alcance siempre, ni

siquiera de que sea alcanzable, pero es uno de los objetivos. El estado de atención sería apropiado, pensé, para la jornada de LSD.

Los niveles en que existimos son probablemente infinitos, aunque hay algunos en los que nos encontramos, más o menos, en la vida cotidiana. Pero una persona en estado psicodélico se halla en niveles completamente distintos. Observé un ejemplo de ello apenas empezó nuestra jornada de LSD: Aldous miraba muy fijamente mi cabello y sonreía con esa sonrisa que después habría de reconocer casi siempre que se hallaba en estado psicodélico. Con una voz más baja y redondeada que la

habitual, dijo, muy lentamente:

—Si al menos pudieras *ver* tu cabello. —Y después de un largo silencio—: No puedes imaginar…

No comenté nada pero recordé el nuevo champú con que me había lavado el pelo el día anterior. ¿Se veía? ¿El color era el correcto? Esto es típico de los diferentes niveles de conciencia. Aldous miraba mi cabello, y veía en él el mismísimo misterio y portento de la vida. Él se hallaba en el plano cósmico, mientras que yo, en el plano cosmético, me preocupaba por el nuevo champú. Permanecí callada, pero me alegré cuando dejó de mirar.

Aldous dijo ese día ciertas cosas

que sólo empecé a entender más tarde. Al comenzar la jornada procuramos penetrar en ese período de la infancia de Aldous acerca del cual guardaba muy pocos recuerdos. Nuestras tentativas fracasaron por completo. Muy pronto cejé en mis esfuerzos cuando me di cuenta de que sucedía algo que me llenaba de temor reverente. No sabía lo que era, pero intuí que nadie tenía derecho a perturbar lo que ocurría con las habituales técnicas de evocación de la psicoterapia. Sentí que eso habría sido como empeñarte en encontrar la foto borrosa de una gran catedral mientras estabas dentro de la catedral misma.

Esa primera jornada psicodélica como acompañante de Aldous transcurrió fácil y sosegadamente. La jornada psicodélica contiene mucho misterio, y a la persona que vive la experiencia le pasan muchas cosas que no puede expresar. Aquel día, como en los muchos otros en que fui la acompañante de un «viajero», me sentí ligeramente afectada por la droga, a pesar de que no la había ingerido y de que nunca lo hago cuando desempeño ese papel. He aquí una de las muchas cualidades inexplicables de estas substancias químicas. Quizás el aliento de la persona que ha ingerido LSD conserva un vestigio de la droga. Quizá

brota por los poros. ¿O acaso este fenómeno se debe a la hipnosis, la imaginación, la transferencia de energía o la telepatía? ¿O a un proceso de ósmosis aún inexplicado? No lo sé. Pero es un hecho que algunos de los acompañantes más sensibles experimentan un ligero efecto de la LSD cuando están en presencia de una persona que la ha ingerido. En argot, esto se llama «realizar un viaje gratuito». Es deseable que ocurra, porque entonces el acompañante no queda excesivamente apartado del viajero: el acompañante puede participar, aunque sea de manera mínima, en el viaje. Esta participación

natural es un elemento básico de la compañía psicodélica.

El primer viaje con Aldous lo recuerdo como una redondez intemporal. Yo no era esta redondez intemporal: Aldous lo era. Mi mente superficial seguía funcionando a su ritmo mezquino, pero tenía suficiente conciencia de la redondez intemporal como para no perturbarla. En el caso de Aldous habría sido difícil perturbarla, pero en las personas que no están tan preparadas como lo estaba él, los sentimientos, la revelación y la reacción pueden ser de otra naturaleza. Lo mismo se aplica a los estados de conciencia. El acompañante no debe interferir dichos estados ni

juzgarlos mediante palabras, ademanes o sentimientos, porque es importante que el viajero los acepte a todos, ya sean beatíficos o infernales, intelectuales o emocionales, o indefinibles, y debe asociarlos con su vida, porque son, en su totalidad, aspectos diversos de él mismo y de su historia.

Como le escribió Aldous al doctor Albert Hofmann, el descubridor de la LSD: «en *Island*, la descripción de las experiencias [psicodélicas] individuales se funda sobre conocimientos de primera mano». Pero aquel día yo no sospechaba ni remotamente, ni habría de sospechar durante mucho tiempo, que estas experiencias habrían de ser la

materia prima de los escritos de Aldous. Me hallaba tan ajena a todo lo relacionado con el proceso literario que me sorprendió tremendamente encontrar en *Island* muchos elementos de nuestras vidas.

Aquella primera jornada de LSD estuvo poblada de revelaciones estéticas. Escuchamos el Cuarto Concierto de Brandemburgo de Bach:

> Por supuesto, era el mismo Cuarto Concierto de Brandemburgo que había escuchado tantas veces en el pasado… el mismo y sin embargo completamente distinto.

Este allegro… lo sabía de memoria. Lo cual significaba que estaba en las mejores condiciones posibles para comprender que antes nunca lo había escuchado de veras… El allegro se revelaba como un elemento del Gran Acontecimiento presente, una manifestación situada a un paso del éxtasis luminoso. El allegro *era* el éxtasis luminoso; era la comprensión no cognoscitiva de todo lo aprehendido mediante un fragmento específico de conocimiento; era la conciencia indiferenciada desmenuzada en

notas y frases y sin embargo todavía omnímodamente idéntica a sí misma. Y desde luego todo esto no pertenecía a nadie. Estaba simultáneamente aquí, allá fuera, y en ninguna parte… Razón por la cual él lo escuchaba ahora por primera vez. Sin dueño, el Cuarto Concierto de Brandemburgo tenía una intensidad de belleza, una profundidad de significación intrínseca, incomparablemente mayores que cuanto él había encontrado hasta entonces en la misma música cuando era su propiedad privada.

… Y esa noche el Cuarto Concierto de Brandemburgo no era sólo una Cosa en Sí, mostrenca; era también, de algún modo imposible, un Acontecimiento Presente de duración infinita. O, más exactamente (y aun más imposiblemente, visto que tenía tres movimientos y era interpretado a la velocidad habitual), carecía de duración. El metrónomo presidía cada una de sus frases, pero la suma de estas no era un lapso de segundos y minutos. Había un *tempo*, pero no había tiempo.

¿Qué había, pues?

—La eternidad.

… Se echó a reír.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó ella.

—La eternidad —respondió él—. Lo creas o no, es tan real como la mierda[33].

Yo podía seguir a Aldous por el mundo de la música y los colores, pero cuando hablaba de la fusión del sujeto y el objeto no le entendía. No le entendía, pero sabía lo que él sabía, y que alguna vez yo también sabría.

—El sujeto y el objeto —repitió

varias veces, apacible y afectuosamente —. No existe separación entre el sujeto y el objeto.

Su sabiduría y mi ignorancia estaban presentes en el silencio de la casona, en la redondez de aquel día. Yo tenía conciencia de ambas, y de la falta de conflicto entre las dos. Toda su persona irradiaba amor y su voz destilaba asombro.

—El sujeto y el objeto… son uno.

Aquel día, en parte como consecuencia de mi experiencia en psicoterapia, y a pesar de que, ay, procuraba no prever nada, había previsto que Aldous quizás hablaría de María. Había alimentado la esperanza

de que hablara, y de que expresara emocionalmente su dolor. Aún no había comprendido que Aldous tenía un sistema propio y mejor para controlar la alquimia insondable mediante la cual transmutamos continuamente nuestros sentimientos e ideas en alguna otra cosa. Aldous transformó su amor por Maria, y el dolor por su pérdida, en la muerte de Lakshmi, un pasaje inolvidable de *Island*.

Durante aquella primera jornada de LSD la imagen de María estuvo presente a menudo. Nos hallábamos en su casa, donde nada había sido modificado desde su muerte. Habíamos pasado un largo rato en silencio, escuchando música.

Entonces terminó el disco, y quise detener el artefacto para evitar el inminente chasquido chocante del interruptor automático. Para ello debería alejarme unos pasos de Aldous en dirección al tocadiscos. Cuando di el primer paso, sentí súbitamente que María estaba presente. Presente, pero no fuera de mí: presente en mí. Atónita y fascinada, comprendí que caminaba como María, que quien caminaba era ella, no yo. Debía de haber dado el tercer o cuarto paso en dirección al tocadiscos y en dirección contraria a Aldous cuando la voz de este me alcanzó y me tocó el hombro. La voz, extraordinariamente firme y afable, dijo:

—Nunca seas nadie más que tú misma.

Aldous no tuvo que volver a recordármelo.

Ahora que tengo experiencia con la LSD, este episodio, que duró, cuando más, dos o tres segundos, me resulta menos sorprendente, aunque no menos misterioso. No puedo explicar qué fue lo que hizo sentir, durante uno o dos segundos, que yo era María… ni qué fue lo que le hizo captar a Aldous mi fugaz sensación. Por cierto no fue el hecho de verme dar dos o tres pasos en una habitación tenuemente iluminada.

Desde aquella primera jornada en que me desempeñé como acompañante

psicodélica he aprendido a estar preparada para no ocultar secretos al viajero. Un individuo en estado psicodélico puede percibir muchas más cosas en los otros seres humanos que cuando está en la situación corriente. El viajero puede ver a su acompañante en distintas edades de la vida, en distintos períodos de la historia, y encarnado en distintas personas, a veces antagónicas. En un momento u otro, durante la sesión psicodélica, el viajero mira a su acompañante. A menudo se trata de un descubrimiento abrumador. El acompañante debe desechar cualquier tentativa de ocultar su yo. Es no sólo inútil, sino que genera una tensión que

los fatiga y distrae a ambos. «¿Quién eres?». La pregunta, enunciada o tácita, es formulada estentóreamente en casi todos los viajeros. El acompañante, silencioso y desnudo, debe saber que no puede contestar, porque la esencia de la respuesta reside tanto en el interrogador como en él mismo.

Capítulo 16

1955
Cartas

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 724]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.
24 de octubre de 1955

Estimado Humphry:

Temo que no nos encontraremos en Nueva York, excepto quizá cuando regreses de Europa. Creo que no iré al Este hasta los últimos días de diciembre, y quizá más tarde: nunca se sabe, cuando está por medio el teatro. ¿Cuánto tiempo te propones pasar en Suiza e Inglaterra? Sería estupendo que nuestras trayectorias se crucen en tu viaje de regreso.

El otro día tuve una experiencia

extraordinaria con mescalina[34]. Después de leer el testimonio de uno de los pacientes de Al —un joven ingeniero canadiense, que bajo los efectos de la LSD se había recuperado de todo tipo de materiales traumáticos sepultados que lo debilitaban de manera crónica, que los había eliminado mediante narcosíntesis apropiadas y que por añadidura había tenido una visión beatífica, de modo que su vida se había transformado de la noche a la mañana— después de leerlo, repito, resolví que tal vez sería interesante descubrir por qué se me ocultan tantos materiales de mi infancia, hasta el punto de que no puedo recordar grandes tramos de mi vida

temprana. De modo que organicé una sesión con una mujer que tiene mucha experiencia en estimular recuerdos y en poner fin a la narcosíntesis mediante técnicas dianéticas, que en muchos casos dan buenos resultados, no obstante todo lo que se puede y se debe decir contra la teoría de la dianética y contra muchos de quienes la practican. A las diez ingerí la mitad del contenido de una cápsula de 400 miligramos y aproximadamente cuarenta minutos después ingerí la otra mitad, y los efectos empezaron a manifestarse con intensidad más o menos una hora y media después de la primera dosis. Tenía pocas visiones con los ojos cerrados, como durante el

experimento que realicé bajo tu auspicio, pero se produjo una gran transfiguración del mundo exterior. Ensayamos los procedimientos dianéticos, guiándonos por la descripción del paciente de Al, pero no afloró absolutamente ningún recuerdo. En cambio ocurrió algo incomparablemente más importante, porque lo que atravesó la puerta cerrada fue la comprensión, no el conocimiento —porque no fue algo verbal ni abstracto — sino la conciencia directa, total, desde dentro, por así decir, del Amor como hecho cósmico primordial y fundamental. Las palabras, por supuesto, tienen una especie de indecencia y han

de sonar necesariamente falsas, con apariencias de patraña. Pero el hecho subsiste. (Evidentemente, el hecho era el mismo que los indios descubren en sus ceremonias con peyote). Yo *era* el hecho. O quizá sería más correcto decir que este hecho ocupaba el lugar donde había estado yo. El resultado fue que no me sentí escindido del mundo humano, como en el primer experimento. Tenía una aguda conciencia de aquel, pero desde la perspectiva del hecho cósmico, vivo y primordial, del Amor. Y las cosas que habían cautivado totalmente mi atención en aquella primera oportunidad las percibía ahora como tentaciones: tentaciones que me inducían

a evadirme de la realidad central rumbo a Nirvanas falsos, o por lo menos imperfectos y parciales, de belleza y simple conocimiento. Hablé mucho de estas tentaciones; comenté la luz que esta comprensión arrojaba sobre la leyenda de san Antonio, sobre el aserto Zen de que, para un Bodhisattva, el Samadhi de Vacuidad, el Nirvana desligado del mundo, desligado del amor, de la compasión y de los seres sensibles, es tan terrible como los tormentos del infierno. Y recuerdo que cité el comentario de Pascal, a saber, que el culto de la verdad sin caridad es una forma de idolatría, porque la verdad es sólo el ídolo de Dios, que no tenemos

derecho a venerar. Y naturalmente lo mismo se aplica a la belleza. (En realidad, la trinidad platónica del bien, la verdad y la belleza es una formulación incorrecta de los hechos. El bien implica el mal y por tanto perpetúa el dualismo. El amor reconcilia a todos los opuestos y es el Uno).

También hablé mucho, para mi propio esclarecimiento posterior, sobre objetos y sujetos. ¡Cuán fácil es, no cesaba de repetir, transformar todo lo que uno mira, incluso un rostro humano, en un objeto puro, un objeto dotado de la más mágica de las bellezas, de las rarezas, de las intensidades de presencia, de pura existencia!

¿Recuerdas que Blake cuenta que vio un rebaño de corderos en el extremo de un prado, y que cuando se acercó a ellos descubrió súbitamente que los corderos eran piezas de la más exquisita de las esculturas? Esta es una buena descripción del proceso de objetivación. Es un efecto parecido al de la cabeza de la Gorgona: miras un objeto sólo con la intención de ver la verdad y la belleza, y se transforma en piedra… en una piedra viva, cambiante, dotada de luz propia, pero no por ello menos piedra, menos escultura. El amor des-objetiva la cosa o la persona percibida. Al mismo tiempo de-subjetiva al perceptor, que deja de ver

el mundo exterior con deseo o aversión, que ya no juzga automática e irrevocablemente, que ya no es un yo cargado de emoción, sino que se descubre a sí mismo como elemento de la realidad dada, que no es un conjunto de objetos y sujetos, sino una unidad cósmica de amor. El pensar en mis propios esfuerzos constantes, y en los de otras personas, por imponer objetividad y subjetividad al hecho cósmico, generando así inenarrables desgracias para todos los implicados, me llenó por un momento de intensa pena. Pero esta también, comprendí, era una tentación de incurrir en la subjetividad en un nivel más elevado, en mayor escala.

Miré algunos libros ilustrados, y me impresionó particularmente un retrato pintado por Boucher, que mostraba a una dama vestida con indumentaria cortesana de la época de Luis XV, de cuerpo entero. Me pareció el ejemplo más perfecto de la objetivación. La función de la costurera consiste en transformar a las mujeres en objetos: objetos para los hombres y objetos para sí mismas. Al mirar el objeto en que han sido convertidas por el diseñador de modas y por su propio anhelo «bovarístico» de ser algo distinto de lo que en verdad son, las mujeres se transforman en sujetos satisfechos e insatisfechos de sí mismos, que

ronronean con plácido regocijo o que maúllan con autocompasión o que bufan y arañan porque alguien ha blasfemado contra el objeto que es su ídolo y ha ofendido así al sujeto que venera al objeto. Y por supuesto lo mismo vale para los hombres… sólo que en el libro no había imágenes de trajes masculinos en boga que me recordaran este hecho.

También contemplé un volumen de fotografías de desnudos, muchos de ellos muy tramposos, fragmentos de cuerpos enfocados desde ángulos anómalos y con extraña iluminación. Nuevamente objetos. La lujuria consiste en las relaciones sexuales con un objeto en provecho de un sujeto… que también

puede disfrutar, como una especie de añadidura, las manifestaciones de goce subjetivo que proceden del objeto. El amor des-objetiva y de-subjetiva, y merced a él, el frenesí que se intensifica hasta la desesperación por la imposibilidad de alcanzar esa posesión total de los objetos, a la cual el sujeto aspira equivocadamente, es sustituido por el hecho primordial de la unidad y la conciencia de la inmanencia mutua.

Entre los productos subsidiarios de este estado, el hecho dado del amor era una especie de comprensión intuitiva de las otras personas, un «discernimiento de espíritus», para decirlo en el lenguaje de la espiritualidad cristiana. Me

encontré diciendo, acerca de mi operadora dianética, cosas que no sabía, pero que, una vez dichas, resultaron ser ciertas. Y supongo que esto es lo que uno debe esperar que ocurra si por casualidad está manifestando el hecho primordial de la unidad mediante el amor y el conocimiento de la inmanencia mutua.

También recuerdo haber dicho que ahora entendía episodios previamente incomprensibles como el beso de Francisco al leproso. Las explicaciones en términos de perversión masoquista, etcétera, son ridículas. Los episodios de esta naturaleza no son más que el desborde de un hecho cósmico

demasiado vasto, por así decir, para el receptáculo que, diseñado por el yo subjetivo a lo largo de toda una vida de relaciones con los objetos aún no ha terminado de disolverse por completo, de modo que el nuevo hecho se encuentra constreñido por los viejos hábitos restrictivos, y por tanto hierve y rebalsa, por así decir, bajo la presión, y debe expresarse mediante recursos que, aunque no son particularmente deseables, sí son completamente comprensibles e incluso, en ese contexto particular, lógicos.

Asimismo recuerdo haber dicho y sentido que no creía que me importara morir, porque la muerte debe de ser

como esta transición de lo conocido (compuesto por los hábitos de toda la vida asociados a la existencia sujeto-objeto) al hecho cósmico desconocido.

No he retenido la intensidad de mi experiencia del estado de amor, pero ciertamente algo perdura, y espero no eclipsarlo mediante una reincidencia en los malos hábitos de antaño. Espero y pienso que mediante la conciencia de lo que se hace de un momento a otro, uno pueda mantenerse fuera de su propia luz.

Lo que aflora como conclusión general es la confirmación de que la mescalina abre verdaderamente la puerta, y de que todo puede salir por esta, incluyendo lo Desconocido en su

forma más pura y omnímoda. Después de la teofanía queda por cuenta del individuo momentáneamente iluminado el «cooperar con gracia», no tanto mediante la voluntad como mediante la conciencia.

Afectuosamente tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.

29 de octubre de 1955

Estimado Humphry:

¡Qué extraño que nuestras cartas se hayan cruzado! Me interesará mucho conocer los detalles de vuestro experimento conjunto y repetir el procedimiento con Gerald y Al, cuando este último venga a Los Ángeles. Por experiencia propia no creo necesario que alguien haga algo para mantener la conciencia de la mescalina en un nivel elevado: por lo que a mí me concierne permanece allí todo el tiempo, por sus propios medios. A mi juicio, un director o maestro de ceremonias sería útil sólo si quisieras mantener la conciencia

alejada del nivel más elevado, sólo si quisieras enderezarla hacia otros cauces laterales, por así decir, encarrilarla hacia áreas «psíquicas» tales como la telepatía, etcétera, o hacia la percepción de los arquetipos (¡si existen, cosa que a veces me pregunto!) de sombras, ánimas o ánimos, como sea el caso (por lo que me concierne personalmente, todos ellos son entes totalmente hipotéticos y pickwickianos). Por supuesto, es perfectamente lícito y deseable realizar estos experimentos, con la condición de que uno recuerde las advertencias de los místicos, que son los únicos que saben algo acerca del tema. En primer lugar, que si bien se producen milagros, desde

luego, estos son gracias vanas, no gracias salvadoras, y últimamente carecen de importancia, o por lo menos no tienen más importancia que todo lo demás, pues todo es, claro está, infinitamente más importante si lo abordas de la manera correcta. En segundo lugar, que los *siddhis*, o poderes extraños, son fascinantes y, por serlo, son peligrosos para cualquiera que tenga interés en la liberación, pues si se les presta demasiada atención pueden convertirse en obstáculos perturbadores. Una expedición a las áreas que bordean la ruta directa a la Luz Clara, aunque sea muy fecunda y rica en recompensas, nunca debe recibir

un trato idólatra, como si llegara a la meta final. Yo opino que sería importante interrumpir de cuando en cuando la experimentación para permitir que los participantes se encaminen, por sus propios medios, hacia la Luz Clara. Pero quizá sería psicológicamente imposible alterar la experimentación y la visión mística, porque, ¿quién, después de haber llegado a comprender por primera vez el hecho primordial de la unidad en el Amor, querría volver a la experimentación en el plano psíquico? Así que será mejor rematar los procedimientos con un ascenso no dirigido hacia la conciencia suprema desconocida. De esta manera no será

necesario interrumpir la experiencia de lo que reviste extraordinaria importancia para cada participante, con el fin de devolverlo a experiencias de valor más reducido y ambiguo. Lo que quiero decir es que la apertura de la puerta mediante la mescalina o la LSD es una oportunidad tan preciosa, un privilegio tan sublime, que no se lo puede descuidar en aras de la experimentación. Hay que experimentar, claro está, pero sería un error conformarse con esto. Hay un punto en el cual el director debe dejar de dirigir y debe dejarse hacer, y dejar que los otros participantes hagan, lo que desean, o más precisamente lo que la Magnitud

Desconocida que ha ocupado su lugar desea hacer. La dirección puede provenir únicamente, o principalmente, de la acumulación de las memorias elementales de la experiencia pasada, de lo conceptualmente conocido; pero la suprema conciencia mística sólo aflora cuando uno se ha emancipado de lo conocido, cuando no hay un fin en vista, aunque este sea intrínsecamente excelente, sino que sólo existe la apertura pura. El servicio de Dios es la libertad perfecta y, a la inversa, la libertad perfecta es el servicio de Dios… y cuando hay un director con un propósito científico o incluso ético, la libertad perfecta no puede existir. En la

práctica, diría yo, esto significa que, al menos durante la última hora de apertura inducida por la mescalina, el director debería hacerse a un lado y dejar que las magnitudes desconocidas de los participantes hagan lo que se les antoje. Si desean hacerse algo recíprocamente, estupendo. Si no lo desean, estupendo también. François de Sales le aconsejó a Madame de Chantal, respecto de los «ejercicios espirituales», que no hiciera absolutamente nada, y que se limitara a esperar. Opino vehementemente que todo experimento debería concluir con, o (si se juzgara que esto es lo mejor) debería ser interrumpido por, un período de simple espera, durante el cual no se

debería suministrar orientación ni desde fuera ni desde dentro. Pienso que, si no procedemos así, estaremos cometiendo una especie de pecado contra el Espíritu Santo. La orientación excluye necesariamente al Espíritu Santo. Concedámosle a la Magnitud Desconocida por lo menos una hora de nuestra receptividad. Las tres o cuatro restantes pueden consagrarse a la experimentación dirigida.

Y ahora deja que te pida un favor. En esta ciudad vive un hombre infortunado (no lo conozco personalmente, pero es amigo de un amigo), que ha utilizado el peyote para su propio consumo y que lo ha suministrado a otras personas que

desean explorar las regiones más remotas de la conciencia, librarse de los traumas y entender el significado de la caridad cristiana. Según parece se trata de una persona muy seria y benemérita, pero ha cometido involuntariamente una falta leve. Porque así es como se cataloga en California la posesión del cacto peyote, y este hombre se había hecho enviar una partida de dichas plantas desde un vivero de Texas, donde el peyote es legal. Tendrá que declararse culpable, porque indudablemente ha transgredido la ley. Pero en el ínterin puede prestar testimonio de que el peyote no es una droga peligrosa. Él tiene algunos datos y yo le he dado

otros. ¿Puedes facilitarle otras referencias, de tipo médico, antropológico y psicológico, sin tomarte demasiado trabajo? Te quedaré muy agradecido si me envías cualesquiera referencias que tengas, para que yo se las pase a este pobre individuo, que en virtud de la ley vigente corre el riesgo de que lo envíen a San Quintín por cinco años, pero que también podría zafarse con una multa y una sentencia de libertad condicional si los testimonios sobre su carácter son favorables (y lo son) y si la defensa logra demostrar, mediante pruebas aportadas por expertos, que el peyote no es una droga peligrosa.

Cariños a la familia.

Afectuosamente,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND

740 North Kings Rd.,
Los Ángeles 46, Cal.
23 de diciembre de 1955

Mi estimado Humphry:

Me alegró mucho recibir tu larga, buena y muy interesante carta. Ciertamente has conseguido hacer una cantidad

asombrosa de cosas en muy poco tiempo.

La semana pasada realizamos nuestro experimento con LSD: Al, Gerald y yo ingerimos 75 microgramos, y […] ingirió aproximadamente treinta. La substancia me pareció más potente que la mescalina, desde un punto de vista físico; por ejemplo, produjo la sensación de frío intenso, como si uno se hallara en estado de shock, que Maria experimentó con la dosis completa de mescalina. Los efectos psicológicos, en mi caso, fueron idénticos a los de la mescalina, y viví el mismo tipo de experiencia que había vivido en la ocasión anterior: la transfiguración del

mundo exterior, y la comprensión, mediante una toma de conciencia que abarca al hombre íntegro, de que el Amor es Uno, y de que esta es la razón por la cual Atman es idéntico a Brahma, y por la cual, a pesar de todo, el universo es perfecto. No tuve visiones con los ojos cerrados… menos aún que en la primera experiencia con mescalina, cuando las geometrías móviles estaban muy organizadas y, en algunos momentos, eran muy bellas y significativas (aunque en otros eran muy triviales). Esta vez incluso las configuraciones estaban mal organizadas y no había nada análogo a lo que Al y […] y su amigo el piloto […] (¿no es

este su nombre?) han descrito. Evidentemente, si no eres un visualizador bien predispuesto o habitual, no tienes visiones interiores bajo los efectos de la mescalina o la LSD, sino sólo una transfiguración exterior. (Gerald tampoco tuvo visiones. No se me ha presentado la oportunidad de discutir con él en detalle la naturaleza de su experiencia, pero ciertamente las visiones con los ojos cerrados no formaron parte de ella). El tiempo era muy diferente. Escuchamos la Suite en Si Menor y la «Ofrenda musical» de Bach y la experiencia fue abrumadora. Otras piezas musicales (por ejemplo de Palestrina y Byrd)

parecieron insatisfactorias, por comparación. Bach fue una revelación. El movimiento de las piezas no cambió, pero se prolongaron durante siglos, y fueron una manifestación, en el plano artístico, de la creación perpetua; una demostración de que la muerte es necesaria y de que la inmortalidad es axiomática; una expresión de la perfección esencial del universo… porque la música estaba mucho más allá de la tragedia, pero incluía la muerte y el sufrimiento con todo lo demás en la imparcialidad divina que es el Uno, que es el Amor, que es el Ser o Istigkeit. ¿Quién era Juan Sebastián? Ciertamente no el anciano caballero con dieciséis

hijos en un asfixiante entorno protestante. Más bien, una inmensa manifestación de lo Otro… pero lo Otro canalizado, controlado, hecho accesible mediante la intervención del intelecto y los sentidos y las emociones. Creo que todos nosotros experimentamos a Bach de la misma manera. Se puede imaginar un ritual o iniciación en el cual un grupo íntegro de personas transportadas al Otro Mundo por uno de los elixires, escucharía conjuntamente, digamos la Suite en Si Menor, y así tomaría una conciencia directa, sin mediación, de la naturaleza divina. (Otro de los discos que probamos fue de música bizantina tradicional: la versión griega del

gregoriano. A mí, por lo menos, me pareció simplemente grotesca. La voz solitaria que berreaba sus Aleluyas y Kiries parecía la de un gigantesco lacayo rindiendo servil homenaje a un Luis XIV considerablemente magnificado. Únicamente la polifonía y sólo la polifonía muy organizada —estructuralmente organizada y no sólo textualmente organizada, como en el caso de Palestrina— puede transmitir la naturaleza de la realidad, con su multiplicidad en la unidad, la reconciliación de los opuestos, la no-dualidad de la diversidad, la propiedad de Nirvana que tiene el Samsara, el amor que sirve de puente entre lo

objetivo y lo subjetivo, el bien y el mal, la muerte y la vida). En esta oportunidad no tuve ninguna sensibilidad psi, y al cabo de pocos minutos nuestro esfuerzo por generarla deliberadamente pareció tan artificial y falso que desistimos. Al comunicó que tenía la percepción psi de los otros miembros del grupo, y Gerald exhibió el mismo tipo de captación profética de los espíritus que caracterizó su primera experiencia con mescalina. No sé si alguna vez yo estaré en condiciones de realizar experimentos psi bajo los efectos de la LSD o la mescalina. Ciertamente, si los experimentos futuros resultan ser como estos últimos dos, deberé pensar que son

sólo pueriles e inútiles. Como supongo que lo son, con fines de Comprensión, aunque no lo sean en absoluto con fines de Conocimiento. Mientras tanto déjame aconsejarte que si alguna vez utilizas mescalina o LSD en la terapia, pruebes el efecto de la Suite en Si Menor. Creo que esta servirá más que cualquier otra cosa para guiar la mente del paciente (sin palabras, sin sugerencias ni imposiciones encubiertas del médico o el clérigo) hacia el Hecho central, primordial, cuya comprensión implica la salud perfecta mientras dura la experiencia, en tanto que es posible que el recuerdo de haberlo comprendido haga las veces de antídoto contra la

enfermedad mental en el futuro. Sin embargo, estoy seguro de que sería muy imprudente someter a un paciente a la acción de música religiosa sentimental, o incluso de buena música religiosa, si esta fuera trágica (por ejemplo, los «Requiems» de Mozart o Verdi, o la «Missa Solemnis» de Beethoven). Juan Sebastián es más seguro porque, en última instancia, es más fiel a la realidad.

Volvamos a tu carta. Claro que el efecto estroboscópico no es retiniano. Uno de los efectos estroboscópicos que experimentó mi amigo el doctor Cholden, consistió en que las configuraciones que veía bajo la

influencia de la LSD se transformaban, al sentarse bajo una lámpara estroboscópica, en paisajes japoneses inefablemente bellos.

Ojalá el viejo Jung no fuera tan aficionado a los símbolos. El problema de los alemanes reside en que siempre recuerdan la frase más tonta de Goethe: «*alles Vergaengliche ist nur ein Gleichnis*». Jamás se dijo un embuste mayor. Todas las transiciones son intemporalmente ellas mismas y, por ser ellas mismas, son manifestaciones del Uno, que está totalmente presente en todo lo particular… si al menos lo viéramos. El simbolismo ha sido un señuelo hediondo que lo ha apartado del

camino de la pista de las Realidades Dadas que existen «allí fuera» en la mente (así como existen allí fuera en el mundo material, a pesar de Berkeley, etcétera), y lo ha conducido al seno de la jungla, acerca de la cual él y sus seguidores escriben en ese estilo inimitablemente ampuloso y exuberante que es típico de los jungianos.

Parece que el estreno de la obra teatral se aplazará: el productor ha embrollado tanto las cosas que ahora no será posible montarla en la fecha estipulada. Como será diferida para un período de elecciones, que es patentemente el peor para una temporada teatral, no me siento demasiado feliz.

Pero esto es lo que te sucede cuando caes en las garras de la gente de teatro. Te buscas complicaciones y vaya si las encuentras.

Transmíteles mis cariños a Jane y la poeta. Espero que el nuevo año os traiga a todos alegría, dicha, prosperidad y comprensión.

Afectuosamente tuyo,
Aldous

Capítulo 17

1956
El Cielo y el Infierno

ALDOUS HUXLEY

Huxley describió su libro Heaven and Hell *como «un largo ensayo... sobre la experiencia visionaria y su relación*

con el arte y las concepciones tradicionales del Otro Mundo. Proviene, desde luego, de la experiencia con mescalina, que a mi juicio ha arrojado mucha luz sobre todo tipo de cosas» (Bedford, vol. 2, pág. 209). El cacto peyote y su alcaloide psicoactivo producen, mucho más que la LSD, efectos visuales que Huxley compara con la pintura y con otras formas de arte popular visionario como los espectáculos de linterna mágica, los fuegos de artificio, las películas en tecnicolor y el estroboscopio… adelantándose, en este último caso, a los Espectáculos Luminosos de Rock Ácido de los años

1960. Analiza la base bioquímica de la experiencia visionaria y los diversos métodos que permiten alcanzarla al margen del «acceso químico», y también la base psicológica para la experiencia visionaria positiva o negativa, prefigurando los parámetros de «encuadre y entorno» de los estudiosos posteriores del Proyecto de Investigaciones Psicodélicas de Harvard.

En esta continuación de The Doors of Perception*, Huxley vuelve a extraer su título de «The Marriage of Heaven and Hell», de Blake.*

A menudo, a la experiencia visionaria negativa la acompañan sensaciones corporales de tipo muy especial y característico. Las visiones beatíficas están asociadas, generalmente, con una sensación de separación respecto del cuerpo, de desindividualización. (Sin duda esta sensación de desindividualización es la que permite que los indios que practican el culto del peyote utilicen la droga no sólo como un atajo para llegar al mundo visionario, sino también como un instrumento para crear una solidaridad afectuosa dentro del grupo participante). Cuando la

experiencia visionaria es terrible y el mundo se transfigura para peor, se intensifica la individualización y el visionario negativo se encuentra asociado a un cuerpo que parece volverse gradualmente más tenso, más compacto, hasta que por fin se haya reducido a ser la conciencia atormentada de una masa de materia condensada, no mayor que una piedra que cabe entre las manos.

Vale la pena señalar que muchos de los castigos descritos en las diversas reseñas del infierno lo son de presión y constricción. Los pecadores de Dante están sepultados en lodo, encerrados en troncos de árboles, congelados en

bloques de hielo, triturados bajo rocas. El *Infierno* es psicológicamente auténtico. Los esquizofrénicos, y aquellos que han ingerido mescalina o ácido lisérgico en condiciones adversas, padecen muchos de sus tormentos.

¿Cuál es la naturaleza de estas condiciones adversas? ¿Cómo y por qué el cielo se transforma en infierno? En algunos casos la experiencia visionaria negativa es el resultado de causas predominantemente físicas. La mescalina tiende a acumularse en el hígado, después de la ingestión. Pero lo más importante para nuestros fines actuales es el hecho de que la experiencia visionaria negativa puede

ser inducida por medios puramente psicológicos. El miedo y la cólera bloquean el camino del Otro Mundo celestial y hacen que el tomador de mescalina se precipite al infierno.

Y lo que vale para la mescalina también vale para la persona que ve visiones espontáneamente o bajo los efectos de la hipnosis. Sobre esta base psicológica se ha erigido la doctrina teológica de la fe salvadora, doctrina que encontramos en todas las grandes tradiciones religiosas del mundo. A los estudiosos de la escatología siempre les ha resultado difícil conciliar su racionalidad y su moral con la materia bruta de la experiencia psicológica. En

su condición de racionalistas y moralistas, piensan que la buena conducta debería ser recompensada y que los virtuosos merecen ganar el cielo. Pero en su condición de psicólogos saben que la virtud no basta por sí sola para lograr la experiencia visionaria beatífica. Saben que las obras están desprovistas de poder, aisladamente, y que es la fe, o la confianza afectuosa, la que garantiza que la experiencia visionaria será dichosa.

Las emociones negativas —el miedo que es la falta de confianza; el odio, la cólera o la maldad que excluyen el amor — son la garantía de que la experiencia visionaria, cuando se produzca, si es

que se produce, será atroz. El fariseo es un hombre virtuoso, pero su virtud es compatible con la emoción negativa. Por tanto sus experiencias visionarias serán probablemente infernales y no beatíficas.

La naturaleza de la mente es tal que el pecador que se arrepiente y hace acto de fe en una fuerza superior tiene más posibilidades de vivir una experiencia visionaria beatífica que las que tiene el pilar de la sociedad, satisfecho de sí mismo, con sus indignaciones rigurosas, su ansiedad por las posesiones y las pretensiones, sus hábitos arraigados que lo inducen a acusar, despreciar y condenar. Esto explica la inmensa

importancia que todas las grandes tradiciones religiosas atribuyen al estado de ánimo que impera a la hora de morir.

La experiencia visionaria no se debe confundir con la experiencia mística. Esta trasciende el ámbito de los opuestos. La experiencia visionaria se mantiene aún dentro de este ámbito. El cielo trae consigo el infierno, e «ir al cielo» no es más liberador que zambullirse en el horror. El cielo no es más que una atalaya desde donde se puede divisar el Territorio divino más claramente que desde el nivel de la existencia individualizada corriente.

Si la conciencia sobrevive a la

muerte corporal, sobrevive, presumiblemente, en todos los niveles mentales: en el de la experiencia mística, en el de la experiencia visionaria, en el de la experiencia visionaria infernal, en el de la existencia individual cotidiana. En la vida, como sabemos por la práctica y la observación, incluso la experiencia visionaria beatífica tiende a cambiar de signo cuando perdura demasiado.

Muchos esquizofrénicos disfrutan de períodos de dicha celestial, pero el hecho de que ellos (a diferencia del consumidor de mescalina) no sepan cuándo les permitirán volver a la trivialidad tranquilizadora de la

experiencia cotidiana, si es que se lo permiten alguna vez, determina que incluso el cielo les parezca abrumador. Pero para aquellos que, por cualquier motivo, están abrumados, el cielo se trueca en infierno, la dicha en horror, la Luz Clara en el aborrecible resplandor del mundo de la embriaguez.

Es posible que algo análogo ocurra en el estado póstumo. Después de haber tenido una vislumbre del fulgor insoportable de la Realidad última, y después de haberse columpiado entre el cielo y el infierno, a la mayoría de las almas les resulta imposible replegarse en esa región más tranquilizadora de la mente donde pueden utilizar sus propios

deseos, recuerdos y fantasías, y los ajenos, para construir un mundo muy parecido a aquel en el que vivieron sobre la tierra.

Entre aquellos que mueren, una minoría infinitesimal está en condiciones de unirse inmediatamente con el Territorio divino, unos pocos están en condiciones de soportar el éxtasis visionario del cielo, otros pocos se encuentran sumidos en los horrores visionarios del infierno y no pueden escapar. La gran mayoría termina en el tipo de mundo que describen Swedenborg y los médiums. Es indudable que de este mundo se puede pasar, cuando se han llenado los

requisitos indispensables, a mundos de éxtasis visionario o de esclarecimiento definitivo.

Yo sospecho que tanto el espiritualismo moderno como la tradición antigua están en lo cierto. *Existe* un estado póstumo como el descrito en el libro *Raymond*, de Sir Oliver Lodge; pero también existe un cielo de experiencia visionaria extática, y existe igualmente un infierno del mismo tipo de experiencia visionaria abrumadora que sufren aquí los esquizofrénicos y algunos de los que ingieren mescalina; y existe asimismo una experiencia, más allá del tiempo, de unión con el Territorio divino.

Capítulo 18

1956
Otra visita a un mundo feliz

ALDOUS HUXLEY

Entre julio de 1955 y abril de 1957, Huxley confeccionó un ensayo mensual

para la revista Esquire, *escribiendo sobre una vasta gama de temas bajo el encabezamiento «From the Study of Aldous Huxley». El siguiente análisis retrospectivo aborda predicciones hechas un cuarto de siglo atrás en su famosa novela, y aventura nuevas hipótesis sobre el futuro de la civilización. «El Soma de* Brave New World *ya no es una quimera lejana»: los sedantes Miltown, Equanil, etcétera, poseen muchas de sus mismas características. El problema es «la droga de elección», expresión profética de una idea que habría de convertirse en un estereotipo a finales de los años 1960. Las drogas que Huxley*

consideraba más interesantes eran la mescalina y la LSD, pero esperaba que los científicos perfeccionaran «otros transformadores de la mente con propiedades aún más notables».

Lo más descorazonador que puede sucederle a un profeta es que quede demostrada su equivocación; apenas menos descorazonador es que quede demostrado su acierto. En los veinticinco años transcurridos desde que escribí *Brave New World*, he vivido ambas experiencias. Los hechos han demostrado que me equivoqué penosamente; y los hechos han

demostrado que acerté penosamente.

He aquí algunos de los detalles en los que erré. A comienzos de la década de los 30, Einstein había igualado la masa y la energía, y ya se hablaba de reacciones en cadena, pero los habitantes del Mundo Feliz no sabían nada acerca de la fisión nuclear. También a comienzos de la década de los 30, todos teníamos conocimiento de la conservación y de los recursos irremplazables, pero las reservas de metales y de combustible mineral eran tan copiosas en el siglo siete después de Ford como lo son las nuestras en la actualidad. En realidad, la situación de las materias primas ya será subcrítica

hacia el año 600 d.F., y el átomo será la principal fuente de energía para la industria. Asimismo, los habitantes del Mundo Feliz habían resuelto el problema demográfico y sabían cómo mantener una relación permanentemente favorable entre el número de habitantes y los recursos naturales. En realidad, ¿nuestros descendientes lograrán esta dichosa consumación en los próximos seis siglos? Y si *la logran*, ¿será a fuerza de una planificación racional, o merced a esos agentes inmemoriales que son la peste, el hambre y las guerras intestinas? Por supuesto, es imposible preverlo. Lo único que podemos augurar con una dosis razonable de certidumbre

es que (si sus gobernantes resuelven abstenerse de desencadenar el suicidio colectivo) la humanidad viajará a velocidad vertiginosa por uno de los tramos más peligrosos y congestionados de su historia.

Los habitantes del Mundo Feliz producían a sus hijos en fábricas bioquímicas. Pero aunque los bebés en frascos no están totalmente descartados, es virtualmente seguro que nuestros descendientes continuarán siendo, en verdad, vivíparos. No existe el peligro de que el Día del Frasco sustituya al Día de la Madre. La predicción la formulé con fines estrictamente literarios, y no como un pronóstico razonado de la

historia futura. En este contexto sabía por anticipado que se demostraría mi error.

Ahora pasamos de la biología a la política. La dictadura descrita en *Brave New World* era global y, dentro de su estilo peculiar, benévola. A la luz de los acontecimientos presentes y de las tendencias en desarrollo, me aflige sospechar que es posible que también me haya equivocado en este pronóstico. Es cierto que aún falta mucho para el siglo siete después de Ford, y quizá para entonces las penurias económicas, o el caos social derivado de la guerra nuclear, o la conquista militar por una sola Gran Potencia, o alguna tétrica

combinación de estos tres factores, habrán intimidado a nuestros descendientes hasta inducirlos a hacer lo que deberíamos estar haciendo ahora por motivos de interés propio y esclarecido y de humanitarismo normal, a saber, colaborar por el bien común. No se puede pretender que, en tiempos de paz, y cuando la situación es tolerable, el pueblo vote medidas que, aunque beneficiosas en última instancia, tendrán, previsiblemente, algunas consecuencias desagradables a corto plazo. Las fuerzas disgregadoras son más poderosas que las que fomentan la unión. Los intereses creados en el campo de los idiomas, de las filosofías

de la vida, de los buenos modales, de los hábitos sexuales, de las organizaciones políticas, eclesiásticas y económicas, son suficientemente poderosos como para bloquear todas las tentativas de unir a la humanidad por su propio bien mediante métodos racionales y pacíficos. El nacionalismo, con sus Cincuenta y Siete Variedades de dioses tribales, es la religión del siglo veinte. Podemos ser cristianos, judíos, musulmanes, hindúes, budistas, confucionistas o ateos, pero continúa en pie el hecho de que hay una sola fe por la cual muchísimos de nosotros estamos dispuestos a morir y matar, y esta fe es el nacionalismo. Parece harto probable,

cuando menos, que el nacionalismo seguirá siendo la religión dominante de la raza humana durante los próximos dos o tres siglos. Si se evita la guerra total, nuclear, es probable que asistamos, no al surgimiento de un estado mundial único, sino a la prolongación, en peores condiciones, del sistema presente, en virtud del cual los estados nacionales se disputan los mercados y las materias primas y se preparan para guerras parciales. Probablemente la mayoría de dichos estados serán dictaduras. Y lo serán inevitablemente, porque la presión creciente de la población sobre los recursos determinará que las condiciones internas sean más difíciles y

la competencia internacional sea más feroz. Los gobiernos de los países hambrientos caerán en la tentación de imponer controles cada vez más estrictos, para impedir el derrumbe económico y reprimir el descontento popular. Además, la desnutrición crónica reduce la energía física y perturba la mente. El hambre y el autogobierno son incompatibles. Incluso donde la dieta media suministra tres mil calorías diarias, ya es bastante difícil hacer funcionar la democracia. En una sociedad donde la mayoría de la población se sustenta con mil setecientas o dos mil calorías diarias es sencillamente imposible. La mayoría

desnutrida siempre será gobernada, desde arriba, por los pocos bien alimentados. A medida que aumente la población (somos dos mil millones que nos multiplicamos a un promedio de cuarenta millones anuales, y este incremento aumenta ciñéndose a las reglas del interés compuesto); a medida que las exigencias que crecen en proporción geométrica presionen cada vez con más fuerza sobre los suministros que se mantienen estáticos o que crecen, en el mejor de los casos, en proporción aritmética; a medida que el nivel de vida baje por la fuerza y que el descontento popular aumente por la fuerza; a medida que se torne aún más encarnizada la

lucha generalizada por los recursos menguantes, estas dictaduras se volverán más opresivas dentro del país y más brutalmente competitivas en el exterior. «El gobierno —explica uno de los habitantes del Mundo Feliz—, es cuestión de sentarse, no de pegar. Se gobierna con los sesos y las nalgas, no con los puños». Pero allí donde hay muchas dictaduras nacionales competitivas, cada una de las cuales tiene problemas internos y cada una de las cuales se prepara para la guerra total o parcial contra sus vecinos, los gobernantes generalmente prefieren pegar en lugar de quedarse sentados, y usar los puños como instrumento de su

política en lugar de los sesos y la «magistral inactividad» (para citar la frase inmortal de Lord Salisbury) de las asentaderas. En política, es probable que el futuro próximo se parezca más a *1984* de George Orwell que a *Brave New World*.

Ahora dejadme abordar algunos detalles en los cuales temo haber acertado. Los habitantes del Mundo Feliz eran los herederos y usufructuarios de un nuevo tipo de revolución, y esta revolución era, en verdad, el tema central de mi fábula. Todas las revoluciones anteriores se han desarrollado en territorios ajenos al individuo como organismo psicofísico.

Por ejemplo, en el campo de la organización eclesiástica y el dogma religioso, en el campo de la economía, en el campo de la organización política, en el campo de la tecnología. La próxima revolución, aquella cuyas consecuencias describo en *Brave New World*, afectará a los hombres y mujeres, no periféricamente, sino en el núcleo mismo de su ser orgánico. Los antiguos revolucionarios (si eran idealistas y no simples buscadores de poder) pretendían cambiar el entorno social con la esperanza de transformar la naturaleza humana. Los futuros revolucionarios se abalanzarán directamente sobre la naturaleza humana tal como la

encuentren, sobre las mentes y los cuerpos de sus víctimas o, si preferís, de sus beneficiarios.

Entre los habitantes del Mundo Feliz, el control de la naturaleza humana se lograba mediante la procreación eugenésica y disgenésica, mediante el condicionamiento sistemático durante la infancia y, más tarde, mediante la «hipnopedia» o educación durante el sueño. El condicionamiento infantil es tan viejo como Pavlov, y la hipnopedia, aunque rudimentaria, ya es una técnica consagrada. Ya hay en el mercado fonógrafos con relojes incorporados, que los activan y desactivan regularmente durante la noche, y los

utilizan los estudiantes de lenguas extranjeras, los actores que tienen prisa por memorizar sus partes, los padres ansiosos por curar a sus hijos de la enuresis, los autodidactos que buscan perfeccionarse moral y físicamente mediante la autosugestión y las «afirmaciones del pensamiento positivo». El hecho de que los gobiernos aún no hayan aplicado los principios de la procreación selectiva, el condicionamiento infantil y la hipnopedia se debe, en los países democráticos, a la latente convicción liberal de que las personas no existen para el Estado, sino el Estado para el bienestar de las personas; y en los

países totalitarios a lo que podríamos denominar el conservadurismo revolucionario: el apego a la revolución de ayer y no a la revolución de mañana. Sin embargo, no hay motivos para pensar con complacencia que el conservadurismo revolucionario perdurará indefinidamente. La psicología aplicada ya surte efectos notables, en manos de los totalitarios. La tercera parte de los prisioneros norteamericanos sucumbieron, por lo menos parcialmente, al lavado de cerebro de los chinos, que quebrantó convicciones implantadas por su educación y su condicionamiento infantil, y sustituyó estos axiomas

reconfortantes por la duda, la ansiedad, y un sentimiento crónico de culpa. Esto lo lograron mediante procedimientos absolutamente anticuados, que combinaban la instrucción cabal con lo que podríamos denominar psicoterapia convencional a la inversa, sin recurrir a la hipnosis, la hipnopedia o las drogas modificadoras de la mente. Si hubieran empleado todos estos métodos más poderosos, o aunque sólo fuera algunos de ellos, probablemente el lavado del cerebro habría surtido efecto sobre todos los prisioneros, y no sólo sobre apenas el treinta por ciento. En su estilo vago, retórico, los oradores políticos y los predicadores religiosos se

complacen en decir que la lucha actual no es material sino espiritual… que no es una cuestión de máquinas sino de ideas. Olvidan agregar que la eficacia de las ideas depende en gran medida de la forma en que se inculcan. Una idea veraz y beneficiosa se puede enseñar con una ineptitud que la priva de efecto sobre la vida de individuos y sociedades. A la inversa, otras ideas grotescas y perniciosas se pueden machacar con tanta pericia en la cabeza de los individuos que estos, rebosantes de fe, arremeterán y moverán montañas… para mayor gloria del diablo y para su propia destrucción. Actualmente el dinamismo de las ideas

totalitarias es mayor que el de las liberales y democráticas. Esto no se debe, por supuesto, a la superioridad intrínseca de las ideas totalitarias. Se debe, en parte, al hecho de que en un mundo donde la población supera rápidamente el volumen de recursos, se necesita cada vez más control gubernamental… y es más fácil ejercer el control centralizado mediante técnicas totalitarias que mediante técnicas democráticas. También se debe, en parte, al hecho de que los medios empleados para difundir las ideas totalitarias son más eficaces, y se utilizan de manera más sistemática, que los medios empleados para difundir las

ideas democráticas y liberales. Como hemos visto, estos métodos más eficaces de propaganda, educación y lavado de cerebro totalitarios, son bastante anticuados. Más temprano o más tarde, empero, los dictadores abandonarán el conservadurismo revolucionario y, junto con él, los procedimientos anacrónicos que heredaron del pasado prepsicológico y paleofarmacológico. Después de lo cual, ¡que el cielo nos ayude a todos!

Entre los legados del pasado protofarmacológico debemos contar el hecho de que cuando necesitamos estimularnos, desahogar la tensión o tomarnos unas vacaciones mentales

respecto de la realidad desagradable, tenemos el hábito de beber alcohol o, si pertenecemos por casualidad a una cultura no occidental, de fumar hachís u opio, de masticar hojas de coca o betel o cualquiera de las decenas de substancias embriagantes. Los habitantes del Mundo Feliz no hacían nada de esto: se limitaban a tragar una o dos tabletas de una substancia llamada Soma. Es innecesario aclarar que no se trataba del mismo Soma que mencionan las antiguas escrituras hindúes —una droga bastante peligrosa extraída de una planta aún no identificada nativa de Asia surcentral— sino de un producto sintético, que poseía «todas las virtudes del alcohol y el

cristianismo, y ninguno de sus defectos». En pequeñas dosis, el Soma de los habitantes del Mundo Feliz relajaba, producía euforia, estimulaba la cordialidad y la solidaridad social. En dosis intermedias transfiguraba el mundo exterior y se comportaba como un alucinógeno suave, y en grandes dosis era narcótico. Virtualmente todos los habitantes del Mundo Feliz se creían dichosos. Esto se debía en parte al hecho de que habían sido criados y condicionados para ocupar el lugar que les habían asignado en la jerarquía social, en parte a la hipnopedia que los había hecho conformar con su suerte, y en parte al Soma y a su capacidad para

tornarse vacaciones, por este medio, respecto de las circunstancias desagradables y de sus personalidades antipáticas.

Todos los narcóticos, estimulantes, relajantes y alucinógenos naturales que conocen el botánico y el farmacólogo modernos fueron descubiertos por el hombre primitivo y se usan desde tiempos inmemoriales. Una de las primeras cosas que el Homo sapiens hizo con su racionalidad y su conciencia de sí, recientemente desarrolladas, fue ponerlas a trabajar en la búsqueda de medios para eludir el pensamiento analítico y para trascender o, en casos extremos, para anular temporalmente la

conciencia aislante del yo. Después de probar todo lo que crecía en el campo o el bosque, se aferraba a aquello que, en este contexto, parecía bueno, o sea a todo lo que cambiaba la naturaleza de la conciencia, a lo que la hacía distinta, no importaba cómo, del sentimiento, la percepción y el pensamiento cotidianos. Entre los hindúes, la respiración rítmica y la concentración mental han ocupado, hasta cierto punto, el lugar de las drogas transformadoras de la mente que se emplean en otras partes. Pero incluso en el país del yoga, incluso entre los creyentes y aun con fines especialmente religiosos, se ha utilizado pródigamente el *Cannabis indica* para complementar

los esfuerzos de los ejercicios espirituales. El hábito de tomarse vacaciones respecto del mundo más o menos semejante a un purgatorio que hemos creado para nosotros mismos es universal. Los moralistas pueden denunciarlo, pero a despecho de las opiniones adversas y de la legislación represiva, el hábito perdura, y las drogas transformadoras de la mente se pueden conseguir en todas partes. La fórmula marxiana: «La religión es el opio del pueblo», es reversible, y se puede decir, aun con más propiedad, que «el opio es la religión del pueblo». En otras palabras, la transformación mental, inducida como sea (por medios

devocionales o ascéticos o psicogimnásticos o químicos), siempre ha sido interpretada como uno de los bienes más sublimes que es posible obtener, y quizá como el más sublime de todos. Hasta el presente, los gobiernos sólo han abordado el problema de las substancias químicas transformadoras de la mente desde el punto de vista de su prohibición o, con un poco más de realismo, desde el punto de vista de su control y tributación fiscal. Por ahora, ninguno lo ha abordado desde el punto de vista de su relación con el bienestar individual y la estabilidad social; y muy pocos (¡gracias al cielo!) lo han abordado en términos de una política de

Estado maquiavélica. Los intereses creados y la inercia psicológica determinan que sigamos utilizando el alcohol como principal transformador de la mente… tal como lo hacían nuestros antepasados neolíticos. Sabemos que el alcohol es responsable de un alto porcentaje de nuestros accidentes de tránsito, de nuestros crímenes violentos, de nuestras desdichas domésticas, pero no hacemos ningún esfuerzo para sustituir esta droga anticuada y muy insatisfactoria por un nuevo transformador de la mente, menos dañino y más esclarecedor. Entre los habitantes del Mundo Feliz, la invención prehistórica del licor fermentado,

atribuida a Noé, ha sido relegada a la categoría de las cosas obsoletas por un moderno producto sintético, específicamente ideado para fomentar el orden social y la felicidad del individuo, y esto con el mínimo coste fisiológico.

En la sociedad descrita en mi fábula, el Soma se empleaba como instrumento de gobierno. Los tiranos eran benévolos, pero seguían siendo tiranos. No imponían la sumisión a sus súbditos por medios violentos, sino que los obligaban químicamente a amar su servidumbre, a cooperar de buen grado e incluso con entusiasmo en la preservación de la jerarquía social. Los perversos o los

ignorantes pueden hacer mal uso de todo y de cualquier cosa. El alcohol, por ejemplo, se ha empleado, en pequeñas dosis, para facilitar el intercambio de ideas en un simposio (literalmente, un festín) de filósofos. También ha sido empleado, digamos por los traficantes de esclavos, para facilitar los secuestros. La escopolamina se puede utilizar para producir la narcosis parcial, pero también para aumentar la sugestibilidad de los prisioneros políticos y para debilitar su voluntad. La heroína se puede usar para mitigar el dolor, y también (como se dice que la usaron los japoneses durante la ocupación de China) para producir la

adicción incapacitante de un adversario peligroso. Dirigida por malos líderes, la revolución venidera podría ser tan desastrosa, a su modo, como una guerra nuclear y bacteriológica. Mediante el empleo de los instrumentos psicológicos, químicos y electrónicos que ya existen (para no hablar de otros dispositivos nuevos y mejores que nos reserva el futuro), una oligarquía despótica podría mantener a la mayoría en un estado de subyugación permanente y voluntaria. Esta fue la profecía que formulé en *Brave New World*. Espero que prueben mi error, pero me atormenta el miedo de que prueben mi acierto.

En el ínterin, hay que señalar que el

Soma no es intrínsecamente malo. Por el contrario, una droga transformadora de la mente, inofensiva pero eficaz, podría convertirse en una bienaventuranza de primer orden. Y de todas maneras (como demuestra la historia rotundamente) nunca será cuestión de eliminar por completo las substancias químicas transformadoras de la mente. La opción que tenemos delante no consiste en elegir el Soma o nada, sino en elegir el Soma o el alcohol, el Soma o el opio, el Soma o el hachís, el ololiuqui, el peyote, la datura, el agárico y el resto de las substancias naturales transformadoras de la mente; y consiste en elegir el Soma o productos de la química y la

farmacología científicas tales como el éter, el doral, el veronal, la Bencedrina y los barbitúricos. En una palabra, debemos elegir entre una droga total más o menos inofensiva y una vasta gama de drogas más o menos perniciosas y sólo parcialmente eficaces. Y esta opción no se aplazará hasta el siglo siete después de Ford. La farmacología está en marcha. El Soma de *Brave New World* ha dejado de ser una quimera lejana. En verdad, ya tenemos entre nosotros algo que posee muchas de las características del Soma. Me refiero al agente tranquilizador más reciente; la Píldora de la Felicidad, como la llaman afectuosamente sus consumidores,

conocida en los Estados Unidos por las marcas registradas Miltown y Equanil. Estas Píldoras de la Felicidad ejercen una doble acción: relajan la tensión del músculo estriado y por tanto relajan las tensiones asociadas de la mente, y al mismo tiempo actúan sobre el sistema enzimático del cerebro de manera tal que evitan que las perturbaciones generales en el hipotálamo interfieran en el funcionamiento de la corteza. En el plano mental, el efecto es una bienaventurada liberación respecto de la ansiedad y la emotividad personal.

En mi fábula, el salvaje expresa su convicción de que las ventajas del Soma se deben pagar mediante pérdidas en los

niveles humanos más sublimes. Quizá tenía razón. El universo no está habituado a darnos las cosas gratuitamente. Y sin embargo hay mucho que decir en favor de una píldora que nos permite adoptar frente a las circunstancias una actitud de desapego, de ataraxia, de «santa indiferencia». El método moral de una acción no se puede medir exclusivamente en términos de su intención. El infierno está empedrado de buenas intenciones, y también debemos tomar en cuenta los resultados. El comportamiento racional y amable tiende a producir buenos resultados, y estos siguen siendo buenos aunque la conducta que los produjo haya sido

producida a su vez por una píldora. Por otra parte, ¿podemos sustituir impunemente la autodisciplina sistemática por una substancia química? Eso está por ver.

Entre todas las drogas transformadoras de la conciencia, las más interesantes, ya que no las más inmediatamente útiles, son aquellas que, como el ácido lisérgico y la mescalina, abren la puerta a lo que podríamos llamar el Otro Mundo de la mente. Muchos estudiosos ya están explorando los efectos de dichas drogas, y podemos tener la certeza de que en el futuro próximo se producirán otros transformadores de la mente, con

propiedades aún más notables. Es imposible prever lo que el hombre hará finalmente con estos elixires extraordinarios. Yo sospecho que están destinados a desempeñar, en la vida humana, un papel por lo menos tan importante como el que ha desempeñado, hasta ahora, el alcohol, e incomparablemente más beneficioso.

Capítulo 19

1956 Cartas

Este fue un año de energía y creatividad vitales para Huxley. Volvió a casarse, se mudó a una casa nueva, viajó y pronunció conferencias, apareció Heaven and Hell, *empezó a*

escribir Island. *En 1956 experimentó dos veces con drogas psicodélicas. La primera vez lo hizo en compañía de Gerald Heard y de dos investigadores médicos, y a él y a Heard les administraron un nuevo tranquilizador llamado Frenquel para revertir los efectos de una fuerte dosis de mescalina. Huxley comparó la depresión temporal con la Caída, y corrió a releer* Paradise Lost. *Más adelante, él y Laura Archera Huxley participaron en una sesión con una dosis reducida de LSD para determinar el poder de la hipnosis en la rememoración psicodélica.*

Las cartas dirigidas al doctor

Osmond durante este período analizan el encuadre de Island y una multitud de drogas: el soma de los antiguos arios, los consumidores del hongo Psilocybe mexicana, *los bebedores de ayahuasca (yagé) de América del Sur. La imagen de la investigación con substancias psicodélicas en Los Ángeles (que entonces era el centro de esta experimentación en los Estados Unidos) es bastante tétrica. La «correspondencia de la minoría lunática» refuerza su convicción de que la investigación psicodélica debe desarrollarse «en la relativa intimidad de las publicaciones eruditas». En una carta famosa, y en otra que acaba de*

salir a luz, se ocupa de la acuñación del término «psicodélico» y de las preferencias de Huxley. En dos cartas elocuentes dirigidas a mujeres enuncia sus más recónditas especulaciones espirituales y filosóficas sobre las nuevas drogas. Los planes para componer una comedia musical con el tema de Brave New World *estimularon una eclosión lírica que se conserva en una de las cartas subsiguientes.*

AL DOCTOR HOWARD FABING[35] [SMITH 736]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.
20 de enero de 1956

Estimado Howard:

Espero que hayas tenido una agradable y productiva estancia en Monterrey y que ya estés sano y salvo en casa. Tu visita fue un acontecimiento memorable, y te estoy muy agradecido —como sé que también lo está Gerald— por las experiencias que hiciste posibles y por las oportunidades de discutirlas y evaluarlas. Espero poder repetir el experimento y reanudar las discusiones cuando haga mi viaje al Este, si lo hago.

Mientras tanto he reflexionado sobre uno de los temas que abordamos en nuestra conversación del domingo por la mañana: el empleo de la hipnosis junto con la mescalina o la LSD. Me parece que la hipnosis podría ser útil en tres sentidos. En primer término, para preparar al sujeto para la ingestión de la droga. Habría que hacerlo entrar en un trance ligero y hablarle de lo que es probable que experimente, subrayando que no hay nada que temer. Lo que corrientemente llamamos «realidad» no es más que una tajada del hecho total que nuestro arsenal biológico, nuestra herencia lingüística (véase Benjamin Whorf) y nuestras convenciones sociales

de intelecto y sentimiento nos permiten captar. Las ideas contenidas en el libro clásico de [J. L.] Von Uexküll sobre *Unweltlehre* o «ciencia del entorno» son fundamentales en este contexto. El paramecio, el erizo de mar y el perro tienen sus respectivos universos, y cada uno de estos universos es muy distinto de los otros. El universo del hombre, condicionado desde el punto de vista biológico, social y lingüístico, es mucho más rico que el de los otros animales, pero continúa siendo sólo una pequeña tajada del melón. La mescalina y la LSD nos permiten cortar otro tipo de tajada: una tajada que no nos presta muchos servicios en cuanto criaturas que

debemos sobrevivir y competir, pero que puede resultarnos inmensamente útil en la medida en que somos criaturas capaces y ávidas de entender. Ideas de este género se le pueden inculcar al sujeto bajo hipnosis en términos sencillos, antes de que ingiera la droga. Esto impedirá que la sola naturaleza extraña de la experiencia le provoque pánico.

En segundo término, sería interesante verificar qué se puede hacer con la hipnosis mientras el sujeto está bajo el efecto de la droga. Para empezar, ¿es posible hipnotizar a una persona que ha ingerido mescalina? En caso afirmativo, ¿las sugerencias hipnóticas

pueden encauzar su flamante capacidad visionaria por canales específicos… digamos, hacia el ámbito de los recuerdos infantiles sepultados, o hacia áreas específicas del pensamiento y la imagen? ¿Podemos sugerirle, por ejemplo, que vea un episodio de *Las mil y una noches*, o del Evangelio, o del mundo de los símbolos arquetípicos o de la mitología?

Finalmente, sería interesante hipnotizar al sujeto después de que este vuelve de la mescalina, intentando hacerle experimentar nuevamente lo que vivió bajo la mescalina, pero sin la ayuda de la droga. Me parece que esta experiencia debería iniciarse mientras

se disipan los efectos de la droga. Habría que tratar de prolongar y reforzar la experiencia mediante la sugestión. Al mismo tiempo se podría implantar una sugestión posthipnótica para que sea posible revivir la experiencia cabal sin dificultades en una etapa posterior. Igualmente, habría que repetir el experimento en los días siguientes para comprobar si la hipnosis puede activar no sólo un recuerdo de la experiencia con mescalina, sino una recapitulación total o incluso una nueva experiencia del mismo tipo. Si esto pareciera dar resultado, habría que inculcarle sugestiones posthipnóticas para que el sujeto pudiera sumirse en el estado

visionario mediante la autosugestión. Es posible que esta recapitulación vivida y esta reactivación de la experiencia visionaria sean imposibles. Por otro lado, tal vez no lo sean. Pero estoy seguro de que vale la pena intentar el experimento, e intentarlo con muchos sujetos, porque en estas cuestiones existe una diferencia enorme entre las aptitudes de una persona y otra. Sé por experiencia que algunas personas entran en el mundo visionario bajo los efectos de la hipnosis. Mi esposa, por ejemplo, entraba en un mundo que tenía el mismo tipo de luminosidad y significación que el mundo de la mescalina, donde había vastos paisajes, en su mayoría

desérticos, y muy diversos personajes. Sería interesante descubrir si, después de abrir la puerta una vez por medios químicos, y como consecuencia de ello, las personas normalmente incapaces de entrar en el «Otro Mundo» de manera espontánea o mediante la hipnosis, podrían prescindir de la llave química y llegar al punto de destino de la mescalina por medios puramente psicológicos (¡cualquiera sea el significado de *esta* frase!).

Por favor, transmite mis saludos al doctor P. y a Bobby Brown, a quienes recuerdo con mucho afecto.

Tuyo,

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 737]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.
21 de febrero de 1956

Mi estimado Humphry:

Muchas gracias por tu carta. Espero que el invierno de Saskatchewan sea cada vez un poco menos cruel. Ciertamente parece que el invierno es bastante inclemente en todas partes: una intensa

sequía aquí, lluvias desastrosas en el noroeste del Pacífico, un frío tremendo en el Medio Oeste y en los estados del Este, y también en Europa. Quizá nuestras barrabasadas con la bomba H tienen algo que ver con esto: nubes de polvo inoportunas que desencadenan precipitaciones y formaciones de nubes en condiciones imprevistas. Ignoramos sobre todo aquello de lo que más seguros nos sentimos (nuestra esencia vidriosa), y cual monos encolerizados hacemos nuestras fantásticas travesuras no sólo ante el alto cielo, sino *en* él.

Y hablando de esencias vidriosas: Gerald y yo realizamos la semana pasada otra experiencia con mescalina.

Esta vez con el doctor Howard Fabing de Cincinnati —un hombre muy simpático, desprejuiciado e inteligente —, y con otro médico y una joven farmacóloga, la doctora Barbara Brown, responsables sobre todo del hallazgo del Frenquel. Fabing quería probar el efecto del Frenquel en nosotros, para obtener nuestras impresiones sobre la interrupción brusca de la experiencia con mescalina mediante este nuevo tranquilizador. Nos administró 500 miligramos de una dosis particularmente pura de mescalina, elaborada especialmente para él por un químico del Antioch College. Los efectos fueron potentes. Muchas visiones con los ojos

cerrados, aunque nunca coherentes ni prolongadas, sino sólo geometrías móviles que se trocaban o estaban a punto de trocarse en arquitecturas. El sentido del tiempo se alteró profundamente, y pasamos literalmente por el lapso de una larga vida en la que experimentamos la belleza, el ser y el amor. Fabing nos inyectó una dosis intravenosa masiva de Frenquel aproximadamente dos horas después de la ingestión de mescalina. Los efectos se notaron al cabo de un cuarto de hora. Fue una experiencia desoladora, como la que describió Emily Brontë.

Qué atroz es la

interrupción, e intenso el tormento,

cuando el oído empieza a oír y el ojo empieza a ver

(a ver y oír a la manera de un yo individual, encapsulado),

cuando el pulso empieza a latir, el cerebro a pensar de nuevo

(a pensar discursiva y biológicamente, utilitariamente),

el alma a sentir la carne, y la carne a sentir la cadena.

Era la experiencia de la Caída, más desconsoladora aún por el hecho de que

al retorno de la personalidad lo acompañaban un mareo y una alteración física general semejantes a las que experimentas cuando estás borracho. (¡De pronto se me ocurre que es muy curioso que el Adán y la Eva de Milton se sintieran embriagados después de comer el fruto! Debo buscar ese pasaje en *Paradise Lost*). La experiencia achispada de la Caída duró unos cuarenta y cinco minutos, y entonces ambos volvimos rápidamente a las condiciones de la mescalina. Evidentemente el Frenquel intravenoso se excreta enseguida. Apenas desaparece felizmente, la mescalina vuelve a emerger de su escondrijo en el

hígado. Ahora Fabing está convencido de que para que el Frenquel sea eficaz hay que administrarlo en pequeñas dosis separadas por intervalos breves, y no en una sola dosis fuerte. Tanto Gerald como yo continuamos sintiendo los efectos hasta muy entrada la noche (ingerimos la substancia a las tres de la tarde). Aproximadamente a las seis o las seis y media me levanté y salí a la galería del frente. Sobre la pared de la casa, entre las ventanas de la amplia sala, hay dos bosquejos, aún vagamente visibles, que mi cuñado, Joep Nicolas, trazó hace cuatro o cinco años con carbonilla, y que representan el perfil de Maria y el mío… bosquejos que siguen el contorno

de las sombras proyectadas por el sol poniente. No vi realmente estos bosquejos, porque había muy poca luz. Pero pensé repentinamente en ellos y me abrumó una gran aflicción. No sé cuánto duró mi llanto, pero debo de haber desahogado una gran acumulación de lágrimas reprimidas. Fue algo muy doloroso pero muy necesario.

Te adjunto una copia de la carta que le envío a Fabing sobre el tema de posibles experimentos con hipnosis, antes y después de la administración de mescalina, y durante dicha administración. Espero que los ensaye… y espero que tú también los ensayes, porque quizás existan posibilidades

significativas en ese campo.

Cariños a Jane.

Afectuosamente tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 740]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.
14 de marzo de 1956

Mi estimado Humphry:

Gracias por tu buena e interesantísima

carta. Creo que estás en lo cierto respecto de los indios[36]. En la India, sólo los sacerdotes ingerían el soma, y este era una droga peligrosa, que mataba a muchas personas.

Los devotos de Dionisos se embriagaban juntos, pero el alcohol no es precisamente un elixir, sino sólo licor. Me atrevo a decir que algunos de los consumidores tropicales de substancias modificadoras de la mente tal vez descubrieron por su cuenta el método de los indios… ¿pero cómo podríamos verificarlo? Y de todas maneras están tan lejos y son tan primitivos que no revisten mucha importancia para nosotros.

Evidentemente los consumidores de hongos de México meridional que describe Gordon Wasson utilizaban un elixir en pequeños grupos, guiados por sacerdotes o sacerdotisas. Su testimonio[37] sobre su propia experiencia con hongos en uno de estos grupos es muy interesante. Aparentemente los síntomas eran casi idénticos a los del peyote, incluido el vómito. Quedó muy impresionado por la ceremonia… ¡y cuando algo de este tipo impresiona a un socio de J. P. Morgan, debe de tratarse de un asunto realmente impresionante! Espero que averigües algo más acerca de tu Iglesia Nativa Americana de Saskatchewan. Está en pie

la invitación de unos peyotistas indios de Ponca City, Oklahoma, para que asista a una de sus reuniones pero hasta ahora no he podido aceptarla por la tiranía del espacio y el tiempo.

He escrito tres artículos para el *Sunday Times* sobre «Brave New World Revisited»: uno sobre el futuro desde la perspectiva del demógrafo, otro sobre la pertinencia del esquema político del Mundo Feliz para el futuro inmediato, y el tercero sobre el soma (variedad MF), su relación con el actual consumo en masa de «Píldoras de la Felicidad» (Miltown-Equanil), y su significación social, ética y psicológica. Espero abordar este problema más a fondo

cuando me embarque en mi proyectada fantasía sobre una sociedad imaginaria, cuya finalidad consiste en lograr que sus miembros materialicen sus posibilidades más sublimes. No situaré la fábula en el futuro, sino en una isla hipotética del Océano Índico, no lejos de las Andamans, y habitada por un pueblo que desciende de colonizadores budistas del continente, y que por tanto lo sabe todo acerca del Tantra (o sea más que yo… ¡pero uno puede aprender un poco y simular otro poco!). Para tender un puente entre ellos y nosotros, postulo la existencia de un inglés que ganó una fortuna de la manera más cínica en los últimos tiempos de la East

India Company, que llega a explorar la isla y que se queda en esta porque comprende, mediante una especie de conversión psicológica, que sus habitantes conocen la mayoría de las respuestas. Se queda, organiza una especie de escuela de sabiduría oriental-occidental, y está a mano, ya viejo, cuando llega otro inglés. Su historia es la de un joven criado en un hogar evangelista, que enloquece como consecuencia de ello, que ingresa en un instituto psiquiátrico (he estado leyendo a Zilboorg y otros libros para captar todo el sabor de la iniquidad de los manicomios de la primera época victoriana), que se cura gracias a la

llegada al instituto de un director sensato y humano, como el doctor Conolly, que es enviado de viaje por razones de salud, y que termina en la isla, donde su compatriota más anciano lo toma bajo su amparo, lo reeduca para inculcarle una visión sacramental del sexo y de otras funciones naturales, lo hace pasar por una iniciación en la que desempeña un papel importante un elixir local, etcétera. Cuando vuelve finalmente a Inglaterra, es un ser humano realmente cuerdo y cabalmente desarrollado… tanto que sus parientes subdesarrollados y desequilibrados no tardan en volver a encerrarlo en un asilo psiquiátrico. En el ínterin, por supuesto,

una de las potencias coloniales invade la isla, y aniquila metódicamente toda su sabiduría al introducir, con la mejor intención del mundo, un sistema legal coherente en lugar del no-sistema de arbitraje local ejercido por jefes-sin-autoridad, indefendible desde el punto de vista lógico pero afortunado desde el punto de vista psicológico… tal como sucedió, en una escala menor de logros, cuando los británicos arruinaron el orden social tradicional de Birmania. Este encuadre permitirá enunciar una descripción completa de lo que debería ser, de lo que tal vez podría ser, y de lo que ha sido y lo que es realmente…

Afectuosamente tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 744]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.
30 de marzo de 1956

Estimado Humphry:

Gracias por tu carta, que sólo contestaré sucintamente, porque espero poder conversar largamente contigo en Nueva

York antes de que pase mucho tiempo. Respecto del nombre para estas drogas… ¡vaya problema! He buscado en Liddell y Scott y he descubierto que existe un verbo *phaneroein*, «hacer visible o manifiesto», y un adjetivo *phanerós*, que significa «manifiesto, patente, evidente». El término se emplea en botánica: fanerógama por oposición a criptógama. Psicodético[38] es algo que no termino de entender. ¿Es un término análogo a geodético, o geodésico? De ser así, significaría divisor de la mente, así como geodesia significa división de la tierra, de *ge* y *daiein*. ¿Podrías llamar «psicofanas» a estas drogas? ¿O drogas «faneropsíquicas»? ¿Y qué te parece

«fanerotismos»? *Thymos* significa alma, en su acepción primitiva, y es el equivalente del *animus* latín. La palabra es eufónica y de fácil pronunciación. Además, tiene otras allegadas en la jerga psicológica, como por ejemplo «ciclotímico». En general creo que esta es mejor que psicofana o faneropsíquica.

Espero volar al Este el diez, o el once, y te informaré antes dónde me alojaré… posiblemente no en un hotel sino en un apartamento prestado.

Tuyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 747]

740 North Kings Road,
Los Ángeles 46, Cal.
29 de junio de 1956

Estimado Humphry:

Te echamos mucho de menos en nuestra pequeña conferencia, y por lo que a ti respecta, creo que si hubieras estado allí te habrías sentido muy estimulado por el informe de Puharich sobre los efectos de las jaulas y sobre la descarga de iones positivos o negativos en su atmósfera. Si

se confirman sus trabajos, habrá desde ahora un método mediante el cual las facultades psi podrán elevarse a su grado máximo más improbable con sólo apretar un interruptor (por el momento sólo en el caso de los sensitivos). Después de haber creado un entorno electrónico estándar, ahora Puharich probará sistemáticamente el efecto de diversas drogas y diversos olores, estímulos sonoros y cosas por el estilo sobre los fenómenos psi. Será una exploración muy útil.

Al [Hubbard] también estaba en excelente forma. Sus métodos de exposición son un poco embrollados, pero supongo que él y su grupo ya deben

de tener un cúmulo de materiales escritos sobre sus casos, materiales que demostrarán cómo funciona la otra línea de experimentación. Porque evidentemente hay que seguir las dos líneas: la puramente científica y analítica de Puharich, que verifica un factor tras otro en un entorno estandarizado, y la línea del naturalista, psicólogo y terapeuta, que utiliza la droga para curar y esclarecer, y que, si es un buen observador y un pensador lúcido, descubre en el ínterin nuevos datos acerca del organismo psicofísico.

Aquí, en Los Ángeles, no se sigue actualmente ninguna de las dos corrientes de investigación. Tenemos

uno o dos médicos que administran la droga y compilan historias clínicas de experimentos específicos, uno o dos que trabajan con neuróticos o psicóticos con la ayuda de la droga, y ningún investigador analítico. Además, casi no veo la posibilidad de organizar un grupo como el que Al controla ahora en Vancouver, porque no tenemos un Al, es decir, no tenemos a nadie con el prestigio empresarial indispensable (el hombre de negocios, por definición, no puede hacer nada antinorteamericano), los contactos indispensables con la iglesia y el estado, y la relación con un área sensible de la ciencia que le permita disponer de un suministro de

droga. Una vez más, ni Gerald [Heard] ni yo pretendemos ser buenos sujetos para experimentos. Porque no tenemos visiones con los ojos cerrados, no damos muestras de facultades psi y parecemos estar tan interesados en el «oscuro conocimiento» de la Semejanza que no queremos preocuparnos por nada más. De modo que parece que el trabajo científico y el trabajo terapéutico habrá que realizarlos en otra parte.

Ahora hablemos de cronologías y estaciones. ¿Cuándo te conviene viajar a Vancouver durante el mes de agosto? Puedo acomodar mis planes a los tuyos. Así que por favor comunícame qué fecha te cae mejor, y yo elegiré la misma. No

sé exactamente cuál será mi papel en este programa. Presumiblemente el de interrogador más o menos inteligente, que le preguntará al experto qué significa todo eso.

Afectuosamente,
Aldous

A VICTORIA OCAMPO[39]

[SMITH 750]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
19 de julio de 1956

Querida Victoria:

… Me alegra que te haya gustado mi librito [*Heaven and Hell*]. ¡Qué extraño que todos llevemos con nosotros este inmenso universo de visión y de lo que se oculta más allá de la visión, y que sin embargo generalmente no nos demos cuenta de ello! ¿Cómo podremos aprender a pasar a voluntad de un mundo de la conciencia a los otros? La mescalina y el ácido lisérgico abrirán la puerta, pero a nadie le gusta depender exclusivamente de estas substancias químicas, aunque parecen ser más o menos completamente inofensivas. Yo ya he ingerido mescalina aproximadamente

seis veces y he sido transportado al mundo de lo que los místicos denominan «oscuro conocimiento»: la percepción de la naturaleza de las cosas acompañada por la comprensión de que, a pesar del dolor y la tragedia, el universo está en perfectas condiciones. En otras palabras, que Dios es Amor. Estas palabras son embarazosamente tontas y, en el plano de la conciencia media, falsas. Pero cuando nos hallamos en el plano superior, vemos que representan el Hecho primordial, del cual ahora la conciencia forma parte. El arte supremo de la vida sería el arte de pasar a voluntad del conocimiento oscuro al conocimiento conceptualizado,

utilitario, de lo estético a lo místico; y de poder captar a toda hora, para decirlo con las palabras del maestro Zen, lo no particular que existe en lo particular, con la conciencia del no pensamiento que descansa en el pensamiento, de lo absoluto de las relaciones, de lo infinito de las cosas finitas, de lo eterno en el tiempo. El problema es: ¿cómo aprender este arte supremo de la vida?

Nos hemos mudado a una casa nueva, en lo alto de las colinas, y reina la confusión total. Que sigas bien, querida Victoria.

Siempre tuyo afectuosamente,

Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 751]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
22 de julio de 1956

Estimado Humphry:

Nuestras cartas se cruzaron, y la tuya se demoró aquí por el hecho de que estábamos entre dos casas, viviendo en una y recibiendo la correspondencia en otra. Ojalá nuestros ocios hubieran

coincidido. Ahora no tengo tiempo libre, y a la falta de ocio la acompaña un mal presentimiento acerca de la TV, sobre todo respecto de este campo. La correspondencia que recibo de la minoría lunática ya es más copiosa de lo que me placería. Hace pocos días recibí una carta de la isla Mauricio, de un caballero que se fue allí hace veinte años para alcanzar el esclarecimiento, y que según sus propias palabras ha escrito ahora el libro más extraordinario de la historia del mundo. Me pide que tenga la gentileza de escribirle el prólogo y de conseguirle una beca del Instituto para Estudios Avanzados sobre Ciencias Sociales de la Fundación Ford,

o a falta de eso, ¡un empleo en un diario norteamericano! Y no te digo nada del caballero de Chicago que ha descubierto la Verdad Absoluta y que envía cartas y telegramas sobre el tema al presidente Eisenhower y a Bertrand Russell; ni del dermatólogo mexicano que cree que la mescalina puede ser buena para el eczema y que me pide que le informe dónde puede conseguir la droga; ni del joven de Yorkshire que ingirió un botón de peyote que le había suministrado un amigo que cultivaba cactos, y que durante tres días oyó toda la música un tono más alto del normal (entre paréntesis, este es un fenómeno muy interesante, y tal vez valdría la pena

hacer la prueba con sujetos dotados de oído musical. Laura cree que la droga no eleva realmente el tono, por lo que a ella concierne, sino que simplemente hace sonar la música como si fuera interpretada con más vigor y perfección y energía que de costumbre… algo que tiende a hacer pensar que la interpretación es un poco aguda).

Como dices en tu carta, aún sabemos muy poco sobre substancias psicodélicas, y creo que hasta que sepamos más el tema debería ser discutido, y las investigaciones deberían ser descritas, en la relativa intimidad de las publicaciones eruditas, y en la decorosa oscuridad de libros y artículos

moderadamente cultos. Es inevitable que lo que dices en el éter sea mal interpretado, porque la gente extrae del discurso hablado o escrito lo que está predispuesta a oír o leer, y no lo que figura allí. Lo único que puede hacer la TV es multiplicar por millares el número de personas que interpretan mal las cosas, al mismo tiempo que aumenta la magnitud del malentendido en razón de que no suministra un texto objetivo al que se pueda remitir a los ignorantes voluntarios. *Littera scripta manet, volat irrevocabile verbum*.

En los intervalos que me quedan libres mientras redacto artículos para *Esquire* y corrijo la obra de teatro,

trabajo un poco con mi fantasía: escribo los primeros capítulos de la infancia del protagonista en el antiguo ambiente Victoriano, y mastico los problemas que surgirán cuando llegue a la isla hipotética del Océano Índico, adonde ha ido su tío para ejercer como cirujano del rajá local (lo haré emular al doctor [James] Esdaile y extirpar tumores elefantiásicos en trance hipnótico), circunstancias en las cuales ha abrazado una especie de filosofía y praxis tántrica, encaminada a ayudar a las personas para que estas comprendan sus capacidades potenciales y obtengan cierto dominio sobre su destino, principalmente mediante el control del

sistema nervioso autónomo y del alma vegetativa, complementado por el acceso al Atman-Brahma. Espero poder lograrlo con una cierta dosis de éxito.

Cariños a Jane y a los Hubbards.

Siempre tuyo afectuosamente,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 750]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
23 de setiembre de 1956

Mi estimado Humphry:
Tu carta de hace dos días acumuló más brasas sobre mi cabeza, porque he descuidado mucho mi correspondencia. Mi hermano acaba de partir después de pasar dos semanas aquí con su esposa, y las actividades que he desarrollado con él, sumadas a un cúmulo de trabajo, me mantuvieron desmedidamente atareado, de manera que las cartas se han apilado hasta una altura alarmante y amenazan con cubrirme por completo.

Mientras Julian estaba aquí, fuimos a ver, en la Universidad de California en Los Ángeles, a las ratas y los gatos y monos con electrodos implantados en

diversas áreas del cerebro. Aprietan una pequeña palanca que les produce un breve y ligero choque eléctrico, y cuando el electrodo se encuentra en determinadas posiciones la experiencia es, evidentemente, tan extáticamente maravillosa, que continúan repitiéndola a un promedio de ocho mil estímulos por hora, hasta que se desploman vencidos por la extenuación y por el hecho de no haber comido ni dormido. Obviamente estamos a punto de reproducir el paraíso musulmán, donde cada orgasmo dura seiscientos años.

Nuestro último experimento con LSD e hipnosis conjuntas —la idea consistía en hipnotizar a los sujetos y en

inculcarles sugestiones posthipnóticas para que pudieran reproducir la experiencia con LSD a la voz de mando — no tuvo mucho éxito, por lo que concernía al procedimiento hipnótico. Tal vez se trata de que hay que repetir las sugestiones en varias oportunidades, para que surtan efecto. O tal vez se trata, por supuesto, de que los efectos de la substancia química no se pueden reproducir por medios psicológicos, al menos en la mayoría de los casos. Lo que me interesó en el experimento fue el hecho de que cincuenta microgramos de LSD bastaron para producirme virtualmente el efecto de la dosis corriente, en tanto que veinticinco

microgramos resultaron ser muy eficaces en el caso de Laura. Quizá la hipnosis preliminar ayudó a aumentar el efecto de la substancia química.

Hace pocos días he recibido una carta interesante de un hombre que fue traficante en las junglas del alto Amazonas, al pie de los Andes, y que ahora dicta clases en una escuela secundaria de California. Me suministra una descripción completa de una droga que los indígenas llaman ayahuasca[40], derivada de una mezcla de plantas locales y eficaz sólo en grandes dosis: hay que beber un litro de un líquido repugnante. El resultado es muy afín al de la experiencia con peyote, y las

visiones asumen una forma predominantemente vegetal, o parecida a la vegetal, de modo que los nativos la utilizan para una especie de culto de la naturaleza, combinado con diagnósticos paranormales y el conocimiento de simples curativos. El hombre pidió que le devolviera su informe, pero le he solicitado que te envíe una copia, junto con los datos botánicos que pueda tener.

Me alegra la noticia de que probablemente vendrás a California este otoño, más adelante. Laura y yo estaremos en Nueva York más o menos desde el 16 de octubre hasta el 1 de noviembre (con posibles ausencias de dos o tres días). Debo pronunciar una

conferencia en el banquete de la Academia de Ciencias de Nueva York, que celebrará un congreso sobre tranquilizantes. Disertaré sobre la historia de la tensión y los métodos que idearon diversas culturas del pasado para desahogarla. ¿Existe alguna posibilidad de que estés en Nueva York en esa época?

La situación de la obra de teatro sigue en un statu quo. De Liagre, el productor, espera una respuesta de Deborah Kerr, […]. Mientras tanto, he aplazado los trabajos de mi fantasía para embarcarme en una adaptación de *Brave New World* como comedia musical. El primer acto está listo y

parece ser muy animado. Una vez concluido mi compromiso con la Academia de Ciencias de Nueva York, viajaré a la Savage Reservation. Si todo sale bien y consigo un compositor de primera para la partitura musical —por ejemplo Leonard Bernstein— es posible que los resultados sean notables.

Cariños para ambos.

Afectuosamente,
Aldous

A MATTHEW Y ELLEN HUXLEY[41] [SMITH 757]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
30 de setiembre de 1956

… Julian y Juliette pasaron dos semanas aquí y concurrimos a los lugares de interés científico, aquí, en el Caltech, en La Jolla y en el Zoo de San Diego. En los intervalos he seguido trabajando en tres proyectos: mi artículo habitual para *Esquire*, mi conferencia sobre historia de la tensión para la Academia de Ciencias de Nueva York, y una versión de *Brave New World* en forma de comedia musical… porque todos me dicen que la ciencia ficción nunca puede

triunfar en el teatro como obra seria, pero que el público la aceptará cuando el medio deje de ser realista y utilice música y canciones. He terminado el primer acto —reescribiendo íntegramente el material elaborado por el señor […], adaptador original y aún propietario de la mitad de los derechos. Pero es mejor la mitad que nada, y espero que, si el otro acto resulta ser tan bueno como el primero, tal vez conseguiré que se exhiba. Debo apartarme del libro, porque hay que abreviar mucho la historia: sesenta páginas de guión contra las ciento veinte normales para una obra corriente. Pero la adaptación implicará una mejora

drástica… ¡Hela aquí!

Epsilones (cantando)
No más mamita, no más papito:
oh qué suerte, oh qué dicha.
Todos somos muy felices,
muy felices hoy.

Sexo a espuertas, pero adiós matrimonios,
y basta de coches de bebés.
No más cambiar pañales…
oh qué suerte, oh qué dicha:
somos muy felices hoy.

Droga a la hora del té y a la

de la cena,

juerga toda la noche, y amor y risa.

Nada de remordimientos al día siguiente.

¿Dónde está el pecado y quién es el pecador?

Somos muy felices hoy.

Chicas neumáticas, chicas exóticas,

chicas extáticas, chicas eróticas.

Abrázame, nena, y no pierdas tiempo.

Todos somos muy felices,

muy felices hoy.

Comer sin parar y horas para beber
cócteles de soma, y basta de pensar.
¡BASTA DE PENSAR, BASTA DE PENSAR!
Somos muy felices hoy.

Siempre afectuosamente vuestro,
Aldous

A LA SEÑORA ELLEN HUXLEY [SMITH 761]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles, 28, Cal.
20 de noviembre de 1956

Queridísima Ellen:

Gracias por tu fascinante descripción de la experiencia con mescalina. Humphry estuvo aquí y habló un poco del episodio, pero me pareció que lo hacía con una cierta reticencia, como si hubiera sucedido algo, por lo que a él concernía, que no deseaba discutir con demasiada franqueza. ¿Has experimentado lo que yo experimenté muy intensamente en las recientes ocasiones en que ingerí la droga, o sea,

una sensación abrumadora de gratitud, un deseo de agradecer al Orden de las Cosas el privilegio de esta experiencia especial, y también el privilegio —porque esto es lo que uno siente que es, a pesar de todo— de vivir dentro de un cuerpo humano en este planeta específico? Y a ello se suma el vehemente sentimiento de compasión por quienes, fuera por lo que fuere, se privan de la posibilidad de aproximarse a la realidad que revela la droga, a la realidad que está siempre al alcance de quienes tienen el estado de ánimo apropiado para percibirla. Compasión por las personas que son demasiado estrictamente buenas o demasiado

estrictamente intelectuales, que viven en el mundo casero de su propio sistema ético y social, de sus ideas favoritas acerca de lo que es cada cosa; y compasión, en el otro extremo de la escala, por quienes se ciegan mediante el egocentrismo excesivo, mediante el alcohol y las juergas y la TV. Parte de la compasión y parte de la gratitud perduran, incluso después de concluida la experiencia. Uno nunca puede volver a ser exactamente el mismo de antes…

Afectuosamente tuyo,
Aldous

A LA SEÑORA ELLEN HUXLEY [SMITH 763]

3276 Deronda Drive,
Hollywood 28, Cal.
6 de diciembre de 1956

Queridísima Ellen:

Gracias por tu carta. Sí, también es muy extraño ese sentimiento de que la muerte carece de importancia, combinado con el sentimiento de que la vida tiene una importancia suprema. Las únicas personas que *no* extraen absolutamente

ningún provecho de la LSD ni la mescalina son los psicoanalistas. Aquí hay dos experimentadores que se las han suministrado a varios freudianos. Ninguno de ellos obtuvo ningún resultado positivo, excepto uno, que dijo que cuando fue al cuarto de baño notó que «sus excrementos tenían un olor más fuerte y más dulce». El cuerpo de Sig Freud yace pudriéndose en la tumba, pero su alma, o su ano, continúa marchando por el mundo.

Te adjunto un cheque para que les compres regalos de Navidad a todos y cada uno, según sus gustos. Esto es mucho más fácil que enviar paquetes, y espero que todos queden satisfechos.

Muchos cariños para todos.

Afectuosamente tuyo,
Aldous

Capítulo 20

1956 La historia de la tensión

ALDOUS HUXLEY

Huxley pronunció la siguiente disertación en un congreso en el cual

la mayoría de las ponencias leídas giraban en torno del nuevo agente tranquilizador llamado meprobamato [Miltown]. *Esta resultó ser otra oportunidad en que la voz de Huxley fue la única de un hombre de letras en un congreso de médicos y científicos. Su monografía «se ocupa del uso de algunos compuestos químicos que producen determinados cambios de conciencia y que de esta manera permiten alcanzar cierta medida de trascendencia-de-sí y un alivio temporal de la tensión». Cuando llegó a Nueva York para la conferencia lo aguardaban no menos de siete entrevistas en la radio y la televisión.*

El título de esta ponencia es un poco equívoco porque, en términos estrictos, la historia de la tensión no existe. La tensión es una forma de enfermedad, y las enfermedades, como tales, escapan al marco de la historia. No existe, por ejemplo, un dolor de estómago medieval, ni una infección focal específicamente neolítica, ni una neuralgia característicamente victoriana, ni una epilepsia del New Deal. Por lo que concierne al paciente, los síntomas de su dolencia son una experiencia completamente personal, una experiencia para la cual la vida pública

de las naciones, los acontecimientos transcritos en los titulares o discutidos en las publicaciones científicas y las revistas literarias son elementos absolutamente intrascendentes. La política, la cultura, la marcha de la civilización, todas las maravillas de la naturaleza, todos los triunfos del arte y la ciencia y la tecnología, existen para los sanos, no para los enfermos. Estos sólo tienen conciencia de sus dolores y desgracias personales, de lo que sucede entre las cuatro paredes del cuarto donde se hallan postrados. Para ellos, el universo infinito se ha contraído hasta reducirse casi a un punto: nada queda de él, excepto sus propios cuerpos

sufrientes, sus propias mentes aturdidas o atormentadas. La enfermedad como experiencia concreta es casi completamente independiente del tiempo y el lugar. Por consiguiente no puede haber una historia de la enfermedad como experiencia, sino sólo una historia de la medicina, o sea, una historia de las teorías sobre la naturaleza de las enfermedades y de las recetas empleadas en distintas épocas para tratarlas, junto con una historia de la forma en que las sociedades organizadas han reaccionado ante los problemas de la enfermedad dentro de la comunidad.

En tanto que la tensión, como enfermedad psicosomática, no tiene

historia, por lo menos algunas de las causas de la tensión caen dentro del dominio público y pueden convertirse en tema del estudio histórico. Lo mismo se puede decir acerca de los procedimientos consagrados por diversas sociedades para la prevención y el alivio de la tensión. El tema es descomunal, el tiempo, del que dispongo es escaso y mi ignorancia es enciclopédica. Por tanto no intentaré abordar todos los factores históricos asociados con la tensión, sino que me limitaré a los que son más manejables y, al mismo tiempo, más afines a los problemas con que nos enfrentamos en la actualidad.

Permitid que empiece por deciros de qué *no* hablaré. No hablaré, excepto quizás al pasar, de las causas históricas de la tensión. Esto traería aparejada una discusión sobre dos temas vastos y complejos: la transformación de las pautas culturales y las relaciones que subsisten entre una determinada cultura y los individuos educados en ella.

A riesgo de caer en esos Pecados Originales del intelecto que son la simplificación y la abstracción exageradas, permitidme resumir todo este tema en una gran generalización que lo abarca todo. La tensión, diría, surge en aquellas personas que, por una debilidad congénita o adquirida, no

están en condiciones de lidiar con ciertas situaciones desoladoras. Estas situaciones desoladoras son producidas por un conflicto: el conflicto entre los instintos fundamentales de la autoafirmación y el sexo, por un lado, y el instinto gregario igualmente fundamental, por otro. El instinto gregario es encauzado por la sociedad, consagrado por la tradición y racionalizado en términos religiosos y filosóficos, y así se explica la intromisión de factores históricos en una situación que, en el plano animal, sería exclusivamente biológica. La enfermedad de la tensión parece haber aflorado en todas las condiciones

culturales: en las culturas de vergüenza tanto como en las de culpa, en las culturas primitivas no menos que en las altamente desarrolladas, y todas las sociedades de las que tenemos conocimiento han perfeccionado medios fundamentalmente similares para aliviar la tensión. Es de dichos medios para aliviar la tensión de los que me ocuparé en esta ponencia.

La tensión, como todas las otras enfermedades, tiende a contraer la conciencia del paciente, hasta que, en casos extremos, este sólo tiene conciencia de sí mismo. Las enfermedades graves modifican profundamente la personalidad de sus

víctimas. Esta personalidad modificada no tarda en considerar casi normal y en dar por supuesta la contracción de la conciencia inducida por la enfermedad. La tensión no es una enfermedad grave, y quienes la padecen están suficientemente sanos como para sentir y sufrir el egocentrismo entumecedor que les impone su desorden psicosomático. Se parecen a esas almas perdidas cuyo castigo consiste, para decirlo con las palabras del gran poeta católico Gerard Manley Hopkins, «en ser sus personalidades angustiadas, pero peor». La víctima de la tensión conoce esta sensación de ser su personalidad angustiada, pero peor, sensación que la

aflige tremendamente. Y a esta altura es lícito señalar que incluso las personas sanas se sienten afligidas a menudo por la comprobación de que están condenadas a ser los individuos independientes, aislados, que son irremisiblemente. Los neuróticos odian ser su personalidad angustiada, pero peor. Uno de los síntomas más desagradables de la tensión consiste simplemente en la zozobra de ser un universo insular elevado, por así decir, a una potencia mayor. El hombre es un ególatra, pero un ególatra que a menudo experimenta un intenso desagrado por el objeto de su idolatría. Esta aversión por el ser amado se correlaciona en todos

los seres humanos con un anhelo de trascenderse a sí mismos, con un deseo de evadirse de la prisión de la personalidad, con el ansia de convertirse en algo distinto y mejor que el Yo harto conocido, con una susceptibilidad a la nostalgia por un mundo superior a, o por lo menos diferente del, universo tedioso o doloroso de la realidad cotidiana. El hombre religioso ha atribuido este instinto natural de trascenderse a sí mismo a un anhelo innato y profundamente arraigado que se orienta hacia lo divino. El biólogo enfoca la cuestión con un criterio un poco distinto, y atribuye el deseo humano de

trascenderse a sí mismo a los mecanismos de su innata vocación gregaria. El individuo ansia confundirse con el rebaño, pero es demasiado egocéntrico para poder hacerlo cabalmente y demasiado consciente de sí para poder perseverar en la tentativa durante mucho tiempo. Por tanto está condenado a vivir en un estado de insatisfacción crónica, anhelando constantemente algo que, por la naturaleza misma de las cosas, no puede tener nunca.

Estas dos explicaciones no se excluyen mutuamente, y me inclino a pensar que ambas son parcialmente correctas. Sea como fuere, los hechos

que pretenden explicar son hechos auténticos. *Existe* un anhelo de trascenderse a sí mismo y, junto con él, una profunda aversión por el yo aislado, aversión que, en las víctimas de la tensión, se agudiza y se vuelve torturante. En todas las culturas humanas se han perfeccionado y empleado sistemáticamente determinados procedimientos para lograr la trascendencia-de-sí temporal y para aliviar así la tensión. Estos procedimientos se pueden clasificar bajo unos pocos encabezamientos que los abarcan a todos. Hay métodos químicos, métodos musicales y gimnásticos, métodos que dependen del

sometimiento de individuos aislados a la influencia de las multitudes, diversos métodos religiosos y, finalmente, los métodos que se proponen alcanzar la trascendencia mística: los diversos ejercicios yogas y espirituales de las tradiciones oriental y occidental. Se necesitarían horas para hacer justicia a todas estas técnicas, y debo limitarme a analizar sólo dos de ellas: las más populares y más difíciles de controlar, a saber, el método químico y lo que se podría denominar método de la multitud.

Esta monografía se ocupa del uso de algunos compuestos químicos que producen determinados cambios de conciencia y que de esta manera

permiten alcanzar cierta medida de trascendencia-de-sí y un alivio temporal de la tensión. Estas drogas tranquilizantes no son más que los últimos agregados a una larga lista de productos químicos que se emplean desde tiempos inmemoriales para cambiar la cualidad de la conciencia, permitiendo alcanzar así un cierto grado de trascendencia-de-sí y un desahogo temporal de la tensión. Recordemos siempre que, si bien la farmacología moderna nos ha suministrado una multitud de productos sintéticos, no ha hecho descubrimientos básicos en el campo de las drogas naturales. Se ha limitado a perfeccionar los métodos de

extracción, purificación y combinación. Todos los sedantes, narcóticos, euforizantes, alucinógenos y excitantes de origen natural fueron descubiertos hace miles de años, antes del despuntar de la civilización. Ciertamente este es uno de los hechos más extraños que encontramos en ese largo catálogo de improbabilidades conocido por el nombre de historia humana. Es evidente que el hombre primitivo experimentó con todas las raíces, ramitas, hojas y flores, y con todas las semillas, nueces, bayas y hongos de su entorno. La farmacología es más antigua que la agricultura. Existen buenas razones para pensar que incluso en los tiempos

paleolíticos, el hombre mataba a sus enemigos animales y humanos con flechas envenenadas, cuando aún era un cazador y recolector de alimentos. A finales de la Edad de Piedra se envenenaba sistemáticamente a sí mismo. La presencia de manojos de amapolas en los depósitos de basura neolíticos de los habitantes de los lagos suizos demuestra que el hombre descubrió en una etapa muy remota de su historia las técnicas de la trascendencia-de-sí mediante las drogas. Había drogadictos mucho antes de que hubiera labradores.

Dejadme mencionar aquí un dato bastante importante. Para aliviar la

tensión, un compuesto químico no ha de tener necesariamente las características propias de un tranquilizante. El alcohol, por ejemplo, dista mucho de tranquilizar, por lo menos en las etapas intermedias de embriaguez, y viene aliviando la tensión desde que Noé hizo su memorable descubrimiento. La trascendencia-de-sí se puede lograr tanto mediante un excitante como mediante un narcótico o un alucinógeno. La tensión es aliviada no sólo por drogas contemplativas como el opio, el peyote, la kava y el ayahuasca, sino también por productos embriagantes activos, extrovertidos, como el vino, el hachís y el soma de la India antigua.

Desde el punto de vista fisiológico y social, algunas drogas son mucho menos nocivas que otras, y por tanto son preferibles, aunque estas consideraciones utilitarias nunca han influido mucho sobre quienes las consumen. A estos, cualquier cosa que produzca un cierto grado de trascendencia-de-sí y liberación les parece buena. Mientras sea eficaz aquí y ahora, ¿a quién le importa lo que tal vez ocurrirá más adelante?

En su libro *Varieties of Religious Experience*, William James dice: «El imperio que el alcohol ejerce sobre la humanidad se debe incuestionablemente al hecho de que puede estimular las

facultades místicas de la naturaleza humana, generalmente trituradas por los hechos fríos y las críticas descarnadas de las horas de sobriedad. La sobriedad reduce, discrimina y dice que no; la embriaguez expande, une y dice que sí. En verdad es la gran estimulante de la función *Afirmativa* del hombre. Transporta a su devoto de la periferia glacial de las cosas al núcleo radiante. Por el momento lo fusiona con la verdad. Los hombres no corren en pos de ella por pura perversidad. Entre los pobres y analfabetos ocupa el lugar de los conciertos sinfónicos y de la literatura. Forma parte del misterio y la tragedia recónditos de la vida el hecho

de que a tantos de nosotros se nos concedan vaharadas y destellos de lo que reconocemos inmediatamente como excelente sólo en los fugaces tramos iniciales de lo que en su totalidad es un veneno tan degradante. La conciencia embriagada es una pizca de la conciencia mística, y nuestra opinión total sobre ella debe encontrar su lugar en nuestra opinión sobre ese todo más vasto».

En otro fragmento de *Varieties*, James cita el axioma de uno de sus amigos médicos: «La única cura para la dipsomanía es la manía religiosa». En su versión quizá demasiado epigramática, estas palabras expresan una verdad que

la experiencia colectiva de Alcohólicos Anónimos ha confirmado con creces. La experiencia mística es a la borrachera lo mismo que el todo es a la parte, la salud a la enfermedad. Las puertas se abren tanto para el alcohólico como para el místico, y ambos eluden lo que yo he denominado la válvula reductora del cerebro, la función cerebral normal que limita nuestros procesos mentales, casi siempre, a la conciencia de lo biológicamente útil. Ambos tienen un vislumbre de algo que trasciende el mundo de la experiencia cotidiana, ese mundo estrecho, utilitario, que nuestra conciencia egocéntrica escoge entre la plétora infinita de posibilidades

cósmicas. Lo que el borracho ve en las primeras etapas de la embriaguez se reconoce enseguida como excelente. No es excelente, en cambio, el método particular que emplea para alcanzar esta experiencia trascendental.

Entre todas las drogas modificadoras de la conciencia, el alcohol es una de las más antiguas y ciertamente una de las más usadas. Infortunadamente, es una droga bastante ineficiente y, al mismo tiempo, bastante peligrosa. Hay otros métodos mejores para alcanzar los mismos resultados intrínsecamente excelentes sin necesidad de embriagarse. Algunos de estos métodos son químicos, y otros son

psicológicos. Algunos involucran el ayuno, el insomnio voluntario y diversas formas de automortificación. Todos estos procedimientos modifican la química normal del cuerpo y así ayudan a eludir la válvula reductora del cerebro y a evadirse temporalmente de la prisión del yo aislado. Algún día, cuando la psicología se convierta en una ciencia genuina, se examinarán sistemáticamente todos estos métodos tradicionales para producir la trascendencia-de-sí, y se valorarán con exactitud sus respectivos méritos y defectos. Por ahora deberemos conformamos con el conocimiento fragmentario que tenemos a nuestro alcance.

Lo que los mismos místicos han contado acerca de sus experiencias extáticas confirma rotundamente la definición que ha dado William James del alcohol como estimulante de las facultades místicas. En la literatura mística del Islam se emplean constantemente metáforas derivadas del vino y de su ingestión. En los escritos de algunos de los más célebres santos cristianos se encuentran exactamente las mismas metáforas. Así, San Juan de la Cruz denomina a su alma «la bodega interior de mi Amado». Y Santa Teresa de Avila nos informa que «ve el centro de nuestra alma como una bodega, en la cual Dios nos permite entrar cuando y

como le place a Él, para embriagamos con el vino delicioso de Su gracia».

La experiencia de trascendencia-de-sí y el desahogo de la tensión que producen el alcohol y las otras substancias químicas modificadoras de la conciencia son tan maravillosos, tan bienaventurados y extáticos, que a los hombres les ha parecido muy natural identificar estas drogas a las cuales deben su felicidad momentánea con uno u otro de sus dioses. «La religión —dijo Karl Marx— es el opio del pueblo». Sería por lo menos igualmente correcto decir que el opio es la religión del pueblo. Unos pocos místicos han comparado el estado de éxtasis con la

embriaguez, pero incontables bebedores, fumadores, mascadores e inhaladores de rapé han alcanzado alguna forma de liberación extática mediante el uso de drogas. Las cualidades sobrenaturales de este estado mental son proyectadas sobre las drogas que las producen. Así, en Grecia el vino no sólo era consagrado a Dionisos: el vino *era* Dionisos. A Baco lo llamaban Teoinos —Diosvino—, una palabra compuesta que identificaba el alcohol con la deidad, la experiencia de la embriaguez con el espíritu santo. «Nacido dios —decía Eurípides—, Baco es vertido en libaciones a los dioses, y por su intermedio los hombres reciben el

bien». Este bien, según los griegos, asumía muchas formas: la salud física, la iluminación mental, el don de la profecía, la sensación estática de la fusión con la verdad divina. Igualmente, en la India antigua, el jugo de la planta de soma (cualquiera haya sido esta planta) no sólo era consagrado a Indra, el dios-héroe de las batallas: *era* Indra. Y al mismo tiempo era el *alter ego* de Indra, un dios por derecho propio. Se podrían citar muchos otros ejemplos similares de esta identificación de una droga modificadora de la conciencia con algún dios del panteón local. En Siberia y América Central, varias especies de hongos alucinógenos son consideradas

dioses. Los indios del sudoeste de los Estados Unidos identificaban al cacto peyote con deidades nativas y, recientemente, con el Espíritu Santo de la teología cristiana. En los tiempos clásicos, los bárbaros del norte que bebían licor de malta veneraban su cerveza bajo el nombre de Sabacis. La cerveza también era un dios para los pueblos celtas, así como los escandinavos y teutones consideraban que el aguamiel era divina. En lengua anglosajona, la idea de catástrofe, de pánico, de colmo del horror y el desastre, se transmite mediante una palabra cuyo significado literal es «privación de aguamiel». En casi todas

partes el consumo de drogas modificadoras de la conciencia ha estado asociado, en una época u otra, con el ritual religioso. El beber, el mascar, el inhalar y el aspirar rapé han sido considerados actos sacramentales, consagrados por la tradición y racionalizados en términos de la teología predominante. El alcohol estaba prohibido en el mundo musulmán, pero era imposible eliminar el anhelo de trascendencia-de-sí, y en ese mismo mundo había, y aún hay lugares donde la sociedad no sólo aprueba el consumo de *Cannabis indica*, sino que incluso lo ha transformado en una especie de rito religioso. Algunos autores mahometanos

han visto en el hachís el equivalente del pan y el vino sacramentales de los cristianos. Entre los judíos se realizaron muchos esfuerzos encaminados a conceder aprobación religiosa al consumo de vino. Jeremías se refiere a la «copa de consuelo» que se administraba a los afligidos. Amós habla de los hombres que bebían vino en la casa de su Dios. Miqueas formula algunas críticas acerbas contra aquellos que, en su día, acostumbraban a profetizar bajo la influencia del alcohol. Isaías denuncia a los sacerdotes y profetas que «han errado por la bebida fuerte». Han errado, explica, «en la visión». Tradicionalmente, Dionisos era

el dios de la profecía y la inspiración, pero, ay, las revelaciones del alcohol no son totalmente de fiar.

De la trascendencia-de-sí por medios químicos pasamos ahora a la trascendencia-de-sí por medios sociales. El individuo toma contacto directo con la sociedad de dos maneras: como miembro de un grupo familiar, profesional o religioso, o como miembro de una multitud. El grupo tiene un fin y está estructurado; la multitud es caótica, no sirve a un fin específico, y es capaz de todo menos de la acción inteligente. Utilizando una analogía que no es demasiado engañosa, podemos decir que el primero es un órgano del

cuerpo político, y que la segunda es una especie de tumor, generalmente benigno, pero a veces espantosamente maligno. La mayoría de las personas pasan la mayor parte de su vida en grupos. La participación en actividades multitudinarias es un hecho relativamente raro. De lo cual debemos felicitarnos, porque los individuos inmersos en la multitud son diferentes de, y en todo sentido peores que, los individuos aislados o integrados en grupos dotados de fines y organizados. En la multitud, el hombre pierde su identidad personal, y esta es precisamente la razón por la cual le gusta incorporarse a aquella. La

identidad personal es lo que anhela trascender, lo que desea rehuir. Infortunadamente, los miembros de la multitud pierden algo más que su identidad personal: también pierden su raciocinio y su discernimiento moral. Su «sugestionabilidad» aumenta hasta el punto en que dejan de tener su propio juicio o voluntad. Se tornan muy excitables, pierden todo sentido de la responsabilidad individual o colectiva, están sujetos a accesos súbitos y violentos de cólera, entusiasmo y pánico, y se transforman en seres capaces de perpetrar los actos violentos más monstruosos y completamente insensatos… casi siempre contra los

demás, pero a veces contra ellos mismos. En una palabra, un hombre inmerso en una multitud se comporta como si hubiera ingerido una fuerte dosis de alguna substancia muy embriagante. Es una víctima de lo que podríamos denominar el envenenamiento del rebaño. El veneno del rebaño es, como el alcohol, una droga activa, extrovertida. Cambia la naturaleza de la conciencia individual en dirección al frenesí, y facilita un alto grado de trascendencia-de-sí en sentido descendente. El individuo intoxicado por la multitud se evade de su personalidad aislada para refugiarse en una especie de insensatez subhumana.

Desde el comienzo los hombres han trabajado y se han consagrado a la seria tarea de vivir dentro de grupos dotados de finalidad. Las multitudes les han suministrado vacaciones psicológicas. Se han nutrido habitualmente con el alimento extraído del grupo, y su droga deliciosa ha sido el veneno del rebaño. La religión ha consagrado y racionalizado en todas partes la intoxicación con el veneno del rebaño, así como ha consagrado y racionalizado el uso de substancias químicas modificadoras de la conciencia. El aserto de Alfred North Whitehead, según el cual «la religión es lo que el hombre hace con su soledad», sólo es correcto

si optamos por definir la religión como aquello que, según los hechos históricos, nunca ha sido, excepto para una pequeña minoría. Y lo mismo valdría para una definición de la religión en términos de lo que el individuo hace con su experiencia de estar dentro de un pequeño grupo consagrado, como el del Encuentro Cuáquero, o los «dos o tres reunidos en mi nombre» a los que Cristo se refirió en el evangelio. La espiritualidad de los pequeños grupos es una forma sublime de religión, pero no es la única ni la más común, sino sólo la mejor. Es muy significativo que Cristo prometiera estar en el seno de un grupo de dos o tres. Nunca prometió estar

presente en una multitud. Donde se congregan dos o tres mil, o dos o tres decenas de miles, la presencia intrínseca es generalmente de índole muy distinta y muy poco cristiana. Sin embargo, los dirigentes religiosos actuales aprueban e incluso alimentan vehementemente, lo mismo que en el pasado pagano, actividades multitudinarias tales como las asambleas de masas destinadas a renovar el fervor litúrgico, y las peregrinaciones. La explicación es sencilla. A la mayoría de las personas les resulta más fácil alcanzar la trascendencia-de-sí y desahogar la tensión en una muchedumbre que en un pequeño grupo o a solas. Estos

envenenamientos del rebaño en nombre de la religión no son particularmente beneficiosos. Sólo suministran breves vacaciones respecto de la conciencia-de-sí aislada.

La historia de los esfuerzos del hombre por hallar la trascendencia-de-sí en las multitudes es larga y, no obstante su naturaleza extraña y sus aberraciones terroríficas, también es profundamente monótona. Desde el *potlatch* y el *corroboree*[42] hasta el último estallido de «rock and roll», las manifestaciones de envenenamiento del rebaño exhiben las mismas características subhumanas. En el mejor de los casos, estas exhibiciones sólo son grotescas en su

subhumanidad; en el peor, son al mismo tiempo grotescas y horribles. Uno piensa, por ejemplo, en los festivales de la diosa siria, en el curso de los cuales, bajo la influencia enloquecedora del envenenamiento del rebaño y de las sugerencias de los sacerdotes, los hombres se castraban a sí mismos y las mujeres laceraban sus pechos. Uno piensa en el menadismo griego, con su salvaje descuartizamiento de víctimas vivas. Uno piensa en las saturnales romanas. Uno piensa en todos los estallidos de intoxicación colectiva de la Edad Media: las cruzadas de niños, las orgías periódicas de flagelación comunitaria, y esas extrañas manías

danzantes en que la trascendencia-de-sí mediante el envenenamiento del rebaño se combinaba con la trascendencia-de-sí mediante técnicas gimnásticas y con la trascendencia-de-sí mediante la música repetitiva. Uno piensa en las delirantes ceremonias de retorno a la religión tradicional, en las frenéticas desbandadas de quienes creían que se aproximaba el fin del mundo, en los ataques de iconoclastia en nombre de Dios, de destrucción insensata en aras de la virtud. Estos fenómenos ya son suficientemente malos, pero hay algo mucho peor: la intoxicación de multitudes que el demagogo ambicioso explota para sus propios fines políticos

o religiosos.

En la primavera de 1954, mientras me hallaba en Ismailía, sobre el canal de Suez, mis anfitriones me llevaron al cine local. La película, que atraía multitudes sin precedentes, era *Julius Caesar*, interpretada en inglés pero con subtítulos en árabe. Los espectadores estaban fascinados, con los ojos fijos en la pantalla. ¿Por qué, me preguntaba yo, los árabes del siglo veinte se apasionaban tanto por la versión que había dado un inglés del siglo XVI de hechos que habían ocurrido en Roma en el siglo I a.J.C.? Y de pronto me pareció obvio. César, Bruto, Antonio, y todos estos políticos de clase alta que se

disputaban el poder y que, en el ínterin, halagaban y explotaban cínicamente a una masa proletaria que despreciaban pero de la que no podían prescindir, eran figuras contemporáneas con las que el público egipcio estaba íntimamente familiarizado. Lo que había sucedido en Roma inmediatamente antes y después del asesinato de César se parecía mucho a lo que había ocurrido apenas pocas semanas atrás en El Cairo, cuando Naguib había caído, había vuelto a remontarse triunfalmente, y había sido derrocado una vez más por un rival que sabía cómo manipular las pasiones de la multitud, cómo usufructuar su borrachera de entusiasmo y violencia para sus

propios fines. Mientras contemplaban la obra de Shakespeare, los espectadores de Ismailía se encontraban frente a una crónica no censurada del más reciente *coup d'etat*.

Por supuesto, el mayor virtuoso en el arte de explotar los síntomas de envenenamiento del rebaño fue Adolf Hitler. Los nazis ejecutaron su faena con minuciosidad científica. Movilizaron todos los recursos de la tecnología moderna para reducir al mayor número posible de personas al estado más bajo posible de trascendencia-de-sí descendente. Los fonógrafos repetían consignas. Los altavoces propalaban la música vibrante y fuertemente

acentuada, cuya repetición enloquece a las personas. Máquinas acústicas ocultas producían vibraciones subsónicas a un promedio crítico, estremecedor, de catorce ciclos por segundo. Se empleaban modernos medios de transporte para congregar a miles de fieles bajo los focos, en inmensos estadios, y la voz del archihipnotizador llegaba por radio a otros millones de personas.

«La dicha era estar vivo en aquella aurora». Así escribió Wordsworth refiriéndose a su experiencia de envenenamiento del rebaño en los primeros meses jubilosos de la Revolución Francesa. En nuestra propia

época, millones de hombres y mujeres, millones de muchachos y muchachas entusiastas, han vivido una experiencia análoga. A los miembros de las multitudes que, víctimas del envenenamiento del rebaño, son utilizados para hacer las revoluciones y reforzar el poder dictatorial, el despuntar del nazismo, incluso el despuntar del comunismo, se les antoja dichoso. Infortunadamente, a las auroras las siguen días y noches difíciles y a menudo desagradables. En esas horas posteriores de la historia revolucionaria, la dicha tiende a brillar por su ausencia. Sin embargo, cuando amanece nadie piensa jamás en lo que es

probable que ocurra por la tarde. A las víctimas del envenenamiento del rebaño sólo les interesa, como a los alcohólicos o los adictos a la morfina, descargar la trascendencia-de-sí aquí y ahora. Su lema es: «Después de mí el diluvio». Y por cierto el diluvio llega puntualmente.

De la historia de la tensión pasemos, como conclusión, al presente y el futuro. Creo que está claro que el problema de la tensión sólo se resolverá totalmente cuando tengamos una sociedad perfecta… o sea, nunca. Mientras tanto, siempre es posible buscar soluciones parciales y paliativos temporales. Veamos algunas medidas prácticas que sería bastante fácil tomar.

En primer término podríamos incorporar a nuestro sistema de educación actual, profundamente insatisfactorio y descorazonador, unos pocos cursos sencillos sobre el arte de controlar el sistema nervioso autónomo y el inconsciente. Tal como están ahora las cosas, les inculcamos a los niños los principios de la buena salud, de la buena moral y del recto pensar, pero no les enseñamos la forma de actuar en función de dichos principios. Los exhortamos a tomar resoluciones correctas, pero no hacemos absolutamente nada para ayudarlos a poner en práctica dichas resoluciones. Un factor capital de tensión consiste en la conciencia de que

somos trágicamente incapaces de hacer lo que deberíamos hacer. Si a cada niño se le enseñara un poco de lo que Hornell Hart ha llamado autocondicionamiento, haríamos más por el decoro general y la benevolencia que con todos los sermones predicados hasta ahora.

El paso siguiente que habría que dar sería de naturaleza profiláctica. Los seres humanos anhelan la trascendencia-de-sí, y uno de los métodos más eficaces para tomarse vacaciones respecto del yo aislado y de las cargas de la responsabilidad consiste en embriagarse con el veneno del rebaño. Mientras disfruten de la intoxicación masiva en partidos de fútbol y parques de

diversiones, en asambleas religiosas tradicionalistas y mítines de partidos democráticamente organizados, no pasará nada malo. Nunca debemos olvidar, empero, que los seductores de multitudes, los demagogos, los Hitlers en potencia, están siempre entre nosotros. Nunca debemos olvidar que a estos hombres les resulta muy fácil transformar una orgía inocente en un instrumento de destrucción, en una fuerza salvaje, irracional, dirigida hacia el derrocamiento de la libertad. Debemos estar siempre alertas para impedir que exploten la intoxicación de las multitudes para sus fines siniestros. Parece dudoso que un mundo habitado

por Hitlers en potencia, por un lado, y adictos potenciales al veneno del rebaño, por otro, pueda convertirse algún día en un lugar absolutamente seguro para la racionalidad y el decoro. Por lo menos podemos procurar hacerlo un poco más seguro de lo que es actualmente. Por ejemplo, podemos impartir lecciones a nuestros hijos sobre los elementos de la semántica general. Podemos describirles los atroces peligros del pecado intelectual. Podemos ponerles carne de gallina recitándoles las consecuencias desastrosas que tienen, para las sociedades y los individuos, los excesos de simplificación, de generalización y

de abstracción en que incurre el demagogo. Podemos recordarles que deben vivir en el presente y pensar en términos concretos, realistas, de hechos observables. Podemos revelarles los secretos absurdos y desacreditables de la propaganda e ilustrar nuestras disertaciones con ejemplos extraídos de la historia de la política, de la religión y de la industria publicitaria. ¿Este adiestramiento sería eficaz? Quizá sí… y quizá no. El veneno del rebaño es una droga muy poderosa. Una vez que se incorporan a la multitud, incluso los hombres justos y sensatos tienden a perder la razón y a aceptar todas las sugerencias que les formulan, por muy

absurdas e inmorales que sean. Sólo podemos aspirar a hacer más difícil la faena nefasta del demagogo.

El tercer paso que debemos dar lo daremos, en verdad, nos guste o no. Una vez que se han plantado las semillas de una ciencia, estas tienden a brotar y desarrollarse de manera autónoma, obedeciendo la ley de su propio ser, y no las leyes de *nuestro* ser. Ahora la farmacología ha entrado en un período de rápido crecimiento, y parece seguro que en los próximos años se descubrirán decenas y decenas de nuevos métodos para cambiar la cualidad de la conciencia. Por lo que concierne al ser humano individual, estos

descubrimientos serán más importantes, más genuinamente revolucionarios, que los que se han efectuado recientemente en el campo de la física nuclear y de su aplicación a usos pacíficos. La energía nuclear, si no nos destruye, se limitará a darnos más de lo que ya tenemos: energía barata, con su corolario de más dispositivos, mayores proyectos de irrigación y transportes más eficientes. Nos dará todo esto a cambio de un precio muy elevado: un aumento en la proporción de radiaciones nocivas, con sus corolarios de mutaciones perjudiciales y de contaminación permanente de la reserva genética del hombre. Pero los farmacólogos nos

darán algo que la mayoría de los seres humanos no han tenido nunca. Si deseamos alegría, paz y benevolencia, nos darán benevolencia, paz y alegría. Si deseamos belleza, transfigurarán para nosotros el mundo exterior y abrirán la puerta que nos separa de visiones inimaginablemente ricas y significativas. Si deseamos la vida eterna, nos darán algo casi igualmente valioso: eones de experiencia extática milagrosamente condensados en una sola hora. Nos dispensarán estos dones sin cobrarnos el precio terrible que los hombres debían pagar en el pasado por recurrir con demasiada frecuencia a drogas modificadoras de la conciencia como la

heroína o la cocaína, o incluso a aquel buen sucedáneo tradicional que era el alcohol. Ya tenemos a nuestro alcance alucinógenos y tranquilizantes cuyo precio fisiológico es asombrosamente bajo, y parece haber suficientes razones para pensar que los modificadores de conciencia y los aliviadores de tensión del futuro actuarán con más eficiencia aún y le cobrarán al individuo un precio aún más bajo. Los seres humanos podrán lograr sin esfuerzo lo que antaño sólo podían conseguir trabajosamente, mediante el autocontrol y los ejercicios espirituales. ¿Esto será bueno para los individuos y las sociedades? ¿O será malo? Estas son preguntas para las que

no tengo respuestas. Y permitidme agregar que tampoco las tiene nadie más. Es posible que los esbozos de estas respuestas empiecen a aflorar dentro de una generación. Mientras tanto, lo único que se puede pronosticar con un poco de certidumbre es que será necesario volver a considerar y a evaluar, en el contexto de la revolución farmacológica, muchas de nuestras ideas tradicionales sobre ética y religión, y muchas de nuestras opiniones actuales sobre la naturaleza de la mente. Será tremendamente inquietante, pero también será inmensamente divertido.

Capítulo 21

1957 Cartas

Huxley dividió este año entre su casa de Los Ángeles y un hotel de la ciudad de Nueva York donde trabajaba en el guión para la versión teatral de The Genius and the Goddess, *y en la*

comedia musical inspirada en Brave New World. *Hacia finales del año empezó a escribir* Brave New World Revisited [Nueva visita a un mundo feliz] *(un libro completo que no se debe confundir con el artículo de* Esquire*). En 1957 no ingirió substancias psicodélicas, pero sí tomó grandes dosis de niacinamida bajo la supervisión del doctor Hoffer con el objeto de reducir el nivel de colesterol de su sangre y mitigar así la catarata de su ojo derecho. Durante este año las cartas de Huxley continuaron reflejando su interés por la naturaleza trascendente de las experiencias visionarias producidas por substancias*

psicoactivas, incluyendo pequeñas dosis de éter y gas hilarante, y por la importancia de la mescalina en la investigación de la hipnosis y la percepción extrasensorial, siempre sobre la base de investigaciones preliminares.

A PHILIP B. SMITH[43]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
20 de mayo de 1957

… Parece evidente que los anestésicos,

como la mescalina y la LSD, «abren una puerta» que da acceso a áreas de la mente que corrientemente no conocemos, o conocemos muy poco o sólo ocasionalmente. En estas áreas de la mente es posible que encontremos experiencias visionarias, a veces terribles, pero más a menudo bellas y esclarecedoras (si estamos física y psicológicamente sanos). También es posible que encontremos lo que los místicos denominan el «oscuro conocimiento» acerca de la naturaleza del universo: una «sensación de algo mucho más profundamente fusionado» (como dijo Wordsworth), una sensación de que Todo está presente en cada

elemento particular, y el Absoluto en cada elemento relativo. Y es posible que una nueva forma de aprehensión, en la cual se trasciende de alguna manera la relación corriente sujeto-objeto, y en la cual existe la conciencia de que el yo y el mundo exterior son uno, esté asociada a este oscuro conocimiento. A menudo, también, se produce una experiencia concreta de verdades (se *sabe* que son verdades) que, cuando alguien las presenta en términos conceptuales a la mente en estado normal, parecen incomprensibles y absurdas. Postulados tales como «Dios es amor» son comprendidos con la totalidad del propio ser, y su veracidad parece

axiomática a pesar del dolor y la muerte. A lo cual lo acompaña una vehemente gratitud por el privilegio de existir en este universo. (Blake dijo que «la gratitud es el cielo mismo», frase que no pude entender antes de tomar LSD, pero que ahora me parece luminosamente comprensible). Distintas drogas dan acceso a diferentes áreas de este Otro Mundo de la mente, o por lo menos ayudan a entrar más fácilmente en un área y no en otra. Sin embargo, sorprende comprobar cuánto se parecen entre sí las experiencias inducidas por substancias químicas muy diferentes. La mescalina no se parece a la LSD, y ambas difieren de la substancia activa

de los hongos que describió Gordon Wasson. Pero las experiencias inducidas son muy similares. Y, a su vez, estas experiencias inducidas mediante drogas son muy similares a las experiencias que afloran espontáneamente en determinadas personas y que otras han inducido mediante «ejercicios espirituales» y mediante técnicas psicofísicas destinadas a cambiar la química del organismo, tales como el ayuno, el insomnio prolongado o la mortificación violenta de la carne. Tampoco debemos olvidar los efectos del «entorno limitado». Lo que hombres como Hebb y Lilly logran en el laboratorio lo lograron los ermitaños

cristianos en la Tebaida y otros lugares, y los ermitaños hindúes y tibetanos en los remotos bastiones de los Himalayas. Mi convicción personal consiste en que estas experiencias realmente nos revelan algo acerca de la naturaleza del universo, en que son valiosas por sí mismas y, sobre todo, son valiosas cuando se las incorpora a nuestra cosmovisión y sirven de base a nuestros actos [en] la vida normal. En todas partes se ha interpretado que el efecto de la experiencia mística sobre la vida normal pone a prueba la validez de aquella.

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 774]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
1 de junio de 1957

Estimado Humphry:

… Mientras tanto, ¿qué opinas del plan de Eileen (acerca del cual ella dijo que te escribiría) para realizar una serie de experimentos discretos en la casa de la señora Bolton, en Florida, el invierno próximo? A mí me parece muy bueno, y si tú pudieras dejar tu trabajo por lo menos durante una parte del tiempo que

dedicaríamos a los experimentos, sería posible lograr algo importante. El uso de los mismos sujetos en una serie regular de pruebas permitiría realizar una exploración verdaderamente sistemática de su otro mundo. También sería posible verificar lo que se puede lograr mediante la combinación de la hipnosis con la LSD o la mescalina. El doctor L. J. West, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Oklahoma, estuvo aquí hace pocas semanas, y creo que es un joven muy competente. Ha descubierto que es casi imposible hipnotizar a los sujetos mescalinizados. Le propuse que hipnotice a sus sujetos antes de que

estos ingieran la LSD y que les imparta sugestiones posthipnóticas encaminadas a orientar la experiencia inducida por la droga en una dirección determinada y también hacia una meta muy codiciable, a saber, que los sujetos puedan recrear la experiencia con LSD por medios puramente psicológicos después de su retorno a la conciencia normal, y siempre que lo deseen. El hecho de que este tipo de experiencia se presente espontáneamente en algunos individuos indica que las substancias químicas no son indispensables, y tal vez se pueda persuadir al inconsciente, mediante sugestiones posthipnóticas, repetidas, si ello fuera necesario, una y otra vez, para

que abra la puerta sin la ayuda de llaves químicas. Un ambiente como el que imagina Eileen resultaría ideal para este tipo de experimento. Si pudieras venir a Florida para supervisar aunque sólo fuesen los pasos iniciales de la prueba, sería estupendo.

Hace pocos días he recibido una carta de otro médico de Oklahoma, el doctor Philip Smith, que ha estado experimentando con anestésicos tales como el éter, el gas hilarante, etcétera, para verificar los efectos psicológicos de las pequeñas dosis. Evidentemente ha obtenido buenos resultados personales y me ha escrito para preguntarme si conozco algunas referencias literarias

sobre el tema. Conozco muy pocas, y él me advirtió que son llamativamente escasas en la bibliografía médica. A juzgar por las pocas que hay, resulta obvio que esta es una llave más para abrir la puerta que conduce al otro mundo.

Mientras estaba en Nueva York, almorcé con Wasson en su Templo de Mammon […] él ha trabajado mucho en su especialidad, y el material reunido en sus gruesos volúmenes es muy curioso y sugestivo. Sin embargo, como tú dices, le complace pensar que sus hongos son de alguna manera únicos e infinitamente superiores a todo lo demás. Intenté desengañarlo. Pero le gusta imaginar

que tiene en su poder la Primera y Única substancia psicodélica: no acepta sustitutos, y ninguno es genuino si no se vende avalado por la firma del inventor.

También vi en Nueva York al viejo y querido Suzuki. ¡Qué anciano realmente maravilloso! ¿Has leído su último libro: *Mysticism, Christian and Buddhism*? Es muy bueno. E incluso mejor es un pequeño panfleto que publicó la London Buddhist Society, titulado *Essence of Buddhism*. Este es realmente admirable. Te hace comprender cómo, en cuestiones de psicología, estos budistas del Lejano Oriente eran mucho más sutiles que cualquier occidental. Saben todo lo relacionado con las «experiencias

existenciales» y con los horrores de las situaciones humanas que describen Sartre, Camus y los demás… y saben cómo llegar al otro lado, donde toda relatividad manifiesta la Semejanza absoluta, y donde la Semejanza es idéntica a la mahakaruna, la Gran Compasión…

Afectuosamente tuyo,
Aldous

A J. B. RHINE [SMITH 777]

The Shoreham,
Nueva York 19, N. Y.

19 de setiembre de 1957

Estimado JB:
Gracias por tus cartas del 15 de agosto, que me encuentran en Nueva York, donde me debato con los prolegómenos de la producción de una obra de teatro.

La única información acerca de los efectos de la LSD sobre la percepción extrasensorial proviene de mi amigo el doctor Humphry Osmond, quien descubrió que parecía existir comunicación telepática entre él y otro hombre mientras ambos se encontraban bajo la influencia de la droga. Sin embargo, no realizaron pruebas sistemáticas. Y aquí el problema

consiste en que las personas colocadas bajo los efectos de la LSD o la mescalina se encuentran generalmente en un estado de experiencia más intensa y más significativa… un estado en el cual tienden a sentirse desmedidamente irritados por las tonterías que les han inculcado sobre estadísticas, experimentos reiterados, precauciones científicas, interrogatorios de investigadores, etcétera. Es como pedirle a alguien que escucha fascinado un Preludio y Fuga de Bach, o que está haciendo el amor, que conteste un cuestionario. Como seguramente habrás comprobado, los seres humanos no son conejillos de Indias ideales, excepto en

los niveles más rudimentarios de su actividad vital.

Atentamente tuyo,
Aldous H.

Capítulo 22

1958
La persuasión química

ALDOUS HUXLEY

Brave New World Revisited *se inspira en una serie de artículos que aparecieron originariamente a*

comienzos de 1958 como suplemento de Newsday. *En una carta a su hermano Julian, Aldous describe el tema —pruebas contemporáneas de la materialización de su profecía de 1932 sobre el control de la mente en un estado totalitario, mediante el empleo de drogas y otros recursos— como «curioso y deprimente». En el capítulo del libro que reproducimos a continuación, Huxley elucida la diferencia entre el soma de los antiguos invasores arios de la India y el soma de* Brave New World, *que no tenía «ninguna de las desventajas del original indio» y era «uno de los instrumentos de gobierno más*

poderosos que figuraban en el arsenal del dictador». Huxley suministra un excelente compendio de las drogas psicoactivas y de sus posibilidades beneficiosas y nocivas. Al pasar, demuestra estar familiarizado con las comprobaciones del Informe LaGuardia, que se publicó en 1944 pero que fue prohibido porque llegaba a la conclusión de que la marihuana no entrañaba graves peligros para la sociedad (no hay evidencias de que Huxley haya probado la marihuana).

En el Mundo Feliz de mi fábula no había whisky, ni tabaco, ni heroína ilícita, ni

cocaína traficada clandestinamente. La gente no fumaba, ni bebía, ni aspiraba ni se administraba inyecciones. Cada vez que alguien se sentía deprimido o por debajo de la norma, ingería una o dos tabletas de un compuesto químico llamado soma. El soma original, del cual tomé el nombre de esta droga hipotética, era una planta desconocida (posiblemente la *Asclepias acida*) que los antiguos invasores arios de la India utilizaban en uno de sus ritos religiosos más solemnes. Los sacerdotes y nobles bebían, en el curso de una aparatosa ceremonia, el jugo embriagante extraído de los tallos de esta planta. Los himnos vedas nos informan que sobre los

bebedores de soma recaían muchas bienaventuranzas. Sus cuerpos se robustecían; sus corazones se colmaban de coraje, regocijo y entusiasmo; sus mentes se esclarecían y una experiencia inmediata de la vida eterna les daba la certidumbre de su inmortalidad. Mas el jugo sagrado tenía sus desventajas. El soma era una droga peligrosa… tan peligrosa que a veces incluso la gran deidad del cielo, Indra, se enfermaba después de beberlo. Una sobredosis podía matar a los simples mortales. Pero la experiencia era tan trascendentalmente beatífica y esclarecedora que la ingestión de soma se catalogaba como un gran privilegio.

Un privilegio por el que se pagaba cualquier precio, sin que ninguno pareciera excesivamente elevado.

El soma de *Brave New World* no tenía ninguna de las desventajas del original indio. En pequeñas dosis producía una sensación beatífica, en dosis mayores hacía ver visiones, y si alguien ingería tres tabletas se sumía al cabo de pocos minutos en un sueño vivificante. Y todo esto sin ningún perjuicio fisiológico o mental. Los habitantes del Mundo Feliz podían tomarse vacaciones respecto de sus malos humores o de los engorros rutinarios de la vida cotidiana, sin sacrificar su salud ni reducir

permanentemente su eficiencia.

En el Mundo Feliz, el hábito del soma no era un vicio privado: era una institución política, la esencia misma de la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Dicha, garantizada por la Carta de Derechos. Pero el más valioso de los privilegios inalienables de los súbditos era al mismo tiempo uno de los instrumentos de gobierno más poderosos que figuraban en el arsenal del dictador. La administración sistemática de drogas a los individuos en beneficio del Estado (y de paso, claro está, para su propio deleite) era un postulado capital de la política de los Controladores del Mundo. La ración diaria de soma era un

reaseguro contra la inadaptación personal, el descontento social y la difusión de ideas subversivas. La religión —sentenció Karl Marx— es el opio del pueblo. En el Mundo Feliz esta situación se invirtió. El opio, o mejor dicho el soma, era la religión del pueblo. La droga, como la religión, tenía la facultad de consolar y compensar; generaba visiones de otro mundo mejor; ofrecía esperanza; robustecía la fe y estimulaba la caridad. La cerveza, ha escrito un poeta,

... hace más que lo que puede hacer Milton
para justificar ante el

hombre los actos de Dios.

Y recordemos que, comparada con el soma, la cerveza es una droga muy grosera y poco fiable. Cuando se trata de justificar ante el hombre los actos de Dios, el soma es al alcohol lo que este es a los argumentos teológicos de Milton.

En 1931, cuando yo escribía acerca de la substancia sintética imaginaria mediante la cual se lograría hacer simultáneamente felices y dóciles a las generaciones futuras, el doctor Irvine Page, conocido bioquímico norteamericano, se disponía a abandonar Alemania, donde había pasado los tres

años anteriores estudiando la química del cerebro en el Kaiser Wilhelm Institute. «Es difícil entender —ha escrito el doctor Paige en un artículo reciente—, por qué los científicos tardaron tanto en decidirse a investigar las reacciones químicas de su propio cerebro. Hablo —agregó—, sobre la base de mi crítica experiencia personal. Cuando volví a mi patria en 1931… no pude encontrar trabajo en este campo (el de la química del cerebro) ni provocar una pizca de interés por él». Ahora, veintisiete años más tarde, la indiferencia de 1931 se ha trocado en una avalancha de investigaciones bioquímicas y psicofarmacológicas. Se

están estudiando las enzimas que regulan las actividades del cerebro. Dentro del organismo, se han aislado substancias químicas hasta ahora desconocidas como el adrenocromo y la serotonina (de la cual el doctor Paige fue codescubridor), y se están estudiando sus efectos de largo alcance sobre nuestras funciones mentales y físicas. En el ínterin se han sintetizado nuevas drogas, drogas estas que refuerzan o corrigen o interfieren la acción de las diversas substancias químicas mediante las cuales el sistema nervioso ejecuta sus milagros diarios y horarios como controlador del cuerpo y como instrumento y mediador de la

conciencia. Desde nuestro punto de vista actual, el dato más interesante acerca de estas drogas consiste en que alteran temporalmente la química del cerebro y el estado asociado de la mente sin producir ninguna lesión permanente al organismo en su totalidad. En este sentido se parecen al soma… y son radicalmente distintas de las antiguas drogas modificadoras de la mente. Por ejemplo, el tranquilizante clásico es el opio. Pero el opio es una droga peligrosa, que ha formado adictos y ha arruinado la salud desde los tiempos neolíticos hasta nuestros días. Lo mismo vale para el euforizante clásico, el alcohol, droga que, como dice el

Salmista, «regocija el corazón del hombre». Pero infortunadamente el alcohol no se limita a regocijar el corazón del hombre: en dosis excesivas también causa enfermedad y adicción, y durante los últimos ocho o diez mil años ha sido una causa capital de crímenes, desdichas domésticas, degradaciones morales y accidentes evitables.

Entre los estimulantes clásicos, el té, el café y el mate son, por suerte, casi totalmente inofensivos. También son estimulantes muy débiles. A diferencia de estas «pócimas que alegran pero no embriagan», la cocaína es una droga muy poderosa y peligrosa. Quienes la utilizan pagan sus éxtasis, su sensación

de poderío físico y mental ilimitado, con accesos de depresión torturante, con síntomas físicos tan horribles como la sensación de estar infestados por miríadas de insectos rastreros, y con delirios paranoides que pueden desembocar en crímenes violentos. Otro estimulante de origen más reciente es la anfetamina, más conocida por su marca registrada: Bencedrina. La anfetamina es muy eficaz, pero si se abusa de ella actúa a expensas de la salud mental y física. Se dice que actualmente hay en Japón un millón de adictos a la anfetamina.

Entre las substancias clásicas que producen visiones, las más conocidas

son el peyote de México y del sudoeste de los Estados Unidos, y el *Cannabis sativa*, que se consume en todo el mundo con denominaciones tales como hachís, bhang, kif y marihuana. Según las mejores evidencias médicas y antropológicas, el peyote es mucho menos nocivo que la ginebra o el whisky del Hombre Blanco. Permite que los indios que lo utilizan en sus ritos religiosos entren en el paraíso y se sientan fusionados con la comunidad amada, sin que este privilegio les cueste un precio peor que el suplicio de mascar algo repugnante y de sentir un poco de náuseas durante una o dos horas. El *Cannabis sativa* es una droga menos

inocua, aunque ni remotamente tan nociva como querrían hacernos creer los sensacionalistas. La Comisión Médica que el alcalde de Nueva York designó en 1944 para investigar el problema de la marihuana llegó, después de un estudio concienzudo, a la conclusión de que el *Cannabis sativa* no implica una amenaza grave para la sociedad, ni siquiera para quienes lo consumen. Es sólo un engorro.

De estos modificadores clásicos de la mente pasamos a los últimos productos de la investigación psicofarmacológica. A los que se ha hecho más publicidad, entre estos, es a los tres nuevos tranquilizadores: la

reserpina, la clorpromacina y el meprobamato. Administrados a ciertos tipos de psicóticos, los dos primeros han resultado notablemente eficaces, no para curar las enfermedades mentales sino, por lo menos, para anular temporalmente sus síntomas más penosos. El meprobamato (alias *Miltown*) produce efectos análogos en las personas que sufren diversos tipos de neurosis. Ninguna de estas drogas es absolutamente inofensiva, pero su coste, en términos de salud física y eficiencia mental, es extraordinariamente reducido. En un mundo donde nadie obtiene nada gratuitamente, los tranquilizadores ofrecen mucho a cambio de muy poco.

El *Miltown* y la clorpromacina aún no son el soma, pero se aproximan bastante a la materialización de uno de los aspectos de esta droga mítica. Alivian temporalmente la tensión nerviosa sin infligir, en la gran mayoría de los casos, lesiones orgánicas permanentes, y sin causar nada más que una disminución bastante reducida de la eficiencia intelectual y física mientras dura la acción de la droga. Excepto como narcóticos, probablemente son preferibles a los barbitúricos, que embotan el filo de la mente y que, en grandes dosis, generan una serie de síntomas psicofísicos indeseables y pueden desembocar en una adicción

cabal.

Los farmacólogos han creado recientemente en la LSD-25 (dietilamida del ácido lisérgico) otro aspecto del soma: una droga que mejora la percepción y produce visiones, prácticamente sin ningún coste fisiológico. Esta droga extraordinaria, que surte efecto en dosis de apenas cincuenta o incluso veinticinco millonésimas de gramo, tiene (como el peyote) el poder de transportar a las personas al otro mundo. En la mayoría de los casos, el otro mundo al que da acceso la LSD-25 es paradisíaco, pero también puede transportar, alternativamente, al purgatorio o al

infierno. Sin embargo, todos quienes viven la experiencia del ácido lisérgico, ya sea esta positiva o negativa, la sienten como algo profundamente significativo y esclarecedor. De todas maneras, el hecho de que se pueda alterar tan radicalmente la mente a un coste tan bajo para el cuerpo es francamente asombroso.

El soma no sólo generaba visiones y tranquilizaba. También (cosa sin duda imposible) estimulaba la mente y el cuerpo, y creaba una euforia activa además de la dicha negativa que sigue a la liberación respecto de la ansiedad y la tensión.

Aún no se ha descubierto el

estimulante ideal: poderoso pero inocuo. Como hemos visto, la anfetamina distaba mucho de ser satisfactoria: se cobraba un precio demasiado elevado por lo que suministraba. Un candidato más prometedor para el papel del soma en su tercer aspecto es la Iproniacida, que se emplea ahora para sacar de su aflicción a los pacientes deprimidos, para animar a los apáticos y para aumentar, en general, la dosis disponible de energía psíquica. Según un destacado farmacólogo que conozco, es aún más prometedor un nuevo compuesto que se llamará Deaner, y que todavía está en la etapa experimental. El Deaner es un aminoalcohol, y se cree que aumenta la

producción de acetilcolina en el organismo, y que incrementa de este modo la actividad y eficacia del sistema nervioso. El individuo que ingiere esta nueva píldora necesita dormir menos, se siente más alerta y alegre, piensa más rápidamente y mejor… y todo esto prácticamente sin ningún coste orgánico, por lo menos a corto plazo. Parece casi demasiado bueno para ser cierto.

Vemos pues que, aunque el soma aún no existe (y probablemente no existirá nunca), ya se han descubierto sustitutos bastante buenos para los diversos aspectos de dicha droga. Ahora existen tranquilizadores, productores de visiones y estimulantes que comparten la

virtud de su bajo coste fisiológico.

Es obvio que un dictador podría utilizar estas drogas con fines políticos, si lo deseara. Podría precaverse contra el malestar político mediante la introducción de cambios en la química del cerebro de sus súbditos, que así quedarían conformes con su condición servil. Podría utilizar tranquilizantes para apaciguar a los excitados, estimulantes para despertar el entusiasmo de los indiferentes, alucinógenos para distraer la atención de los desheredados y hacerles olvidar sus desgracias. Sería lícito preguntar cómo conseguirá el dictador que sus súbditos ingieran las píldoras que les

harán pensar, sentir y comportarse como él lo desea. Muy probablemente, le bastaría con poner las píldoras a su alcance. Actualmente el alcohol y el tabaco están a disposición de todos, y la gente gasta considerablemente más en estos euforizantes, seudoestimulantes y sedantes muy poco satisfactorios que lo que está dispuesta a invertir en la educación de sus hijos. O pensemos en los barbitúricos y tranquilizantes. En los Estados Unidos, estas drogas sólo se pueden obtener con receta médica. Pero existe tanta demanda de algo que haga un poco más tolerable la vida en un entorno urbano industrial, que actualmente los médicos extienden recetas de los

diversos tranquilizantes a un promedio de cuarenta y ocho millones por año. Además, la mayoría de estas recetas se emplean más de una vez. Cien dosis de felicidad no bastan: pedid otro frasco a la farmacia, y cuando este se termine, otro más… Es indudable que si los tranquilizadores se pudieran comprar con tanta facilidad como la aspirina, y fueran tan baratos como esta, no se consumirían por miles de millones, como en la actualidad, sino por veintenas y centenares de miles de millones. Y un estimulante bueno y barato sería igualmente popular.

Bajo una dictadura, los farmacéuticos recibirían la orden de

cambiar de política con cada cambio de circunstancias. En épocas de crisis nacional, tendrían el deber de promover la venta de estimulantes. Entre una crisis y otra, al tirano podría resultarle embarazoso que sus súbditos desplegaran un exceso de vigilancia y energía. En semejantes circunstancias, se alentaría a las masas para que compraran drogas tranquilizadoras y generadoras de visiones. Se podría confiar en que bajo los efectos de estos jarabes sosegantes no le causarían disgustos a su amo.

Tal como están las cosas actualmente, es posible que los tranquilizadores cumplan la función de

impedir que determinados individuos les den disgustos a sus gobernantes, y también que se los den a sí mismos. El exceso de tensión es una enfermedad, pero también lo es la ausencia exagerada de ella. Hay ciertas ocasiones en que *deberíamos* estar tensos, y en que un exceso de tranquilidad (y sobre todo de una tranquilidad impuesta desde fuera, mediante una substancia química) es totalmente inapropiada.

En un reciente simposio sobre el meprobamato, en el que me tocó participar, un eminente bioquímico sugirió maliciosamente que el gobierno norteamericano debería regalar al pueblo soviético cincuenta mil millones

de dosis de este tranquilizador, que es el más popular de todos. El chiste contenía un elemento de seriedad. En una competencia entre dos pueblos, uno de los cuales se halla constantemente estimulado mediante amenazas y promesas, constantemente orientado por una propaganda unilateral, mientras que el otro vive no menos constantemente distraído por la televisión y tranquilizado por el Miltown, ¿cuál de los dos adversarios tiene más probabilidades de triunfar?

El soma de mi fábula no sólo era tranquilizante, alucinógeno y estimulante, sino que también tenía la virtud de aguzar la sugestibilidad, y por

tanto era posible utilizarlo para reforzar los efectos de la propaganda oficial. Varias drogas que ya figuran en la farmacopea se pueden utilizar para el mismo fin, con menos eficacia y un mayor coste fisiológico. Tenemos, por ejemplo, la escopolamina, que es el principio activo del beleño, y que, en grandes dosis, es un poderoso veneno. Tenemos también el pentotal y el amital sódico. La policía de diversos países ha utilizado el pentotal —apodado, por alguna extraña razón, «el suero de la verdad»— con el fin de extraer confesiones a delincuentes remisos (o tal vez con el fin de sugerírselas). El pentotal y el amital sódico debilitan la

barrera que separa la mente consciente de la inconsciente y son muy útiles para tratar la «fatiga de combate» mediante el proceso que en Inglaterra se conoce por el nombre de «*abreaction therapy*» y en los Estados Unidos por el de «*narcosynthesis*» (narcosíntesis). Se dice que los comunistas emplean a veces estas drogas cuando preparan a prisioneros importantes para presentarlos públicamente ante un tribunal.

Mientras tanto, la farmacología, la bioquímica y la neurología siguen avanzando, y podemos tener la absoluta certeza de que, en el curso de los próximos años, se descubrirán nuevos y

mejores métodos químicos para aumentar la sugestibilidad y reducir la resistencia psicológica. Es posible que a estos descubrimientos, como a todo lo demás, se les dé una buena o una mala aplicación. Es posible que ayuden al psiquíatra en su lucha contra la enfermedad mental, o es posible que ayuden al dictador en su lucha contra la libertad. Lo más probable es que (como la ciencia es divinamente imparcial) esclavicen y liberen, curen y destruyan al mismo tiempo.

Capítulo 23

1958 Cartas

En 1958, Huxley viajó y pronunció disertaciones en el extranjero. El doctor Albert Hofmann, que había descubierto la LSD en 1943, acababa de aislar e identificar el principio

activo, la psilocibina, en el hongo sagrado de México, que R. G. Wasson y el profesor Roger Heim habían introducido formalmente en la cultura occidental, y su investigación despertó el interés de Huxley por esta nueva puerta que comunicaba con el Otro Mundo. En sus cartas a Osmond, Huxley manifestó interés por diversos experimentos: la LSD y la hipnosis, las drogas psicodélicas administradas a artistas y a personas que no visualizaban y —proféticamente, dada la situación en que él mismo habría de hallarse cinco años más tarde— la administración de LSD a enfermos terminales de cáncer. También postuló

una serie de normas para las sesiones psicodélicas y comentó clásicos de la literatura vistos a la luz del estado trascendente. En su propia labor literaria volvió a su novela, «una especie de Brave New World *a la inversa», que denominó su «fantasía Tópica».*

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 787]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
11 de enero [de 1958]

Estimado Humphry:

… En cuanto a la guía para personas que ingieren mescalina o LSD-25, he estado demasiado atareado para ocuparme de ella, pero intentaré hacerlo en breve. Creo que la mejor forma de encarar el trabajo consistiría en formular una serie de preguntas. Por ejemplo: «¿Ahora entiende a qué se refería Blake cuando dijo: "La gratitud es el cielo mismo"?». «Eckhart definió a Dios en términos operativos como "La negación de todas las negaciones". ¿Qué opina al respecto?». «¿Qué significa para usted la palabra "esidad" cuando mira el mundo que lo rodea?». «El Samsara y el

Nirvana son uno… el Absoluto está presente en cada hecho relativo y particular. La eternidad se manifiesta en cada fracción de tiempo. ¿Qué opina acerca de estas paradojas?». «A pesar de todas las apariencias, Dios es amor y las cosas están de alguna manera en perfecta condición. ¿Qué le parece?». «Saja la madera y me encontrarás, levanta la piedra y yo estoy allí». «¡Qué milagro es este! Recoger agua y cortar leña». «La pulga más insignificante tal como es en Dios es superior al ángel más sublime tal como es en sí mismo». Se podrían compilar varias docenas de estas breves preguntas y afirmaciones, para someterlas a la consideración del

sujeto en el curso de su experiencia. Si pone atención en ellas, podrían obrar como los *koans* del Zen y abrirle súbitamente regiones hasta entonces jamás vislumbradas. Ciertamente vale la pena intentarlo. Si te parece que el sistema es bueno, seguiré adelante con el proyecto.

Comunícame lo que opinas acerca de la Comisión y si te parece aconsejable un cambio en el esquema actual.

Tuyo,
Aldous

P.D.: ¡Qué bien entiendo lo que

dices acerca del trabajo literario! Parece muy fácil y es muy difícil. Y como si las dificultades normales fueran pocas, debo lidiar con el problema de mi mala visión… que convierte toda investigación y toda lectura de notas en una carga abrumadora. Todo lo cual es, sin duda, y en última instancia, perfecto… ¡pero es de entrada muy fatigoso!

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 788]

3276 Deronda Dr.,

Los Ángeles 28, Cal.
2 de febrero de 1958

Estimado Humphry:
Anoche cenamos con [...] y debo decir que lo encontré muy ingenioso y menos extravagante que antes, así que por favor no hagas caso de lo que escribí acerca de él en mi última carta. Al mismo tiempo, sigo dudando de la validez general de sus métodos. Es posible que en algunos casos el enfoque específicamente ritual sea correcto, pero ciertamente no lo es en todos. Además, tanto a Laura como a mí nos pareció, mientras lo escuchábamos describir sus experimentos, que imparte, consciente o

inconscientemente, demasiada sugestión. Una vez más, esto puede ser correcto en algunos casos, pero categóricamente no en todos. Pienso que la regla general debería ser más permisiva. En cuanto al encuentro proyectado, […] dice que no le ve mucho sentido. Gerald no estará disponible en febrero. Sidney Cohen[44] no pone objeciones, pero no está muy entusiasmado. Yo, por mi parte, realmente no lo tengo claro. De todas maneras soy únicamente un espectador, no un investigador especializado, y sólo puedo formular sugerencias desde fuera y sobre bases teóricas… como las formulé respecto de la conveniencia de impartir sugestiones posthipnóticas para

reproducir las experiencias con LSD por medios puramente psicológicos y a voluntad (sugerencias que, entre paréntesis, no me he cansado de formular a diestro y siniestro durante los últimos tres años, y que, hasta donde yo sé, aún nadie ha puesto en práctica, aunque todos comenten: «¡Qué interesante!»). Si celebramos una reunión de esta organización muy Pickwickiana, ¿qué ganaremos (excepto el placer y el interés de encontrarnos con varias personas inteligentes atraídas por el mismo tema)? Probablemente valdrá la pena reunirse por el gusto de reunirse. ¿Habrá ventajas ulteriores? […] me dices que piensas montar una

sede central en alguna parte. Pero esto implica gastos, una secretaria, un director. ¿No se podrían obtener los mismos resultados de una manera más sencilla y económica si discutimos las cosas en una reunión, o por correspondencia, y si dividimos el trabajo entre los diversos experimentadores? Sid Cohen tiene un proyecto interesante para el que espera conseguir financiación, un proyecto que verificaría la eficacia con que dosis escalonadas de LSD afectan la interpretación de un grupo de artistas profesionales. Otro proyecto importante consistiría en administrar la droga a un grupo cuidadosamente seleccionado, que

incluyera a representantes de los extremos de la escala de tipos de Sheldon, y a los ejemplares más comunes de la parte central de dicha escala. Un tercer proyecto consistiría en determinar si los individuos que pertenecen a la variedad de seres humanos no visualizadores estudiada por Galton alguna vez ven visiones con dosis normales de LSD, si pueden ser inducidos a ver visiones mediante dosis más fuertes, y si pueden ser inducidos a ver visiones mediante sugestiones apropiadas (como […] insiste en aducir). Otro proyecto más: la administración de LSD a enfermos terminales de cáncer, con la esperanza

de que la droga convierta la agonía en un proceso más espiritual, menos estrictamente fisiológico. El *Saturday Evening Post* me pidió un artículo sobre las implicaciones éticas, religiosas y sociales de la psicofarmacología, y ciertamente formularé en él dichas sugerencias, y cualesquiera otras que tú y cualquier especialista en la materia me aconsejen formular. Si resuelves venir, podremos conversar sobre el tema. Si no, te agradeceré cualesquiera sugerencias epistolares.

Comunícame lo que tú y Abe [Hoffer] pensáis acerca de la conveniencia de un encuentro. No tengo una opinión categórica en un sentido u

otro… excepto que ciertamente me gustaría verte.

Mientras tanto estoy muy atareado con mis artículos sobre el destino de la libertad en el mundo moderno. El problema consiste en escribir con agilidad, pero sin simplificar exageradamente ni omitir demasiadas cosas.

Siempre suyo,
Aldous

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 790]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
16 de febrero de 1958

Estimado Humphry:

… Uno de los materiales que habría que leer a una persona colocada bajo los efectos de la LSD es *Marriage of Heaven and Hell*, de Blake, incluyendo las extraordinarias «Fantasías memorables» que preceden y siguen a los «Proverbios del Infierno». Léelo de cabo a rabo y verás si no concuerdas conmigo. Estoy seguro de que si lo grabaran en una cinta magnetofónica el sujeto lo encontraría

extraordinariamente esclarecedor. Entre paréntesis, en una de las oportunidades en que ingerí LSD comprobé que es útil desde muchos puntos de vista escuchar discos de poesía o de disertaciones religiosas. En primer término se pasa por la misma experiencia extraña que uno vive al escuchar música: la sensación de que, aunque el ritmo se mantiene intacto, la pieza se prolonga durante siglos. La poesía o la disertación religiosa asume esta misma cualidad semieterna. Otro detalle interesante: uno parece captar el significado intrínseco de lo que están leyendo, el sentido que encierra para su propia persona, más a fondo que en

circunstancias normales. Por ejemplo, la culta resignación melancólica de Matthew Arnold, que habitualmente me gusta y con la que me siento cómodo, me parece demasiado negativa bajo los efectos de la LSD… negativa hasta un punto que no es realista.

Acabo de recibir una carta de [Duncan] Blewett[45] en la que sugiere una fecha de comienzos de mayo para un encuentro. O, como alternativa, otra de octubre. Creo que no estaré aquí en octubre, pero es casi seguro que estaré en mayo.

Cariños a la familia.

Tuyo,

AL DOCTOR ALBERT HOFMANN[46] [SMITH 796]

Gran Hotel Bolívar, Lima
3 de agosto de 1958

Estimado doctor Hofmann:

Recibí su carta del 16 de julio precisamente cuando me disponía a partir hacia Sudamérica, y ahora le escribo desde Perú (cuna de una droga transformadora de la mente muy insatisfactoria y peligrosa —la coca—

que los indios continúan consumiendo en grandes cantidades, sobre todo, según me cuentan, para eliminar los dolores del hambre, demasiado comunes en los Altos Andes).

Lo que usted dice acerca de la psilocibina me interesa mucho, y espero tener la oportunidad de aprender algo más acerca de esta nueva puerta de comunicación con el Otro Mundo de la mente durante mi estancia en Europa, en este otoño.

¿Piensa concurrir al congreso de farmacología que se celebrará en Roma, en setiembre? Es posible que yo acuda en mi condición de observador y aprendiz interesado, pero aún no estoy

seguro de poder lograrlo. Si no nos encontramos en Roma, procuraré visitarlo en Suiza.

Muy cordialmente suyo,
Aldous Huxley

Capítulo 24

1958 Drogas que forjan la mente de los hombres

ALDOUS HUXLEY

El Saturday Evening Post *encargó el siguiente artículo, y Huxley aprovechó*

la oportunidad para expresar algunas de sus ideas revolucionarias a un público de masas. Huxley opinaba que el alcoholismo y otras formas de drogadicción eran una consecuencia de los anhelos de trascendencia-de-sí en la misma medida en que lo eran la teología mística, los ejercicios espirituales y el yoga. La forma en que la sociedad trata este fenómeno —prohibición selectiva mediante tasas fiscales, o represión drástica— ha determinado que «millones de místicos potenciales se transformen en adictos». Pero aquí Huxley es más optimista que en Brave New World Revisited, *y se refiere a «la inteligencia aguzada» por*

medios químicos y a la evolución espiritual. Al observar el predominio de la experiencia religiosa en las sesiones con peyote y LSD, pronosticó el renacimiento religioso —el Viaje a Oriente, como dijo Hesse— que conmovió a la sociedad occidental una década más tarde, cuando grandes contingentes de jóvenes tuvieron a su alcance las drogas psicodélicas y las técnicas espirituales hindúes y budistas. Pero el uso social, generalizado e informal, de substancias psicodélicas, a menudo adulteradas, habría consternado y ciertamente habría afligido a Huxley.

Este ensayo representa el homenaje

de Huxley a William James, el gran psicólogo y filósofo norteamericano, que experimentó con dos substancias que alteran la mente: el peyote y el óxido nitroso.

En el curso de la historia, más personas han muerto por su bebida y su droga que por su religión o su país. Para estos millones, la avidez de alcohol etílico y de narcóticos ha sido más fuerte que el amor a Dios, al hogar, a los hijos, e incluso a la vida. No clamaban por la libertad o la muerte, sino por la muerte precedida por la esclavitud. He aquí una paradoja, y un misterio. ¿Por qué

semejantes multitudes de hombres y mujeres habrían de estar tan dispuestas a sacrificarse por una causa tan tremendamente irrealizable y de maneras tan dolorosas y tan profundamente humillantes?

Este enigma no tiene, por supuesto, una respuesta sencilla o única. Los seres humanos son criaturas inmensamente complicadas, que viven en media docena de mundos distintos simultáneamente. Cada individuo es singular y, en muchos sentidos, diferente de todos los otros miembros de la especie. Ninguna de nuestras motivaciones es homogénea, ninguno de nuestros actos se puede rastrear hasta

una fuente única y, en cualquier grupo que nos molestemos en estudiar, las pautas de conducta visiblemente similares pueden ser el resultado de muchas constelaciones de causas disímiles.

Así, hay algunos alcohólicos que parecen haber estado predestinados al alcoholismo por razones bioquímicas. (Entre las ratas, como lo ha demostrado el profesor Roger Williams, de la Universidad de Texas, algunas son dipsómanas natas, y otras son abstemias natas que jamás tocarán el licor). Otros alcohólicos no han sido prematuramente condenados por una tara hereditaria de su conformación bioquímica, sino por

sus reacciones neuróticas frente a episodios aflictivos de su infancia o adolescencia. Asimismo, otros se embarcan en su carrera de suicidio lento como consecuencia de la imitación y el espíritu de camaradería, porque se «han adaptado estupendamente a su grupo»… proceso que, si el grupo resulta ser delictivo, estúpido o simplemente ignorante, sólo puede desembocar en un desastre para el individuo bien adaptado. Tampoco debemos olvidar esa categoría numerosa de adictos que han recurrido a las drogas o la bebida para evadirse del dolor físico. Recordemos que la aspirina es un invento muy reciente. Hasta fines de la era

victoriana, los únicos mitigantes del dolor que estaban al alcance del hombre civilizado eran «la adormidera y la mandrágora», junto con el beleño y el alcohol etílico. El dolor de muelas, la artritis y la neuralgia podían empujar, y frecuentemente empujaban, a hombres y mujeres, a convertirse en opiómanos.

De Quincey, por ejemplo, recurrió por primera vez al opio[47] para aliviar «unos atroces dolores reumáticos de cabeza». Ingería su adormidera y, una hora más tarde: «¡Qué resurrección de las simas más profundas del espíritu interior! ¡Qué apocalipsis!». Y no se trataba sólo de que no experimentaba más dolor. «Este efecto negativo era

devorado por la inmensidad de los efectos positivos que se habían abierto ante mí, en el abismo del goce divino que así se había revelado súbitamente… Aquí estaba, repentinamente descubierto, el secreto de la dicha, acerca del cual los filósofos habían discutido durante tanto tiempo».

«Resurrección, apocalipsis, goce divino, dicha…». Las palabras de De Quincey nos conducen al corazón mismo de nuestro enigma paradójico. El problema de la drogadicción y el consumo excesivo de alcohol no se circunscribe a una cuestión de química y psicopatología, de mitigación del dolor y de acomodamiento a las malas

compañías. También es un problema metafísico, un problema, casi se podría decir, teológico. En *The Varieties of Religious Experience* (1902), William James ha abordado estos aspectos metafísicos de la adicción:

> El imperio que el alcohol ejerce sobre la humanidad se debe incuestionablemente al hecho de que puede estimular las facultades místicas de la naturaleza humana, generalmente trituradas por los hechos fríos y las críticas descarnadas de las horas de sobriedad. La sobriedad reduce, discrimina y dice que no; la embriaguez expande, une y dice que sí. En verdad es la gran estimulante de la función Afirmativa del hombre. Transporta a su

devoto de la periferia glacial de las cosas al núcleo radiante. Por el momento lo fusiona con la verdad. Los hombres no corren en pos de ella por pura perversidad. Entre los pobres y analfabetos ocupa el lugar de los conciertos sinfónicos y de la literatura. Forma parte del misterio y la tragedia recónditos de la vida el hecho de que a tantos de nosotros se nos concedan vaharadas y destellos de lo que reconocemos inmediatamente como excelente sólo en los fugaces tramos iniciales de lo que en su totalidad es un veneno tan degradante. La conciencia embriagada es una pizca de la conciencia mística, y nuestra opinión total sobre ella debe encontrar su lugar en nuestra opinión sobre ese todo más vasto.

William James no fue el primero que captó una analogía entre la embriaguez y los estados místico y premístico. En aquel día de Pentecostés hubo personas que explicaron el extraño comportamiento de los discípulos diciendo: «Estos hombres están llenos de mosto».

Pedro no tardó en sacarlos de su error: «Estos no están ebrios, como suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los días postreros, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne».

Y no fueron sólo «los críticos secos de la hora de sobriedad» quienes

compararon el estado de intoxicación divina con la embriaguez. En su esfuerzo por expresar lo inexpresable, los grandes místicos en persona hicieron otro tanto. Así, Santa Teresa de Ávila nos informa que ve «el centro de nuestra alma como una bodega, en la cual Dios nos permite entrar cuando y como le place a Él, para embriagarnos con el vino delicioso de Su gracia».

Toda religión cabalmente desarrollada existe simultáneamente en varios niveles distintos. Existe como una serie de conceptos abstractos sobre el mundo y la manera de gobernarlo. Existe como una serie de ritos y sacramentos, como un método tradicional para

manipular los símbolos mediante los cuales se expresan las creencias acerca del orden cósmico. Existe como el sentimiento de amor, miedo y devoción que evoca esta manipulación de símbolos.

Y finalmente existe como un tipo especial de sentimiento o intuición: un sentimiento de la unidad de todas las cosas en su principio divino, una comprensión (para utilizar el lenguaje de la teología hindú) de que «tú eres Eso», una experiencia mística de lo que parece ser obviamente la unión con Dios.

La conciencia ordinaria de las horas de vigilia es un estado mental muy útil y,

en la mayoría de las circunstancias, indispensable. Pero no es de manera alguna la única forma de conciencia, ni en todos los casos la mejor. En la medida en que el místico trasciende su personalidad corriente y su conciencia corriente, puede expandir su visión y escrutar más a fondo el misterio insondable de la existencia.

La experiencia mística es doblemente valiosa: porque suministra a quien la experimenta una mejor comprensión de sí mismo y del mundo, y porque puede ayudarlo a vivir una vida menos egocéntrica y más creativa.

En el infierno, ha escrito un gran poeta religioso, el castigo de los

perdidos consiste en que allí son tal como «sus personalidades atormentadas, pero peor». Sobre la tierra no somos peores de lo que somos: somos tal como son nuestras personalidades atormentadas, y punto.

Ay, esto ya es bastante grave. Nos amamos a nosotros mismos hasta el punto de la idolatría, pero también nos aborrecemos vehementemente: nos encontramos indescriptiblemente aburridos. En todos nosotros coexiste, con este aborrecimiento por el yo idolatrado, un deseo, a veces latente, a veces consciente y expresado apasionadamente, de escapar de la prisión de nuestra individualidad, un

anhelo de trascenderse a sí mismo. A este anhelo le debemos la teología mística, los ejercicios espirituales y el yoga… y a él debemos, también, el alcoholismo y la drogadicción.

La farmacología moderna nos ha suministrado una plétora de nuevos productos sintéticos, pero no ha realizado descubrimientos radicales en el campo de los transformadores de la mente de procedencia natural. Todos los sedantes, estimulantes, reveladores de visiones, promotores de la felicidad y excitantes de la conciencia cósmica de origen vegetal fueron descubiertos hace miles de años, antes del despuntar de la historia.

En muchas sociedades, situadas en múltiples niveles de civilización, se ha intentado fusionar la intoxicación que produce la droga con la intoxicación divina. En la antigua Grecia, por ejemplo, el alcohol etílico desempeñaba un papel en la religión consagrada. Dionisos, o Baco, como lo designaban a menudo, era una auténtica divinidad. Sus adoradores lo invocaban llamándolo *Lusios*, «Liberador», o *Theoinos*, «Diosvino». Este último nombre compendia el jugo de uva fermentado y lo sobrenatural en una sola experiencia pentecostal. «Nacido dios —escribe Eurípides—, Baco es escanciado como libación a los dioses, y por su

intermedio los hombres reciben el bien». Infortunadamente también reciben el mal. La experiencia dichosa de la trascendencia-de-sí que facilita el alcohol debe pagarse, y el precio es exorbitante.

La prohibición absoluta de todas las substancias transformadoras de la mente es algo que se puede decretar, pero no imponer en la práctica, y tiende a generar más males que los que cura. Aun más insatisfactoria ha sido la política de tolerancia total y de comercialización irrestricta. En Inglaterra, durante los primeros años del siglo XVIII, la ginebra barata sobre la que no pesaban tasas fiscales —«ebrio por un penique,

mortalmente borracho por dos»—amenazó a la sociedad con la desmoralización integral. Un siglo más tarde, el opio, en forma de láudano, reconciliaba con su suerte a las víctimas de la Revolución Industrial… pero a un precio aterrador en términos de adicción, enfermedad y muerte prematura. Actualmente la mayoría de las sociedades aplican una política equidistante de la prohibición total y la tolerancia total. Ciertas drogas transformadoras de la mente, como el alcohol, están permitidas y se colocan al alcance del público mediante el pago de un impuesto muy alto, que tiende a restringir su consumo. Otros

modificadores de la mente sólo se pueden obtener con receta médica… o ilegalmente, a través de un traficante de drogas. De esta manera el problema se circunscribe a límites controlables. Pero ciertamente no se resuelve. En el curso de su búsqueda incesante de la trascendencia-de-sí, millones de místicos potenciales se convierten en adictos, cometen decenas de miles de delitos y se complican en centenares de miles de accidentes evitables.

¿Deberemos resignarnos a que esta situación desgraciada dure indefinidamente? Hasta hace pocos años, la respuesta a semejante pregunta habría sido un amargo: «Sí». Hoy,

gracias a los progresos recientes de la bioquímica y la farmacología, se nos presenta una alternativa viable. Vemos que quizá pronto podremos hacer algo mejor que lo que hemos estado haciendo tan torpemente durante los últimos setenta u ochenta siglos en el campo de la trascendencia-de-sí por medios químicos.

¿Es posible que una droga poderosa sea completamente inofensiva? Tal vez no. Pero ciertamente, se puede reducir el coste fisiológico hasta un punto en el que se torna desdeñable. Hay poderosas drogas transformadoras de la mente que actúan sin lesionar el organismo psicofísico del consumidor y sin

incitarlo a comportarse como un criminal o un lunático. La bioquímica y la farmacología apenas empiezan a ponerse en marcha. Probablemente dentro de pocos años habrá en el mercado docenas de modificadores de la mente, poderosos pero muy poco onerosos desde los puntos de vista fisiológico y social.

Dado lo que ya tenemos en materia de drogas poderosas pero casi inofensivas; y dado, sobre todo, lo que indudablemente tendremos muy pronto, deberíamos empezar inmediatamente a estudiar con seriedad el problema de los nuevos transformadores de la mente. ¿Cómo habrá que usarlos? ¿Cómo se

podría abusar de ellos? ¿Su descubrimiento mejorará y hará más felices a los seres humanos? ¿O los empeorará y los hará más desdichados?

El asunto se debe examinar desde muchas perspectivas. Se trata de un problema que incumbe simultáneamente a bioquímicos y médicos, a psicólogos y antropólogos sociales, a legisladores y funcionarios encargados de aplicar la ley. Y, finalmente, se trata de un problema ético y de un problema religioso. Más temprano o más tarde —y cuanto antes, mejor— los diversos especialistas implicados deberán reunirse, discutir y decidir, a la luz de las mejores evidencias disponibles y de

las previsiones más imaginativas, qué es lo que habrá que hacer. Mientras tanto, echemos una mirada preliminar a este problema multifacético.

El año pasado los médicos norteamericanos extendieron cuarenta y ocho millones de recetas de drogas tranquilizantes, muchas de las cuales han sido renovadas, probablemente más de una vez. Entre los nuevos modificadores de la mente casi inocuos, los tranquilizantes son los más conocidos. La mayoría de las personas pueden utilizarlos, claro que no con absoluta impunidad, pero sí a un precio fisiológico razonablemente bajo. Su inmensa popularidad sirve como

testimonio de que muchísimas personas aborrecen tanto su entorno como sus propias «personalidades atormentadas». Bajo la acción de los tranquilizantes su trascendencia-de-sí no es muy grande, pero basta para marcar la diferencia, en muchos casos, entre el desconsuelo y la satisfacción.

Teóricamente, los tranquilizantes sólo se deben administrar a personas que sufren formas bastante agudas de neurosis o psicosis. En la práctica, infortunadamente, muchos médicos se han dejado arrastrar por la actual moda farmacológica y los recetan a diestro y siniestro. Es lícito señalar que la historia de las modas médicas es por lo

menos tan grotesca como la historia de las modas de sombreros de mujer… por lo menos tan grotesca como esta y, dado que se hallan en juego vidas humanas, considerablemente más trágica. En este caso, millones de pacientes que no tenían necesidad de tranquilizantes los recibieron de sus médicos, y aprendieron a recurrir a las píldoras cada vez que tenían un contratiempo, por insignificante que este fuera. Esta es una pésima práctica médica y, desde el punto de vista del consumidor de la píldora, es un acto de dudosa moralidad y escaso sentido común.

Hay circunstancias en que se justifica que incluso las personas sanas

recurran al control químico de las emociones negativas. Si usted realmente no puede regular su carácter, deje que un tranquilizante lo regule por usted. Pero no es prudente ni correcto que las personas sanas recurran a un modificador químico de la mente cada vez que se sienten fastidiadas o ansiosas o tensas. El exceso de tensión y ansiedad puede menoscabar la eficiencia del individuo, pero también puede menoscabarla la falta de la una y la otra. Hay muchas ocasiones en que es muy justo que nos sintamos preocupados, en que un exceso de placidez podría reducir nuestras probabilidades de lidiar eficazmente

con una situación engorrosa. En estas circunstancias, la tensión mitigada y encauzada desde dentro mediante los métodos psicológicos de autocontrol es preferible en todo sentido a la complacencia impuesta desde fuera por los métodos de control químico.

Y ahora analicemos el caso —ay, no hipotético— de dos sociedades que compiten entre sí. En la Sociedad A, los tranquilizantes se obtienen mediante receta y a un precio bastante elevado, lo cual significa, en la práctica, que su uso está circunscrito a la minoría rica e influyente que ejerce el liderazgo en dicha sociedad. Esta minoría de ciudadanos dirigentes consume cada año

varios miles de millones de las píldoras productoras de complacencia. En cambio, en la Sociedad B, los tranquilizantes no se consiguen con tanta facilidad, y los miembros de la minoría influyente no recurren, ante el menor sobresalto, al control químico de lo que puede ser una tensión necesaria y fecunda. ¿Cuál de estas dos sociedades competidoras tiene más probabilidades de ganar la carrera? Una sociedad cuyos líderes practican un consumo exagerado de elixires sosegantes corre peligro de marchar a la zaga de otra cuyos líderes no están excesivamente sedados.

Ahora veamos otro tipo de droga que aún no ha sido descubierta pero que

probablemente está a la vuelta de la esquina: una droga capaz de hacer que la gente se sienta feliz en situaciones en las que normalmente se sentiría desdichada. Semejante droga sería una bendición, pero una bendición erizada de graves riesgos políticos. Al poner al alcance de todos una euforia química inocua, cualquier dictador podría reconciliar a la población íntegra con un estado de cosas que los seres humanos dignos no deberían tolerar. Los déspotas siempre juzgaron necesario complementar la fuerza con la propaganda política o religiosa. En este sentido, la pluma es más poderosa que la espada. Pero la píldora es más poderosa que la pluma o

la espada. En los hospitales psiquiátricos se ha comprobado que el control químico es más eficaz que los chalecos de fuerza o la psiquiatría. Los dictadores de mañana privarán a los hombres de su libertad, pero les suministrarán a cambio una felicidad que no será menos real, como experiencia subjetiva, por el hecho de haber sido inducida mediante recursos químicos. La búsqueda de la dicha es uno de los derechos tradicionales del hombre. Desgraciadamente, quizá la conquista de la dicha resulte ser incompatible con otro de los derechos del hombre, a saber, el derecho a la libertad.

Sin embargo, es muy posible que la farmacología devuelva con una mano lo que arrebata con la otra. La euforia inducida por medios químicos podría convertirse fácilmente en una amenaza para la libertad individual, pero el vigor inducido por medios químicos y la inteligencia aguzada por medios químicos podrían convertirse fácilmente en los baluartes más inexpugnables de la libertad. La mayoría de nosotros funcionamos aproximadamente a un quince por ciento de nuestra capacidad. ¿Cómo podríamos aumentar nuestra eficiencia lamentablemente baja?

Disponemos de dos métodos: el educacional y el bioquímico. Podemos

tomar a los adultos y los niños tal como son e impartirles una instrucción mucho mejor que la que les impartimos actualmente. O podemos transformarlos en individuos superiores mediante métodos bioquímicos adecuados. Si a estos individuos superiores se les impartiera una educación igualmente superior, los resultados serían revolucionarios. Serían asombrosos aunque continuáramos sometiéndolos a los métodos de educación bastante mediocres que están actualmente en boga.

¿Será en verdad posible producir individuos superiores mediante técnicas bioquímicas? Ciertamente los rusos

opinan que sí. Ahora están promediando un Plan Quinquenal encaminado a producir «substancias farmacológicas que normalizan la actividad nerviosa superior y aumentan la capacidad humana para el trabajo». Ya se está experimentando con substancias precursoras de estos futuros mejoradores de la mente. Se ha comprobado, por ejemplo, que algunas vitaminas —como el ácido nicotínico y el ácido ascórbico— producen a veces un cierto aumento de la energía psíquica, cuando se administran en dosis masivas. También puede ser eficaz una combinación de dos enzimas, el bisulfonato de etileno y el trifosfato de

adenosina, que, cuando se inyectan conjuntamente, mejoran el metabolismo de los hidratos de carbono en el tejido nervioso.

Mientras tanto, se adjudican buenos resultados a varios nuevos estimulantes sintéticos, casi inofensivos. Tenemos la iproniacida que, según algunos especialistas, «parece aumentar la cantidad total de energía psíquica». Lamentablemente, en grandes dosis, la iproniacida tiene efectos colaterales que pueden ser extremadamente graves. Otro estimulante psíquico es un aminoalcohol que según se cree aumenta la producción orgánica de acetilcolina, substancia esta muy importante para el funcionamiento

del sistema nervioso. En vista de lo ya logrado, parece muy posible que, al cabo de pocos años, podamos sacarnos a flote mediante el uso de nuestros propios recursos bioquímicos.

En el ínterin, todos debemos desearles fervientemente a los rusos el mayor de los éxitos en su actual exploración farmacológica. El descubrimiento de una droga capaz de incrementar la energía psíquica del individuo medio, y su distribución masiva en la URSS, probablemente implicará el derrumbe de la actual forma de gobierno de Rusia. La inteligencia generalizada y la agudeza mental son los enemigos más poderosos de la dictadura

y al mismo tiempo son las condiciones básicas de la democracia eficaz. Incluso en el Occidente democrático nos vendría bien una pizca de estímulo psíquico. Es posible que la educación y la farmacología, sumadas, ayuden a contrarrestar el deterioro de nuestro material biológico, sobre el que los especialistas en genética han llamado frecuentemente la atención.

De estas consideraciones políticas y éticas pasemos ahora a los problemas estrictamente religiosos que plantearán algunos de estos nuevos transformadores de la mente. Para prever la naturaleza de estos problemas futuros basta estudiar los efectos de un modificador natural de

la mente, que se ha empleado durante siglos en el culto religioso. Me refiero al cacto peyote del norte de México y el sudoeste de los Estados Unidos. El peyote contiene mescalina —que ahora se puede producir sintéticamente— y, según la frase de William James, la mescalina «estimula las facultades místicas de la naturaleza humana». En este contexto es mucho más poderosa y esclarecedora que el alcohol y, sobre todo, surte dicho efecto con un coste fisiológico y social desdeñablemente bajo. El peyote produce la trascendencia-de-sí de dos maneras: introduce al consumidor en el Otro Mundo de la experiencia visionaria, y le

proporciona un sentimiento de solidaridad con sus compañeros de culto, con los seres humanos en general y con la naturaleza divina de las cosas.

Los efectos del peyote se pueden reproducir con la mescalina sintética y la LSD (dietilamida del ácido lisérgico), derivada del cornezuelo del centeno. En la actualidad, algunos psicoterapeutas de Europa, América del Sur, Canadá y Estados Unidos utilizan experimentalmente la LSD, que es eficaz en dosis increíblemente pequeñas. Esta droga debilita la barrera que separa el consciente del inconsciente y permite que el paciente explore más profundamente y con mayor comprensión

los recovecos de su propia psique. La profundización del conocimiento de sí se desarrolla contra un fondo de experiencias visionarias e incluso místicas.

Cuando se administran en el entorno psicológico apropiado, estos modificadores químicos de la mente facilitan una auténtica experiencia religiosa. Así, es posible que una persona que ingiera LSD o mescalina entienda de pronto —no sólo intelectual sino también orgánica, experimentalmente— el significado de asertos religiosos tan portentosos como «Dios es amor» o «Aunque Él me mate, confiaré igualmente en Él».

Es superfluo explicar que este tipo de trascendencia-de-sí temporal no asegura un esclarecimiento permanente ni una mejora perdurable de la conducta. Se trata de una «gracia gratuita» que no es necesaria ni suficiente para la salvación, pero que, si se emplea correctamente, puede ser inmensamente útil para quienes la han recibido. Y esto vale para todas las experiencias de dicha índole, tanto si son espontáneas como si se producen como consecuencia de la ingestión de la substancia química apropiada para modificar la mente, o después de seguir un curso de «ejercicios espirituales» o de mortificación del cuerpo.

Quienes se sientan ofendidos por la idea de que la ingestión de una píldora puede contribuir a una genuina experiencia religiosa deberán recordar que todas las mortificaciones corrientes —ayunos, insomnios voluntarios y autoflagelaciones— que se infligen a sí mismos los ascetas de todas las religiones con el fin de hacer méritos son también, como las drogas modificadoras de la mente, recursos poderosos para alterar la química del organismo en general y del sistema nervioso en particular. O pensad en los procedimientos conocidos generalmente por el nombre de ejercicios espirituales. Las técnicas respiratorias que enseñan

los yoguis de la India desembocan en suspensiones prolongadas de la respiración. Estas a su vez producen una mayor concentración de anhídrido carbónico en la sangre, y la consecuencia psicológica de ello es un cambio en la cualidad de la conciencia. Asimismo, las meditaciones que implican una concentración prolongada e intensa en una sola idea o imagen también pueden derivar —por razones neurológicas que no pretendo entender — en una reducción del ritmo respiratorio e incluso en suspensiones prolongadas de la respiración.

Muchos ascetas y místicos han practicado sus mortificaciones y

ejercicios espirituales modificadores de la química del organismo mientras vivían, durante períodos más o menos prolongados, como ermitaños. Ahora bien, la vida de un ermitaño, como San Antonio, tiene muy pocos estímulos externos. Pero como han demostrado recientemente en el laboratorio Hebb, John Lilly y otros psicólogos experimentales, un individuo colocado en un entorno limitado, que suministra muy pocos estímulos externos, no tarda en sufrir un cambio en la cualidad de su conciencia y puede trascender su personalidad normal hasta el punto de oír voces o ver visiones, que a menudo son extraordinariamente desagradables,

como lo fueron muchas de las visiones de San Antonio, pero que a veces son beatíficas.

El hecho de que los hombres y mujeres puedan trascenderse a sí mismos por medios físicos y químicos en una forma genuinamente espiritual es un poco chocante para el idealista remilgado. Pero, al fin y al cabo, la droga o el ejercicio físico no es la causa de la experiencia espiritual: es sólo su ocasión.

Al escribir sobre los experimentos de William James con óxido nitroso, Bergson ha resumido toda la cuestión en unas pocas oraciones lúcidas. «La predisposición psíquica estaba allí, en

potencia, esperando sólo una señal para traducirse en acción. Podría haber sido activada espiritualmente mediante un esfuerzo hecho en su propio nivel espiritual. Pero también podría haber sido movilizada materialmente, mediante una inhibición de lo que la inhibía, mediante la eliminación de un obstáculo. Y este efecto era el totalmente negativo producido por la droga»[48]. Donde, por cualquier razón, física o moral, las predisposiciones psicológicas son insatisfactorias, la eliminación de los obstáculos mediante una droga o mediante prácticas ascéticas generará una experiencia espiritual negativa, en lugar de positiva. Esta

experiencia infernal es extraordinariamente desoladora, pero también puede ser extraordinariamente saludable. Hay muchas personas a las que unas pocas horas en el infierno —el infierno que ellas mismas han puesto tanto empeño en crear— podrían resultarles infinitamente beneficiosas.

Ahora aparecen substancias que estimulan las facultades místicas sin ningún coste fisiológico, o con un coste muy reducido, y muchas de ellas no tardarán en salir al mercado. Podemos sentirnos muy seguros de que a medida que estén disponibles, y cuando lo estén, la gente las usará en gran escala. El anhelo de trascenderse a sí mismo es tan

fuerte y está tan generalizado que no podría ser de otra manera. En el pasado, muy pocas personas tenían experiencias espontáneas de naturaleza premística o cabalmente mística. Aún menos personas estaban dispuestas a someterse a las disciplinas psicofísicas que preparan a un individuo aislado para este tipo de trascendencia-de-sí. Las futuras substancias modificadoras de la mente, poderosas pero casi desprovistas de coste, cambiarán por completo esta situación. Las experiencias premísticas y místicas dejarán de ser raras y se tornarán comunes. Lo que antaño era el privilegio espiritual de unos pocos estará al alcance de muchos. Esto

planteará problemas sin precedentes a los ministros de las religiones organizadas del mundo. Para la mayoría de las personas, la religión siempre ha sido una cuestión de símbolos tradicionales y de la propia reacción emocional, intelectual y ética ante dichos símbolos. No es probable que una religión de meros símbolos sea muy satisfactoria para hombres y mujeres que han tenido una experiencia directa de la trascendencia-de-sí y que se han introducido en el Otro Mundo mental de visión y unión con la naturaleza de las cosas. La lectura de una página del libro de cocina mejor escrito no basta para sustituir la ingestión de comida. Nos

exhortan a «*saborear* y ver que el Señor es bueno».

Las autoridades eclesiásticas del mundo tendrán que tomar en consideración, de una manera u otra, las nuevas substancias modificadoras de la mente. Es posible que las tomen en consideración con criterio negativo, resistiéndose a aceptarlas. En este caso, fuera de la órbita de la religión organizada se manifestará un fenómeno psicológico dotado, potencialmente, de gran valor espiritual. Por otro lado, es posible que resuelvan tomarlas en consideración con criterio positivo, si bien no estoy en condiciones de conjeturar cómo se desarrollará

exactamente este proceso.

Personalmente, sustento la convicción de que aunque es posible que estos nuevos modificadores de la mente empiecen por ser un engorro, a la larga tenderán a profundizar la vida espiritual de las comunidades donde sean asequibles. Ese famoso «renacimiento de la religión», acerca del cual tantas personas han hablado durante tanto tiempo, no se producirá gracias a las asambleas evangélicas de masas ni a la comparecencia en la televisión de clérigos fotogénicos. Será el corolario de descubrimientos bioquímicos que permitirán que grandes contingentes de hombres y mujeres alcancen una radical

trascendencia-de-sí y una comprensión más profunda de la naturaleza de las cosas. Y este renacimiento religioso será al mismo tiempo una revolución. La religión dejará de ser una actividad concentrada primordialmente en los símbolos y se convertirá en una actividad concentrada primordialmente en la experiencia y la intuición… en un misticismo cotidiano que estará subyacente en la racionalidad cotidiana, en las faenas y los deberes cotidianos, en las relaciones humanas cotidianas, y que les impartirá sentido.

Capítulo 25

1959
Cartas

Huxley era profesor visitante en la Universidad de California en Santa Bárbara, donde disertaba sobre «La condición humana», y el resto de su tiempo útil lo dedicaba a elucidar el

inquietante problema del argumento de su fantasía utópica. La Academia Norteamericana de Artes y Letras lo galardonó con su Premio al Mérito para Novela, que había sido adjudicado anteriormente a Ernest Hemingway, Thomas Mann y Theodore Dreiser. Joe Hymans lo entrevistó para This Week Magazine *(8 de noviembre de 1959), y Huxley dijo: «El mundo interior es casi tan vasto como el espacio exterior». En una carta dirigida al padre Thomas Merton defendió elocuentemente la validez de la experiencia religiosa inducida mediante drogas, y volvió sobre el mismo tema en otra carta dirigida a*

Margaret Isherwood, en la que empleó la frase «ir más allá de la visión» para describir sus últimas sesiones. A Osmond le suministra ejemplos de casos afortunados y también «vulgares… profundamente turbadores», de terapia con LSD. Aunque la LSD no fue ilegal hasta 1966, su pedido a Osmond demuestra que a un profano le resultaba difícil conseguirla en 1959.

AL PADRE THOMAS MERTON [SMITH 808]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Cal.
10 de enero de 1959

Estimado padre Merton:

Gracias por su carta. Los problemas que plantea son interesantes y difíciles, y su solución debe buscarse en el nivel práctico y concreto. Ahora se han realizado muchos trabajos sobre mescalina y ácido lisérgico, emprendidos tanto por investigadores como por clínicos que utilizan las drogas con fines terapéuticos para tratar casos tales como el alcoholismo y diversas neurosis. (Casualmente, un

grupo que se ocupa ahora del alcoholismo en la Columbia Británica, utiliza el ácido lisérgico dentro de un marco de referencia religioso, específicamente católico, y obtiene resultados notables, sobre todo al hacer entender a los pacientes que el universo es profundamente distinto de lo que les había parecido que era en su nivel corriente, condicionado, de experiencia). Desde el punto de vista estadístico, los resultados de todas estas pruebas son más o menos los siguientes: aproximadamente el setenta por ciento de quienes ingieren la droga tienen una experiencia positiva; los restantes tienen una experiencia negativa, que puede ser

realmente infernal. (Muchos de los estados experimentados por los padres del desierto fueron negativos. Vea los miles de imágenes de las Tentaciones de San Antonio). Todos concuerdan en que la experiencia es profundamente significativa[49]. En los testimonios escritos por los sujetos después de la prueba, uno encuentra reiteradamente el aserto de que «ésta es la experiencia más maravillosa que he tenido en mi vida» y de que «siento que mi vida nunca volverá a ser la misma». En la primera ingestión de la droga, un determinado porcentaje de las experiencias positivas son de naturaleza puramente estética: transfiguración del

mundo exterior hasta verlo como el joven Wordsworth lo vio y posteriormente lo describió en *Ode on the Intimations of Immortality in Childhood*, o sea, como un universo de belleza inconcebible en el cual todos los elementos están llenos de vida y cargados de un significado oscuro pero inmensamente importante. Los buenos visualizadores congénitos tienden a ver visiones con los ojos cerrados, o incluso proyectadas sobre la pantalla del mundo exterior, con los ojos abiertos. La naturaleza de estas visiones es a menudo paradisíaca y sus descripciones hacen evocar irresistiblemente la de la Nueva Jerusalén que figura en el Apocalipsis o

la del Edén de Ezequiel, o las de los diversos paraísos de otras religiones. Finalmente, están aquellos cuya experiencia parece ser mucho más que estética y puede ser rotulada como premística o incluso, creo, como mística. En el curso de los últimos cinco años he tomado mescalina dos veces y ácido lisérgico tres o cuatro. Mi primera experiencia fue primordialmente estética. Las experiencias posteriores fueron de otra naturaleza y me ayudaron a entender muchos asertos oscuros que aparecen en los escritos de los místicos cristianos y orientales. Un sentimiento inefable de gratitud por el hecho de haber nacido en este universo. («La

gratitud es el cielo mismo», dice Blake, y ahora sé exactamente a qué se refería). Una trascendencia respecto de la relación corriente sujeto-objeto. Una trascendencia respecto del miedo a la muerte. Un sentimiento de solidaridad con el mundo y con su principio espiritual y la convicción de que, a pesar del dolor, la maldad y todo lo demás, las cosas están de alguna manera en perfecta condición. (Uno entiende frases tales como «Sí, aunque Él me mate, confiaré igualmente en Él» y el gran aserto de Julian de Norwich, que no puedo citar al pie de la letra). Finalmente, una comprensión, no intelectual, sino de alguna manera total,

una comprensión con el organismo íntegro, de la afirmación de que Dios es Amor. Las experiencias son pasajeras, claro está; pero su recuerdo, y sus resurgimientos incipientes que tienden a repetirse espontáneamente o durante la meditación, continúan ejerciendo un efecto profundo sobre la mente del sujeto. En la bibliografía publicada no parece haber pruebas de que la droga forme hábito o genere un anhelo de reincidencia. Existe una sensación —hablo por mi vivencia personal y por los datos de oídas que me transmitieron otras personas— de que la experiencia es tan trascendentalmente importante que en ninguna circunstancia se la puede

abordar con frivolidad o por puro placer. (En algunos sentidos, no es placentera, porque entraña una muerte temporal del ego, una incursión en el más allá). Quienes desean aprovechar esta «gracia gratuita», y cooperar con ella, tienden a hacerlo, no mediante la repetición del experimento con intervalos frecuentes, sino mediante la tentativa de abrirse, en un estado de pasividad alerta, a la «esidad» trascendente, para utilizar la frase de Eckhart, que han conocido y que, de alguna manera, han *sido*. Teóricamente, existe el peligro de que los sujetos alimenten el fuerte deseo de repetir constantemente la experiencia inducida

por medios químicos. En la práctica este deseo no parece manifestarse. En la mayoría de los casos se siente que el régimen deseable consiste en una repetición por año, o cada seis meses.

Un amigo mío, que en las últimas etapas fatales de la enfermedad se salvó del alcoholismo merced a una revelación espontánea, la cual cambió su existencia tan drásticamente como la revelación en el camino de Damasco cambió la de San Pablo, ha tomado ácido lisérgico dos o tres veces, y afirma que su experiencia bajo la droga es idéntica a la experiencia espontánea que transformó su vida, con la sola diferencia de que la experiencia

espontánea no duró tanto como la inducida por medios químicos. Obviamente, aquí hay un campo propicio para la experimentación seria y reverente.

Con todos mis mejores deseos, quedo

Atentamente suyo,
Aldous Huxley

A MARGARET ISHERWOOD [SMITH 818]

3276 Deronda,

L. A. 28, Cal.
12 de agosto de 1959

Estimada Margaret:

Gracias por tu carta. Ya estoy más o menos como nuevo, afortunadamente. Me he salvado providencialmente[50]. En cuanto a la experiencia visionaria y mística, creo que son diferentes, pero que la primera puede desembocar en la segunda. En mi primer ensayo con mescalina tuve una experiencia visionaria puramente estética, pero desde entonces, con la LSD y nuevamente con la mescalina, he ido *más allá de la visión* y me he internado

en muchas de las experiencias descritas en la literatura oriental y occidental: la trascendencia de la relación sujeto-objeto; el sentimiento de solidaridad con todo el mundo de manera que uno sabe realmente por experiencia lo que significa «Dios es amor»; el sentimiento de que, a pesar de la muerte y el sufrimiento, de algún modo todo está, en última instancia, en Perfectas Condiciones (aunque Él me mate, confiaré igualmente en Él); el sentimiento de ilimitada gratitud por el privilegio de habitar este universo. (Blake dice: «La gratitud es el cielo mismo»… y esta frase me resultaba incomprensible, pero ahora sé

perfectamente a qué se refería).

[Hugh] Fausset comete un error garrafal, cuando habla sobre una base moralizadora apriorística y no por su experiencia directa. Bergson analizó hace años, en *The Two Sources*..., esta cuestión de las drogas y la experiencia mística, a propósito de Wm. James y el gas hilarante. A muchas personas las descorazona que una substancia química pueda ayudar a la gente a salirse de su propio círculo de luz, pero casualmente este es un hecho cierto. Es seguro que la experiencia implica una «gracia gratuita», ni necesaria ni suficiente para la salvación. Si el experimentador desea progresar de su experiencia singular al

esclarecimiento permanente, debe hacer un esfuerzo ético y cognoscitivo.

Tuyo,
Aldous

P.D.: Las gracias gratuitas no son necesarias ni suficientes… pero pueden resultar muy útiles si resolvemos dejar que nos ayuden.

P.P.D.: El *subud* es simplemente una técnica para reproducir el temblor de los primitivos cuáqueros, o tembladores… un desahogo por vía muscular. Muy bueno en muchos casos.

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 825]

3276 Deronda Dr.
L. A. 28, Cal.
29 de noviembre de 1959

Estimado Humphry:

… Se aproxima el fin de mis disertaciones en Santa Bárbara: otro debate sobre una conferencia conmemorativa del Centenario de Darwin dictada por el profesor John Randall, y otras dos conferencias mías.

Después de lo cual disfrutaré de libertad para trabajar exclusivamente en mi libro. En cuanto a mis planes… me han invitado a ir a fines de marzo o en abril a Topeka, para desempeñarme durante unas pocas semanas como profesor visitante en la Fundación Menninger. Será interesante, creo, penetrar en el sanctasanctórum de la psiquiatría norteamericana y echar una mirada indagadora. El informe de Nathan Kline sobre la psiquiatría soviética, que apareció resumido en *Time*, fue interesante y, sin duda, inquietante para Menninger *et al*. ¿Has leído el informe completo? Creo que le escribiré para pedirle que me lo envíe. Mientras tanto,

Laura trabaja en su psicoterapia, en muchos casos con resultados notables, porque parece tener un conocimiento intuitivo de lo que hay que hacer en cualquier momento dado, de la técnica que hay que aplicar en cada fase sucesiva de los humores y sentimientos del paciente. Ha obtenido algunos resultados muy buenos con la terapia bajo los efectos de la LSD en unos pocos casos en que parecía justificarse dicho método. (Al pasar, ¡qué personajes aterradores hay en tu profesión! El otro día conocimos a dos psiquiatras de Beverly Hills que se especializan en la terapia con LSD a cien dólares la dosis… y, realmente,

pocas veces he tratado con personas menos sensibles, de mentalidad más vulgar. Es profundamente turbador pensar que personas que se han vuelto vulnerables por la acción de la LSD están a merced de semejantes individuos. ¿Pero qué se puede hacer respecto de este problema? La psiquiatría es un arte que descansa sobre una ciencia aún imperfecta… y como sucede en todas las artes, es mayor el número de quienes la ejercen mal y con indiferencia que el de quienes la ejercen correctamente. ¿Cómo librarse de los malos artistas? Estos no importan en la pintura o la literatura, pero importan muchísimo en la terapia y la educación,

porque sus ineptitudes pueden afectar vidas y destinos íntegros. Sin embargo, no se me ocurre ningún método práctico para filtrar a los incompetentes y desagradables y dejar pasar sólo a los inteligentes y buenos). Y puesto que hablamos de la LSD, ¿podrías enviarme media docena de dosis? Deseo realizar algunos experimentos personales y a Laura le gustaría administrársela a un par de personas, para redondear su tratamiento. No quiero fastidiar con excesiva frecuencia a Sid Cohen, y tampoco quiero pedírsela a personas como […], o […], o que disponen de la droga, la utilizan incorrectamente, y se han hecho acreedoras a mi

desaprobación. Si ello fuera posible, te quedaría muy agradecido. Y si no fuera posible, ¿a quién debo dirigirme en la organización Sandoz?[51]

Transmite mis cariños a Jane y los niños.

Afectuosamente tuyo,
Aldous

Capítulo 26

1959
La revolución final

ALDOUS HUXLEY

Huxley volvió a hablar como hombre de letras en una asamblea de científicos y técnicos, y sostuvo que su tarea

consistía en crear «un puente entre la ciencia y el mundo en general». Destacó la capacidad superior de los literatos para describir los efectos de las drogas sobre la mente, y manifestó la esperanza de que surgiera un lenguaje apropiado para «hablar de una experiencia mística simultáneamente en términos propios de la teología, la psicología y la bioquímica». La profecía de Brave New World *sobre la droga, que a juicio del autor no se materializaría hasta después de transcurridos varios siglos, se confirmó al cabo de sólo veintisiete años: en el mercado ya existía una droga patentada con el nombre de*

«Soma». Huxley exhortó a su auditorio a abordar el problema del ser humano sometido a la agresión farmacológica, y recordó la advertencia que había hecho en 1936 en el sentido de que «los propagandistas del futuro probablemente serán los químicos y los fisiólogos además de los escritores».

Anoche me pregunté qué es lo que hago exactamente en este medio. Probablemente soy el único licenciado en artes que asiste a esta conferencia numerosa de doctores en diversas ciencias. Concurro como una especie de ignorante rodeado por un vasto océano

de conocimiento especializado. Se conserva una frase muy curiosa del poeta griego Arquiloco. Isaiah Berlin la transformó en el título de un interesante ensayo sobre Tolstoi. Su texto es el siguiente: «El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una sola y muy importante». Esta es una frase críptica. Pero su significado es transparente, en el ámbito de la historia natural: El zorro conoce toda clase de estratagemas, pero el erizo puede enroscarse sobre sí mismo en una bola y puede resistir inexorablemente al zorro. La frase se puede aplicar en muchas disciplinas. En literatura, por ejemplo, hay escritores zorro y escritores erizo. Hay zorros que

dominan un área desmesurada y que saben muchísimas cosas. El paradigma es, por supuesto, Shakespeare. Y hay erizos que se concentran en una idea y la desarrollan hasta las últimas consecuencias. En este contexto el paradigma es, desde luego, Dante.

En el caso que nos ocupa creo que podemos aplicar esta idea a los especialistas y los no especialistas, y aquí me atrevo a decir que soy una especie de zorro de categoría bastante baja en medio de muchos erizos de categoría muy alta, ¿y qué estoy haciendo? ¿Qué valor tiene mi presencia en este lugar?

Bueno, es obvio que no puedo

competir con ninguno de los erizos. Escucho las ponencias que se leen aquí y muchas de ellas me resultan extremadamente interesantes y les saco mucho provecho. Pero confieso que cuando los erizos se internan demasiado en la química, me limito a enroscarme y no sé de qué hablan. Sin embargo, intuyo que el zorro, con su conocimiento, su conocimiento un poco superficial, sobre muchas cosas, con su actividad de gran envergadura y multifacética, es valioso, y puede prestar algún servicio, sobre todo si está dispuesto a trabajar con los erizos.

Nos enfrentamos, naturalmente, con el gran problema de la especialización.

El otro día estaba leyendo un libro interesantísimo que aparecerá esta primavera, y que analiza la actividad de mi abuelo como reformador educacional. Por encima de sus tareas como biólogo, estaba interesado en los asuntos sociales, que abordaba vehementemente, y fue uno de los principales responsables del programa de estudios de la Junta Escolar de Londres cuando la enseñanza inglesa empezó a ser gratuita y universal. Y contribuyó mucho a convertir la Universidad de Londres en una institución auténticamente moderna, con departamentos especializados en todas las materias. Comprendió que hay que

especializarse para explorar a fondo el conocimiento científico.

Pero lo interesante es que veinte años más tarde, dos o tres años antes de morir, estaba muy preocupado por la necesidad de contrarrestar los efectos de la especialización. Quería sacar a los profesores de sus compartimientos estancos y hacerlos confluir en un esfuerzo concertado para mancomunar sus conocimientos especializados y ponerlos al alcance de todos. Y al cabo de casi setenta años, este continúa siendo uno de nuestros enormes problemas. Cómo sacar el mayor provecho de ambos mundos: el mundo de la especialización, que es

absolutamente necesario, y el mundo de la comunicación general y del interés por los aspectos más vastos de la vida, que también es necesario.

Y creo que es aquí donde el hombre de letras puede hacer un aporte. Puede hacerlo, si resuelve asociarse un poco con los erizos, y si resuelve hacer algo por tender un puente entre la ciencia y el mundo en general. Esta me parece una cuestión de importancia crucial. Ahora parecemos cultivar una actitud realmente esquizofrénica.

Si yo tuviera el control de la educación, empezaría por enseñarles a los niños, desde la más tierna edad, que la regla fundamental de la moral, la

regla de oro, empieza en el nivel subhumano, incluso en el nivel subiológico. Si queréis que la naturaleza os trate bien, deberéis tratarla bien a ella. Si empezáis a destruir la naturaleza, esta os destruirá a vosotros, y dicho concepto moral básico es fundamental en el ámbito de nuestros conocimientos presentes sobre ecología y conservación. Lo que sabemos actualmente sobre ecología pone de relieve el hecho de que la naturaleza se halla en condiciones de equilibrio muy delicado, y de que todo lo que tienda a alterar el equilibrio producirá consecuencias totalmente inesperadas y a menudo desastrosas. Vemos entonces

que muchas de las más importantes verdades éticas fluyen con la mayor espontaneidad y sencillez de los datos científicos, y pienso vehementemente que este tipo de asociación entre el mundo de la ciencia pura y el mundo de la ética debería forjarse desde la más tierna edad.

Pero en el ínterin, el hombre de letras puede hacer un gran aporte a la consolidación de dicho puente. Los hombres de letras se han preocupado mucho por la relación entre la mente y el cuerpo, entre el cerebro y el cuerpo, y entre el organismo general y el espíritu, y han obtenido algunos resultados muy interesantes, que podríamos llamar

precientíficos, en este campo. Por ejemplo, si comparamos la psicología medieval o la psicología del siglo XVI con la poesía de los *Canterbury Tales* de Chaucer, comprobaremos que el artista literario era muy superior al científico de su época. Lo mismo se puede decir de Shakespeare. Cuando examinamos la psicología oficial de entonces, nos asombra su tosquedad; pero cuando analizamos las piezas teatrales de Shakespeare, nos asombran aún más la inmensa sutileza psicológica y la perspicacia de ese hombre extraordinario. La psicología oficial, la psicología científica, no empieza a colocarse a la altura de la psicología

literaria hasta muy entrada la segunda mitad del siglo XIX. Es increíble la esterilidad de la doctrina psicológica oficial del período cuando se la compara con la psicología literaria de novelistas como Balzac, Dickens, George Eliot, Dostoievski o Tolstoi. Sorprende la pobreza de las formulaciones científicas cuando se la compara con la riqueza y sutileza extraordinarias que estos hombres habían deslizado en sus novelas mediante la observación y la intuición. También es divertido comprobar cómo los grandes maestros de la literatura de antaño abordaron y comprendieron algunos problemas que se están

discutiendo ahora. El efecto de las drogas sobre la mente, por ejemplo.

Hace un momento mencionábamos el problema del alcohol. Es interesante observar cómo esos hombres captaban el hecho de que los efectos del alcohol diferían radicalmente en función del temperamento y la conformación de quienes lo ingerían. Y, entre paréntesis, yo no he asistido a todas las sesiones de la conferencia, hasta hoy, pero en aquellas a las que asistí me llamó la atención que no se mencionara el hecho tremendamente importante de que la especie humana es más variable que cualquier otra de todo el reino de la naturaleza. En general es lícito decir que

la variabilidad de las especies aumenta a medida que ascendemos en la escala evolutiva, y que la mayor variabilidad la encontramos en la especie humana: somos marcadamente distintos como individuos, el uno respecto del otro, en el plano estructural e incluso en el bioquímico. Y es interesante comprobar, por ejemplo, cómo Shakespeare señala que la borrachera de Falstaff es totalmente distinta de la de Cassio, una figura marcial que pertenece al extremo de lo que Sheldon denominaría el polo somático de la variabilidad humana. A su vez, estas dos borracheras son muy distintas de la que exhibiría, por ejemplo, una persona con mi tipo de

contextura física. En tanto que yo me sentiría desmedidamente enfermo y muy, pero muy melancólico, Cassio se mostraría desmedidamente agresivo y Falstaff desmedidamente alegre. Supongo que esta extrema variabilidad entre los individuos se puede observar no sólo en relación con el alcohol, sino también en relación con todas las otras drogas. Me limito a señalar este hecho para demostrar que el hombre de letras ha aportado observaciones muy perspicaces desde una etapa muy temprana de la historia de la cultura.

Ahora llegamos a la cuestión del lenguaje. En su ponencia de ayer, el doctor Joel Elkes subrayó que el

lenguaje es insuficiente para analizar muchos de estos problemas, y expresó la esperanza de que pronto podamos utilizar las matemáticas para estas discusiones. Pero las matemáticas no son muy útiles para el gran público, y creo que es aquí donde el hombre de letras puede desempeñar un papel muy importante. Nuestro problema consiste en adaptar un lenguaje que ahora no es apropiado para describir el continuo mente-cuerpo, un universo de continuidad completa. Deberemos inventar de una u otra manera el medio para hablar de estos temas en una forma artísticamente variada que los ponga al alcance del gran público. Lo ideal, por

ejemplo, sería poder hablar de una experiencia mística simultáneamente en términos propios de la teología, la psicología y la bioquímica. Esto es mucho pedir, pero si no logramos algo parecido, a la gente seguirá resultándole extraordinariamente difícil pensar en esta urdimbre continua de la vida, imaginarla como un continuo, y no en términos del antiguo dualismo platónico y cartesiano que deforman tan tremendamente nuestra visión del mundo. No sé cómo lo haremos, de qué manera los hombres de letras realizarán este milagro del lenguaje, pero pienso que habrá que realizarlo. Y quizá lo conseguiremos. Quizás aparecerá algún

Shakespeare futuro con un inmenso dominio del lenguaje, capaz de abrevarse en el idioma inglés tal como este existe ahora, y de transmitir de alguna manera, mediante un milagro de la poesía o mediante un milagro de la prosa poética, esta imagen del continuo. Yo mismo he pensado mucho en ello, y francamente carezco del talento necesario para abordar la empresa.

Ya a comienzos del siglo XIX, Wordsworth afirmó, en el prefacio a las *Lyrical Ballads*, que llegaría una época en que el descubrimiento más remoto del físico y del químico se convertiría en tema apropiado para la poesía. Desde entonces han trascurrido más de ciento

cincuenta años, y todavía existe una gran distancia entre los dos campos. Aún no hemos realizado la fusión, y esto es algo sobre lo cual los hombres de letras deberían reflexionar concienzudamente.

Dicho lo cual, queda más o menos disculpada mi presencia aquí.

Pasemos ahora al tema de esta disertación, que he denominado «La revolución final».

La revolución final, tal como la veo, consiste en aplicar la tecnología a los asuntos humanos, tanto en el plano social como en el individual. Ahora bien, ¿qué es la tecnología? Supongo que la tecnología, la técnica en general, es la aplicación perfectamente

consciente y racional de métodos bien ponderados para hacer las cosas eficientemente. La palabra clave es «eficiencia».

En los tiempos modernos, los comienzos de la tecnología se manifestaron en el campo de la producción industrial, en el campo de la aplicación de las máquinas y del trabajo fabril a la producción, en primer término, de artículos textiles, después de artículos metalúrgicos, y cada vez más a otras manufacturas. Luego, a medida que se creaban máquinas más y más complicadas, fue necesario aplicar la técnica a ámbitos específicamente humanos. Podemos decir, en general,

que cuanto más complicada es la maquinaria física, tanto más complicada debe hacerse la organización en la sociedad que utiliza dicha maquinaria.

Por supuesto, la aplicación de la técnica a los problemas sociológicos, políticos y de gobierno es antigua, aunque esporádica. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento, en los libros de Samuel y de Crónicas, leemos que el rey David ordenó el recuento de la población. Ordenó realizar un censo, y esta es una de las primeras medidas que aplica cualquier gobierno eficiente y dotado de mentalidad técnica. Pero es interesante notar que David lo ordenó, expresamente, contra la voluntad de

Jehová, y obedeciendo a la tentación de Satanás. Vemos, pues, que en aquel período de la Edad de Bronce, cuando fueron escritos los libros de Samuel y Crónicas, existía un poderoso sentimiento antitecnológico. Los individuos pensaban vehementemente que era muy peligroso permitir que el gobierno se entrometiera y lo averiguara todo acerca de ellos.

Este recelo se asienta sobre bases muy sólidas, y al analizar la historia comprobamos que uno de los grandes baluartes de la libertad ha sido siempre… la ineficiencia. El deseo de transformarse en tirano ha sido un fenómeno frecuente, pero los medios

para ejercer la tiranía han sido a menudo extraordinariamente insuficientes. El espíritu del despotismo era fuerte, pero su carne era débil. Tomemos el caso de Luis XIV. Éste se proclamó monarca absoluto y habría querido regimentar a todos, pero su arsenal técnico era harto inadecuado, y a los individuos les resultaba muy fácil escabullirse de su red laxamente tramada. Incluso en tiempos de Napoleón, nos sorprende la ineficiencia de su jefe de policía, Fouchette, un hombre inmensamente hábil, con una institución muy bien organizada.

Esos personajes eran atrozmente ineptos, cuando se los coteja con la

eficiencia que tienen las fuerzas policiales de hoy, incluso en los estados democráticos. Y existía una gran libertad individual, sencillamente porque los amos no podían apoderarse de las masas.

Estos esfuerzos preliminares y esporádicos encaminados hacia lo que podríamos denominar la tecnificación del control gubernamental prosiguieron a lo largo de toda la historia. Por ejemplo, el mundo romano estaba asombrosamente bien organizado en muchos sentidos. Los romanos tecnificaron a las fuerzas militares de una manera en que no volverían a tecnificarse hasta la segunda mitad del

siglo XVIII. Tenían un sistema jurídico tecnificado y racional como no se volvería a ver otro hasta la época de Napoleón y de la reforma del derecho inglés, durante el siglo XIX. Pero, por supuesto, todo aquello desapareció, y durante la Edad Media tuvimos un mundo extraordinariamente antitécnico en el cual la organización era, por así decir —y no es agradable usar la palabra— pero era, en cierta forma, *natural*. Se desarrollaron organizaciones, los gremios, por ejemplo, que emanaban de la asociación de personas que desarrollaban la misma actividad, sin ningún tipo de sistema preestablecido. Y todo esto era

notablemente ineficiente.

Hubo que desquiciar las cosas por completo en la época de la Revolución Francesa para permitir el gran desarrollo subsiguiente de la tecnología. Hubo que atomizar, hubo que desintegrar, estas sociedades que podríamos llamar naturales, para que pudiera producirse la organización en gran escala técnica.

Hoy asistimos a la aplicación de la técnica a los asuntos humanos en una escala mucho mayor, en todos los países, y yo diría que la diferencia realmente importante entre el mundo comunista y el mundo occidental no descansa sobre la teoría marxista que

postula la propiedad pública de los medios de producción. Esta es una especie de mitología del mundo soviético. La verdadera diferencia consiste en que los comunistas están dispuestos a permitir que la tecnificación llegue al límite absoluto, en tanto que nosotros tenemos una considerable renuencia a dejar que aquella avasalle nuestras antiguas tradiciones de libertad personal y nuestras instituciones democráticas. Marx y Engels concedieron una singular importancia al aspecto técnico de la organización social, y lo que vemos ahora en Rusia es un mundo donde se ha dado rienda suelta a la tecnología, y

donde el hombre está cada vez más subordinado a las necesidades de la tecnología.

Y uno de los mayores peligros que nos acechan es precisamente este: la tecnología nos obliga a avanzar, empujándonos, por el mismo camino que los rusos eligieron voluntariamente. La tecnología tiende a crecer y desarrollarse según las leyes de su propia esencia. No se desarrolla en absoluto según las leyes de nuestra esencia. Las dos cosas son distintas, y ahora el hombre se encuentra subyugado por esto que él creó, y subordinado a sus leyes, que no son de manera alguna leyes humanas.

Vemos cómo esta tecnificación prospera en muchos, muchos ámbitos. Por ejemplo, en el ámbito del gobierno, incluso de los gobiernos liberales y democráticos, donde es muy evidente que todo el aparato del Estado se tecnifica cada vez más. Creo que en este país hay no menos de cincuenta y seis dependencias del gobierno que se ocupan sólo de estadísticas: necesitamos disponer de este inmenso arsenal de conocimiento técnico para que la administración funcione. A ello se suman los poderes concretos del gobierno, inmensamente reforzados por los progresos de la tecnología. La policía, por ejemplo, tiene poderes a los

cuales, como he dicho, la policía de Napoleón sencillamente no podía aspirar. No se trata sólo de que disponga de armas superiores o de medios de comunicación de los cuales las policías de antaño no podían disponer. También se trata de que cuenta con métodos extraordinariamente refinados para archivar datos. La situación de todos nosotros está registrada en tarjetas perforadas, microfilms, etcétera. Este es un elemento totalmente nuevo. El gobierno central tiene en sus manos un cúmulo inmenso de información sobre todas las personas, y esto es algo que nunca había existido antes. Aquello por lo cual fue castigado David ha

alcanzado ahora una magnitud que era totalmente inimaginable hace incluso cien años.

Este no es más que uno de los campos en que presenciamos el avance de la tecnología. Volvemos a presenciarlo en el campo económico, donde, aun en los países occidentales, un sistema muy complejo de planes sustituye en buena parte a la vieja costumbre en virtud de la cual se dejaba que la economía dependiera totalmente del mercado libre.

El crecimiento demográfico desusadamente rápido acelera aún más la tecnificación. A medida que aumenta la población, también se multiplican los

problemas de organización. Las grandes dificultades que se presentan a medida que la población pesa cada vez más sobre los recursos, acarrean inevitablemente una actividad planificadora mucho más intensa del gobierno central. Y a medida que la población aumente durante los próximos cincuenta años, como sin duda aumentará —ahora nos multiplicamos en el planeta a un promedio de unos cuarenta y cinco millones por año— a medida que esto ocurra, creo que asistiremos a una mayor tecnificación, a una mayor usurpación por la autoridad central de las funciones que estaban habitualmente en manos de los

particulares.

Y ahora llegamos al aspecto más interesante y posiblemente más alarmante de esta tecnificación de la vida humana, a saber, la técnica aplicada a los individuos. No sólo a las sociedades en gran escala, sino al individuo. Y esta actividad se puede dividir en varias categorías.

En primer lugar tenemos, por supuesto, la técnica asombrosamente perfeccionada de la propaganda. La propaganda se puede definir por oposición al argumento racional, al argumento fundado sobre hechos. El argumento fundado sobre hechos pretende producir una convicción

intelectual. La propaganda pretende producir, sobre todo, una acción refleja. Apunta a eludir la opción racional fundada sobre el conocimiento de los hechos y a llegar directamente al plexo solar, por así decir, y a afectar el inconsciente. La eficacia de la propaganda quedó demostrada, en la escala más aterradora, en la Alemania de Hitler; vuelve a demostrarse en la dictadura comunista, y es demostrada en este país por la extraordinaria eficacia de la publicidad comercial.

La tecnificación de los medios para llegar al inconsciente humano implica una tremenda amenaza para nuestra concepción tradicional de la democracia

y la libertad. Parece reducir al absurdo el proceso democrático que, después de todo, descansa sobre la presunción de que los electores toman decisiones racionales basándose en los hechos. Y cuando leemos en un libro como *The Hidden Persuaders* que en este país ambos partidos políticos contratan agentes de publicidad para que estos manejen la maquinaria de sus campañas, nos alarmamos y nos preguntamos hasta cuándo podrá sobrevivir la tradición democrática en manos de un método técnico cuidadosamente programado para eludir la elección racional y para influir sobre las personas en un nivel situado por debajo de la razón, en un

nivel casi fisiológico.

Entonces volvemos a encontrarnos con la tecnificación de la persuasión tal como se manifiesta en los procedimientos de lavado de cerebro, cuidadosamente asentados sobre la obra Pavlov, procedimientos estos que, a juzgar por los resultados obtenidos en China y entre los prisioneros de la guerra de Corea, son excepcionalmente eficientes, y probablemente lo serán aún más a medida que pase el tiempo.

Finalmente llegamos al tema de la agresión al ser humano en el plano fisiológico, por medios farmacológicos. Creo que es aquí donde esta conferencia debe empezar a preguntarse qué

sucederá con estas drogas, a medida que se perfeccionen. ¿Cómo se emplearán? ¿Cómo nos aseguraremos de que se les da una aplicación correcta? Me parece muy razonable pronosticar que se creará una droga euforizante mucho más eficaz y menos nociva que el alcohol, y si dicha droga fuera puesta al alcance de todos, e introducida en cada botella de Coca-Cola, evidentemente, tal como me aventuré a advertirlo hace más de veinticinco años en *Brave New World*, podría convertirse en un instrumento increíblemente poderoso en manos de un dictador. Creo que lo que ahora está cada vez más claro es que probablemente las dictaduras del futuro

no se fundarán sobre el terror, como las del pasado inmediato, como las de Hitler y Stalin. El terror es un método extraordinariamente antieconómico, estúpido e ineficiente para controlar a la gente. Los romanos se dieron cuenta de ello hace muchos años. Dentro de lo posible, procuraban gobernar su imperio mediante el consenso y no mediante la pura coerción. Y ahora estamos en condiciones de tener mucho más éxito que los romanos, porque contamos con este cuantioso arsenal de técnicas merced a las cuales los gobernantes podrán lograr que a sus súbditos les *guste* realmente la esclavitud. En *Brave New World*, la distribución de esta droga

misteriosa, que denominé Soma, nombre del cual ahora se han apropiado los laboratorios Wallace (para aplicarlo a algo que, me atrevo a decir, no es ni remotamente tan bueno), la distribución de esta droga, repito, era una reivindicación de la plataforma política: era uno de los grandes instrumentos de poder que estaban en manos de la autoridad central y, al mismo tiempo, el derecho a consumirla era uno de los grandes privilegios de las masas, porque las hacía muy felices. Naturalmente se trataba de una fantasía, pero de una fantasía que ahora está más próxima a materializarla de lo que yo imaginé, y de lo que lo estaba, por cierto, en aquella

época. Y me parece perfectamente lícito pronosticar que más o menos en el curso de la próxima generación aparecerá un método farmacológico que hará amar la servidumbre y que generará la dictadura desprovista de sufrimientos, por así decir. Producirá una especie de campo de concentración indoloro para sociedades íntegras, de modo que en verdad a la gente la despojarán de sus libertades, pero más bien disfrutará de ello, porque la distraerán de cualquier deseo de rebelarse… mediante la propaganda, el lavado de cerebro, o el lavado de cerebro reforzado con métodos farmacológicos. Y esta me parece que será «La revolución final».

En el pasado tuvimos revoluciones que se mantuvieron todas en la periferia de las cosas. Se cambiaba el entorno con la esperanza de modificar al individuo colocado en el centro de dicho entorno. Hoy, gracias a la aplicación de determinadas técnicas a los seres humanos, estamos en condición de modificarlos a estos. De modo que la revolución final incumbirá al hombre y la mujer tal como estos son, y no al entorno en el que viven, y no veo cómo se puede superar la naturaleza última de esta revolución.

Ahora se plantea un interrogante: ¿Qué se puede hacer, si es que se puede hacer algo, respecto de este avance

sistemático de la tecnificación? Obviamente, la posibilidad de detenerlo está descartada. La tecnificación continuará, nos guste o no, y también parece estar perfectamente claro que sin un aumento constante de la tecnificación en muchos campos será casi imposible procurar o suministrar una existencia decorosa a la especie humana que prolifera rápidamente. Así que deberemos resignarnos a la idea de que el proceso técnico va a seguir desarrollándose, y de que lo hará ciñéndose a las leyes de su propia esencia. Se desarrollará con el fin de producir cada vez más eficiencia, y no necesariamente con el fin de producir

seres humanos cabalmente evolucionados. Esto no tiene nada que ver con ella, así como tampoco tienen nada que ver con ella los planteos de tipo ético. El imperativo categórico de la tecnología es la eficiencia.

El problema es: ¿podremos soportar este proceso, podremos disfrutar de lo mejor de ambos mundos? No se trata, como digo, de alimentar la esperanza de abolir la técnica. Creo que esto es imposible. Se trata de disfrutar de alguna manera de lo mejor de ambos mundos, para poder gozar de los frutos de la tecnología, que son el orden y la eficiencia y la profusión de bienes, y poder gozar al mismo tiempo de aquello

a lo cual los seres humanos siempre le han adjudicado una importancia suprema, o sea, la libertad y la posibilidad de ser espontáneos. La espontaneidad es tremendamente importante y también es en verdad uno de los grandes enemigos de la técnica. El ser humano que trabaja en una unidad productiva muy tecnificada sencillamente no tiene derecho a ser espontáneo. La espontaneidad obstaculiza el plan que trazaron por anticipado los ingenieros y técnicos que resuelven cómo debe trabajar, y de esta manera él, el ser humano, queda atrozmente mutilado, porque no le permiten ser espontáneo.

Nuestro problema consiste en hallar la forma de dejar que aflore esta espontaneidad y que perdure la libertad, al mismo tiempo que permitimos que la técnica se desarrolle hasta los límites que debe alcanzar. Y este es un problema increíblemente complejo. También es un problema desmedidamente apremiante.

Cuando escribí *Brave New World* en 1932, imaginé que este tipo de mundo se corporizaría aproximadamente dentro de quinientos años. Pero varios pronósticos formulados en esa fantasía se materializaron en el curso de veintisiete años, y parece muy probable que varios otros se materialicen en la próxima

generación, así que no queda mucho tiempo. El enorme crecimiento demográfico aumenta la urgencia. Cuando uno piensa, por ejemplo, que la población de países como México se duplicará en los próximos veinticuatro años, salta a la vista que hay que poner manos a la obra inmediatamente.

Y creo que el primer paso consiste en tratar de averiguar qué es lo que probablemente ocurrirá. Antaño dejábamos que los adelantos tecnológicos nos pillaran por sorpresa. Creo que eso no era inevitable. No creo que fuese inevitable que nos pillara por sorpresa el desarrollo del sistema fabril a finales del siglo XVIII y comienzos del

XIX. Si nos hubiéramos detenido a pensar, si nuestros antepasados se hubieran detenido a pensar y a prever lo que iba a ocurrir, creo que no habrían tenido que someter a millones de seres humanos a una vida absolutamente infernal, en lo que Blake llamaba el taller oscuro y satánico de la época. Si hubiéramos empleado un poco de imaginación y un poco de buena voluntad en aquel entonces, creo que podríamos haber salvado a millones de personas de desdichas incalculables durante dos o tres generaciones.

Y no creo que debamos dejar que nos pillen nuevamente por sorpresa. Pienso que disponemos de un cúmulo

enorme de datos, y con un poco de imaginación podemos proyectarlos al futuro y ver con bastante claridad lo que va a suceder, lo que es probable que suceda, siempre que no nos hagamos saltar por los aires en el ínterin.

Me parece extraordinariamente importante que los especialistas se pongan en contacto con los representantes de otras disciplinas no científicas y con representantes del público común y profano. Y puedo imaginar una conferencia en mucha mayor escala, no necesariamente más numerosa, pero sí mucho más variada que la que se está celebrando hoy aquí. Congregaría a representantes de

diversas disciplinas científicas reunidos con representantes del gobierno, de las empresas, del ámbito religioso, que harían una pausa para tratar de imaginar: a) qué es lo que probablemente sucederá, y b) qué se puede hacer para mitigar los resultados que, librados a sí mismos, podrían ser, a mi juicio, extremadamente peligrosos y extremadamente indeseables. Creo que debería celebrarse esa conferencia, que debería celebrarse un intercambio de ideas para tratar de elaborar algún tipo de política educacional, algún tipo de política gubernamental, algún tipo de política jurídica respecto de este colosal proceso de tecnificación, que se ha

desarrollado durante los últimos cien años, que prosigue con creciente aceleración, y que nos conducirá quién sabe a dónde en los próximos cincuenta años.

Y termino, por tanto, con esta idea: que en una institución como esta, en la Universidad de California, en el departamento médico o en uno de los otros departamentos, debería celebrarse una conferencia periódica entre grupos muy distintos de personas para reflexionar sobre estos problemas y, como digo, si es posible, para encontrar algunos medios que nos permitan sacar el mayor provecho de ambos mundos. El mayor provecho del mundo puramente

humano, y el mayor provecho de este mundo extraordinario, prodigioso y terrorífico de la técnica.

Capítulo 27

1960 Cartas

Durante este año Huxley pronunció muchas disertaciones en universidades de ambas costas y en la Fundación Menninger, de Topeka. Su creciente popularidad como conferenciante se

puede atribuir tanto a su inteligencia singular y seductora como a su tema central, del cual la Experiencia Visionaria no era más que un punto cautivante. Le descubrieron un cáncer que fue destruido rápidamente mediante un tratamiento con agujas de radio. Tuvo tiempo para asistir a dos sesiones psicodélicas. Un experimento con LSD, en junio, en el cual contempló las interpretaciones hindú y budista del amor (apego/desapego… «dos tipos de nirvana»). Después, en noviembre, él y Humphry Osmond viajaron a Cambridge donde conocieron al doctor Timothy Leary y sus colegas, que entonces realizaban experimentos de

gran envergadura en Harvard (el Proyecto de Investigación Psicodélica). Allí Huxley ingirió por primera vez psilocibina, en un grupo que comprendía a otras cinco personas.

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 842]

3276 Deronda Dr.
L. A. 28, Cal.
17 de julio de 1960

Mi estimado Humphry:

Gracias por tu amable carta […].

Tu trabajo con visualizadores parece muy interesante. ¿Sabes por qué algunas personas visualizan y otras no? Yo no visualizo, excepto cuando mi temperatura roza los cuarenta grados. Ni siquiera la LSD —por lo menos en dosis de 100 µ— me hace ver cosas con los ojos cerrados. Ingerí un poco de LSD hace tres o cuatro semanas con algunas experiencias interesantes sobre la forma en que, como dicen los indios, el pensamiento y el pensador y lo pensado son uno… y también sobre la forma en que esta experiencia mostrenca se convierte en algo que me pertenece *a mí;* después ya no hay un yo y sí una especie de *sat chit ananda*, en

determinado momento sin *karuna* o caridad (es curioso que los vedantistas no digan nada acerca del Amor, en tanto que los budistas Mahayana insisten en que si la *prajnaparamita* —la sabiduría de la otra orilla— no tiene *karuna* como reverso de la medalla, el *nirvana* no es, para el Bodhisattva, mejor que el infierno). Y en esta experiencia con LSD tuve una vislumbre de los dos tipos de *nirvana*: la esencia-conciencia-beatitud sin amor, y la otra con amor y, sobre todo, con la sensación de que nunca se puede amar lo suficiente.

Me gustaron las cosas que dijiste en favor del capítulo sobre drogas y experiencia espiritual del último libro

del doctor Raynor Johnson[52].

Un libro interesante, aunque tal vez multiplica los entes espirituales más allá de lo estrictamente necesario. Pero quizá la regla de Ockham en virtud de la cual los entes no deben multiplicarse innecesariamente no es un principio científico válido. Quizá los entes deben multiplicarse a veces más allá del límite de la explicación más sencilla posible. Porque sin duda el mundo es mucho más extraño y complejo de lo que pensamos corrientemente.

Espero que se hayan resuelto tus dificultades administrativas y que ahora disfrutes de libertad para dedicarte a algo más interesante. Me alegra oír que

los rusos han recurrido a tu trabajo [sobre adrenocromo].

Siempre tuyo,
Aldous

Capítulo 28

1960
El arte de la ficción

ALDOUS HUXLEY

En una de las célebres entrevistas de la Paris Review *con grandes autores, le pidieron a Huxley que hiciera un*

comentario sobre la relación entre las drogas psicodélicas y el proceso creativo, y sobre el valor de las revelaciones psicológicas que las drogas ponían al alcance del escritor de ficción.

ENTREVISTADORES

¿Ve alguna relación entre el proceso creativo y el uso de drogas como el ácido lisérgico?

HUXLEY

No creo que se pueda generalizar al respecto. La experiencia ha demostrado que existen enormes variaciones en la

forma en que la gente responde al ácido lisérgico. Probablemente algunas personas podrían extraer de este una inspiración estética directa para pintar o escribir poesía. Y creo que otras no. Para la mayoría de las personas se trata de una experiencia extraordinariamente significativa, y supongo que podría contribuir de manera indirecta al proceso creativo. Pero no creo que uno pueda sentarse y decir: «Quiero escribir un poema magnífico, así que voy a tomar ácido lisérgico». No creo que sea de manera alguna seguro que uno obtendrá el resultado deseado… el resultado podría ser prácticamente cualquiera.

ENTREVISTADORES

¿La droga prestaría más ayuda al poeta lírico que al novelista?

HUXLEY

Bueno, ciertamente el poeta obtendría una visión extraordinaria de la vida que no habría conseguido de ninguna otra manera, y esto tal vez le prestaría una gran ayuda. Pero veréis (y este es el elemento más significativo de la experiencia), durante la experiencia no os interesa realmente hacer nada práctico… ni siquiera escribir poesía lírica. Si estuvierais viviendo una relación amorosa con una mujer, ¿os

interesaría escribir al respecto? Claro que no. Y durante la experiencia no estáis particularmente compenetrados con las palabras, porque esta trasciende las palabras y es totalmente imposible de expresar en palabras. De modo que la sola idea de traducir en conceptos lo que ocurre parece muy necia. Me parece muy posible que preste una gran ayuda *después* del hecho: la gente verá el universo circundante de una manera muy distinta y posiblemente se sentirá inspirada para escribir algo al respecto.

ENTREVISTADORES

¿Pero la experiencia deja muchos efectos residuales?

HUXLEY

Bueno, siempre se conserva un recuerdo completo de la experiencia. Recordáis que ha sucedido algo extraordinario. Y hasta cierto punto podéis revivir la experiencia, sobre todo en lo que concierne a la transformación del mundo exterior. Tenéis atisbos de ello, veis de vez en cuando el mundo así transfigurado… no con el mismo grado de intensidad pero sí en condiciones aproximadamente iguales. Es útil enfocar el mundo desde una nueva perspectiva. Y termináis por entender muy claramente la forma en que algunas personas especialmente dotadas

han visto el mundo. Os introducís realmente en ese mundo distinto donde vivió Van Gogh, o en ese mundo distinto donde vivió Blake. Empezáis a experimentar directamente ese tipo de mundo mientras estáis bajo los efectos de la droga, y después podéis recordar y hasta recuperar débilmente ese tipo de mundo, del que ciertas personas privilegiadas entraban y salían, como evidentemente lo hacía Blake, sin parar.

ENTREVISTADORES

¿Pero el talento del artista no será distinto del que era antes de la ingestión de la droga?

HUXLEY

No entiendo por qué habría de ser distinto. Se han realizado algunos experimentos para comprobar lo que pueden hacer los pintores bajo la influencia de la droga, pero la mayoría de los que he presenciado han sido muy poco interesantes. Nunca se puede alimentar la esperanza de reproducir cabalmente la intensidad cromática absolutamente increíble que se obtiene bajo la acción de la droga. La mayoría de los resultados que he visto no son más que muestras tediosas de expresionismo que, a mi juicio, casi no tienen nada en común con la experiencia

real. Quizás un artista inmensamente dotado —alguien como Odile Redon (que de todas maneras es probable que siempre viera el mundo así)— podría sacar provecho de la experiencia con ácido lisérgico, podría utilizar sus visiones como modelos, podría reproducir sobre la tela el mundo exterior tal como queda transfigurado por la droga.

ENTREVISTADORES

Esta tarde, aquí, usted se ha referido primordialmente a la experiencia visual bajo los efectos de la droga, y a la pintura, tal como lo hizo en su libro *The Doors of Perception*. ¿También se gana

en discernimiento psicológico?

HUXLEY

Sí, creo que sí. Bajo los efectos de la droga, uno tiene vislumbres penetrantes de las personas que lo rodean, y también de su propia vida. Muchas personas experimentan evocaciones tremendas de materiales sepultados. Un proceso que puede abarcar seis años de psicoanálisis se desarrolla en una hora… ¡y es considerablemente más barato! Y la experiencia puede ser muy liberadora y esclarecedora en otros sentidos. Demuestra que el mundo en el que vivimos habitualmente no es más que

una creación de este ser convencional, estrictamente condicionado, que es cada uno de nosotros, y que fuera hay otros mundos muy distintos. Es muy saludable comprender que el universo bastante tedioso en el que la mayoría de nosotros pasamos la mayor parte del tiempo no es el único universo que existe. Creo que es sano que la gente tenga esta experiencia.

ENTREVISTADORES

¿Este discernimiento psicológico puede ser útil para el escritor de ficción?

HUXLEY

Lo dudo. Al fin y al cabo, la ficción es el fruto de un esfuerzo diligente. La experiencia con ácido lisérgico es la revelación de algo que está fuera del tiempo y del orden social. Para escribir ficción, hay que inspirarse incesantemente en personas situadas dentro de un entorno real, y después hay que trabajar mucho y tenazmente sobre la base de esta inspiración.

ENTREVISTADORES

¿Existe alguna semejanza entre el ácido lisérgico, o la mescalina, y el «soma» de su libro *Brave New World*?

HUXLEY

Absolutamente ninguna. El soma es una droga imaginaria, con tres efectos distintos: euforizante, alucinógeno o sedante. Una combinación imposible. La mescalina es el principio activo del cacto peyote, que los indios del Sudoeste han utilizado durante mucho tiempo en sus ritos religiosos. Ahora se sintetiza. La dietilamida del ácido lisérgico (LSD-25) es un compuesto químico con efectos similares a los de la mescalina. Fue elaborada hace aproximadamente doce años, y sólo ahora se la utiliza con fines experimentales. La mescalina y el ácido lisérgico transfiguran el mundo exterior y en algunos casos producen visiones.

La mayoría de las personas tienen el tipo de experiencia positiva y esclarecedora que he descrito, pero las visiones pueden ser tanto infernales como celestiales. Estas drogas son inocuas, desde el punto de vista fisiológico, excepto para las personas con lesiones hepáticas. A la mayoría de las personas no les producen resaca, y no forman hábito. Los psiquiatras han descubierto que, correctamente empleadas, pueden ser muy útiles en el tratamiento de ciertos tipos de neurosis.

ENTREVISTADORES

¿Cómo llegó a participar en experimentos con, mescalina y ácido

lisérgico?

HUXLEY

Bueno, hacía algunos años que me interesaba el tema, y tenía relación epistolar con Humphry Osmond, un joven psiquiatra británico muy inteligente que trabaja en Canadá. Cuando empezó a probar sus efectos en distintos tipos de personas, me convertí en uno de sus conejillos de Indias. Todo esto lo he descrito en *The Doors of Perception*.

Capítulo 29

1960 Hongos para el almuerzo








TIMOTHY LEARY

Huxley y Osmond visitaron al doctor Timothy Leary en Harvard, donde se

había puesto en marcha el Proyecto de Investigaciones Psicodélicas. Leary describe aquí la impresión que le produjo Huxley durante sus primeras entrevistas en Cambridge.

… George [Littwin] abordó el tema de la literatura sobre estados visionarios y me preguntó si había leído los libros de Aldous Huxley sobre la mescalina: *The Doors of Perception* y *Heaven and Hell*. Cuando le contesté que no, corrió pasillo abajo hasta su despacho y los trajo consigo. Pequeños rectángulos delgados. Me los guardé en los bolsillos de la americana.

El problema final era el más importante. ¿Dónde conseguiríamos los hongos? Alguien me había informado que el Servicio de Salud Pública había conseguido sintetizar los hongos y dije que escribiría a Washington y que intentaría verificar el dato. En México, Gerhart [Braun] me había advertido que seguiría buscando a la bruja Juana, y que si la encontraba dispondría de un gran acopio y me enviaría algunos. Y en Berkeley, Frank Barron me había dicho que la gente de la Universidad de México había cultivado hongos y que quizás él podría conseguir que le dieran algunos.

Esa noche leí a Huxley. Y después

volví a leer los dos libros. Y los releí nuevamente. Ahí estaba todo. Toda mi visión. Huxley había ingerido mescalina en un jardín y se había despojado de la mente y había despertado en la eternidad.

Aproximadamente una semana más tarde alguien me contó, en una fiesta, que Aldous Huxley estaba pasando el otoño en la ciudad, y esto me pareció un buen augurio, así que me senté y le escribí una carta.

Dos días más tarde, durante una de nuestras conferencias de planificación, el señor Huxley telefoneó para decir que estaba interesado y convinimos almorzar

juntos.

Aldous Huxley se alojaba en un nuevo apartamento del M.I.T., frente al río Charles. Cuando llamé a la puerta la abrió —alto, pálido, endeble—, se reunió conmigo y nos encaminamos hacia el Club de Profesores de Harvard. Leyó el menú lentamente a través de su lupa. Le pregunté si quería sopa y me preguntó de qué era y yo consulté el menú y resultó ser una sopa de setas, así que nos reímos y pedimos hongos para el almuerzo.

Aldous Huxley: un Buda gris, encorvado, gigantesco. Un hombre sabio y bondadoso. La cabeza como una enciclopedia políglota. Voz elegante y

riente excepto cuando levantaba el tono con indignación pasajera y divertida ante la superpoblación o el engreimiento de los psiquiatras.

Conversamos acerca de la forma de estudiar y utilizar las drogas que expanden la mente y concordamos afablemente respecto de lo aconsejable y lo desaconsejable. Eludiríamos el enfoque behaviorista de la conciencia ajena. No encasillaríamos ni despersonalizaríamos al sujeto. No impondríamos a los demás nuestra propia jerga o nuestros propios juegos experimentales. No nos propondríamos descubrir nuevas leyes, o sea, descubrir las implicaciones redundantes de

nuestras propias premisas. No nos dejaríamos coartar por el punto de vista patológico. No interpretaríamos el éxtasis como manía, ni la sosegada serenidad como catatonia; no diagnosticaríamos que Buda era un esquizoide apático; ni que Cristo era un masoquista exhibicionista; ni que la experiencia mística era un síntoma; ni que el estado visionario era un modelo de psicosis. Aldous Huxley se reía por lo bajo, con humor compasivo, del delirio humano.

¡Y con cuánta erudición! Iba y venía por la historia, citando a los místicos. Wordsworth. Plotino. El Areopagita. William James. Toda la gama, desde el

pasado esotérico hasta volver al presente bioquímico: Humphry Osmond curando alcohólicos en Saskatchewan con LSD; los planes de Keith Ditman para limpiar con LSD la calle de los borrachos de Los Ángeles; Roger Heim llevando su saco de hongos mexicanos a los químicos parisienses que no pudieron aislar el ingrediente activo, y acudiendo después a Albert Hofmann, el gran suizo, que sí pudo aislarlo y lo llamó psilocibina. Le enviaron las píldoras de vuelta a la *curandera*[53] del estado de Oaxaca, y ella las probó y tuvo visiones adivinatorias y se regocijó de que ahora su práctica pudiera durar todo el año y no tuviera que

circunscribirse a los tres meses de lluvia en que brotaban los hongos.

Aldous Huxley tenía aguda conciencia de las complicaciones políticas y de la prevista oposición de los Murugan, nombre que aplicaba a los dueños del poder en su novela *Island*.

—La droga... —Murugan me hablaba de los hongos que usan aquí para fabricar droga.

—¿Qué significa un nombre?... Respuesta: prácticamente todo. Murugan... la denomina droga y experimenta respecto de ella toda la repugnancia que, por un reflejo condicionado, inspira esta palabra obscena. Nosotros, por el contrario, le

*aplicamos nombres meritorios: la medicina-*moksha*, la reveladora de la realidad, la píldora de la verdad-y-la-belleza. Y sabemos, por experiencia directa, que es digna de los nombres meritorios. En tanto que nuestro joven amigo aquí presente no la conoce de primera mano, y ni siquiera podemos persuadirlo para que la pruebe. Para él es droga, y la droga es, por definición, algo que una persona decente no consume jamás.*

Aldous Huxley aconsejaba y asesoraba y bromeaba y contaba historias y nosotros escuchábamos y forjábamos nuestro proyecto de investigación en consecuencia. Huxley

se ofreció para asistir a nuestras reuniones de planeamiento y se manifestó dispuesto a ingerir hongos con nosotros cuando la investigación estuviera en marcha.

De estas reuniones surgió el proyecto de un estudio piloto en condiciones naturales, en el cual se trataría a los sujetos como si fueran astronautas: se los prepararía cuidadosamente, se les suministrarían todos los datos disponibles, y después se les pediría que tripularan sus propias naves espaciales, que hicieran sus propias observaciones, y que las retransmitieran al control de tierra. Nuestros sujetos no eran pacientes

pasivos sino héroes exploradores.

Durante las semanas de octubre y noviembre de 1960 se realizaron muchas reuniones para planear la investigación. Aldous Huxley venía y escuchaba y después cerraba los ojos y se desconectaba de la escena y entraba en su trance controlado de meditación —lo cual ofuscaba a algunos de los miembros del personal de Harvard que equiparan la conciencia con la conversación— y luego abría los ojos y formulaba un comentario puro como un diamante…

Capítulo 30

1960 Informe de sesión en Harvard

Huxley y Osmond visitaron al doctor Timothy Leary en Harvard, donde se había puesto en marcha el Proyecto de

Investigación Psicodélica. El siguiente informe sobre una sesión con psilocibina tomado de unas notas de laboratorio inéditas exhibe la metodología de los investigadores de Harvard, y revela a Huxley como sujeto semianónimo en un experimento de grupo.

FECHA: Domingo 6 de noviembre de 1960.

SITUACIÓN:

En esta sesión los miembros restantes del grupo de investigación fueron sometidos a la experiencia de la

psilocibina. La sesión empezó el domingo a mediodía y duró hasta las ocho de la noche. El escenario fue, como en el caso precedente, la casa amplia y cómoda del investigador principal.

PARTICIPANTES:

1, 4: De sesiones anteriores.

11: Señor Aldous Huxley.

12: Mujer de 20 años, esposa del 3. Es una joven propensa a preocuparse, bastante inmadura, que había acumulado expectativas (y temores) extravagantes ante la perspectiva de participar junto con personas mayores y más distinguidas que ella respetaba.

13: Un brillante estudiante graduado de psicología, de 27 años, persona tensa, enérgica, que ha vivido en un estado de pánico expectante durante las dos semanas previas a la experiencia.

14: Graduada universitaria de 25 años, esposa del 6 que ha estado periféricamente implicada en experiencias visionarias porque su marido participó en investigaciones sobre mescalina el año anterior.

DOSIFICACIÓN:

1: ingirió 10 mg. al empezar y los completó con 10 mg. adicionales después de 40 minutos.

4: la misma dosis arriba citada.

11:10 mg. al empezar y nada más.

12: la misma dosis que n.° 1 y n.° 4. Esta fue evidentemente una sobredosis. Esta persona (110 libras) había tenido un trastorno intestinal el día anterior, estaba menstruando y además no era tan resistente ni emocionalmente «fuerte» como cualquiera de los participantes anteriores.

13: la misma dosis que n.° 1, n.° 4 y n.° 12, hasta un total de 20 mg.

14: la misma dosis arriba citada.

RESULTADOS:

1: Experimentó los fenómenos clásicos, intensificación visual, sosiego vedántico, experiencias filosóficas

unificadoras centradas alrededor de las alternativas generadas por la actividad de grupo, o sea, centradas alrededor de la domesticidad y el deber. Este participante fue obligado a asumir actividades ejecutivas durante seis de las ocho horas y pudo funcionar con más éxito que de costumbre en el manejo de las decisiones sociales de rutina que se plantearon; se adjudicó un discernimiento perdurable en cuestiones éticas y filosóficas.

4: Permaneció serenamente sentada durante cinco horas, eufórica, observando atentamente los acontecimientos que la rodeaban y compenetrándose con ellos; pudo

ejercer un control casi total a pesar de la dosis de 20 mg.

11: Permaneció sentado durante toda la experiencia en un estado de serenidad contemplativa; ocasionalmente confeccionaba epigramas pertinentes; describió la experiencia como filosófica y edificante.

12: Euforia tonta; se sentía un poco aislada porque los otros participantes permanecían meditando silenciosamente; después de los 10 mg. adicionales se deprimió, sollozó, se centró en problemas personales; si bien la experiencia fue dolorosa, exhumó problemas que posteriormente pudo encarar y analizar a fondo.


[falta el resto del informe]

Capítulo 31

1961 Cartas

En mayo de este año, un incendio forestal destruyó por completo la casa que los Huxley tenían en Deronda Drive, incluida su biblioteca de 4.000 volúmenes y todos su manuscritos, con

la excepción del ya casi completo de Island, *que rescató de las llamas y concluyó pocas semanas más tarde. «Es extraño empezar desde cero a mi edad», escribió, refiriéndose al incendio. En 1961 pronunció tres importantes disertaciones: en una conferencia sobre control de la mente, en San Francisco; en la conferencia anual sobre parapsicología, en Francia; y en una conferencia internacional sobre psicología aplicada, en Dinamarca. Concedió su más larga entrevista —que abarcó dos tardes íntegras— a un comentarista de la BBC, en Londres. Conoció al doctor Albert Hofmann en Suiza, y viajó a la*

India por primera vez desde los años 1920.

Sus cartas al doctor Timothy Leary demuestran su permanente interés por el arte visionario, así como «la improductividad del enfoque científico (por ejemplo, pavloviano)», que aborda la conducta modificada con criterio negativo. En una carta a Osmond reitera su consejo de no dramatizar ni embellecer las drogas psicodélicas en los medios de comunicación de masas, consejo este que ya había formulado con frecuencia.

AL DOCTOR TIMOTHY LEARY[54]

3276 Deronda Drive,
Los Ángeles 28, Calif.
6 de febrero de 1961

Estimado Tim:

Gracias por tu carta del 23 de enero, que llegó durante mi ausencia… primero en Hawái, después en San Francisco (donde se celebró una buena conferencia sobre «Control de la mente»).

Ay, *no puedo* escribir nada para

Harpers… estoy desesperadamente atareado tratando de terminar un libro.

En S. F. me encontré con el doctor [Oscar] Janiger, al que no había visto durante varios años. Me informa que ha suministrado LSD a cien pintores que han pintado antes, durante y después de la droga, y cuyos esfuerzos están siendo valorados por un equipo de críticos. Esto podría ser interesante. Le di tu dirección y creo que recibirás noticias suyas.

También conversé brevemente con el doctor Joly West (profesor de psiquiatría en la Facultad de Medicina de la Universidad de Oklahoma), quien me informó que ha realizado muchos

trabajos sobre privación sensorial, utilizando versiones perfeccionadas de las técnicas de John Lilly. Interesantes resultados visionarios… pero no tuve tiempo para escuchar los detalles.

Tienes razón en lo que concierne a la improductividad del enfoque «científico». Esos idiotas quieren ser pavlovianos y no etólogos lorenzianos. Pavlov nunca vio un animal en su estado natural: sólo en condiciones de mal trato. Los chicos «científicos» de la LSD proceden de la misma manera con sus sujetos. No es extraño que den testimonio de psicosis.

Tuyo,

AL DOCTOR TIMOTHY LEARY [SMITH 861]

The Plaza,
Fifth Avenue y 59th Street, Nueva York
13 de abril de 1961

Estimado Tim:

La próxima vez que estés en Nueva York, ve a visitar la exposición de Max Ernst en el Museo de Arte Moderno. Algunos de los cuadros son ejemplos maravillosos del mundo tal como se lo

divisa desde la atalaya de la LSD o los hongos. Ernst ve con ojos de visionario y además es un artista de primera, capaz de expresar lo que ve en cuadros tan fieles como los que más a la realidad visionaria. Quizá sería interesante ponerse en contacto con él, averiguar cuál es su estado normal, y suministrarle luego hongos o LSD e invitarlo a comparar sus experiencias normales con las inducidas por la droga. Su combinación de idiosincrasia psicológica y descomunal talento lo convierte en un caso de singular valor.

Tuyo,
Aldous

Capítulo 32

1961
Entrevista en Londres

ALDOUS HUXLEY

Durante un verano que pasó en Londres, Huxley concedió a John Chandos su entrevista más extensa

(abarcó dos tardes íntegras). El libro de Bedford reproduce algunos fragmentos, incluidos los siguientes extractos que giran en torno de las drogas psicodélicas.

—¿Cuántas veces ha ingerido mescalina?

—He ingerido mescalina dos veces, y LSD aproximadamente cinco veces, supongo[55].

—¿El efecto es el mismo en todas las personas?

—Varía. En general, no. Estadísticamente, más o menos el setenta por ciento obtienen un resultado

agradable, positivo y dichoso; otro porcentaje no obtiene ningún resultado; y otro porcentaje obtiene resultados muy desagradables e infernales. Estas últimas personas se asustan mucho.

—*¿Y cuáles fueron los suyos?*

—Los míos siempre fueron positivos…

—*¿Cuánto dura el efecto?*

—Ocho horas.

—*¿Durante este lapso, uno se limita a quedarse sentado, o se mueve de un lado a otro?*

—Uno se mueve si lo desea… Se pasa mucho tiempo sentado en silencio, mirando las cosas… captando algunas de esas extrañas percepciones

metafísicas del mundo…

—*¿Es una droga que crea hábito?*

—No, no, categóricamente no… La mayoría de las personas que conozco no han experimentado ningún deseo especial de continuar consumiéndola. Les gustaría ingerirla cada seis meses o una vez por año o algo parecido…

—*¿No se trata de una condición en la que uno desea encontrarse, o seguir encontrándose?*

—No se podría permanecer constantemente en ella… El mundo se convierte en algo tan extraordinario y tan absorbente que no se puede cruzar la calle sin un riesgo considerable de ser embestido…

—*Pero si esta visión es tan valiosa, ¿uno no desea prolongarla...?*

—Bueno, a mí me gustaría ingerirla más o menos una vez por año. La mayoría de las personas… que la han ingerido no desean, digamos, entretenerse constantemente con ella… Es algo que uno toma muy en serio, tan en serio que no puede adoptar semejante comportamiento irresponsable. Es algo en lo que nadie quiere regodearse.

—*¿Sería regodearse, cuando lo que hace es abrir las puertas de una vida...?*

—Bueno, se necesita bastante tiempo para digerir esto, según creo…

Capítulo 33

1961 La experiencia visionaria

ALDOUS HUXLEY

La siguiente disertación, pronunciada ante un congreso internacional de

psicólogos, es quizá la más sistemática de las muchas conferencias que Huxley dictó sobre este tema. La pregunta «¿Por qué son preciosas las piedras preciosas?» llegó a funcionar como un koan *Zen cada vez que disertaba sobre este tema. Aborda los métodos de acceso al Mundo Visionario, las características de la experiencia, y el valor que reviste en la religión, el folklore y las artes. Sus comentarios sobre el acceso químico incluyen ahora una referencia a la síntesis reciente de la psilocibina.*

Señor presidente, damas y caballeros, el

hecho de encontrarme aquí entre un grupo de científicos distinguidos me inspira algunas dudas. Sin embargo, me consuela pensar que las personas de mi profesión se ocupaban de la psicología tres o cuatro mil años antes de que se inventara vuestra profesión. Por supuesto, habéis sistematizado lo que las personas del campo literario veían de una manera bastante vaga e intuitiva y espasmódica, y por supuesto nosotros a la vez podemos aprender mucho de vosotros.

La excusa que tengo para estar aquí se puede resumir, realmente, en la frase de Alexander Pope: «los necios se precipitan allí donde los ángeles temen

pisar». Me parece muy importante que, entre tantos ángeles académicos que desde luego están totalmente inhibidos por su entorno, por sus intereses creados de tipo intelectual, por sus títulos doctorales, irrumpa de cuando en cuando un literato necio que no se siente inhibido por ninguno de estos factores y que echa a deambular por este inmenso campo y que no teme hacer papelones ni colocarse en aprietos académicos. Creo que aunque el literato no puede aportar nada de concreto interés científico, puede revestir sin embargo algún valor en la medida en que explora áreas de este universo fantástico de la mente humana, áreas en las que el psicólogo

académico más cauto no penetra porque lo ponen un poco nervioso. Y tras esta breve introducción, permitidme pasar al tema fascinante de la Experiencia Visionaria.

¿POR QUÉ SON PRECIOSAS LAS PIEDRAS PRECIOSAS?

Bueno, empezaré por formular una de esas preguntas que los niños formulan a sus padres y que los dejan completamente desconcertados, una pregunta similar a «¿Por qué la hierba es verde?». La pregunta es: «¿Por qué son preciosas las piedras preciosas?». Es algo muy peculiar, si os detenéis a pensarlo: ¿Por qué los seres humanos

han invertido una cantidad inmensa de tiempo, energía y dinero en coleccionar guijarros de colores? Esta actividad no tiene un valor económico concebible y los guijarros son bastante bonitos a su manera, pero parece muy extraño que esta cantidad colosal de energía se haya consagrado a la recolección de piedras preciosas, y también que hayan cobrado vida una mitología y un folklore tan desmesurados como los que han surgido y se han cristalizado en torno de las piedras preciosas.

¿Por qué las piedras preciosas han sido consideradas siempre extraordinariamente preciosas? Bueno, el destacado filósofo norteamericano

George Santayana formuló esta misma pregunta hace unos cincuenta años, y llegó a la siguiente conclusión. Explicó, según creo, que son preciosas porque, entre todos los objetos de este mundo de transitoriedad, de este mundo de perpetua extinción, parecen ser lo más próximo a la perdurabilidad absoluta. Nos dan, por así decir, una especie de imagen visible de la eternidad o la inmutabilidad. Bueno, pienso que esta explicación tiene algo de cierto, pero no creo que encierre la respuesta cabal a nuestro interrogante. Es importante porque parece remontarse a algún profundo factor psicológico de la mente, pero creo que no se remonta

suficientemente atrás. Creo que no se remonta al factor psicológico más importante, que es el que determina la preciosidad de las piedras preciosas. Y aquí citaré a otro filósofo de la antigüedad, Plotino, el gran neoplatónico, que dice, en un pasaje muy interesante y hondamente significativo: «En el mundo inteligible, que es el mundo de las ideas platónicas, todo brilla; por consiguiente, lo más bello de nuestro mundo es el fuego».

Esta observación es significativa en varios niveles. Primeramente, me interesa profundamente porque demuestra que una gran estructura metafísica, la estructura platónica y

neoplatónica, estaba erigida esencialmente sobre una experiencia cuasisensorial. El mundo de las Ideas brilla, es un mundo visible, y este dato curioso de que es posible ver realmente el mundo ideal también se puede descubrir en el mismo Platón. En el *Fedón*, Sócrates habla del mundo póstumo al que van los hombres buenos después de muertos, y es un poco difícil deducir del diálogo mismo si éste es simplemente un mundo paradisíaco, o si también es en cierto sentido el mundo de las Ideas. Pero de todas maneras, lo que Sócrates dice acerca de este mundo —que él denomina la otra tierra— es nuevamente que en esta otra tierra todo

brilla, que incluso las piedras del camino y de las montañas tienen la cualidad de las piedras preciosas; y termina afirmando que las piedras preciosas de nuestra tierra, nuestras muy valoradas esmeraldas, nuestros rubíes, y así sucesivamente, no son más que fragmentos infinitesimales de las piedras que se ven en esta otra tierra; y esta otra tierra, donde todo es más refulgente y más claro y más real que en nuestro mundo, es, agrega, una visión de los bienaventurados. Bueno, aquí tenemos nuevamente otra indicación de que una gran idea metafísica, la Idea platónica, el sistema platónico de un mundo ideal, también se basa sobre un mundo de

visión. Es una visión de bienaventurados, y creo que ahora empezamos a descubrir por qué las piedras preciosas son preciosas: lo son porque nos recuerdan de alguna manera algo que ya está en nuestras mentes. Nos recuerdan este mundo paradisíaco, más-que-real, que algunas personas a veces vislumbran conscientemente, y del que creo que la mayoría de las personas han tenido ligeros atisbos, y del que todos tenemos conciencia, de alguna manera oscura, en un plano inconsciente. Y como dice Plotino, es en razón de la existencia de este otro mundo luminoso, que el elemento más bello de la tierra es el fuego.

Ahora bien, es interesante que digamos que los diamantes tienen fuego, que los diamantes más preciosos y valiosos sean aquellos que tienen más fuego, y que todo el arte de la talla de diamantes sea por supuesto el arte de hacerlos lo más brillantes posible y de hacerles exhibir la mayor magnitud de fuego interior. Y en verdad se puede afirmar que todas las piedras preciosas son en cierto sentido fuego cristalizado. Es muy significativo, en este contexto, lo que hallamos en el Libro de Ezequiel, que al describir el Jardín del Edén explica que está lleno de piedras de fuego, que son sencillamente piedras preciosas. Vemos pues, creo que

patentemente, que la razón por la cual las piedras preciosas son preciosas es precisamente ésta, a saber, que nos recuerdan este extraño otro mundo situado en el fondo de nuestra mente, al cual algunas personas pueden ganar acceso, y al cual a algunas otras personas se les concede acceso espontáneo.

ACCESO AL MUNDO VISIONARIO

Acceso espontáneo Permitid que antes de empezar a hablar sobre la verdadera naturaleza del mundo visionario interior, diga algo acerca de los medios de acceso a ese mundo. Algunas personas entran en él espontáneamente: parecen

estar en condiciones de oscilar sin ninguna dificultad entre el mundo visionario y el mundo cotidiano, biológicamente útil, de nuestra experiencia ordinaria. Hay personas, por ejemplo, como William Blake, que se desplazan constantemente entre los dos mundos. En su edad intermedia, Blake pasó por un período en el que no pudo visitar el mundo visionario. No lo vio durante aproximadamente veinte años. En su juventud acostumbraba a verlo, y después nuevamente en su vejez pudo entrar libremente en él. Y creo que tenemos abundantes casos de poetas y artistas que han ido y venido de un mundo al otro. Hay muy hermosas y

detalladas descripciones del mundo visionario concedido al poeta irlandés George Russell —que escribía con el seudónimo A. E.— en las cuales narra sus propias entradas y salidas de ese mundo luminoso encerrado en la mente.

Hay otros casos espontáneos en virtud de los cuales unos pocos privilegiados pueden visitar el otro mundo y volver sanos y salvos. Creo que también podemos decir que muchos niños —ignoro la proporción y me parece que esto nunca se ha investigado sistemáticamente— muchos niños, repito, disfrutan de la capacidad de vivir en una especie de mundo visionario. Ven tanto dentro como fuera

de este mundo luminoso transfigurado. Se trata, por supuesto, del mundo que describió Wordsworth en su famosa *Ode on the Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood*. Creo que muchísimos niños experimentan precisamente el tipo de sugerencias de inmortalidad que describió Wordsworth. Después, a su debido tiempo, a medida que los someten a nuestro sistema de educación analítica y conceptual, pierden la capacidad de ver este otro mundo que, para decirlo con las palabras de Wordsworth, gradualmente «se desvanece en la luz del día común». Tras haber vivido en un mundo que tenía «el deleite y la frescura de un sueño»,

regresan a este mundo bastante tedioso, bastante miserable, en el cual la mayoría de nosotros pasamos nuestra existencia. Diría, al pasar, que uno de los problemas capitales de la educación consiste en encontrar la forma de ayudar a los niños a sacar el mayor provecho de ambos mundos. ¿Cómo ayudarlos a sacar el mayor provecho del mundo de la experiencia primaria (y de esta prolongación de la experiencia primaria: la experiencia visionaria), al mismo tiempo que los ayudamos a sacar el mayor provecho del mundo del lenguaje y el mayor provecho del mundo de los conceptos y las ideas generales? Actualmente nuestro sistema de

educación casi parece garantizar que al mismo tiempo que les enseñamos a utilizar las palabras y los conceptos, arrasamos ese otro mundo de belleza y realidad más sublime en el que viven tantos niños.

Estos son dos casos de conciencia espontánea del otro mundo, del mundo visionario. Otras personas dotadas de esta conciencia son las incluidas en la categoría de los moribundos. Los lectores de Tolstoi recordarán que en aquella extraordinaria historia titulada *La muerte de Iván Ilitch*, al llegar al fin de sus inenarrables padecimientos e infortunios, este desdichado siente que lo meten dentro de un saco negro, cada

vez a mayor profundidad, y repentinamente, pocas horas antes de morir, descubre que el fondo del saco está abierto y en su extremo hay una luz

Esta no es sólo una invención literaria. En los últimos meses, el doctor Karlis Osis[56], de la Fundación Parapsicológica de Nueva York, ha enviado cuestionarios a muchos médicos y enfermeras, pidiéndoles que suministren testimonios sobre el estado de ánimo de los pacientes en el lecho de muerte. Lo interesante es que ha recibido, según creo, unas ochocientas respuestas de médicos y enfermeras que informan que los pacientes situados al borde de la muerte tenían,

espontáneamente, estas tremendas experiencias visionarias de luz, de figuras luminosas. Es muy interesante descubrir que este fenómeno, que ha sido descrito, por supuesto, en la literatura de antaño, cuenta ahora con una confirmación estadística. Esta es una de las actividades más fascinantes que desarrollan actualmente los psicólogos profesionales. Ratifican, mediante cuestionarios y en el laboratorio, toda clase de datos que se conocían instintivamente y por observación, y que habían sido documentados informalmente en el pasado por literatos y filósofos.

Bueno, como he dicho, esto

representa una tercera categoría de casos espontáneos. Ahora pasaremos a los inducidos.

Acceso inducido. El hecho de que la experiencia visionaria haya sido siempre muy valorada, en todos los tiempos y lugares, significa que en todas las épocas y en todas las culturas se han realizado esfuerzos sistemáticos para inducirla.

La experiencia se puede inducir en diversas formas. Pasemos revista rápidamente a unas pocas de ellas.

Un método es la hipnosis. Bajo los efectos de la hipnosis profunda cierta cantidad de personas (no muchas, pero

he visto unas pocas) entran patentemente en ese mundo y describen hechos muy extraños e interesantes: ven figuras, ven paisajes luminosos, y así sucesivamente. Estos no son fenómenos muy comunes, pero es interesante saber que existe un determinado número de personas a las que se puede transportar a ese otro mundo mediante la hipnosis.

Hay otros métodos psicológicos para ingresar en el otro mundo, y uno de los más conocidos en Oriente es desde luego el de la concentración en un punto, el tradicional método yoga que consiste en excluir todo menos un punto específico en el que se concentra la atención. Parece que en muchos casos

esto culmina en la ruptura de la barrera que rodea nuestro mundo consciente común, cotidiano, biológicamente utilitario, y en la irrupción en otra forma de conciencia, la forma visionaria. También existe otro método que ha sido practicado, claro está, en todas las grandes tradiciones religiosas, el método de lo que ahora llamamos privación sensorial, o entorno limitado. Una vez más es muy interesante comprobar que los psicólogos profesionales repiten, en el laboratorio, lo que los ermitaños y santos que vivían en cuevas de las montañas o en el desierto hacían por razones metafísicas y religiosas. Es harto extraordinario que

cuando limitamos el número de estímulos exteriores o los suprimimos por completo, tal como se puede hacer con cierta dificultad, al cabo de un lapso relativamente breve la mente empiece a generar tremendas experiencias visionarias. En la historia nos encontramos con figuras tales como San Antonio y los monjes de la Tebaida en el siglo IV y en el desierto de Egipto, y volvemos a encontrarnos con los ermitaños del Himalaya, los anacoretas tibetanos e hindúes que viven completamente aislados en las cuevas. Por ejemplo, si leéis la vida de Milarepa, el gran eremita tibetano, o si leéis las vidas de San Antonio y San

Pablo, los anacoretas de la tradición cristiana, veréis que este aislamiento producía en verdad experiencias visionarias. Y, como digo, es interesante observar que estudiosos contemporáneos como D. O. Hebb de McGill, en Canadá; o mi amigo el doctor John Lilly, del Instituto Nacional de la Salud de Washington, confirman estos hechos. Probablemente Lilly ha llegado más lejos que todos los demás a la hora de crear un entorno limitado. Se sumerge en una bañera a una temperatura de treinta y seis grados centígrados, se hace sujetar mediante un arnés que lo inmoviliza casi por completo, respira sólo a través de una máscara de buceo

para que incluso su rostro esté cubierto por el agua y no haya diferenciación de sensaciones en ninguna parte de su cuerpo, y al cabo de tres o cuatro horas tiene prodigiosas experiencias visionarias. Lo interesante es que la mayoría de estas visiones, como las de San Antonio, son extraordinariamente desagradables, y yo le he pedido al doctor Lilly que me describa estas experiencias pero él nunca ha querido decirme cómo eran, exactamente. Sólo que eran en verdad muy, pero muy desagradables. Como todo el que haya visitado una galería de arte bien lo sabe, San Antonio también estaba sujeto a experiencias tremendamente chocantes,

pero es evidente que de cuando en cuando tenía auténticas experiencias místicas y divinas. También es interesante comprobar que en todas las tradiciones religiosas, los desiertos y los lugares donde existe un mínimo de estímulo sensorial siempre han sido abordados con criterio ambivalente: en primer término como lugares donde Dios está más próximo, y en segundo término como lugares donde abundan los demonios. Por ejemplo, en el Nuevo Testamento encontramos que los demonios que Jesús echó fuera se internaron en el desierto porque este era el lugar natural, el hábitat, de los diablos. Pero a la vez, los anacoretas

que vivían en los desiertos en el siglo IV explicaban que se iban allí porque no hay ningún otro lugar donde uno pueda estar tan cerca de Dios. Como digo, es extraordinariamente interesante descubrir que estas antiguas prácticas religiosas pueden ser y han sido confirmadas en el laboratorio de los psicólogos modernos.

Un método adicional para ingresar en el otro mundo es el de la respiración rítmica. Por supuesto, los ejercicios respiratorios fueron perfeccionados de manera más sistemática en la India, y encontramos rastros de ellos en la tradición occidental —sobre todo en la de la Iglesia Ortodoxa Griega, en cuyo

seno era evidente que se empleaban algunos métodos de respiración— e incluso entre místicos individuales de Occidente. Pienso en el padre Surin, el jesuita francés del siglo XVII, que se refirió a las diferentes formas de respirar, aunque no las describió con exactitud. El elemento significativo de la respiración consiste en que creo que es lícito decir que todos estos refinados ejercicios tienden a culminar en suspensiones prolongadas de la respiración. Una suspensión prolongada de la respiración implica necesariamente una mayor concentración de anhídrido carbónico en la sangre. Una vez más, es harto sabido que las

altas concentraciones de anhídrido carbónico generan en la mente experiencias visionarias muy llamativas y asombrosas, de modo que verificamos aquí, empíricamente, que individuos adscriptos a todas las tradiciones religiosas del pasado recurrían a métodos para cambiar la química del organismo en condiciones apropiadas para facilitar experiencias visionarias. Esta también es la razón fisiológica, no la metafísica o la ética, que explica prácticas como la del ayuno.

El ayuno se ha empleado en casi todas las tradiciones culturales, con el fin, entre otros, de inducir visiones. Por ejemplo, en una primitiva sociedad india

americana formaba parte, regularmente, de la iniciación de los jóvenes adolescentes. Estos se internaban en el bosque o en la pradera y ayunaban hasta tener una visión del dios que buscaban, y a su debido tiempo siempre la tenían. Claro está que los métodos de ayuno se han utilizado en todas las tradiciones religiosas. El vasto estudio de Keys titulado *The Biology of Human Starvation*[57] confirma los efectos psicológicos del ayuno. Dicho estudio describe detalladamente lo que ocurre después de un largo período de privación de alimentos, y entre otros fenómenos que se producen se cuentan las experiencias visionarias. Sabemos

igualmente que la insuficiencia de vitaminas así como la simple insuficiencia de calorías generan también profundos cambios psicológicos. Estos se manifiestan, por ejemplo, en la pelagra y el beriberi. También en este caso es interesante echar una mirada retrospectiva, con los conocimientos que ahora tenemos, y analizar por qué un período como la Edad Media probablemente era mucho más fecundo en visiones que un período de la época actual. La explicación consiste sencillamente en que nosotros estamos saturados de vitaminas y ellos no lo estaban. Después de todo, cada invierno de la Edad Media abarcaba un

período de avitaminosis extrema: la pelagra y otras enfermedades deficitarias eran muy comunes. Al final de un largo período de ayuno involuntario caían los cuarenta días de Cuaresma, durante los cuales el ayuno voluntario se superponía al involuntario, de modo que cuando llegaba la Pascua la mente estaba preparada para cualquier tipo de visión. Creo que no hay ninguna duda de que esta es una de las razones por las cuales las experiencias visionarias espontáneas son mucho menos frecuentes ahora que antes: el factor es sencillamente dietético. En el pasado, en una civilización más primitiva, la dieta

bastante deficiente tendía a facilitar cierto tipo de experiencias visionarias, en tanto que ahora nuestra dieta muy completa tiende a bloquearlas.

Entre los métodos utilizados para transportar la mente al otro mundo se contaba la privación de sueño. Esto lo hallaréis en todas las tradiciones religiosas: se reduce el sueño y la mente queda abierta y madura para la experiencia visionaria. También en este caso es interesante observar que el psicólogo profesional confirma los descubrimientos de antaño. Hace un año o dos, mi amigo el doctor J. West tuvo oportunidad de supervisar el período de insomnio de un hombre que trabajaba

como *disc jockey* en una estación de radio norteamericana. Para ganar una apuesta, resolvió pasar sin dormir no recuerdo cuántos días: diez o doce. El doctor West controló la prueba y me contó que fue muy interesante verificar cómo, al cabo de unos siete u ocho días, este hombre vivía en un mundo totalmente visionario en el que irrumpía todo tipo de visiones extrañas, algunas de ellas horribles y otras bastante hermosas. Así que en este caso volvemos a encontrar una confirmación interesante, en el laboratorio moderno, de antiguos hallazgos empíricos.

Incluso el hábito medieval de la austeridad o de los castigos

autoimpuestos también era probablemente muy idóneo para producir visiones. La autoflagelación, por ejemplo: si analizáis cuáles eran los efectos de este tipo de actos, resulta muy claro que todos favorecían las experiencias visionarias. En primer término liberaban grandes dosis de adrenalina y grandes dosis de histamina, dos substancias que ejercen una influencia muy extraña sobre la mente, y además en la Edad Media, cuando no existían jabones ni antisépticos, cualquier herida que pudiera infectarse se infectaba, y los productos de descomposición de las proteínas ingresaban en el torrente sanguíneo.

También sabemos que estas otras substancias surten igualmente efectos psicológicos muy extraños e interesantes. Para confirmarlo, es muy curioso leer el comentario que formuló el gran Curé d'Ars francés del siglo XIX (ahora canonizado con el nombre de Saint Jean Vianney), a quien su obispo le prohibió someterse a estas formas extremadamente severas de austeridad, a las autoflagelaciones que practicaba desde joven. «Cuando me permitían hacer lo que quería con mi cuerpo, Dios no me negaba nada», dijo nostálgicamente. Este es un aserto psicológico muy interesante. Obviamente hay reacciones psicológicas

en el plano bioquímico que, asociadas con este tipo de automartirio, tienden a producir visiones.

Acceso químico. Pasemos ahora a una categoría final de procedimientos que producen visiones, los cuales están relacionados con la ingestión de diversas substancias químicas. Tal como el antropólogo francés Philippe de Félice demostró hace unos veinte años en su libro *Poisons Sacrés, Ivresses Divines*[58], virtualmente en todas las tradiciones religiosas, tanto civilizadas como primitivas, se ha recurrido a drogas modificadoras de la mente con el

fin de inducir experiencias visionarias. Para ello se han empleado toda clase de substancias químicas. Supongo que la más antigua de la que existen testimonios es el soma de la India. Creo que nadie sabe qué planta era el soma. Se la ha identificado como la *Asclepias* o vencetósigo, pero la descripción que figura en el texto sagrado no parece coincidir con la del vencetósigo. Del texto sagrado se deduce que era una planta rastrera que los arios que invadieron la India en el año 1000 a.J.C. trajeron consigo de Asia Central, y a medida que se internaban en la India era cada vez más difícil conseguirla. Philippe de Félice sustenta una hipótesis

muy interesante acerca del desarrollo del yoga (que evidentemente se produjo aproximadamente en aquella época, aunque pudo haberse iniciado antes entre la población prearia de la India). Es posible que los invasores arios se hayan visto obligados a apropiarse del yoga porque no podían conseguir provisiones de soma. O sea que, como no podían inducir visiones por medios bioquímicos, no les quedó otra alternativa que recurrir a ejercicios puramente psicológicos y respiratorios para llegar a la misma meta. Se trata de una hipótesis interesante que puede ser cierta. Además, entre las otras substancias, que desde luego habían sido

empleadas en el pasado, se cuentan drogas modificadoras de la mente extraordinariamente peligrosas, como el opio y la coca, de la cual se extrae la cocaína, y drogas relativamente peligrosas como el hachís… y, al fin y al cabo, nuestro querido y viejo amigo el alcohol, que fue utilizado por los griegos, más tarde por los persas, y que los celtas usaron en Europa como droga modificadora de la mente y veneraron como dios. Qué interesante: la substancia que produce el cambio de la mente es considerada divina y después es hipostatizada como una persona proyectada al universo exterior en condición de persona divina. El mismo

fenómeno lo encontramos en América Central, donde recientemente los arqueólogos han excavado en las tierras altas de Guatemala una multitud de estatuillas de piedra que representan hongos de cuyo tallo emerge la cabeza de un dios. Es muy significativo que este hongo modificador de la mente que, como veremos enseguida, ha ingresado ahora en la vida europea, haya sido hipostatizado concretamente como deidad.

El acceso mediante hongos. Entre las drogas modificadoras de la mente más inofensivas que utilizaban los pueblos en sus antiguos ritos religiosos se

cuentan el peyote, el cacto mexicano, que se emplea en los estados del sudoeste de los Estados Unidos y en extensos territorios de México; el banisterio [*Bannisteriopsis caapi*] de América del Sur; y ahora, por supuesto, el hongo mexicano.

En los tiempos modernos la farmacología ha producido, en parte mediante métodos de extracción más refinados y en parte mediante métodos de síntesis, una serie de drogas modificadoras de la mente dotadas de extraordinario poder, pero notables por el hecho de que tienen pocos efectos nocivos para el organismo. Entre las drogas naturales, el peyote está casi

desprovisto de efectos perniciosos: no produce adicción, y los indios de 80 años no ingieren más droga que la que ingerían cuando eran jóvenes, ni experimentan ningún deseo de ingerirla más de una vez por mes o cada seis semanas, cuando se celebran los ritos religiosos. El extracto de peyote, que es su principio activo y que actualmente se sintetiza en forma de mescalina, tiene las mismas cualidades. Entre los aportes más recientes al arsenal de los farmacólogos, o psicofarmacólogos, se cuentan la LSD-25 (dietilamida del ácido lisérgico), que fue sintetizada en 1943 por el doctor Albert Hofmann de Basilea, y otra droga aún más reciente,

la psilocibina (de la que espero que esta noche nos hable el doctor Leary), que fue sintetizada hace no más de dos o tres años, según creo, por el mismo doctor Hofmann, quien empezó por extraer los principios activos del hongo mexicano que el profesor Heim había traído de su expedición a México, hecha en compañía del señor Gordon Wasson[59]. Hace poco tiempo, tuve la interesante experiencia de leer una carta que el profesor Heim había enviado a mi hermano y que decía: «Acabo de regresar de México y mi gran triunfo consistió en llevar conmigo varias cápsulas de psilocibina de Hofmann y en darle una dosis a la vieja —la

curandera[60], la hechicera— con la que habíamos hecho originariamente nuestros experimentos con hongos, y ella quedó encantada porque los efectos fueron exactamente los mismos de los hongos, y dijo: "¡Ahora podré practicar mi magia durante todo el año, sin tener que esperar la estación de los hongos!"». Así que este es quizás uno de los grandes triunfos de la ciencia moderna, a saber, que tal vez uno de estos días el profesor Hofmann de Basilea recibirá un telegrama con el siguiente texto: «Ruégole enviar por avión cien cápsulas al sur de México, debo ejecutar hechizo muy importante semana próxima»… y las cápsulas serán

enviadas y el hechizo será ejecutado.

Estos métodos bioquímicos son, supongo, los más poderosos y seguros, por así decir, entre todos los que existen actualmente para transportarnos a ese otro mundo. Creo que existe aquí, como lo señalará esta noche el profesor Leary, un campo muy vasto de experimentación sistemática para los psicólogos, porque ahora es posible explorar áreas de la mente con un coste mínimo para el organismo, áreas a las que antes era casi imposible llegar, excepto mediante el uso de drogas extraordinariamente peligrosas o mediante la búsqueda de las personas bastante escasas que pueden ingresar espontáneamente en ese

otro mundo. (Por supuesto, a estas les resulta muy difícil ingresar allí a voluntad «el Espíritu sopla donde se le antoja» y nunca podemos estar seguros de que las personas agraciadas con el don de la experiencia visionaria lograrán movilizarlo a pedido). Merced a drogas como la psilocibina, a la mayoría de las personas les resulta posible ingresar en ese otro mundo con muy pocas dificultades y casi sin ningún daño para su organismo.

LA NATURALEZA DE LA EXPERIENCIA VISIONARIA

Una vez discutidos los medios de acceso al mundo de la experiencia visionaria,

permitidme hablar de la naturaleza de dicho mundo. ¿Cuál es la naturaleza de la experiencia visionaria?

Luz. Creo que el elemento más común en todas estas experiencias es la luz. Puede haber una luz negativa, mala, y una luz buena. En *Paradise Lost*, Milton habla de la iluminación del infierno que, según dice, es la oscuridad visible. Opino que esta es probablemente una excelente descripción psicológica del tipo de luz siniestra que a veces ven los visionarios, y es una luz que creo que ven muchos esquizofrénicos. En el volumen de la doctora Séchehaye,

Journal d'une Schizophrène[61], su paciente describe precisamente esta luz espantosa en la cual vive: es una especie de luz infernal, semejante al resplandor que hay dentro de una fábrica, al horrible fulgor de la iluminación eléctrica moderna reflejada sobre las máquinas. Pero por otro lado, quienes viven una experiencia positiva afirman que esta luz es increíblemente bella y significativa.

Creo que la experiencia luminosa positiva se puede dividir en dos categorías principales. Está la experiencia de la que podríamos llamar luz indiferenciada, experiencia sólo de luz, de luz que lo inunda todo. Y está la

experiencia de la luz diferenciada, o sea, de objetos, de personas, de paisajes que parecen estar impregnados por su propia luz y ser resplandecientes.

Creo que en general se puede decir que la experiencia de la luz indiferenciada tiende a estar asociada con la experiencia mística en gran escala. La experiencia mística, a mi juicio, se puede definir en términos bastante sencillos como la experiencia en la cual se trasciende la relación sujeto-objeto, en la cual existe un sentimiento de total solidaridad del sujeto con los otros seres humanos y con el universo en general. También existe un sentimiento de lo que podríamos

denominar la Perfección última del universo, de que a pesar del dolor, a pesar de la muerte, a pesar de todos los horrores que nos rodean, este universo se encuentra de alguna manera en perfectas condiciones, y así se entienden cabalmente frases como las que hallamos, por ejemplo, en el Libro de Job, frases que ciertamente no podríamos comprender en nuestro estado corriente. Cuando Job dice: «Sí, aunque Él me mate, igualmente confiaré en Él», no lo entenderíamos en nuestro plano biológico común, y sin embargo la frase se torna perfectamente inteligible en el plano místico, incluso en el plano del misticismo inducido.

En la experiencia mística hay otro rasgo psicológico muy característico: la sensación de intensa gratitud, de intensa gratitud por el hecho de estar vivos en un universo tan extraordinario como este, tan globalmente maravilloso. Aquí volvemos a encontrar en la literatura mística frases que son totalmente incomprensibles en el plano biológico corriente, cotidiano, pero que se tornan totalmente comprensibles en el plano visionario y místico. Por ejemplo, tenemos la frase de William Blake: «La gratitud es el Cielo mismo». ¿Qué significa esto? Es muy difícil imaginarlo en nuestro estado de ánimo ordinario, pero resulta perfectamente claro en la

condición mística inducida o espontánea: la gratitud *es* el Cielo mismo, la gratitud es vehemente, y la experiencia concreta de la gratitud tiene una naturaleza estimulante y regocijante que no se puede expresar en palabras.

Por supuesto, la literatura religiosa describe una y otra vez la experiencia de la luz. Al fin y al cabo los casos más célebres los encontraremos a cada paso en la literatura: la luz que vio San Pablo en el camino a Damasco; el tremendo estallido de luz que arrancó a Mahoma de su sueño y lo desmayó con su intensidad; la experiencia de luz colosal por la que Plotino contó haber pasado tres o cuatro veces en su vida. Y que no

se nos ocurra imaginar que estas experiencias de luz se hallan circunscritas sólo a hombres y mujeres notables y sobresalientes. No es así. Muchas personas del montón las han tenido, y uno de los grandes méritos del último libro del profesor Raynor C. Johnson, el libro titulado *Watcher on the Hills*[62], consiste en que reúne muchas historias clínicas de personas muy corrientes que tuvieron esta experiencia de luz indiferenciada. Permitidme citar un párrafo de una carta que he recibido recientemente de una corresponsal desconocida, una mujer sesentona que me escribió para contarme que en su época de estudiante tuvo una experiencia

que la afectó durante toda su vida: «Yo tenía 15 o 16 años. Estaba en la cocina tostando pan para la hora del té y de pronto, en una oscura tarde de noviembre, todo el recinto se inundó de luz, y durante un minuto medido por reloj estuve sumergida en ella, y tuve la sensación inefable de que el universo estaba en perfectas condiciones. Esto me afectó durante el resto de mi vida: le he perdido el miedo a la muerte, siento pasión por la luz pero no le temo en absoluto a la muerte, porque esta experiencia luminosa me ha inculcado una especie de convicción de que de alguna manera todo *está* en perfectas condiciones».

Estas experiencias son relativamente comunes y las tienen muchas más personas que las que confiesan tenerlas. Quiero decir que vivimos en una época en que a la gente no le gusta hablar de estas experiencias. Si las tenéis, os calláis la boca por temor a que os digan que consultéis a un psicoanalista. Antaño, cuando se pensaba que las visiones eran loables, las personas hablaban de ellas. Por supuesto, corrían un riesgo considerable, porque en el pasado se consideraba que la mayoría de las visiones habían sido inspiradas por el demonio, pero si teníais la suerte de convencer a vuestros conciudadanos de que vuestras visiones eran de origen

divino, os hacíais acreedores a un gran respeto. En cambio ahora, como digo, la situación se ha modificado, y a la gente no le gusta hablar de estos temas. Creo que en ello reside el mérito de la investigación reciente del profesor Maslow sobre las que él denomina experiencias culminantes[63]. Maslow está reuniendo una multitud de casos de este tipo, y les asegura a sus alumnos que no los considerará locos si le suministran testimonios de estas experiencias. Dice que es sorprendente la cantidad de alumnos que confiesan haberlas tenido.

Terminemos ya con la luz indiferenciada, pero antes dejadme

destacar aquí un hecho interesante. Creo que se puede decir que en todas las religiones, tanto primitivas como desarrolladas, la luz es una especie de símbolo divino predominante, pero lo interesante es que este símbolo se funda sobre un hecho psicológico, que la luz interior, el esclarecimiento, la luz clara en el vacío a la que se refiere la literatura budista, son todos símbolos. Pero también son hechos psicológicos. Así como los grandes sistemas metafísicos, me parece, provienen en muchos casos de experiencias psicológicas, así también vemos que estos grandes símbolos primarios de la vida religiosa se originan en

experiencias psicológicas. Esta experiencia cuasi sensorial de luz es algo que ha pasado por muchas religiones —creo que se podría decir por todas—, y se ha convertido, repito, en el símbolo primario.

Ahora pasamos de la luz indiferenciada a la luz diferenciada, o sea a la luz contenida en objetos, que se irradia de las cosas y las personas. Bueno, en su nivel más simple esta es una especie de geometría luminosa viviente. En ello hay algo bastante interesante. Creo que podemos volver a decir que determinados símbolos se fundan sobre hechos psicológicos. Por ejemplo, los mandalas de la India, que

tanto entusiasmaban al difunto doctor Jung, también descansan, según creo, sobre hechos psicológicos. En las que se podrían denominar etapas iniciales de la experiencia visionaria, las personas ven con los ojos cerrados elementos exactamente iguales a los mandalas. Estas grandes estructuras simbólicas se fundan nuevamente sobre experiencias psicológicas inmediatas.

Traspuesta esta frontera hay, desde luego, toda clase de experiencias visionarias más realistas, más naturalistas: experiencias de arquitecturas, de paisajes, de figuras. Es interesante comprobar que en los testimonios personales de experiencias

visionarias encontramos una y otra vez los mismos elementos que describe, por ejemplo, el libro de Heinrich Klüver sobre el peyote, donde el autor resume la mayor parte del material publicado hasta la fecha en que lo publicó[64]. Tropezamos reiteradamente con esta descripción de paisajes luminosos y de arquitecturas tachonadas de gemas. Las puertas y ventanas están rodeadas de gemas, todo el mundo del paisaje está poblado por lo que Ezequiel llama piedras de fuego. Por supuesto, estas descripciones son muy semejantes a todas las de paraísos, mundos póstumos y países de hadas que figuran en todas las tradiciones del mundo. Luego nos

ocuparemos con más detenimiento de este tema, pero creo importante señalar que aquí volvemos a tener la base psicológica de muchos materiales que se encuentran en la literatura tradicional de la religión y el folklore.

Figuras visionarias. Ahora llegamos a las figuras visionarias. Estas también aparecen, y aquí nos encontramos nuevamente con un elemento muy curioso e interesante que ha sido documentado una y otra vez en la literatura de las experiencias espontáneas y las experiencias inducidas, a saber, que cuando se ve una figura, esta casi nunca tiene facciones

reconocibles. No aparecen padres y madres y esposas e hijos. Vemos a un perfecto desconocido.

Pienso otra vez que este hecho explica algunas interesantes especulaciones teológicas. Por ejemplo, los ángeles no son, como ahora se supone teóricamente, los espíritus que se han desprendido de los muertos. Pertenecen a otra especie totalmente distinta. Esto confirma exactamente lo que han descubierto los psicólogos en relación con las experiencias inducidas o espontáneas: siempre se trata de figuras de extraños.

Cuando uno empieza a reflexionar sobre la neurología y la psicología de

este fenómeno, resulta muy extraordinario que haya algo en nuestro cerebro/mente, una parte de nuestro cerebro/mente, que utiliza los recuerdos de experiencias visuales y los recombina en las condiciones apropiadas para presentar a la conciencia algo absolutamente novedoso, que no tiene nada en común con nuestra vida privada, que tiene muy poco en común, hasta donde lo notamos, con la vida de la humanidad en general. Personalmente, me resulta inmensamente reconfortante pensar que en el trasfondo de mi cráneo hay algo para lo cual soy absolutamente indiferente, y para lo cual incluso la raza humana es absolutamente

indiferente. Creo que es muy satisfactorio que exista un área de la mente a la que no le interesa lo que yo hago, pero a la que sí le interesa algo totalmente distinto. No atino a imaginar por qué sucede esto ni cuál es la base neurológica, pero se trata de algo que a mi juicio debe ser investigado.

Transfiguraciones. Ahora llegamos a otro aspecto de la luz diferenciada que se puede describir como el trasvase del mundo interior al mundo exterior. Este es un tipo de experiencia visionaria que las personas viven con los ojos abiertos y que consiste en una transfiguración del mundo exterior, hasta que este parece

abrumadoramente hermoso y vivo y resplandeciente. Esto es por supuesto lo que Wordsworth describió tan maravillosamente y con tanta precisión en su gran *Ode on the Intimations of Immortality*, y se encuentran experiencias similares en las obras de los místicos, en la obra del místico anglicano Traherne, que suministra una descripción increíblemente bella del tipo de mundo transfigurado en el que pasó su infancia. Esta reseña concluye con el encantador pasaje donde retrata aquel mundo prodigioso, y dice: «Y así con mucha dificultad me inculcaron las sucias mañas del mundo que ahora desaprendo y me convierto nuevamente

en algo parecido a un chiquillo para entrar una vez más en el Reino de Dios».

Y aquí, como he dicho antes, aquí reside ciertamente uno de los grandes desafíos a la educación moderna: ¿Cómo podemos mantener vivo este mundo inmensamente valioso del que las personas han disfrutado durante la infancia y que algunos individuos privilegiados conservan durante toda la existencia? ¿Cómo podemos mantenerlo vivo e impartirles al mismo tiempo a esas personas una dosis suficiente de educación conceptual como para convertirlos en ciudadanos y científicos eficientes? No lo sé, pero estoy absolutamente segura de que *este* es uno

de los grandes desafíos que se le plantean a la educación moderna.

Esta visión exterior transfigurada es muy importante en relación con el arte. Por cierto no todo el arte es visionario. Hay un arte maravilloso que esencialmente no es visionario. Pero también hay un arte maravilloso que es esencialmente visionario, que es el producto de la visión que tiene el artista, con los ojos cerrados, por así decir, de lo que sucede dentro de su cabeza, de ese otro mundo extraordinario; o que es la visión del mundo exterior transfigurado va sea para bien o para mal. En las obras de Van Gogh, por ejemplo, encontramos ejemplos

singulares de la transfiguración negativa y de la positiva. En la misma exposición se pueden observar dos cuadros, uno de los cuales es patentemente la reproducción más dichosa de la experiencia más extática de un mundo transfigurado de manera positiva, en tanto que a su lado cuelga otro que es absolutamente aterrador por su connotación siniestra, donde el artista ha percibido el mundo como algo en verdad transfigurado, pero transfigurado de una manera puramente diabólica. Así se entienden los sufrimientos de ese pobre hombre que podía ser arrojado de un auténtico paraíso a un mundo cabalmente infernal, y no es

sorprendente que haya terminado por suicidarse. Cuando uno contempla una colección numerosa de sus cuadros es muy fácil trazar los altibajos de su experiencia extraordinaria, de transfiguración tanto positiva como negativa.

LA EXPERIENCIA VISIONARIA, LA RELIGION Y EL FOLKLORE

Ahora abordemos sucintamente algunas de las connotaciones que tiene la experiencia visionaria para la religión y el folklore. En todas las tradiciones uno encuentra descripciones del paraíso, de la edad de oro, de la vida futura, y si las coteja con las descripciones de la

experiencia visionaria, ya sea espontánea o inducida, comprueba que son exactamente iguales, que el mundo descrito en la religión popular, esos otros mundos, son simplemente descripciones de experiencias visionarias que los hombres han proyectado del interior al universo. En todas las tradiciones encontramos la misma confusión de gemas, y donde no se utilizan gemas encontramos vidrio que, por supuesto, era considerado antaño un material muy precioso y extraño. Esto lo encontramos en el Libro de la Revelación: un mar de vidrio en la Nueva Jerusalén, cuyos muros eran de oro y sin embargo transparentes, de una

especie de vidrio de oro y transparente; y el mismo énfasis en el vidrio como material maravilloso y mágico lo hallamos en las tradiciones nórdicas. Lo hallamos en la tradición celta y en la galesa: por ejemplo, la morada de los muertos se denomina Ynisvitrin, la Isla de Vidrio, y en la tradición teutónica los muertos residen en un lugar llamado Glasberg, o sea la montaña de vidrio. Y es muy curioso comprobar que estas mismas imágenes resurgen una y otra vez desde Japón hasta Europa Occidental, lo cual demuestra cuán universal y uniforme ha sido este tipo de experiencia visionaria y cómo se le confería constantemente una importancia

colosal y se la proyectaba al cosmos en las diversas tradiciones religiosas.

LAS ARTES VISIONARIAS

Permitidme hablar muy concisamente acerca de algunas artes de naturaleza visionaria. Es innecesario aclarar que una de las más extraordinarias, que llegó a la culminación de su magnificencia en los siglo XII y XIII, es el arte del vidrio de color. Cualquiera que haya estado dentro de la catedral de Chartres o de la Sainte-Chapelle de París comprenderá cuán portentoso podía ser este arte, hasta el punto de que en el interior de la Sainte-Chapelle, por ejemplo, uno está dentro de una inmensa gema, en el

corazón de una refinadísima visión enjoyada. En el siglo XII el abad de St. Denis dijo —y este es un dato histórico muy interesante— que en su época, en todas las iglesias, había dos alcancías de limosnas: una para los pobres y otra para la confección de *vitraux*, y que en tanto que la primera estaba casi siempre vacía, la segunda estaba siempre llena, lo cual demuestra que la gente valoraba enormemente este tipo de experiencia visionaria.

Otro hecho interesante consiste en que el arte visionario es muy a menudo popular, en tanto que muchas artes populares son muy a menudo visionarias. Por ejemplo, el arte de las

ceremonias y de las procesiones de gala. Todos los reyes y papas y todos los miembros de la aristocracia y de las jerarquías religiosas de antaño siempre entendieron perfectamente el inmenso poder de este tipo de exhibición visionaria de los seres humanos. Estas ceremonias, la entrada de los reyes en las ciudades, la coronación de los papas, siempre han sido extraordinariamente populares, y se han contado, según creo, entre los instrumentos más poderosos empleados para persuadir al pueblo de que la autoridad *de facto* era también *de jure, de jure divino*. Y es la creación de una especie de entorno visionario, de ámbito

visionario para el símbolo de la autoridad desnuda, lo que determina que esta sea aceptada finalmente como legítima.

Otro tipo de arte popular que entra en la categoría visionaria es, desde luego, el arte de los fuegos de artificio. Estos alcanzaron un enorme desarrollo incluso en el Imperio Romano, y después de la invención de la pólvora llegaron a extremos a los que no podrían haber llegado antes. Pero estas siempre han sido formas de arte singularmente populares, y se trata esencialmente de artes visionarias.

Lo mismo se aplica al arte del espectáculo en el teatro: las grandes

máscaras isabelinas y jacobitas de los siglos XVI y XVII en las que se invertían sumas fantásticas. Se conserva el testimonio de una máscara que se calaban los abogados del foro de Londres y que costó veinte mil libras en dinero de aquella época, lo cual equivale ahora a una suma desmesurada: probablemente no menos de un cuarto de millón de libras por una noche de juerga. Estoy demostrando el interés y el entusiasmo descomunales que despertaba este tipo de exhibición. Es superfluo aclarar que este tipo de arte popular, que depende de la iluminación, está primordialmente asociado al desarrollo de la tecnología en un

momento dado. Estoy seguro de que antaño, en la época de las velas, sólo se podía suministrar una iluminación muy pobre, y es interesante notar que a partir de la invención del espejo parabólico a fines del siglo XVIII, seguida por la invención del gas, y después por la de la luz de calcio y por la de la electricidad, se pueden producir en el mundo del teatro efectos visuales que eran inimaginables en el pasado.

También en este caso es muy interesante la etimología popular. Es interesante comprobar, por ejemplo, que el invento efectuado por Athanasius Kircher en el siglo XVII recibió inmediatamente la denominación de

Linterna Mágica. Enseguida se pensó que la forma en que proyectaba una imagen luminosa sobre una pantalla blanca en una habitación oscura tenía algo de mágico. Se pensó que la designación «linterna mágica» era la más apropiada para este tipo de experiencia visionaria.

Me resulta muy conmovedor pensar que es posible seguir la evolución completa de la experiencia visionaria desde los fuegos artificiales, y pasando por la linterna mágica, por la revista teatral o la película en colores, el espectáculo en colores, hasta llegar a las visiones de los santos y finalmente a la luz indiferenciada de los místicos. Todo

este proceso sigue una curva continua, y a todo lo largo de él la casi totalidad de los implicados tenían la sensación inmediata de que en este tipo de experiencia había un elemento intrínsecamente valioso e importante.

Y esto me lleva a mi conclusión: ¿cuál es el valor de la experiencia visionaria?

EL VALOR DE LA EXPERIENCIA VISIONARIA

Supongo que en cierto sentido se puede afirmar que el valor es absoluto. En cierto sentido se puede afirmar que la experiencia visionaria es, por así decir, una manifestación simultánea de la

belleza y la verdad, de la intensa belleza y de la realidad intensa, y que como tal no necesita ninguna otra justificación. Al fin y al cabo, lo Bueno, la Verdad y la Belleza son valores absolutos, y en cierto sentido se puede alegar que la experiencia visionaria ha sido interpretada siempre como un valor absoluto, y que siempre se le ha atribuido una inmensa significación e importancia intrínsecas, por lo cual valía la pena pagar un precio elevadísimo a cambio de vivirla.

Pero también es importante señalar que, aunque las experiencias visionarias son en cierto sentido intrínsecamente valiosas, y en cierto sentido

absolutamente valiosas, creo que podemos hablar de ellas en términos de su valor dentro del marco de referencia de la bondad y la espiritualidad. En este contexto me parece muy importante pensar en la definición teológica de tales experiencias. La teología define una visión o incluso una experiencia mística espontánea como «una gracia gratuita». Estas experiencias son gracias, nos son concedidas, no nos afanamos por obtenerlas. Se nos aparecen y son gratuitas, lo que equivale a decir que no son necesarias ni significativas para la salvación o el esclarecimiento, como queráis llamarlo. Pero si se utilizan correctamente, si se

coopera con ellas, si se considera importante su recuerdo y si los individuos siguen los carriles trazados durante la visión, pueden revestir un valor inmenso y ser muy importantes para cambiar nuestra vida. Este concepto de la gracia gratuita que asume importancia si cooperamos con ella es muy significativo en toda la gama de las experiencias visionarias, tanto espontáneas como inducidas.

Oiremos disertar al doctor Leary[65] sobre la inducción de estas experiencias mediante substancias tales como la psilocibina, y yo diría ciertamente que este tipo de experiencia inducida puede estar desprovista de todo valor, puede

ser como ir simplemente al cine y ver una película interesante. O, por el contrario, si cooperamos con ella, si percibimos que tiene algún tipo de significación profunda y actuamos en consonancia, puede contribuir muchísimo a la transformación de nuestra vida, a la transformación de nuestra conciencia, ayudándonos a comprender que hay otras formas de encarar el mundo además de la corriente y utilitaria, y también puede culminar en cambios significativos del comportamiento. Por supuesto, ahora llegamos al problema filosófico: ¿cuál es la condición metafísica de las visiones, cuál es su condición

ontológica? Bueno, afortunadamente este es un Congreso de Psicología aplicada, así que no estamos obligados a abordar este tipo de problema, aunque creo que vale la pena abordarlo y espero que alguien lo aborde más temprano o más tarde. Pero por ahora podemos decir, creo, que el valor, aparte del valor intrínseco, por así decir el valor ético, sociológico y espiritual de la experiencia visionaria, consiste en que si se la aplica correctamente puede culminar en un cambio significativo e importante de la conciencia y quizá también en un cambio de conducta o en algo beneficioso.

Transcripción literal, ligeramente corregida.

Capítulo 34

1961 Explorando las fronteras de la mente

ALDOUS HUXLEY

Este artículo de Fate Magazine *describe las impresiones que recibió Huxley*

durante un verano que pasó en el exterior, en 1961, cuando asistió a una Conferencia de Parapsicología en St. Paul-de-Vence, conoció en Turín a un médico italiano que practicaba el método chino de la acupuntura, visitó al doctor Albert Hofmann y a su esposa en los suburbios de Zurich, y después voló al Congreso de Psicología Aplicada de Copenhague. Concluye con una invocación política, en la que aflora su pacifismo activo de toda la vida. En Planète *apareció una traducción de este artículo al francés. Tanto la revista norteamericana como la francesa estaban dirigidas primordialmente a un público*

aficionado al ocultismo, que encontró en Huxley, si no un adalid, por lo menos un aliado extraordinariamente inteligente.

Menos de dos horas de vuelo separan el Báltico del mundo del Mediterráneo. En millas y minutos las distancias entre mis diversos puntos de escala eran muy pequeñas, pero en cualquier dimensión mental eran inmensas. Entre la psicoterapia postfreudiana y la acupuntura china prehipocrática existe un enorme abismo.

La telepatía no parece tener nada que ver con la psicología industrial y la

medición del cociente de inteligencia. La experiencia visionaria inducida por las drogas sintéticas modificadoras de la mente del doctor Hofmann está, en verdad, muy lejos del tipo de pensamiento que culminó en una ponencia sobre «El efecto del meprobamato y el sulfato de dextroanfetamina sobre los tiempos de reacción de los sujetos normales no hospitalizados ante palabras neutras y tabú». Y todo esto se halla a la vez a una distancia sideral de la última «libertad respecto de lo conocido» a la que se refiere Krishnamurti. Y sin embargo todos estos universos inconmesurables coexisten dentro del cráneo humano.

Real o potencialmente son, todos ellos, *nuestros* universos. «¡Qué obra es el hombre!».

La conferencia de Saint Paul-de-Vence fue organizada por la Fundación de Parapsicología, cuya presidenta es esa instigadora inteligente, sensible e infatigable de la investigación parapsicológica, la señora Eileen Garrett. Estaban presentes cuatro psiquiatras italianos y suizos, un endocrinólogo parisiense y otro facultativo francés especializado en medicina psicosomática, el eminente neurólogo inglés doctor Grey Walter, y un joven parapsicólogo norteamericano, que se dedica activamente a la

investigación y la experimentación.

Se leyeron varias ponencias: sobre casos de *rapport* aparentemente telepático entre el médico y el paciente en psicoterapia; sobre la inducción de la hipnosis a distancia por medios telepáticos; sobre una serie de experimentos que parecen demostrar que se puede influir telepáticamente sobre los sueños de un sujeto; y sobre otra serie en la que se empleaba un instrumento llamado pletismógrafo para registrar los cambios corporales que se producen, en el nivel inconsciente, respondiendo a estímulos recibidos por vía telepática. A esta reseña de las investigaciones realizadas en Suiza y los

Estados Unidos la precedió la de los trabajos efectuados en Rusia hace veinticinco años, que sólo se han publicado, discutido abiertamente y resumido hace poco tiempo.

Las investigaciones soviéticas perseguían el fin de determinar si la percepción extrasensorial es un hecho real y si, en caso de serlo, se la puede explicar en términos físicos, como producto de algún tipo de radiación electromagnética. Se obtuvieron resultados significativamente positivos con sujetos sensibles encerrados en cápsulas de plomo y sumergidos en baños de mercurio, para que no pudiera alcanzarlos ninguna radiación. Los

experimentadores se vieron obligados a llegar a la conclusión —muy embarazosa en tiempos de Stalin— de que la telepatía existe y no es una forma de transmisión radial.

¿Qué hacer con los datos que no se dejan explicar en términos de la teoría corrientemente aceptada? En demasiados casos, como señaló William James hace dos generaciones, uno se aferra a su propia teoría y hace todo lo posible por desentenderse de los datos engorrosos. Según palabras de T. H. Huxley, Herbert Spencer veía la tragedia como una bella generalización asesinada por un feo hecho.

El alma escolástica de Spencer sigue

su marcha triunfal, y todavía tropezamos, incluso en los círculos científicos más respetables, con la tendencia a optar por la generalización sublime y consagrada en perjuicio del hecho extraño, rastrero, presuntuoso. En términos de las teorías corrientemente aceptadas, los hechos de la parapsicología «no tienen sentido». ¿Qué hacer entonces? ¿Debemos cerrar los ojos ante ellos con la esperanza de que, si no los miramos, se vayan y nos dejen en paz? ¿O debemos aceptarlos?

Aceptarlos por el momento como anomalías inexplicables, mientras hacemos lo posible por modificar las teorías corrientes de manera que éstas

«salven las apariencias»… *todas* las apariencias, incluidas aquellas que ahora parecen estar fuera del ámbito de la explicación. La Sociedad de Investigaciones Parapsicológicas fue fundada en 1882, y quienes optaron por la segunda de las dos actitudes posibles respecto de los fenómenos psi continúan aguardando, esperanzados, una teoría capaz de salvar todas las apariencias, desde la atómica hasta la extrasensorial. Desde William James hasta C. D. Broad y H. H. Price en nuestros días, una sucesión de filósofos con mentalidad abierta a los fenómenos psi han insinuado formas de salvar todas las apariencias. Pero sus sugerencias nunca

se han elevado al nivel de una teoría verificable, y los hechos de la parapsicología siguen siendo tan extraños e inexplicables como antes, después de ochenta años de estudio sistemático.

Desde Saint Paul y desde el mundo extraordinariamente anómalo de la parapsicología viajé a Turín, donde mi esposa y yo pasamos una velada memorable conversando con el doctor Quaglia Senta acerca de su experiencia en el universo aún bastante anómalo de la acupuntura. Los misioneros jesuitas fueron los primeros europeos que informaron acerca de esta curiosa rama de la medicina china. Pero sólo en 1928

llegó a Occidente una descripción completa y exacta de la acupuntura. Ese año, Soulié de Morant volvió de China y publicó su primer tratado sobre el tema.

Actualmente varios centenares de médicos europeos (y un solitario médico inglés) combinan la ciencia y el arte de la medicina occidental con la ciencia y el arte antiguos de la acupuntura china. Ahora se celebran congresos internacionales de acupuntura (el último de ellos en la Universidad de Clermont Ferrand), y se dice que los médicos soviéticos están demostrando un vivo interés por el tema.

Obviamente es increíble que una aguja clavada en la superficie exterior

de la pierna, un poco por debajo de la rodilla, afecte el funcionamiento del hígado. Si nuestra principal preocupación consiste en salvar, no las apariencias, sino nuestra teoría, sentiremos la tentación de hacer caso omiso de los hechos empíricamente probados y de desechar los asertos de los acupunturistas como simples supersticiones y patrañas. No pueden ser ciertos porque, dentro de nuestro marco de referencia actual, carecen de lógica.

Para los chinos, por el contrario, pueden tener una lógica impecable. En el organismo normalmente sano, sostenían los chinos, se produce una circulación continua de energía. La

enfermedad es simultáneamente causa y efecto de una alteración de esta corriente. Los órganos pueden sufrir por defecto o exceso de fuerza vital. La acupuntura reencauza y normaliza el flujo de energía.

Esto se puede lograr porque, según comprobaciones empíricas, las extremidades, el tronco y la cabeza son recorridos por «meridianos», vinculados de alguna manera con los diversos órganos del cuerpo. Sobre estos meridianos hay puntos especialmente sensibles. Una aguja insertada sobre uno de dichos puntos afectará el funcionamiento del órgano asociado con el meridiano sobre el que

está el punto. Al pinchar una serie de puntos prudentemente seleccionados, el acupunturista restablece la circulación normal de energía y le devuelve la salud al paciente.

Nuevamente sentimos la tentación de encogernos de hombros y de decir que esto no es lógico. Pero luego, al leer las actas del más reciente Congreso de Acupuntura, nos enteramos de que los experimentadores han podido rastrear el curso de los meridianos chinos con delicados instrumentos de medición eléctrica, y que cuando se pincha un punto con una aguja se pueden registrar cambios relativamente importantes de la carga eléctrica. Así que quizá, después

de todo, incluso *nuestras* teorías terminarán por salvar las extrañas apariencias de la acupuntura.

Mientras tanto continúa en pie el hecho de que los antiguos métodos chinos son muy eficaces para tratar algunos síntomas patológicos. Entre estos síntomas patológicos se cuentan (y esto es particularmente interesante en nuestro contexto actual) diversos estados psíquicos indeseables —ciertos tipos de depresión y angustia, por ejemplo— que, al estar presumiblemente relacionados con desequilibrios orgánicos, desaparecen apenas se reanuda la circulación normal de energía. En algunos casos, dos o tres

pinchazos con una aguja de plata producen resultados que no se han obtenido tras varios años en el diván del psicoanalista.

Y esto me trae a la conversación que sostuvimos en los suburbios de Zurich con el doctor Albert Hofmann y su esposa. Los seres humanos, como dijo Andrew Marvell, somos «anfibios racionales», que vivimos simultáneamente en un mundo del alma y en un mundo de experiencias de primer orden, en un mundo de ideas abstractas y generalizaciones y en un mundo de acontecimientos singulares. El doctor Hofmann es un químico eminente, cuyo trabajo más reciente y espectacular se ha

desarrollado en esta extraña frontera entre los dos mundos, donde los cambios bioquímicos más insignificantes producirán cambios inmensos y revolucionarios en la mente.

Las substancias sintéticas del doctor Hofmann son nuevas. Pero los problemas éticos, filosóficos y religiosos que plantean tan dramáticamente son muy antiguos. El que la cerveza (junto con el té, el café, la aspirina, las vitaminas y una veintena de estimulantes y tranquilizantes psíquicos) haga «más que lo que puede hacer Milton para justificar ante el hombre los actos de Dios» es un producto patente de la observación y la

experiencia… un hecho que algunas personas encuentran deprimente y humillante, en tanto que otras lo encuentran reconfortante y un poco divertido. ¿Hasta qué punto nuestras ideas, creencias y actos son producto de nuestra contextura y nuestro temperamento heredados, y de las fluctuaciones de nuestra química corporal en respuesta a acontecimientos internos y externos? ¿Hasta qué punto es válida una filosofía fundada sobre un estado de ánimo (digamos, la convicción del pecado) que se puede modificar radicalmente mediante el pinchazo de una aguja o una pequeña dosis diaria de Ritalin? ¿Y qué decir de las

experiencias inducidas por los modificadores de la mente, inocuos para el organismo, del doctor Hofmann… experiencias de un mundo transfigurado en algo inimaginablemente bello, cargado de significación intrínseca, y que manifiesta, a pesar del dolor y la muerte, una esencial y (no hay otra palabra para designarla) divina Perfección? Sí, ¿qué decir de ellas? Las opiniones difieren.

Para la mayoría de aquellos a quienes les han sido concedidas las experiencias, el valor de estas es axiomático. El doctor Zaehner, autor de *Mysticism Sacred and Profane*, considera que su inducción deliberada

es inmoral. A lo cual su colega, el profesor Price, responde concretamente: «¡Limítese a hablar de su caso!».

Price concordaría con William James, quien opinaba que si uno puede ejecutar esta hazaña sin perjudicarse ni perjudicar a los demás, la inducción de estados inusitados de conciencia es saludable y esclarecedora. Y hace mucho tiempo, para defender a William James de quienes lo atacaban por haber experimentado con óxido nitroso, Bergson destacó que el producto químico no fue la causa sino sólo la ocasión de las notables experiencias metafísicas de William James. Las mismas experiencias podrían haber sido

inducidas utilizando recursos puramente psicológicos, mediante las mortificaciones y los ejercicios que empleaban los místicos y visionarios de todas las tradiciones religiosas, mediante cualquier método, en verdad, capaz de alterar los estados de la mente o de modificar la química del organismo en condiciones apropiadas para debilitar la barrera que separa el mundo fabricado por nuestras percepciones, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos cotidianos, biológicamente útiles y socialmente condicionados, de los mundos extraños y sin embargo subjetivamente (y tal vez incluso objetivamente) no menos reales que se

revelan cuando la forma de conciencia utilitaria ha sido transformada en estética o espiritual.

Espiritual... Esta es casi una palabra obscena para los oídos sensibles, atentos a sus connotaciones de monserga inspiradora. Y sin embargo, ¿qué otra palabra se puede emplear en determinados contextos? Al leer a Meister Eckhart, por ejemplo, o al escuchar a Krishnamurti, como lo escuchamos en Gstaad, uno se siente obligado a reconocer que «espiritual» puede ser el *mot juste*. «Os muestro la aflicción y el fin de la aflicción».

Todos los grandes maestros de la vida espiritual (¡otra vez esta palabra!)

han sido al mismo tiempo profundamente pesimistas y casi infinitamente optimistas. *Si* se cumplen ciertas condiciones, es posible que los seres humanos dejen de comportarse como las criaturas patéticas o deplorables que creen ser, equivocadamente, y sean lo que en verdad han sido siempre, aunque no se hayan dado a sí mismos la oportunidad de saberlo: esclarecidos, liberados, «divinizados en Dios». Pero es abrumadoramente improbable que sea algo más que una ínfima minoría la que cumpla estas condiciones. Los convocados son muchos, pero los elegidos son muy pocos, porque muy pocos eligen ser elegidos.

El fin de la aflicción es viable, pero la continuación de la aflicción es segura. Lo único que pueden hacer los maestros de la vida espiritual es recordarnos quiénes somos en verdad y cuáles son los medios que podríamos utilizar para reconocer nuestra identidad: la meditación en el sentido de la conciencia total y omnímoda en cada instante, y los corolarios de esta meditación, o sea la recta esencia y, a partir de la recta esencia, la recta acción espontánea.

De Francia, Italia y Suiza, y de la alucinante percepción extrasensorial, la más alucinante experiencia visionaria, y el aún más alucinante esclarecimiento,

volamos a Copenhague y al Congreso Internacional de Psicología Aplicada. ¿Qué *es* la Psicología Aplicada? ¿O acaso habría que plantearlo al revés y preguntar qué no es la Psicología Aplicada? Respuesta: increíblemente poco, por lo menos en relación con el comportamiento individual en el nivel normal (dicho esto desde el punto de vista estadístico). Este tema desmesurado fue discutido en Copenhague por 1.300 delegados, que escucharon doscientas o trescientas ponencias sobre todas las cuestiones imaginables, desde «El dibujo de figuras como expresión del amor propio» hasta «La investigación social en el Ártico».

El mundo está tan lleno de cosas diversas, y las universidades están tan pobladas de psicólogos diversos, que no puedo hacer justicia a todo lo que se leyó y dijo en Copenhague. Por tanto me limitaré al problema más importante, para el cual se propusieron, lamentablemente, las soluciones menos satisfactorias. ¿La psicología puede contribuir a reducir las tensiones internacionales, a resolver los conflictos, a mantener la paz?

En la disertación con que el profesor Osgood inauguró el Congreso[66], y en las ponencias que se leyeron en el simposio del día siguiente, hubo muchas sugerencias sensatas y humanas. Uno las

escuchaba con aprobación, pero al mismo tiempo con una duda obsesiva.

¿Serían aceptadas las sugerencias sensatas y humanas? En el contexto histórico actual, en el clima ideológico predominante, ¿*podían* ser aceptadas? Y aunque es obviamente cierto que, para decirlo con las palabras del doctor Baumgarten-Tramer, existe una urgente *Notwendigkeit der Bildung einer Psychologie für Politiker*, ¿es probable que las pocas veintenas de políticos, generales y tecnólogos a merced de los cuales se encuentran ahora los dos mil novecientos millones de miembros restantes de la raza humana, consientan en volver a la escuela y en aprender esta

psicología para estadistas que es tan indispensablemente necesario formular y enseñar? Estos pocos hombres inmensamente poderosos, a cuya merced está toda la raza humana, son a su vez prisioneros hipnotizados por tradiciones políticas y filosóficas que, asentadas sobre la idolatría nacionalista y el dogmatismo ideológico, han conducido invariablemente a la guerra en el pasado.

El individuo neurótico reacciona ante los desafíos del presente en términos del pasado obsesivamente recordado. En la medida en que su política es dictada por antiguas ideas erróneas fosilizadas en dogmas, todas

las sociedades exhiben síntomas de neurosis colectiva, y los pocos hombres poderosos entre cuyas garras se retuerce impotentemente la humanidad (como Gulliver en la zarpa del mono de Brobdingnag), son a su vez las víctimas de la alienación de la sociedad respecto de la realidad presente.

En otros tiempos, cuando el ritmo del cambio tecnológico y demográfico era lento, las sociedades podían darse el lujo de sus neurosis colectivas. Hoy es fácil que la conducta política dictada por recuerdos obsesivos del pasado (en otras palabras, por tradiciones venerables que han perdido su razón de ser, y por ideas anacrónicas, necias o

realmente diabólicas elevadas a la categoría de principios primarios y canonizadas como dogmas) sea fatalmente inadecuada.

Y, ay, la cura para esta inadecuación fatal de la conducta política presente no se encuentra sólo en la psicología aplicada. El problema es desmedidamente complejo y, si lo que se desea es resolverlo alguna vez, hay que atacarlo simultáneamente en muchos frentes: en el frente semántico (porque es una cuestión de lenguaje incorrectamente usado y de creencias aceptadas a ciegas); en el frente organizativo (porque implica el hecho bruto del poder y los problemas de su

control); en el frente filosófico (porque nuestra visión de la naturaleza humana influye hasta cierto punto sobre nuestro comportamiento político); en el frente biológico (porque detrás de los problemas políticos se ocultan los problemas de la explosión demográfica y de la distribución desigual de los recursos).

Será difícil montar, y aún más difícil mantener, un ataque coordinado en todos estos frentes. El tiempo no está de nuestra parte. Dados los hechos de la inercia individual y social, ¿podemos hacer lo que hay que hacer dentro del plazo breve y menguante que nos concede la historia moderna (la historia

de los arrolladores cambios tecnológicos y demográficos, con todas sus consecuencias sociales)? En el plano internacional es viable que terminen por lo menos algunas de nuestras aflicciones colectivas. ¿Hasta qué punto ello es probable? Todas las naciones y sus gobernantes están convocados. Antes de que sea demasiado tarde, ¿elegirán ser elegidos?

Capítulo 35

1962
Amor y trabajo

LAURA HUXLEY

Mientras corregía las pruebas de Island *en su nueva casa (que compartían con Ginny Pfeiffer), en*

Mulholland Highway, Huxley abandonó un día su trabajo para realizar otra prueba con psilocibina. La mayor parte de esta sesión fue grabada en una cinta magnetofónica, que su esposa Laura transcribió y corrigió más tarde. Aparentemente es el único testimonio «vivo» que se conserva de Aldous en estado psicodélico. Desde el episodio de 1955 Laura había adquirido un conocimiento más profundo de su papel de guía, enriquecida por sus propias experiencias psicodélicas, así como por las que había organizado para algunos de sus pacientes en una etapa apropiada de su psicoterapia.

Los mantras se devanan: el amor y

el trabajo, la pasión y el desapego, la «cordura fundamental» que existe en el mundo «a pesar de toda la distracción y de la absurda necedad que están en marcha», la sincronía entre la gran filosofía y las narices chorreantes que lleva a una discusión sobre la muerte y el valor del yoga oriental de la agonía, ejemplificado en el Bhagavad-Gita*; en* Zen Flesh, Zen Bones*; y sobre todo en* El libro tibetano de los muertos.

Lo que sigue es el testimonio de una sesión psicodélica con Aldous. Es la única de la cual tengo una grabación en cinta magnetofónica, no de toda la

sesión pero sí de una parte importante.

Pocos meses después de la muerte de Aldous, cuando encontré esta grabación, me sentí profundamente conmovida. La había olvidado, y ahora, después de su muerte, estas palabras eran más significativas que nunca aunque, a veces, fueran equívocas. ¡Y qué hermoso era columpiarse desde la «vida después de la muerte» hasta «la sopa aquí y ahora», desde el Sermón de la Montaña hasta las narices chorreantes! E incluso en ese día excepcional comprendí una vez más la consideración y el estímulo constantes que Aldous había dispensado al proyecto que yo tenía en ejecución.

Primeramente pensé en publicar sus palabras grabadas tal como están, sin comentarios. Pero cuando transcribí la cinta al papel empecé a darme cuenta de que no le resultarían tan claras al lector como a mí, que había participado en el diálogo. Existe un mundo de diferencia entre leer una conversación y escucharla. En la lectura, faltan dos elementos importantes: la voz, tan significativa, sobre todo en el caso de Aldous, pues este tenía una gran variedad de inflexiones, de matices y talantes y ritmos; y las pausas, siempre importantes pero más aún en este tipo de diálogo. Podría haber corregido esta conversación, pero he preferido dejarla

tal como está en la cinta. Las frases de Aldous no están tan bien redondeadas ni son tan claras como en sus escritos y conferencias, pero no estaba pronunciando una conferencia: hablaba conmigo. Siento que el contenido y la autenticidad de sus palabras pesan más que la preocupación por la elegancia literaria.

Otro motivo por el que comento esta conversación grabada consiste en que Aldous aborda temas con los que mucha gente no está familiarizada. La experiencia de la Clara Luz del Vacío, del *Bardo* o estado posterior a la muerte, del héroe combativo del *Bhagavad-Gita*, no son temas

cotidianos, pero revisten la mayor importancia para todos nosotros. En esta conversación Aldous se refiere a dos libros: el *Bhagavad-Gita* y el *Libro tibetano de los muertos*. En aquella época yo no había leído estos libros, pero Aldous me había hablado mucho de ellos. Para cualquiera que los haya leído, lo que dice Aldous es intelectualmente claro. Pero si bien el conocimiento de estos libros arroja luz sobre nuestro diálogo, la conversación de Aldous —la atmósfera, su aura— no implica en absoluto un análisis de ellos. La parte extraordinaria de esta conversación reside en la sensación de que Aldous experimenta algo que ha

sabido durante mucho tiempo. Pero, como escribió en «Knowledge and Understanding»[67], existe un mundo de diferencia: «La comprensión es primordialmente la conciencia directa de materiales en bruto». En cambio, el conocimiento se adquiere y «se puede transmitir y compartir mediante palabras y otros símbolos. La comprensión es una experiencia directa de la que sólo se puede hablar (muy insuficientemente) y que nunca se puede compartir». El conocimiento es «público». La comprensión es «privada». En *Island*, a los niños les dan un ejemplo de esta diferencia en el quinto grado elemental, cuando tienen más o menos diez años.

—Las palabras son públicas. Pertenecen a todos quienes hablan un determinado idioma. Figuran en los diccionarios. Y ahora veamos las cosas que ocurren ahí fuera. —Señaló por la ventana abierta. Media docena de loros aparecieron volando, multicolores contra una nube blanca, pasaron detrás de un árbol y se perdieron de vista—. Lo que sucede ahí fuera es público, o por lo menos bastante público —especificó—. Y lo que sucede cuando alguien habla o escribe palabras… también es público. Pero las cosas que

suceden dentro… son privadas. Privadas. —Apoyó la mano sobre su pecho—. Privadas. —Se frotó la frente—. Privadas.

Las palabras que pronunció Aldous durante esta experiencia psicodélica se pueden hallar en el diccionario. Son públicas. La comprensión de su experiencia es algo privado para cada uno de nosotros.

Esta sesión se diferenció de otras en muchos sentidos. Generalmente, cuando celebrábamos una sesión psicodélica, nos absteníamos absoluta y rigurosamente de ocupar la velada anterior y el día de la sesión. Esta vez

fuimos a cenar fuera la noche que precedió a la sesión. Observo además en mi agenda que en la hoja que corresponde al día de la sesión, 22 de enero de 1962 —un lunes— hay otras tres anotaciones: un huésped de la casa llegaba al aeropuerto, era el cumpleaños de la criada, y debíamos realizar una visita experimental a una familia cuyos tres miembros padecían enfermedades mentales, pero estaban en libertad.

Como no disponíamos de todo el día, sustituimos la LSD por la psilocibina. A diferencia de la LSD, que queda latente aun muchas horas después de pasado el punto culminante, la psilocibina generalmente interrumpe su

efecto por completo. En verdad, esta sesión duró sólo desde las 10,40 hasta las 15 horas. Dado que Aldous ingirió una dosis muy pequeña, nos extrañó, más tarde, que hubiera tenido un efecto tan intenso.

Esa mañana, después del desayuno, fuimos a mi apartamento y estudio, donde nadie nos molestaría. El estudio está prácticamente desprovisto de muebles. El suelo está cubierto por una alfombra blanca y afelpada: parece hierba blanca, es mullida y produce una sensación agradable al sentarse sobre ella. Como siempre, pero especialmente antes de una sesión psicodélica, había flores y frutas frescas. De trecho en

trecho, interrumpiendo el vacío blanco, había bambúes frescos, conchas, libros de arte, discos, y unas pocas ramas de acacia dorada que acababan de florecer en nuestro jardín semiquemado. En el rincón contiguo a la sala había unos anaqueles sin pintar, una gran plancha de madera sin pintar que hace las veces de mesa escritorio, un magnetófono y dos pequeños sillones.

A las 10.40, Aldous ingirió cuatro miligramos de psilocibina.

Desde que se ingiere la psilocibina hasta que esta comienza a surtir efecto, transcurre un período que oscila entre media hora y más o menos dos horas. Generalmente durante este período

conversábamos o mirábamos ilustraciones. Más a menudo escuchábamos música… o no hacíamos absolutamente nada. Nunca se sabe en qué dirección se encauzarán estas experiencias. A veces las «puertas de la percepción» se limpian súbitamente con una conmoción; otras veces se despejan gradualmente con descubrimientos cada vez mayores. Estos descubrimientos pueden consistir en percepciones psicológicas, o pueden realizarse a través de cualquiera de los sentidos. Casi siempre las escamas se desprenden primeramente de los ojos.

En la sesión psicodélica, el papel del acompañante consiste en estar

presente, muy atento, sin prejuzgar lo que es posible que suceda. El acompañante debe estar totalmente presente y al mismo tiempo debe dejar el camino totalmente expedito. A veces uno siente que debería estar allí con la pasividad más intensa y alerta que pueda movilizar… pero invisiblemente, aunque ello parezca paradójico. Sin embargo, este nunca era el caso con Aldous. Las sesiones con él siempre habían sido fáciles, y yo sabía que deseaba tenerme allí, visible y tangible.

El acompañante de una sesión psicodélica no debe tener ideas preconcebidas, pero es muy difícil no sustentar *ninguna* opinión. Casualmente,

esa mañana me encontré pensando que la sesión sería muy llevadera, porque la dosis había sido muy pequeña, y que sería semejante a las otras que había compartido con Aldous: que oscilaría desde la belleza y la presencia vehemente de la vida hasta el amor en todos sus niveles, tanto el humano como el místico.

Sorprendentemente, Aldous me pidió que silenciara la música. Era Bach. Probablemente la *Ofrenda musical* o una cantata.

Accioné el interruptor del tocadiscos, y mientras me preguntaba si Aldous querría escuchar alguna otra cosa, él se levantó del suelo, donde

estaba sentado, y empezó a pasearse por el corredor que une la sala con el dormitorio. Esto tampoco había ocurrido antes. Aldous, como la mayoría de las personas que viven una experiencia psicodélica, se movía muy poco, y generalmente permanecía en el mismo lugar durante la mayor parte de la sesión.

Marché junto a él unas pocas veces, procurando sentir lo que él sentía. Parecía preocupado, tenía un aire de agitación, y —esto también era muy insólito— mascullaba algo con voz baja, poco clara. Al principio no entendí lo que decía. Luego capté las palabras: «Confusión… terrible confusión». Volví

a pasearme con él. Sus movimientos, su expresión, las frases truncadas que pronunciaba, reflejaban una agitación inusitada. Al cabo de un rato, contestó a mi pregunta: «¿Dónde se manifiesta esta confusión?» y dijo que se manifestaba en la vida después de la muerte. Creo que mencionó la palabra *limbo*. Tomaba contacto con un mundo incorpóreo en el cual existía una confusión aterradora, o estaba en él, o lo sentía.

En las sesiones psicodélicas hay a menudo largos períodos, a veces de horas, durante los cuales no se pronuncia ni una sola palabra. La música, o a veces el silencio, es la manera menos inadecuada para expresar

lo indecible, la mejor manera de no nombrar lo innombrable. Pero yo reconocía dichos trances extáticos, porque se reflejaban en el rostro de Aldous, e incluso en esos momentos Aldous pronunciaba una o dos palabras. Sin embargo esta era una situación distinta. Aldous no vivía una experiencia extática: pasaba por algo muy intenso, muy importante, pero no agradable. No parecía querer o poder traducirlo en palabras. Este estado duró quizá media hora. Entonces dijo repentinamente: «Ahora ya está bien… ya está bien». Su semblante se transfiguró. Se sentó en el sillón, junto al magnetófono. Ese otro mundo se había

disuelto súbitamente. Tenía buen aspecto e intuí que ahora estaba dispuesto a hablar de su experiencia. Su mente trabajaba frenéticamente.

PRIMERAS PALABRAS GRABADAS DE ALDOUS:

> Verás, esta es… pensaba en uno de tus títulos… esta es una de las maneras de intentar fabricar cubos de hielo con agua que fluye, ¿no te parece? Fijar algo e intentar conservarlo… por supuesto, siempre está mal.

Pensé que quería decir que estaba mal fijar su impresión en la cinta.

LAURA: Bueno, detengamos el magnetófono.

ALDOUS *(inmediatamente y con mucho énfasis):* No, no… no me refiero a eso. Quiero decir que la luz es la mayor de los cubos de hielo, el súmmum de los cubos de hielo.

Aldous se refería a una de mis «Recetas para vivir y amar», que había debido reescribir muchas veces. El título de la receta es: «No intentes fabricar cubos de hielo utilizando un río que fluye»[68]. El concepto es que nuestros organismos se transforman continuamente en un mundo que se

transforma continuamente; que la esencia de la vida reside en su fluidez, en su aptitud para cambiar, para fluir y para tomar un nuevo curso; que el problema consiste en que a veces, casi siempre inconsciente e involuntariamente, congelamos un tramo de esta vida fluente y la convertimos en un «cubo de hielo». En la receta doy ejemplos para ilustrar hasta qué punto esto puede ser nocivo, y suministro instrucciones para descongelar estos «cubos de hielo» que aprisionan nuestra vida y nuestra energía. En síntesis, el «cubo de hielo» simboliza el efecto perdurable, glacial, de una experiencia extraordinariamente emocional y reprimida de aflicción,

cólera o miedo, en sus diversas y múltiples manifestaciones. Aldous me había ayudado a confeccionar la receta, y la frase «cubos de hielo en un río que fluye» era corriente entre nosotros.

ALDOUS: La luz pura. Esta es el mayor de los cubos de hielo, es el súmmum de los cubos de hielo.

La Luz Pura. La Clara Luz del Vacío. La experiencia de Divinidad. La experiencia mística. La experiencia culminante… ¡Cuántas denominaciones se han aplicado, a través de los siglos y en todas las diversas culturas, a ese estado que según los virtuosos más

sofisticados de la semántica no se puede describir con palabras! Recuerdo haberle oído decir a Aldous que San Agustín, que había escrito varios tratados fundamentales para la teología católica, experimentó la Luz Pura en las postrimerías de su vida… y no volvió a escribir una palabra. En *Island*, Aldous describe esta experiencia como «comprensión desprovista de conocimiento, beatitud luminosa».

LAURA: ¿Pensaste que hoy experimentarías *eso* [la *Luz Pura*]?

ALDOUS: Vaya, ¡puedo si quiero! Pero lo que quiero decir es que es muy bueno comprender que es sólo, por

así decir, la imagen reflejada de esto otro. Es sólo la distracción total… quiero decir, si puedes inmovilizar la distracción total durante suficiente tiempo, entonces se convierte en la distracción pura, unilateral: la luz pura.

LAURA: ¿Si puedes inmovilizarla? ¿A qué te refieres?

ALDOUS: Puedes inmovilizarla, pero no es lo auténtico… puedes permanecer eternamente en esto *con exclusión del amor y el trabajo*.

LAURA: Pero *esto debería ser* amor y trabajo.

ALDOUS *(con énfasis): ¡Precisamente!* Quiero decir que es por ello que

> falla. Como decía, esto demuestra que no debes fabricar cubos de hielo con un Río que Fluye. Tal vez *consigas* fabricar cubos de hielo… el mayor cubo de hielo del mundo. Pero probablemente puedes continuar durante… oh, no puedes continuar eternamente, pero sí durante inmensos eones… durante lo que *parece* [*pone mucho énfasis en esta palabra*] ser la eternidad, estando en la luz.

En sus últimos años Aldous puso cada vez más énfasis en el peligro de la adicción *exclusiva* a la meditación, de la adicción *exclusiva* al conocimiento,

de la adicción *exclusiva* a la sabiduría… sin amor. Ahora acababa de experimentar la tentación de incurrir en una adicción más sublime aún: la adicción a estar en la luz y permanecer allí. «Vaya, puedo si quiero», había dicho. Permanecer en esta conciencia extática y desconectarse de toda participación y compromiso con el resto del mundo… en la actualidad esto se expresa perfectamente, en un poderoso argot, con la frase «pasar de todo».

ALDOUS *(continúa):* Esto niega completamente los hechos: es incorrecto desde el punto de vista moral; y finalmente, desde luego, es

absolutamente catastrófico.

«Absolutamente catastrófico». Pronuncia estas dos palabras con la más seria y profunda convicción. No levanta la voz, pero cada letra parece esculpida sobre un bloque refulgente de mármol de Carrara, y permanece esculpida en el alma de cualquiera que la escuche. Es un aserto definitivo: uno no puede aislarse de sus semejantes y de su entorno, porque no existe la salvación privada; uno puede «atascarse» incluso en la Luz Pura en lugar de infundirla al «Amor y el Trabajo», que son la solución directa para la vida de todos, justamente aquí y ahora. Amor y Trabajo: si quisiera

condensar al máximo la esencia de la vida de Aldous, no podría encontrar una manera más precisa de enunciarla.

Después de las palabras «absolutamente catastrófico», la cinta se desenrosca un rato en silencio. Y entonces se produce un cambio total de talante. En la voz de Aldous flota una sonrisa tierna, envolvente, *mi* sonrisa. Fluye a través de la voz, creando una atmósfera de amor y de regocijada sorpresa, pero, sobre todo, de ternura.

ALDOUS: No sé cómo has captado todas estas cosas, cariño. *(Risa)*. ¿Qué se metió en tu dura, dura cabeza… cómo se te ocurrieron todas estas

extraordinarias ideas?

Siempre estaba muy complacido cuando yo inventaba algo, y ahora volvía a la receta del cubo de hielo.

LAURA: Por lo menos la de los cubos de hielo la recuerdo muy bien. Le estaba administrando LSD a […] y tuve esta sensación… Sólo se trata de que yo veía prácticamente un torrente de agua, ya sabes, un río, y él procuraba encontrarle un sentido lógico, para poder demostrar que todas esas gentes mentían, verás…

ALDOUS *(me interrumpe con una carcajada):* ¡Claro que mienten!

LAURA: Y tuve la impresión de que él racionalizaba el agua, o que incluso procuraba congelar un tramo de ese río que fluía y convertirlo en cubos de hielo…

ALDOUS *(sin parar de reír y tocándose la cabeza):* Pero es que se te ocurren tantas ideas. Obviamente, este cráneo tremendamente duro tiene un agujero en alguna parte. *(Muchas risas y risitas)*.

LAURA: Ojalá sea así.

ALDOUS *(después de una pausa):* Ciertamente es muy notable.

La frase «tener un agujero en el cráneo» encierra connotaciones distintas

para distintas personas. Aldous quería dar a entender que estas ideas debían de haber *penetrado* en mi cabeza, y no *salido* de ella. Sobre todo después de sus experiencias psicodélicas, Aldous mencionaba a menudo la teoría de Bergson, a saber, que nuestro cerebro y nuestro sistema nervioso no son la fuente de nuestras ideas, sino más precisamente una especie de válvula reductora a través de la cual la Mente-Ilimitada sólo deja filtrar el tipo de información que necesitamos para sobrevivir en este planeta. Una dilatación temporal de esta válvula, o «un agujero en la cabeza», permite que penetre un fragmento de esta Mente-Ilimitada… y esto es lo que

generalmente llamamos «inspiración». En *The Doors of Perception*, donde Aldous describe su primera experiencia psicodélica, se explaya sobre esta teoría de Bergson y dice que habría que considerarla con seriedad.

Hay un silencio en la cinta y después el diálogo continúa con tono reflexivo, circunspecto.

LAURA: No recuerdo si te lo dije, o si soñé que te lo dije… ¿te he hablado de la frase que me ronda en estos días por la cabeza: «Yo soy mil personas»?

ALDOUS: No, no me lo has dicho.

LAURA: Pero esto tampoco facilita las

cosas.

ALDOUS: No, evidentemente. Y cuando no tienes ningún lugar donde anclar… cuando, para volver al después de la muerte, quiero decir, no tendrás dónde anclar…

LAURA: Oh, sí. Entiendo.

Aldous rumiaba, y traducía en palabras, la experiencia que había tenido hacía un rato, mientras se paseaba de un extremo al otro del corredor. Había experimentado el estado incorpóreo del Después-de-la-Muerte, en el cual sobrevive la conciencia, pero no el cuerpo tal como lo conocemos.

ALDOUS: Así que, cuando haya un millar de personas corriendo en distintas direcciones… quiero decir, de todas maneras… *(entonces en un aparte en voz muy baja)* tu pelo huele como las acacias… tu cabeza es muy sólida *(tocándome la cabeza)* porque la clave es: cuando no hay nada parecido a esto…

Esto —un cuerpo tangible, algo para ver, para oír, para oler, para *tocar*— por contraste con ese otro estado del ser, que había experimentado antes, en el que había sentimientos y pensamientos, pero no percepciones, sentidos, ni formas

sólidas tal como estamos habituados a ellas.

LAURA: Cuando no hay nada de dónde cogerse…

ALDOUS: Hay mil personas distintas que corren en mil direcciones diferentes: y de esto tienes un atisbo ahora. Y esto, por supuesto, es lo terrible, pero creo saber… *(Y después de una pausa, con honda convicción)* pero *sé* que siempre habrá —y quiero decir que *esta* es la experiencia extraordinaria— por lo menos hay *alguien* allí que *sabe* que hay mil personas que van en direcciones diferentes… que existe una cordura

fundamental del mundo, que siempre está allí *a pesar* de las mil personas que van en mil direcciones distintas. Y mientras estamos en el espacio y el tiempo, rodeados por la gravedad, estamos considerablemente controlados. *(Ojalá pudiera transcribir la profundidad de la voz de Aldous en este pasaje, su sentimiento de admiración)*. Pero percibir lo que sucede cuando no existe ningún control excepto este conocimiento fundamental… quiero decir que esto es lo que tiene de cierto el *Bardo*.

Aldous se refiere al *Libro tibetano*

de los muertos, o la *Experiencia después de la muerte en el plano del Bardo*. Le había oído mencionar este libro a Aldous pocos días después de la muerte de Maria. En respuesta a una nota mía, me había invitado a almorzar y salir a pasear. Conocía incontables senderos rurales en medio de Los Ángeles y no lejos de su casa, así que después de comer fuimos a caminar por Laurel Canyon. Yo llevaba en mente muchas preguntas acerca de Maria y él las contestó sin que se las formulara, explicándome lo que había ocurrido después de nuestro encuentro del verano en Roma.

Dijo que durante las últimas horas

de su vida él le había hablado, alentándola a avanzar, como en el Bardo. «¿Qué es eso?», le pregunté. Entonces me informó lo que era el Bardo, o plano intermedio posterior a la muerte corporal, tal como lo describe el *Libro tibetano de los muertos*, explicando que en esas antiguas enseñanzas se exhorta al moribundo a seguir adelante, a ir más lejos, a no preocuparse ni dejarse estorbar por su cuerpo presente, o por los parientes o amigos o los negocios inconclusos, ingresando en cambio en un estado de conciencia más dilatado.

Agregó que el *Libro tibetano de los muertos* es un manual sobre el Arte de

Vivir tanto como lo es sobre el Arte de Morir. A los sobrevivientes se les aconseja que piensen en el ser amado y en su necesidad y destino en el nuevo estado de conciencia, y que no se sumen total y egocéntricamente en su propia pena. «Seguid la marcha. Seguid adelante»… a ambas conciencias, la que aún utiliza el cuerpo y aquella cuyo cuerpo está siendo descartado… he aquí un consejo sano y compasivo. «Seguid la marcha. Seguid adelante».

¿Cuántos de nosotros andamos por el mundo, no totalmente vivos porque una parte de nosotros *no* siguió adelante sino que murió con Mamá o Papá o con alguna otra persona amada… incluso, a

veces, con un animal doméstico? El hecho aterrador, incomprensible, de la muerte, ya es bastante difícil de aceptar y asimilar incluso con la enseñanza más esclarecida, incluso con el estímulo más cálido y tangible… y ni que hablar cuando no existe ayuda para entender la muerte, para aceptarla, para hablar de ella. ¿Cómo se puede empezar a entender siquiera la muerte cuando esta apenas es un tema permisible en la buena sociedad? Ahora el sexo es un tema de conversación aceptable, pero a la muerte aún la ocultan bajo la alfombra, aún la encierran en la mazmorra, como se hacía hasta no hace mucho con los locos.

Ese primer paseo después de la muerte de Maria me quedó grabado. Tenía vagas noticias de esta forma sabia y noble de abordar la muerte, definida como doctrina esotérica. Ahora Aldous, agobiado y pálido, pero totalmente vivo, me explicaba cómo había aplicado este conocimiento, cómo había exhortado a Maria a seguir adelante sin preocupación ni pesares. Mientras él hablaba durante el paseo, yo comparaba su experiencia con la forma en que yo estaba familiarizada con la muerte: las ceremonias lúgubres, que entonaban cantos trágicos al pecado, al fuego del infierno y a la condenación eterna; la piadosa súplica de clemencia a una

deidad remota, alternadamente encolerizada y misericordiosa; mientras nosotros, los sobrevivientes, sumidos en el dolor y totalmente enfocados en este, apenas tributábamos un pensamiento a la persona fallecida, si no era en relación con nuestra propia angustia. Es desolador pensar que la consideración y el dinero que se derrochan en cadáveres, en Estados Unidos, bastarían para alimentar a millones de niños, y para convertir vidas consagradas a la delincuencia y la desesperación en vidas consagradas a la dignidad humana y la felicidad.

Aldous continuó explicándome, durante aquel primer paseo que siguió a

la muerte de María, cómo la había ayudado a avanzar lo más posible. Estaba tan desolado como cualquier ser humano que ha perdido a la compañera amada de toda la vida, y sin embargo, a la hora de su muerte, había conseguido apartar su atención del dolor de perderla para enfocar tanto la mente de ella como la suya propia en lo más importante de todo: en esa *cordura fundamental* de la que ha hablado en todas sus experiencias psicodélicas y a lo largo de esta que nos concierne.

Continúa la grabación.

ALDOUS: El Bardo está en lo cierto.

Verás, tienes que tener conciencia de

esto, *y aferrarte a lo que sabes con todas tus fuerzas*... porque de lo contrario estás totalmente a merced de un tornado.

LAURA: Sí. ¿Pero cuántas personas lo saben?

ALDOUS *(con mucho énfasis)*: ¡Precisamente! Pero es por esto que dicen que realmente deberíamos empezar a prepararnos. *(Aldous se refería a la preparación para la muerte)*. Y debo decir que me parece *tremendamente importante* que mediante este conocimiento que obtenemos a través de estos hongos o de lo que sea[69], tú entiendas un poco lo que significa todo esto. Creo

que la experiencia más extraordinaria consiste en saber que existe toda esta demencia que es sólo la multiplicación… la caricatura de la demencia normal que sigue su marcha. Pero que existe una cordura fundamental con la que puedes mantenerte fusionada y de la que puedes tener conciencia. Ésta, por supuesto, es toda la doctrina del Bardo: ayudar a la gente a tener conciencia de la cordura fundamental que existe a pesar de todas las cosas aterradoras… y también de las cosas que no son realmente aterradoras, sino a veces extáticas, maravillosas. *No debes* ir

al cielo, como ellos dicen continuamente.

¡Una y otra vez! No desertar del Amor y el Trabajo, y ni siquiera de una sociedad insatisfactoria, para refugiarse en la seguridad personal y aislada de la Luz Pura, con o sin substancias psicodélicas. «Como ellos dicen continuamente»… Aldous se refiere a los budistas mahayana, para los cuales el Bodhisattva es la forma más sublime del hombre: semejante hombre no se regodea en la salvación personal sino que vive y participa en las actividades del mundo por compasión hacia aquellos que aún no han alcanzado el

esclarecimiento.

Yo quería saber más acerca del no ir al cielo.

LAURA: ¿No debes ir al cielo?

ALDOUS: No debes ir al cielo. Es igualmente peligroso. Es temporal… y de alguna manera deseas aferrarte a la verdad última de las cosas.

LAURA: ¿La verdad última de las cosas?

ALDOUS: Bueno, quiero decir… la luz total del mundo, supongo, que está en el aquí y ahora que experimentamos. Es por supuesto la mente-cuerpo. Pero cuando te liberas del cuerpo tiene que haber algún equivalente experimental de

este, debes poder aferrarte a algo… No sé.

LAURA: ¿A qué puedes aferrarte, entonces?

ALDOUS: Lo único que se puede decir es que uno se aferra a esta cordura fundamental, que como he dicho está *garantizada*, mientras uno se halla en el cuerpo, por el hecho del espacio y el tiempo y la gravedad, y tres dimensiones y todo lo demás. De alguna manera, cuando te libras de estas anclas…

El *Libro tibetano de los muertos* nos previene a menudo sobre este peligro de entrar en un infierno o cielo

fantasmagórico. El guía (o *guru*) explica que en este estado incorpóreo todos nuestros pensamientos y sentimientos parecen asumir una forma concreta. Los pensamientos son objetos. El individuo muerto ve estos objetos y, si no lo ayudan, queda atrapado entre ellos. Le advierten continuamente que estas apariciones son sólo alucinaciones, son sólo una proyección de su conciencia, y que debe seguir avanzando sin comprometerse con ellas, sin sentir repulsión ni atracción: debe comprender que son sólo distracciones que él mismo ha creado. Le repiten constantemente esta admonición: «¡Oh, tú que has nacido noblemente! No permitas que tu

mente se distraiga». Igualmente, la primera y la última palabra de *Island* es «Atención». Es la primera palabra que el viajero distraído y herido de Occidente, el hombre que no acepta el *si* como respuesta, oye en esa Isla, gorjeada por el pájaro mynah. Es encantadora la forma en que el novelista sintetiza en una sola palabra un antiguo mensaje vital para todos: Atención.

ALDOUS *(continuando):* Pero existe un equivalente de algún tipo que hay que atrapar. De lo contrario, el mundo circundante es tenue y se convierte en —cómo es la palabra— *Pretas*, el mundo de los fantasmas

desasosegados. Uno se va al infierno y después debe volver apresurada y desesperadamente sobre sus pasos y conseguir otro cuerpo.

LAURA: ¿Para aferrarse nuevamente?

ALDOUS: Para aferrarse nuevamente. Bueno, esto es obviamente lo mejor, si no se ha obtenido lo mejor de todo. Pero todos han dicho claramente que existe algo que es el equivalente… de nuevo en esta extraordinaria doctrina de la cristiandad, la resurrección del cuerpo, y finalmente la inmortalidad tendrá adosado algo semejante al cuerpo. No sé qué significa esto, pero evidentemente no se le puede

atribuir ningún significado corriente. Pero uno ve qué es exactamente lo que buscan: una idea de que de algún modo tenemos que conseguir un equivalente en un plano superior de este lugar que el espacio y el tiempo y la gravitación nos suministran para asegurar el ancla. Y que se puede alcanzar. Uno tiene, como digo, en esta extraña experiencia, uno tiene la sensación de que existe esta cordura fundamental a pesar de toda la distracción y de la necedad absurda que imperan, y que carecen de relevancia para uno, que no sirven para nada, extrañamente, aunque puedan parecer muy, muy

importantes. *(Silencio, luego:)*

Es muy importante, si uno puede, *mientras sucede*, si uno puede ver su aspecto exterior. Es obviamente importante cuidar de los propios asuntos con sensatez y captar la importancia que tienen, dentro de su tonta condición, pero siempre que pueda ver, a través de todo esto, este otro nivel de importancia, a la luz del cual habrá que suprimir muchas actividades. No parecerá tener ningún sentido emprenderlas, aunque muchas haya que emprenderlas, pero emprendiéndolas de una nueva manera, con una especie de desapego, y haciendo sin embargo

las cosas hasta el límite de las propias fuerzas. Esta es nuevamente otra de las paradojas: trabajar hasta el límite para triunfar en lo que uno hace, y ser al mismo tiempo indiferente a ello: si no triunfas, paciencia, y si sí triunfas, *tant mieux*, no tienes por qué jactarte de ello. Esta es toda la historia del *Bhagavad-Gita*: encontrar la forma de hacerlo todo con pasión pero con desapego.

LAURA: Pasión y desapego…

Pasión y desapego. Años atrás, antes de haber oído hablar de estas filosofías, ¡con cuánta pasión había anhelado el

desapego! Este era el ideal que me había fijado en mi condición de música: interpretar con toda mi capacidad, arder de pasión, pero conservar la pureza y el desapego cristalinos en la perfección técnica y estilística. Y en estos últimos años de labor y exploración psicológicas había visto, en mi vida cotidiana y en mi trabajo, dentro de mí y fuera de mí, todo tipo y magnitud de pasión solamente o de desapego solamente… ¡pero muy pocas veces la fusión de ambos!

En el *Bhagavad-Gita* el héroe Arjuna es un gran guerrero, y Krishna, o Encarnación del Espíritu Supremo, es su guía. Se le explica a Arjuna que debe

combatir con toda su fuerza y todo su valor… y que sin embargo debe mantenerse desapegado del combate.

Si miramos dentro y en torno de nosotros, vemos muchas condiciones en que se libra esta batalla, tres de las cuales son las más conspicuas. Una es la condición del luchador que, interiormente descontento, resentido y vengativo, está química y psicológicamente *obligado* a combatir. *Tiene* que oponerse; debe dar y tomar el *no* por respuesta aunque le convenga más el *si*… a veces especialmente si este le conviene más. Se bate con un enemigo exterior que a menudo no es más que la sombra refleja del interior.

Aunque derrote al enemigo exterior, el interior sólo se apacigua temporalmente. Luego hay otro tipo de luchador: el hombre que se descorazona fácilmente, que prefiere permanecer pasivo para no correr el riesgo del fracaso. Exageradamente cauteloso y desconfiado, se engaña a sí mismo con tal de no enfrentar problemas y decisiones. Hay aún otro tipo de luchador, ese al que se refiere Krishna. También nos encontramos con este tipo… ¡pero cuán raramente! Es el que lucha sólo después de realizar una valoración ética del problema y de sus propios motivos iniciales. Disfruta de la paz interior, tanto cuando triunfa como

cuando es derrotado. Este guerrero, emancipado de los demonios inconscientes, de mente despejada y controlado, puede parecer, exteriormente, implacable, tenaz, incluso furioso; interiormente es invulnerablemente armonioso.

El *Gita* describe a los tres tipos de hombre en estos términos:

El que obra sin deseo,
el que no se jacta de su acto,
el que es ardiente, sufrido,
el que no se deja conmover por el triunfo,
ni turbar por el fracaso:

este es un hombre de sattua [*la energía de la inspiración*].

El que obra con deseo,
ambicionando el trofeo de la vanagloria,
brutal, codicioso e impuro,
demasiado rápido para regocijarse del triunfo,
desesperado por el fracaso:
este es un hombre de rajas [*la energía de la acción*].

El que obra con indiferencia
sin poner el corazón en su acto,
estúpido y terco,

taimado y malicioso,
el abúlico enamorado de la desidia,
fácilmente desalentado:
este es un hombre de tamas [*la energía de la inercia*][70].

Aldous hablaba del hombre que combate con la energía de la inspiración *(sattua)*.

ALDOUS: Se ve de qué se trata… no está comprometido a pesar de que lo está al máximo. ¿Qué parte de él no está comprometida? Pero es inútil que intentemos practicar un análisis porque, como de costumbre, se trata

de una paradoja y un misterio…
LAURA: Pero aun si…
ALDOUS: Uno empieza a comprender que este es el problema capital.

Hubo muchas pausas en la conversación. La mayoría de las palabras eran enunciadas lentamente, en un esfuerzo por aclarar realidades a las cuales la mayoría de nosotros no estamos habituados. Aldous había hablado parsimoniosa y pensativamente. A pesar de la mala calidad de la grabación, empañada a menudo por los ruidos de autos y la estática, se percibe que la atmósfera está impregnada de reflexión y descubrimientos. Ahora se

produce una pausa, después unos pocos ruidos: estamos extrayendo un Kleenex de una caja. A continuación:

ALDOUS: Me chorrea la nariz. *(Entonces el estado de ánimo y la voz cambian, se tornan joviales, y en la voz de Aldous vibra una risa divertida)*. Es un excelente medio para recordar que la filosofía más sublime está asociada *inextricablemente* con las narices chorreantes. Es uno de los temas que deberían haber tocado en el Evangelio. Obviamente él estaba en lo alto de una cumbre —el Sermón de la Montaña— y allí arriba debía

de correr mucha brisa y debía de hacer mucho frío. Probablemente le chorreaba la nariz.

Su voz no refleja una intención iconoclasta: sólo una risita y una ratificación de su certidumbre de que todas las cosas están relacionadas con todas las demás y de que no deberíamos olvidarlo. Aunque nos hayamos remontado a un plano elevado de espiritualidad seguimos sujetos a las leyes de la naturaleza. También estoy segura de que Aldous se dio cuenta en ese momento de que hacía un largo rato que hablaba solemnemente… era natural en él, gracias al cielo, aligerar la

solemnidad con simpatía y humor.

LAURA *(después de un silencio):* Pero es muy difícil. ¿Cómo prepararse para la muerte? Todo esto parece, como tú dices, hacerlo muy…

ALDOUS: Creo que la única forma en que uno puede prepararse para la muerte… tú comprendes que, bueno, al fin y al cabo, toda tu psicoterapia es en cierto sentido una preparación para la muerte en la medida en que *mueres* respecto de estos recuerdos que pueden obsesionarte como si pertenecieran al presente: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos». Obviamente, la forma

totalmente sana de vivir es: «basta a cada día su propio mal».

Aldous citaba a menudo estas palabras, de las que Cristo se había valido para decir: «Vive aquí y ahora». Sugirió que yo intercalara esta cita en mi receta «Sepulta el fantasma», que aborda el problema de los recuerdos emocionales que interfieren nuestro presente. Opinaba que la exhortación de Cristo al hombre que deseaba sepultar a su padre: «Sígueme, y deja que los muertos lo entierren», implicaba la forma más rotunda de decir: «Vive aquí y ahora». Uno no debe inquietarse por el pasado ni por el futuro, ya que cada día

acarrea suficientes problemas. También vivía guiándose por este principio: o podía hacer algo aquí y ahora respecto de un problema, o no permitía que este interfiriera el aquí y ahora.

ALDOUS: Aceptas esto sin que te obsesione lo que hay en el pasado: mueres respecto de este. La preparación para la muerte última consiste en tener conciencia de que tu forma de vida más sublime y más intensa está constantemente acompañada, y condicionada, por una serie de pequeñas muertes. Debemos seguir muriendo respecto de estos recuerdos obsesivos.

Quiero decir que la paradoja consiste nuevamente en poder recordar con extraordinaria nitidez, pero sin dejarse obsesionar.

Aldous se refiere aquí a la diferencia entre las dos memorias: la informativa y la emocional. La informativa nos resulta esencial para continuar con nuestra vida cotidiana. La emocional tiene una cualidad más sutil, poderosa y, a veces, omnímoda: sobre todo cuando es inconsciente, puede obsesionarnos con fantasmas de nuestro pasado emocional, arrebatándonos la energía y la atención que necesitamos aquí y ahora.

LAURA: Pero incluso sin los recuerdos tenemos la figura compuesta que somos nosotros —la combinación de tantos caracteres— y si no tienen algo donde encontrarse, un ámbito común, que es el cuerpo, ¿dónde se encuentran?

ALDOUS: Bueno, deben encontrarse, supongo, en algún… lo que se llama, entre comillas, «el Espíritu», tal como nos encontramos normalmente en este plano inconsciente-subconsciente. Y además se encuentran también en el plano superconsciente, que, por supuesto, contiene completamente al

inconsciente. *(Pausa)*. Y esta sería ciertamente la enseñanza de los Bardos… estas mil figuras… pueden encontrarse indebidamente o sea mediante… hasta el punto de distracción a través del cubo de hielo, o pueden encontrarse mediante el reconocimiento de la culminación en el espíritu, en ese plano.

Esta es una reiteración de lo que Aldous dijo al principio: se produce un encuentro en esa aterradora confusión de pensamientos y emociones que se arremolinan sin la seguridad de un terreno común que es el cuerpo, o se produce un encuentro en la conciencia

de esa fundamental cordura-del-mundo que él percibía tan marcadamente.

ALDOUS: Y es por esto que todos dicen que debes poner bastante empeño, y que debes tratar de comprender este hecho… y una de las formas de lograrlo está, al fin y al cabo, en ese pequeño «Zen Flesh, Zen Bones»[71], la preparación se logra mediante estos ejercicios de conciencia. Esto te conduce, digamos, al tercer estrato de conciencia.

LAURA: Pero entre los dos extremos queda tanto espacio para ir a la deriva…

ALDOUS: Hay demasiadas maneras de

equivocarse. Quiero decir, las personas mejor intencionadas se equivocan. *(Largo silencio)*. Contemplaré este Rembrandt…

En la cinta magnetofónica se oyen ruidos confusos. Aldous miraba libros de arte. A su juicio, Rembrandt era el pintor más extraordinario. Se oye mi voz, desde la otra habitación, hablando por teléfono con Paula, la hija de Ginny, que entonces tenía once años y que ese día no estaba en la escuela. Después oímos nuevamente la voz de Aldous. Desde el incendio vivíamos con Ginny y sus dos hijos, y este estrecho contacto convertía el problema de la educación

en algo muy concreto para Aldous. Comprobaba todos los días que era difícil educar a dos criaturas en una gran ciudad como Los Ángeles. El problema tenía muchas facetas y Aldous sacó a relucir una en esta conversación.

ALDOUS: Si nos necesita, cariño, podemos volver. ¿Está sola? Probablemente no quiere estar sola. Quizá deberíamos volver. *(Silencio)*. Dijo que quería escribir un cuento, así que le di una estilográfica. *(Otro silencio)*. Cuando pienso en esa cosa admirable que había en mi escuela primaria.

LAURA: ¿De veras? ¿Una rutina?

ALDOUS: Bueno, quiero decir que teníamos ese taller de carpintería. Siempre podíamos pasar nuestro tiempo libre allí, cuando queríamos, y era obligatorio ir dos o tres horas por semana. Había un carpintero que era el hombre para todo trabajo que empleaba la escuela, pero era un oficial carpintero. Realizábamos todos los ejercicios con los que debe familiarizarse un aprendiz… casi hasta el trabajo de un maestro. Esto es lo que significa «obra maestra»: el aprendiz lo aprende todo, y finalmente rinde su examen final de doctorado.

LAURA: ¿De veras?

ALDOUS: En el caso de un carpintero había toda clase de ensambladuras distintas, en cola de milano y así sucesivamente: varias cosas empalmadas.

LAURA: Lo cual es muy difícil.

ALDOUS: Muy difícil. Verás, todas las superficies debían ser absolutamente lisas. Tenías que aprender a cepillar uniformemente.

LAURA: ¿Tú lo aprendiste?

ALDOUS: Sí. Sí, ejecutamos todos los distintos tipos de ensambladuras, en cola de milano, y así sucesivamente, tal como lo habría hecho un aprendiz medieval.

LAURA: Bueno, pero…

ALDOUS: Cuando habíamos completado todos estos tipos de ejercicios, nos permitían hacer lo que queríamos… fabricar un trineo o un anaquel, y lo fabricábamos… pero siempre de la mejor calidad. Quiero decir que no se trataba ni remotamente de realizar chapuzas con clavos. Siempre había que ensamblar las maderas en cola de milano.

LAURA: Pero aquí no lo hacen así… ni siquiera los carpinteros profesionales.

ALDOUS: Los buenos trabajos de ebanistería se siguen haciendo de esta manera, pero por supuesto en la actualidad no es realmente… quiero

decir, es muy distinto.

LAURA: Pero en esta escuela no hacen nada. Se limitan a pasar la tarde corriendo de un lado a otro.

ALDOUS: Bueno, uno de los problemas es el de los salarios. Quiero decir, aquel era un hombre excelente que realizaba todos los trabajos menudos de la escuela, pero también era un artesano de los viejos tiempos que se bastaba para todo. Y era un hombre muy espabilado: era un placer estar en su compañía. Y sabía hablar bien y se le ocurrían frases deliciosas. Por ejemplo, cuando afilaba una herramienta decía: «Ahora está suficientemente afilada

para cortar los bigotes de un ratón muerto sin despertarlo». Pero todo esto pertenece al pasado. Lo que no debería pertenecer al pasado es la idea muy sensata de suministrar a los críos algo para hacer.

LAURA: ¿Quieres que prepare sopa? ¿Te gustaría tomar un poco de sopa?

ALDOUS: Sí, eso estaría bien.

Capítulo 36

1962 Cartas

Este año Huxley tuvo un programa de disertaciones aún más activo, a pesar de que sufrió una recurrencia del cáncer que obligó a someterlo a cirugía menor y a nuevos tratamientos

de radiación. Además de disertar en universidades, habló en una conferencia sobre hipnosis, ante los físicos reunidos en Los Álamos, ante la Academia Norteamericana de Artes y Letras, y ante la Academia Mundial de Artes y Ciencia de Bélgica. También encontró tiempo para visitar el Centro Espacial Apolo de Los Ángeles, y el hogar de su infancia en Surrey. La Real Sociedad de Literatura lo honró con el título de Caballero en Literatura, título que también ostentaban Churchill, Maugham y Masefield, quienes aún vivían en aquella época. Apareció Island *y empezó a escribir el que sería su libro póstumo.*

En sus cartas, Huxley discute la naturaleza de la «experiencia no mediada» de tipo psicodélico, el uso tántrico de la LSD y los hongos, y le contesta al maharajá de Cachemira, quien después de leer Island *le escribe para preguntarle dónde podrá obtener drogas psicodélicas. Claire Nicolas White lo describe, en Bedford (vol. 2, pág. 312) leyendo en voz alta* The Doors of Perception *a los hijos de su sobrina, en su casa de Long Island, mientras estos «lo escuchaban fascinados, y uno de ellos dibujaba su retrato».*

AL DOCTOR TIMOTHY LEARY [SMITH 888]

2533 Hillegass,
Berkeley 4, Cal.
11 de febrero de 1962

Estimado Tim:

En mi última carta olvidé contestar tu pregunta sobre el Tantra. Existen enormes libros sobre el tema escritos por «Arthur Avalon» (Sir John Woodroffe), en los que uno puede abrevarse con provecho. Hay un capítulo al respecto en *Philosophies of India*, de Heinrich Zimmer. El enfoque

erudito más completo, en escala manejable, se encuentra en los diversos libros de Mircea Eliade sobre yoga. Lee también *Buddhist Texts*, de Conze. Hasta donde se entiende, el Tantra parece ser una extraña mezcla de superstición y magia con una filosofía sublime y agudas percepciones filosóficas. Existe una cantidad inagotable de ritual y magia por las palabras. Pero me parece que el ideal básico es el más sublime posible: el esclarecimiento, no independientemente del mundo (como en el caso de los vedantistas y de los adictos al Nirvana de la Escuela Hinayana de budistas) sino dentro del mundo, a través del mundo, mediante los

procesos corrientes de la existencia. El Tantra enseña un yoga del sexo, un yoga de la alimentación (incluso comiendo alimentos prohibidos y tomando bebidas prohibidas). La sacramentalización de la vida común, para que cada hecho pueda convertirse en un medio para la conquista del esclarecimiento, se logra, esencialmente, a través de la percepción constante. Este es el apogeo del yoga —percibir, tener conciencia incluso de lo inconsciente— en todos los niveles, desde el fisiológico hasta el espiritual. En este contexto, observa la lista de 112 ejercicios de percepción extraídos de un texto tántrico y reproducidos al final de *Zen Flesh, Zen Bones* de Paul Reps

(ahora en edición en rústica). Estos ejercicios se anticipan a la totalidad de la «terapia gestáltica», y la terapia no es sólo para lo anormal, sino que es sobre todo una terapia para la enfermedad mucho más grave de la insensibilidad y la ignorancia que nosotros llamamos «normalidad» o «salud mental». Me parece que la LSD y los hongos se deberían usar en el contexto de esta idea tántrica básica del yoga de la percepción total, que conduce al esclarecimiento dentro del mundo de la experiencia cotidiana, que, por supuesto, se convierte en el mundo del milagro y de la belleza y del misterio divino cuando la experiencia es lo que siempre

debería ser.

Tuyo,
Aldous

A REID GARDNER [SMITH 902]

En 31 Pond Street,
Hampstead, N. W. 3
18 de setiembre de 1962

Estimado señor Gardner:

… Ignoraba que [Robert] Graves hubiera escrito sobre la psilocibina, y

debo leer su artículo[72]. En los experimentos con LSD y psilocibina que siguieron a la experiencia con mescalina descrita en *The Doors of Perception*, he conocido ese sentimiento de solidaridad afectuosa con las personas que me rodean, y con el universo en general… y también la sensación de la Perfección fundamental del mundo, a pesar del dolor, la muerte y la congoja. Esta Perfección se puede expresar en palabras o con otros símbolos, pero es imposible transmitir su naturaleza a alguien que no haya pasado por la experiencia inmediata. ¿Y acaso la experiencia se puede inducir mediante términos poéticos, aunque estos sean los

más arrebatadores? Nunca observé que se pudiera inducir así… cuando más uno sólo puede prepararse de esta manera para ella. (Al pasar, la mescalina, la LSD y la psilocibina producen todas una vivencia en que se saltean de alguna manera la verbalización y la conceptualización. Uno puede hablar acerca de la experiencia… pero siempre con el conocimiento de que «el resto es silencio»).

Espero que cuando yo vuelva a California venga a visitarme.

Cordialmente,
Aldous Huxley

A SU ALTEZA EL MAHARAJA DOCTOR KARAN SINGH, DE JAMMU Y CACHEMIRA [SMITH 991]

6233 Mulholland Highway,
Los Ángeles 28, California
22 de diciembre de 1962

Su Alteza:

Le agradezco su amable carta. *Island* es una especie de ensueño pragmático, una fantasía con instrucciones detalladas y (concebiblemente) prácticas para

convertir en realidad la armonización imaginada y deseable entre las percepciones europea e india. Pero lamentablemente, a pesar de estos aspectos pragmáticos, el libro continúa siendo un sueño, muy alejado (como aclaro tristemente en los últimos párrafos de la narración) de nuestra realidad actual. Y sin embargo, si no estuviéramos excesivamente atareados tratando de hacer alguna otra cosa, *podríamos*, creo, convertir este mundo en un lugar apto para los seres cabalmente humanos.

En cuanto a las drogas «psicodélicas» —LSD, mescalina, psilocibina— estas escasean y sólo

están al alcance de los investigadores. Ignoro si se realizan investigaciones de esta naturaleza en una de las universidades indias. Usted podría averiguarlo escribiendo a la compañía Sandoz, Basilea, Suiza (fabricante de la LSD y la psilocibina).

Otra posibilidad: mi amigo, el doctor Timothy Leary, del Departamento de Psicología de la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts, Estados Unidos de América, realiza investigaciones en gran escala. Es posible que le complazca tener una oportunidad para estudiar los fenómenos psicodélicos en relación con sujetos educados en una cultura distinta de la de

él. Si usted pudiera poner una casa a su disposición durante unas semanas, tal vez a él le gustaría viajar a la India y realizar este experimento socio-psicológico. Y cuando yo vuelva a su país, si vuelvo, ciertamente recordaré su amable invitación.

Aldous Huxley

Capítulo 37

1962 Moksha

ALDOUS HUXLEY

Huxley tardó cinco años en escribir su última novela, la obra culminante de su última década. Quizá por única vez en

su carrera literaria cuestionó su capacidad creativa para «poetizar y dramatizar [con éxito] el material intelectual y crear una obra que fuera simultáneamente divertida, trágica, lírica y profunda» (carta a Matthew Huxley, 20 de agosto de 1959). A Osmond (22 de junio de 1958) le describió su tarea como «la tentativa de imaginar lo que se podría hacer para crear una buena sociedad, consagrada a movilizar todos los poderes y dones latentes de los individuos…». Introdujo en el libro algunas de las técnicas psicoterapéuticas de Laura. Island *está dedicado a ella;* The Doors of

Perception *estaba dedicado a Maria. Como lo hace notar Sybille Bedford, estos son los únicos libros, entre los casi cincuenta que publicó Aldous, que llevan dedicatoria.*

Los isleños —los palaneses— utilizaban una droga llamada moksha*: una especie de substancia psicodélica perfeccionada en forma de un hongo amarillo cultivado que crecía en las montañas. La substancia también recibe el nombre de «medicina-*moksha*» y suministra «la experiencia mística al máximo». A diferencia del* soma *de* Brave New World, *la* moksha *no es para los escapistas: un principio ético capital de los isleños consiste en*

*«prestar atención». En una ceremonia del rito de pasaje en la cual se suministra la droga a los jóvenes palaneses, el guía revela su mensaje esencial: «La liberación… el fin de la congoja, dejar de ser lo que ignorantemente creéis ser y convertiros en lo que en verdad sois. Durante un breve lapso, gracias a la medicina-*moksha*, sabréis lo que significa ser lo que en verdad sois, lo que en verdad habéis sido siempre».*

—Aquí el sexo es distinto —insistió Murugan.

—¿Debido al yoga del amor? —

preguntó Will, recordando el rostro embelesado de la pequeña enfermera.

El joven hizo un ademán de asentimiento.

—Tienen algo que les hace pensar que son perfectamente dichosos y no quieren nada más.

—¡Qué estado de bienaventuranza!

—Eso no tiene nada de bienaventurado —espetó Murugan—. Es sencillamente estúpido y repulsivo. Nada de progreso: sólo sexo, sexo, sexo. Y por supuesto esa droga atroz que les dan.

—¿Droga? —repitió Will, atónito. ¿Droga en un lugar donde Susila había dicho que no existían adictos?—. ¿Qué

clase de droga?

—La fabrican con hongos. *¡Hongos!* —Su voz era una parodia cómica del tono vibrante de ultrajada espiritualidad de la Rani.

—¿Esos hermosos hongos rojos sobre los cuales solían sentarse los gnomos?

—No, estos son amarillos. La gente acostumbraba a ir a recogerlos en las montañas. Ahora los cultivan en viveros especiales en la Estación Experimental de Altura. Droga científicamente cultivada. Bonito, ¿verdad?

Sonó un portazo y se oyeron voces, pasos que se aproximaban por un corredor. El indignado espíritu de la

Rani se disipó bruscamente, y Murugan volvió a ser el escolar con remordimientos de conciencia que intentaba ocultar furtivamente sus fechorías. En un santiamén la *Ecología elemental* sustituyó al catálogo de Sears, Roebuck, y la cartera sospechosamente abultada desapareció bajo la mesa. Un momento después Vijaya entró en la habitación, desnudo hasta la cintura y cubierto por el sudor del trabajo al sol del mediodía, que lo hacía brillar como bronce aceitado. Detrás de él apareció el doctor Robert. Murugan levantó la vista del libro. Tenía el aire de un alumno modelo, al que la irrupción de unos intrusos llegados del frívolo mundo

exterior interrumpía sus lecturas. Divertido, Will asumió enseguida, con entusiasmo, el papel que le habían asignado.

—Fui yo quien llegó demasiado temprano —dijo, respondiendo a las excusas de Vijaya por su tardanza—. Como consecuencia de lo cual este joven amigo no ha podido continuar con sus estudios. Nos hemos hartado de hablar.

—¿De qué? —inquirió el doctor Robert.

—De todo. De coles, de reyes, de motonetas, de abdómenes oscilantes. Y cuando ustedes entraron, acabábamos de abordar el tema de los hongos. Murugan

me hablaba de los hongos que usan aquí para fabricar droga.

—¿Qué significa un nombre? —comentó el doctor Robert, riendo—. Respuesta: prácticamente todo. Murugan, que tuvo la desgracia de educarse en Europa, la denomina droga y experimenta respecto de ella toda la repugnancia que, por un reflejo condicionado, inspira esta palabra obscena. Nosotros, por el contrario, le aplicamos nombres meritorios: la medicina-*moksha*, la reveladora de la realidad, la píldora de la verdad-y-la-belleza. Y sabemos, por experiencia directa, que es digna de los nombres meritorios. En tanto que nuestro joven

amigo aquí presente no la conoce de primera mano, y ni siquiera podemos persuadirlo para que la pruebe. Para él es droga, y la droga es, por definición, algo que una persona decente no consume jamás.

—¿Qué dice a eso Su Alteza? —preguntó Will.

Murugan meneó la cabeza.

—Lo único que suministra es un montón de ilusiones —murmuró—. ¿Por qué habría de esforzarme por hacer el tonto?

—¿Por qué, en verdad? —dijo Vijaya, con bonachona ironía—. ¡Visto que, en su condición normal, usted es el único miembro de la raza humana que

nunca hace el tonto y nunca acaricia ilusiones respecto de algo!

—Nunca dije eso —protestó Murugan—. Sólo se trata de que no quiero el falso *samadhi* de ustedes.

—¿Cómo sabe que es falso? —inquirió el doctor Robert.

—Porque el verdadero sólo le llega a la gente después de años y años de meditación y *tapas* y… bueno, usted sabe… no andar con mujeres.

—Murugan —le explicó Vijaya a Will—, pertenece a la categoría de los puritanos. Le indigna que, con cuatrocientos miligramos de medicina-*moksha* en la sangre, incluso los principiantes, sí, e incluso los chicos y

chicas que se hacen el amor, puedan captar una vislumbre del mundo tal como lo ve quien se ha liberado de su sumisión al ego.

—Pero no es real —insistió Murugan.

—No es real —repitió el doctor Robert—. Lo mismo podría decir que la experiencia de bienestar no es real.

—Esa es una petición de principio —objetó Will—. Una experiencia puede ser real en relación con algo que sucede dentro de su cráneo, pero completamente ajena a todo lo exterior.

—Por supuesto —asintió el doctor Robert.

—¿Sabe qué es lo que sucede dentro

de su cráneo, cuando ha ingerido una dosis de hongo?

—Sabemos un poco.

—Y nos esforzamos continuamente por averiguar más —añadió Vijaya.

—Por ejemplo —prosiguió el doctor Robert—, hemos comprobado que las personas cuyo electroencefalograma no muestra ninguna actividad del ritmo alfa cuando están relajadas no suelen responder significativamente a la medicina-*moksha*. Esto significa que debemos encontrar otros medios de liberación para el quince por ciento, aproximadamente, de la población.

—Y también estamos empezando a entender el correlativo neurológico de

estas experiencias —manifestó Vijaya —. ¿Qué sucede en el cerebro cuando alguien tiene una visión? ¿Y qué ocurre cuando se pasa de un estado mental premístico a otro auténticamente místico?

—¿Lo saben ustedes? —preguntó Will.

—«Saber» es una palabra de demasiada envergadura. Digamos que estamos en condiciones de elaborar algunas conjeturas plausibles. Los Ángeles y las Nuevas Jerusalén y las Madonnas y los Futuros Budas están todos relacionados con algún tipo de estímulo inusitado de las áreas cerebrales de proyección primaria. La

corteza visual, por ejemplo. Sin embargo aún no hemos descubierto la forma exacta en que la medicina-*moksha* produce estos estímulos inusitados. Lo importante es que, de una manera u otra, los produce. Y, de una manera u otra, también actúa inusitadamente sobre las áreas silenciosas del cerebro, las áreas que no se ocupan específicamente de la percepción, el movimiento o la sensación.

—¿Y cómo reaccionan estas áreas silenciosas? —preguntó Will.

—Empecemos por decir cómo *no* reaccionan. No reaccionan con visiones o audiciones; no reaccionan con fenómenos telepáticos ni de

clarividencia ni con ningún otro tipo de actividad parapsicológica. Con ninguna de estas divertidas manifestaciones premísticas. Su respuesta es la experiencia mística cabal. Ya sabe: Uno en todo y Todo en uno. La experiencia básica con sus corolarios: la compasión ilimitada, el misterio y la significación insondables.

—Para no hablar del regocijo —acotó el doctor Robert—. Un regocijo inefable.

—Y todo esto dentro del cráneo —dijo Will—. Estrictamente privado. Sin ninguna referencia a un elemento externo, aparte del hongo.

—No es real —intervino Murugan

—. Esto es precisamente lo que quería demostrar.

—Usted da por supuesto —replicó el doctor Robert—, que el cerebro *produce* la conciencia. Yo doy por supuesto que la transmite. Y mi explicación no es más descabellada que la suya. ¿Cómo es posible que una serie de fenómenos que pertenecen a una categoría los experimentemos como si pertenecieran a otra totalmente distinta e inconmensurable? Nadie tiene la más remota idea. Lo único que podemos hacer es aceptar los hechos y urdir hipótesis. Y una hipótesis es más o menos tan buena, en términos filosóficos, como otra. Usted dice que la

medicina-*moksha* ejerce sobre las áreas silenciosas del cerebro un efecto que las induce a producir una serie de fenómenos subjetivos que la gente denomina «experiencia mística». Yo digo que la medicina-*moksha* ejerce sobre las áreas silenciosas del cerebro un efecto que abre una especie de compuerta neurológica y permite así que un volumen mayor de mente con «M» mayúscula fluya dentro de su mente con «m» minúscula. Usted no puede probar la veracidad de su hipótesis y yo no puedo probar la veracidad de la mía. Y aunque usted pudiera demostrar que me equivoco, ¿acaso habría alguna diferencia desde el punto de vista

práctico?

—A mi juicio la diferencia no podría ser mayor —comentó Will.

—¿Le gusta la música? —preguntó el doctor Robert.

—Más que la mayoría de las cosas.

—Si me permite la pregunta, entonces, ¿a qué se refiere el Quinteto en Sol Menor de Mozart? ¿Se refiere a Alá? ¿O al Tao? ¿O a la segunda persona de la Trinidad? ¿O al Atmán-Brahmán?

Will se rió.

—Esperemos que no.

—Pero no por ello la experiencia del Quinteto en Sol Menor es menos satisfactoria. Bueno, lo mismo sucede

con la experiencia que se obtiene mediante la medicina-*moksha*, o mediante la oración y el ayuno y los ejercicios espirituales. Aunque no se refiera a nada exterior a sí mismo, sigue siendo lo más importante que le haya sucedido jamás a uno. Como la música, pero en proporción incomparablemente mayor. Y si le concede una oportunidad a la experiencia, si está dispuesto a dejarse llevar por ella, los resultados son incomparablemente más terapéuticos y transformadores. Así que quizá todo sucede dentro del propio cráneo. Quizás *es* privado y no existe un conocimiento unitivo de algo más que la propia fisiología. ¿A quién le importa? Sigue en

pie el hecho de que la experiencia puede abrirnos los ojos y hacernos bienaventurados y transformar toda nuestra vida. —Hubo un largo silencio —. Permita que le diga una cosa —continuó, dirigiéndose a Murugan—. Algo que no pensaba decirle a nadie. Pero ahora siento que quizá tengo un deber, un deber para con el trono, un deber para con Pala y todo su pueblo: la obligación de relatarle esta experiencia muy privada. Tal vez lo que voy a contarle lo ayudará a comprender un poco mejor su país y las costumbres de este. —Permaneció un momento callado, y después prosiguió, con tono sosegado e informal—: Supongo que sabe lo que

le ocurre a mi esposa.

Murugan hizo un ademán afirmativo, mirando siempre en otra dirección.

—Lamenté mucho enterarme de que estaba tan enferma —murmuró.

—Ahora sólo es cuestión de pocos días —dijo el doctor Robert—. Cuatro o cinco, cuando más. Pero sigue perfectamente lúcida, perfectamente consciente de lo que le sucede. Ayer me preguntó si podíamos ingerir la medicina-*moksha* juntos. La habíamos ingerido juntos —añadió, en una digresión—, dos o tres veces por año durante los últimos treinta y siete años… desde que resolvimos casarnos. Y ahora nuevamente, por última vez, por

última, última vez. Existía un riesgo, en razón del daño que podía producirle al hígado. Pero decidimos que valía la pena correrlo. Y resultó que fue un acierto. La medicina-*moksha*, la droga, como usted prefiere llamarla, apenas le produjo algún trastorno. Lo único que le sucedió fue la transformación mental.

Se calló, y Will tomó conciencia, súbitamente, de los chillidos y las carreras de las ratas enjauladas y del bullicio de la vida tropical y del llamado de un pájaro mynah lejano, a través de la ventana abierta. «Aquí y ahora, chicos. Aquí y ahora…».

—Usted es como ese mynah —dijo el doctor Robert al fin—. Amaestrado

para repartir palabras que no entiende o cuya razón desconoce: «*No es real. No es real*». Pero si hubiera experimentado lo que experimentamos ayer Lakshmi y yo, se desengañaría. Sabría que fue algo mucho más real que lo que usted llama realidad. Más real que lo que usted piensa y siente en este momento. Más real que el mundo que tiene delante de sus ojos. Lo que *no es real* es lo que le han enseñado a decir. *No es real. No es real*. —El doctor Robert apoyó una mano afectuosamente sobre el hombro del joven—. Le han dicho que sólo somos un grupo de drogadictos viciosos, que nos revolcamos en ilusiones y falsos *samadhis*. Escuche, Murugan… olvide

todas esas groserías que le han inculcado. Olvídelas por lo menos hasta el punto de realizar un solo experimento. Ingiera cuatrocientos miligramos de medicina-*moksha* y descubra por sí mismo sus efectos, lo que puede revelarle acerca de su propia naturaleza, acerca de este extraño mundo en el que debe vivir, aprender, sufrir, y finalmente morir. Sí, incluso usted deberá morir un día… quizá dentro de cincuenta años, quizá mañana. ¿Quién sabe? Pero sucederá, y el que no se prepara para ello es un tonto. —Se volvió hacia Will —. ¿Le gustaría acompañarnos mientras nos duchamos y ponemos alguna ropa?

Capítulo 38

1963 Cartas

Huxley empezó el último año de su vida completando Literature and Science, *que se publicó en setiembre. La recurrencia del cáncer y la reanudación de la radioterapia lo*

obligaron a cancelar algunas disertaciones, pero consiguió viajar una vez más a Europa para asistir a un congreso de la Academia Mundial de Artes y Ciencia, para la cual se proponía compilar un volumen sobre recursos humanos junto con Osmond. Le expuso al director de la Psychedelic Review *sus opiniones acerca de las diferencias entre las experiencias psicodélicas individuales y colectivas, y le transmitió a Leary, en Harvard, la advertencia de Osmond sobre la existencia de LSD fabricada clandestinamente. También le contestó afirmativamente a Leary respecto de la idea de crear un centro de*

entrenamiento consagrado a la expansión de la conciencia. (La Fundación Castalia fue fundada en Millbrook, Nueva York, en 1964).

Huxley estaba cada vez más débil. Los últimos meses los pasó en casa preparando el que habría de ser su último artículo: «Shakespeare y la religión». En la página final escribió: «Debemos estar siempre atentos a los medios idóneos para expandir nuestra conciencia».

AL DOCTOR HUMPHRY OSMOND [SMITH 915]

6233 Mulholland,
L. A. 23, Cal.
7 de enero de 1963

Estimado Humphry:

Gracias por tu carta. Christopher Smart suministra un buen ejemplo de lo que le sucede a un hombre cuando recibe demasiada inspiración. «Jubilate Agno» es el producto de una fase aguda de su enfermedad mental, en la cual no tenía ningún control sobre su mente preconsciente ni sobre su torrente de imágenes, ideas, palabras y ritmos. *David* y el poema «Natividad» fueron escritos cuando estaba suficientemente

loco como para olvidar que era un producto del condicionamiento del siglo XVIII, pero no tan loco como para no poder organizar de manera artística su escritura automática. Y además tenemos los poemas tediosos, convencionales, que compuso cuando estaba demasiado cuerdo, demasiado bien adaptado al siglo XVIII. Probablemente el consumo excesivo y demasiado frecuente de LSD sería fatal para el arte… tan fatal como sería el hecho de estar privado de LSD o de sus equivalentes de origen espontáneo.

Envíame tu dirección en Princeton para que pueda ponerme en contacto contigo cuando vaya al no tan hermoso

Este, si es que voy.

Cariños a Jane y a los niños.

Afectuosamente tuyo,
Aldous

A PAUL LEE[73]

6233 Mulholland
L. A. 28, Cal.
3 de marzo de 1963

Estimado señor Lee:

Gracias por su carta y por la invitación a aportar un artículo a su revista. En este

momento no puedo asumir ningún nuevo compromiso, porque ya tengo demasiado que hacer, tal como están las cosas.

No he visto el artículo de Buber porque no leo la *Review of Metaphysics* y no me enviaron el número pertinente. He escrito varias veces sobre fenómenos psicodélicos desde la publicación de *The Doors of Perception*, que describe una primera y algo limitada experiencia con mescalina.

En cuanto a la intimidad: toda experiencia inmediata es estrictamente privada. Nadie puede *experimentar* el dolor o el placer o la cosmovisión de otro. Lo único que uno puede experimentar es una serie de claves y

símbolos mediante los cuales, a uno o más tramos de distancia, puede inferir la experiencia de otro. En el plano no verbal encontramos ya sea la soledad del ego aislado, o la Soledad de la mente que se ha evadido de su prisión de condicionamiento cultural y egocentrismo, y que es tan cabalmente receptiva a la realidad dada, en todos los niveles, como puede ser la criatura humana. Casi no tengo experiencia de sesiones psicodélicas colectivas, pero presumo que, cuando existe un buen *rapport*, esto se debe a que la substancia química ha transformado un grupo de soledades aisladas en un grupo de Soledades abiertas y receptivas.

Lo saluda atentamente,
Aldous Huxley

AL DOCTOR TIMOTHY LEARY [SMITH 929]

6233 Mulholland,
L. A. 28, Cal.
20 de julio de 1963

Estimado Tim:

Gracias por tus cartas. Creo que la idea de crear una escuela es excelente, porque lo que es necesario explorar,

más que nada, es el problema de la asociación fructífera entre lo que Wordsworth llama «pasividad sabia» con la actividad sabia: la receptividad y la experiencia inmediatas con la formación de conceptos y la proyección del orden inteligible sobre la experiencia. ¿Cómo sacar el mayor provecho de *ambos* mundos que Wordsworth describe en «Expostulation and Reply» y en «The Tables Turned»? Esto es lo que hay que descubrir. Y deberíamos emplear todos los recursos disponibles: los mejores métodos de la enseñanza formal y también la LSD, la hipnosis (utilizada, entre otras cosas, para ayudar a la gente a reingresar en el

estado de la LSD sin tener que recurrir a una substancia química), la distorsión del tiempo (para acelerar el proceso de aprendizaje), el autocondicionamiento para controlar los procesos autónomos y aumentar la resistencia física y psicológica a la enfermedad y el trauma, etc., etc…

Siempre tuyo,
Aldous

Capítulo 39

1963 La cultura y el individuo

ALDOUS HUXLEY

Al ofrecer este ensayo a los compiladores de la primera antología

popular sobre la LSD, Huxley «abordó… deliberadamente… en términos más generales el problema total de la relación entre el individuo y su cultura, problema este en cuya resolución las experiencias psicodélicas pueden desempeñar indudablemente un papel» (carta a T. Leary, 3 de junio de 1963). El valor de las substancias psicodélicas reside en que «potencian la educación no verbal [del individuo]», y le permiten trascender su condicionamiento social y producir por tanto las reformas culturales necesarias. Huxley reclama un «experimento… empírico… en gran escala» en el tiempo limitado que nos

queda.

La relación entre la cultura y el individuo es, y siempre ha sido, extrañamente ambivalente. Somos los beneficiarios y al mismo tiempo las víctimas de la cultura. Sin cultura, y sin la premisa de toda cultura, el lenguaje, el hombre no sería más que otra especie de mandril. Es al lenguaje y a la cultura a los que debemos nuestra naturaleza humana. Y «¡Qué obra de artesanía es el hombre! —dice Hamlet— ¡Cuán noble por su razón! ¡Con cuán infinitas facultades!… ¡En la acción, cuán semejante a un ángel! ¡Por su

comprensión, cuán semejante a un dios!». Pero, ay, en los intervalos de su condición noble, racional y potencialmente infinita,

el hombre, el hombre orgulloso,
arropado con un mínimo de sintética autoridad,
totalmente desconocedor de aquello de lo que más seguro se siente,
de su frágil esencia, cual mono colérico
ejecuta piruetas tan fantásticas ante el alto cielo
que hace llorar a los ángeles.

Genio y mono colérico, ejecutor de piruetas fantásticas y razonador divino: en todos estos papeles los individuos son el producto del lenguaje y la cultura. Al actuar sobre los doce o trece mil millones de neuronas del cerebro humano, el lenguaje y la cultura nos han dado el derecho, la ciencia, la ética, la filosofía; han hecho posibles todos los logros del talento y la santidad. También nos han dado el fanatismo, la superstición y el engreimiento dogmático; la idolatría nacionalista y el asesinato masivo en nombre de Dios; la propaganda demagógica y la mentira organizada. Y, junto con la sal de la tierra, nos han dado, generación tras

generación, incontables millones de conformistas hipnotizados, víctimas predestinadas de gobernantes ávidos de poder que son a su vez víctimas de todo lo que hay de más insensato e inhumano en su tradición cultural.

Gracias al lenguaje y la cultura, el comportamiento humano puede ser incomparablemente más inteligente, más original, creativo y flexible que el de los animales, cuyo cerebro es tan pequeño que no puede acomodar el número de neuronas indispensables para inventar el lenguaje y transmitir el conocimiento acumulado. Pero, gracias también al lenguaje y la cultura, los seres humanos se comportan a menudo con una

estupidez, una falta de realismo y una incorrección de las que los animales están exentos.

Cada uno de nosotros, ya sea habitante de las islas Trobriand o de Boston, ya sea un católico siciliano o un budista japonés, nace dentro de determinada cultura y pasa su vida circundado por sus límites. Entre cada conciencia humana y el resto del mundo se levanta una valla invisible, una red de pautas tradicionales de pensamiento-y-sentimiento, de ideas de segunda mano que se han trocado en axiomas, de antiguos lemas venerados como revelaciones divinas. Lo que vemos a través de las mallas de esta red no es

nunca, por supuesto, «la cosa en sí» incognoscible. Ni siquiera es, en la mayoría de los casos, la cosa tal como está bombardea nuestros sentidos y tal como hace reaccionar espontáneamente a nuestro organismo. Aquello que asimilamos corrientemente, y frente a lo cual reaccionamos, es una curiosa mezcla de la experiencia inmediata con el símbolo condicionado por la cultura, de las impresiones sensoriales con ideas preconcebidas acerca de la naturaleza de las cosas. Y la mayoría de las personas interpretan que los elementos simbólicos de este cóctel de percepciones son más importantes que los elementos que aporta la experiencia

inmediata. Lo cual es inevitable, porque, para quienes aceptan su cultura de manera total y acrítica, las palabras del lenguaje corriente no representan (aunque sea insuficientemente) a las cosas. Por el contrario, las cosas representan a las palabras corrientes. Cada acontecimiento singular de la vida en curso es clasificado instantánea y automáticamente como otro ejemplo concreto de una de las abstracciones verbalizadas, aureoladas de cultura, que nos han sido implantadas en la cabeza por el condicionamiento de la etapa infantil.

No hace falta aclarar que muchas de las ideas que nos transfieren los

transmisores de cultura son eminentemente sensatas y realistas. (Si no lo fueran la especie humana ya se habría extinguido). Pero, junto con estos elementos útiles, cada cultura nos traspasa un acopio de ideas infundadas, algunas de las cuales siempre fueron absurdas, en tanto que otras tal vez tuvieron antaño un valor de supervivencia, aunque ahora, en las circunstancias cambiadas y cambiantes del discurrir de la historia, se tornan totalmente inservibles. Como los seres humanos reaccionan ante los símbolos en la misma forma rápida e inequívoca en que reaccionan ante los estímulos de la experiencia directa, y como la

mayoría de ellos creen ingenuamente que las palabras aureoladas de cultura que se refieren a las cosas son tan reales, o más reales aún que sus percepciones de las cosas mismas, estas ideas anacrónicas o intrínsecamente absurdas producen un daño enorme. La humanidad ha sobrevivido, y en ciertos campos progresa, gracias a las ideas realistas transmitidas por la cultura. Pero gracias a los disparates perniciosos que le inculcan a cada individuo en el curso de la aculturación, la humanidad, si bien sobrevive y progresa, también ha estado siempre en aprietos. La historia recoge el testimonio, entre otras cosas, de las

artimañas fantásticas y generalmente abominables que la humanidad enloquecida por la cultura monta contra sí misma. Y el espantoso juego continúa.

¿Qué puede y qué debe hacer el individuo para mejorar su relación irónicamente equívoca con la cultura en la cual se encuentra implantado? ¿Cómo puede continuar disfrutando de los beneficios de la cultura sin que sus venenos lo embrutezcan o lo intoxiquen frenéticamente? ¿Cómo puede aculturarse selectivamente, rechazando lo que su condicionamiento tiene de necio o de francamente maligno, y aferrándose a lo que estimula el comportamiento humano e inteligente?

Nadie puede aceptar selectivamente una cultura, y mucho menos modificarla, excepto las personas que la han atravesado con su mirada, que han abierto boquetes en la valla circundante de símbolos verbalizados, y que por tanto están en condiciones de contemplar el mundo y, por reflejo, de contemplarse a sí mismas con un criterio nuevo y relativamente desprejuiciado. Estas personas no nacen simplemente; también deben ser hechas. ¿Pero cómo?

En el campo de la educación formal, lo que necesita el perforador de boquetes en cierne es conocimiento. Conocimiento de la historia pasada y presente de las culturas, con toda su

fantástica variedad, y conocimiento de la naturaleza y las limitaciones, de los usos y abusos, del lenguaje. Al hombre que sabe que ha habido muchas culturas, y que cada cultura pretende ser la mejor y más auténtica de todas, le resultará difícil tomar demasiado en serio las jactancias y los dogmas de su propia tradición. Asimismo, es muy improbable que el hombre que sabe de qué manera los símbolos están relacionados con la experiencia, y que practica el tipo de autocontrol lingüístico que inculcan los expositores de la Semántica General, tome demasiado en serio los disparates absurdos o peligrosos que, dentro de cada cultura, pasan por ser filosofía,

sabiduría práctica y argumentación política.

Este tipo de educación intelectual es ciertamente valiosa como preparación para la apertura de boquetes, pero no es menos ciertamente insuficiente. La capacitación en el nivel intelectual se debe complementar con el adiestramiento en la experiencia silenciosa. Debemos aprender a permanecer mentalmente callados, debemos cultivar el arte de la receptividad pura.

Ser silenciosamente receptivo… ¡he aquí algo que parece puerilmente sencillo! ¡Pero cuán difícil es en los hechos, como no tardamos en descubrir!

El universo en el cual los hombres pasan su vida es el producto de lo que la filosofía india denomina *Nama-Rupa*, Nombre y Forma. La realidad es un continuo, un Algo insondablemente misterioso e infinito, cuyo aspecto exterior es lo que llamamos Materia y cuya interioridad es lo que llamamos Mente. El lenguaje es un medio para despojar a la Realidad de su misterio y hacerla accesible a la comprensión y manipulación humanas. El hombre aculturado rompe el continuo, rotula algunos de sus fragmentos, proyecta los rótulos al mundo exterior y así crea para sí mismo un universo demasiado humano de objetos singulares, cada uno de los

cuales es sólo la corporización de un nombre, una ilustración particular de alguna abstracción tradicional. Lo que percibimos asume la forma del enrejado conceptual a través del que ha sido filtrado. La receptividad pura es difícil porque la conciencia normal del hombre en estado de vigilia siempre está condicionada por la cultura. Pero como señaló William James hace muchos años, la conciencia normal en estado de vigilia «no es más que un tipo de conciencia, mientras que en torno de ella, y separadas de ella por las pantallas más sutiles, se ocultan formas potenciales de conciencia totalmente distintas. Podemos pasar por la vida sin

sospechar que existen, pero aplicad el estímulo necesario, y bastará un toque para que se manifiesten cabalmente: tipos definidos de mentalidad que probablemente tienen en alguna parte su área de aplicación y adaptación. Ninguna descripción de la totalidad del universo que omita estas formas de conciencia puede ser definitiva».

Al igual que la cultura que la ha condicionado, la conciencia normal en estado de vigilia es simultáneamente nuestra mejor amiga y una enemiga muy peligrosa. Nos ayuda a sobrevivir y a progresar, pero al mismo tiempo nos impide materializar algunas de nuestras posibilidades más valiosas y, en algunas

ocasiones, nos pone en toda clase de aprietos. Para tornarse cabalmente humano, el hombre, el hombre orgulloso, el ejecutor de piruetas fantásticas, debe aprender a dejar de obstaculizarse a sí mismo: sólo entonces tendrán oportunidad de aflorar sus facultades infinitas y su comprensión angélica. Para decirlo con las palabras de Blake, debemos «limpiar las puertas de la percepción», porque cuando las puertas de la percepción están limpias «todo se le aparece al hombre tal como es: infinito». Para la conciencia normal en estado de vigilia las cosas son las corporizaciones estrictamente finitas y aisladas de los rótulos verbales. ¿Cómo

podemos vencer el hábito de imponer automáticamente nuestros prejuicios y el recuerdo de las palabras aureoladas de cultura a la experiencia inmediata? Respuesta: mediante la práctica de la receptividad pura y el silencio mental. Esto limpiará las puertas de la percepción y, al limpiarlas, permitirá el afloramiento de formas de conciencia distintas de la normal: la conciencia estética, la conciencia visionaria, la conciencia mística. Gracias a la cultura somos los herederos de vastos acopios de conocimiento, de un tesoro inestimable de métodos lógicos y científicos, de miles y miles de fragmentos útiles de experiencia

tecnológica y organizativa. Pero la mente-cuerpo del hombre posee otras fuentes de información, utiliza otros tipos de razonamiento, está dotada de una sabiduría intrínseca que es independiente del condicionamiento cultural.

Wordsworth escribe que «nuestro intelecto entremetido [esa parte de la mente que utiliza el lenguaje para despojar a la Realidad de su misterio] desfigura la bella forma de las cosas: asesinamos para disecar». No hace falta aclarar que no podemos progresar sin nuestro intelecto entremetido. El pensamiento conceptual verbalizado es indispensable. Pero incluso cuando los

empleamos correctamente, los conceptos verbalizados desfiguran «la bella forma de las cosas». Y cuando, como sucede tan a menudo, los empleamos incorrectamente, desfiguran nuestra vida al racionalizar antiguas estupideces, al instigar asesinatos masivos, persecuciones, y la ejecución de todas las otras piruetas fantásticamente repulsivas que hacen llorar a los ángeles. La lúcida pasividad no verbal es un antídoto para la necia actividad verbal y un medio necesario para corregir la lúcida actividad verbal. Los conceptos verbalizados acerca de la experiencia deben ser complementados mediante la familiarización directa,

inmediata, con los hechos tal como estos se nos presentan.

Es la vieja historia de la letra y el espíritu. La letra es necesaria, pero nunca hay que tomarla demasiado en serio, porque, divorciada del espíritu, oprime y finalmente mata. En cuanto al espíritu, «sopla donde se le antoja» y, si omitimos consultar nuestros mejores mapas culturales, es posible que nos aparte del rumbo y nos haga naufragar. Actualmente la mayoría de nosotros optamos por lo peor de ambos mundos. Al hacer caso omiso de los vientos del espíritu que soplan libremente, y al guiarnos por mapas culturales que tal vez son anacrónicos desde hace siglos,

arremetemos a toda velocidad, impulsados por la alta presión del vapor de nuestra engreída confianza en nosotros mismos. Los billetes que nos hemos vendido a nosotros mismos nos aseguran que viajamos rumbo a algún puerto de las Islas de Buenaventura. En verdad, en la mayoría de los casos resulta que se trata de la Isla del Diablo.

La autoeducación en el plano no verbal es tan antigua como la civilización. «No te muevas y sabrás que soy Dios»: este ha sido el primero y más sublime de los mandamientos para los visionarios y místicos de todos los tiempos y lugares. Los poetas escuchan a la Musa, y los visionarios y místicos

esperan de la misma manera la inspiración en un estado de sabia pasividad, de vacuidad dinámica. En la tradición occidental a este estado se lo denomina «la plegaria de la simple mirada». En el otro extremo del mundo se lo describe en términos más psicológicos que teístas. En el silencio mental «miramos hacia el interior de nuestra propia Naturaleza Personal», nos «aferramos al No Pensamiento que reside en el pensamiento», nos «convertimos en lo que esencialmente hemos sido siempre». Mediante la actividad lúcida podemos adquirir un conocimiento analítico útil acerca del mundo, conocimiento este que podemos

comunicar mediante símbolos verbales. En el estado de pasividad lúcida hacemos posible la aparición de formas de conciencia distintas de la conciencia utilitaria de la vida normal de vigilia. El conocimiento analítico útil es reemplazado por una especie de familiarización con el mundo, biológicamente prescindible pero espiritualmente esclarecedora. Por ejemplo, puede producirse una familiarización estética directa con el mundo como belleza. O puede producirse una familiarización directa con la naturaleza intrínsecamente extraña de la existencia, con su condición delirantemente implausible. Y

finalmente puede producirse una familiarización directa con la unidad del mundo. Esta experiencia mística inmediata de unificación con la Unidad fundamental que se manifiesta en la diversidad infinita de las cosas y las mentes nunca se puede expresar apropiadamente con palabras. De la experiencia del místico, como de la experiencia visionaria, sólo se puede hablar desde fuera. Los símbolos verbales nunca pueden transmitir su interioridad.

Ha sido mediante el silencio mental y la práctica de la pasividad lúcida que los artistas, los visionarios y los místicos se han preparado para la

experiencia inmediata del mundo como belleza, como misterio y como unidad. Pero el silencio y la pasividad lúcida no son los únicos caminos que nos sacan del universo demasiado humano creado por la conciencia normal, culturalmente condicionada. En *Expostulation and Reply*, Matthew, el amigo libresco de Wordsworth, le reprocha al poeta:

Paseas la mirada sobre tu Madre Tierra,
como si te hubiera alumbrado sin ningún fin,
como si fueras su primogénito
y nadie hubiera vivido antes

que tú.

Desde el punto de vista de la conciencia normal del estado de vigilia, este es un auténtico delito intelectual. Pero también es lo que el artista, el visionario y el místico deben hacer y, en verdad, siempre han hecho. «Mira a una persona, un paisaje, cualquier objeto común, como si lo vieras por primera vez». Este es uno de los ejercicios de percepción inmediata, no verbalizada, que aconsejan los antiguos textos de budismo tántrico. Los artistas, los visionarios y los místicos se niegan a dejarse esclavizar por los hábitos culturalmente condicionados de la

sensación, el pensamiento y la acción que su sociedad considera correctos y naturales. Cuando esto les parece deseable, se abstienen deliberadamente de proyectar sobre la realidad los esquemas semánticos sacrosantos con los que están tan copiosamente pertrechadas todas las mentes humanas. Saben tanto como el que más que la cultura y el lenguaje en los cuales hinca sus raíces cualquier cultura dada son absolutamente necesarios, y que, sin ellos, el individuo no sería humano. Pero también saben, más vivamente que el resto de la humanidad, que para ser *cabalmente* humano, el individuo debe aprender a librarse de su

condicionamiento, debe estar en condiciones de perforar boquetes en la valla de símbolos verbalizados que lo aprisiona.

Los grandes artistas, visionarios y místicos han sido pioneros que desbrozaron caminos en la exploración del mundo vasto y misterioso de las posibilidades humanas. Pero otros pueden seguir sus pasos. Potencialmente, todos tenemos «facultades infinitas y comprensión divina». Cualquiera que sepa aplicar los estímulos necesarios tiene a su alcance formas de conciencia distintas de la conciencia normal del estado de vigilia. El universo donde vive un ser humano

puede transfigurarse en una nueva creación. Basta perforar un boquete en la valla y mirar en torno con lo que el filósofo Plotino describe como «ese otro tipo de visión, de la que todos disponemos pero que pocos utilizan».

Dentro de nuestros sistemas actuales de educación, el adiestramiento en el plano no verbal es escaso y mediocre. Además, no se expresa claramente ni se persigue consecuentemente su fin, que consiste sencillamente en ayudar a los educandos a parecerse más a los dioses por su comprensión. Podríamos y, muy enfáticamente, deberíamos desempeñarnos mejor de lo que nos desempeñamos ahora en este terreno

importantísimo. La sabiduría práctica de las civilizaciones primitivas y los descubrimientos de los espíritus intrépidos de nuestra propia tradición y nuestra propia época están a nuestro alcance. Con su ayuda se podrían elaborar sin grandes dificultades un programa y una metodología de adiestramiento no verbal. Infortunadamente la mayoría de las personas con autoridad tienen intereses creados que las inducen a preservar las vallas culturales. Consideran subversiva la perforación de boquetes y descartan el «otro tipo de visión» de Plotino como un síntoma de alteración mental. Si se pudiera elaborar un sistema eficaz de

educación no verbal, ¿las autoridades permitirían aplicarlo en gran escala? Esta es una pregunta que queda pendiente.

Del mundo no verbal de la conciencia desprovista de contaminaciones culturales pasamos al mundo subverbal de la fisiología y la bioquímica. Un ser humano es un temperamento y un producto del condicionamiento cultural; también, y primordialmente, es un sistema bioquímico extraordinariamente complejo y delicado, cuya interioridad cambia de conciencia a medida que el sistema pasa de un estado de equilibrio a otro. Dado que cada uno de nosotros

es un sistema bioquímico, ocurre que (según Housman):

> *La malta hace más que lo que puede hacer Milton*
> *para justificar ante el hombre los actos de Dios.*

La cerveza logra este triunfo teológico porque, como dice William James, «la embriaguez es la gran estimulante de la función *Afirmativa* del hombre». Y agrega: «Forma parte del misterio y la tragedia recónditos de la vida el hecho de que a tantos de nosotros se nos concedan vaharadas y

destellos de lo que reconocemos inmediatamente como excelente sólo en los fugaces tramos iniciales de lo que en su totalidad es un veneno tan degradante». Al árbol se lo conoce por sus frutos, y los frutos del exceso de fe en el alcohol etílico como estimulante de la función *Afirmativa* son en verdad amargos. No menos amargos son los frutos que cosecha quien recurre a los sedantes, alucinógenos y excitantes que generan hábito, como el opio y sus derivados, como la cocaína (que otrora el doctor Freud recomendó tan jubilosamente a sus amigos y pacientes), como los barbitúricos y la anfetamina. Pero en los últimos años los

farmacólogos han extraído o sintetizado varios compuestos que actúan poderosamente sobre la mente sin perjudicar el organismo, ni en el momento de la ingestión ni, posteriormente, a través de la adicción. La conciencia normal del estado de vigilia del sujeto se puede modificar en diversas formas mediante estas substancias psicodélicas. Es como si, para el caso de cada individuo, su yo más profundo decidiera qué tipo de experiencia será más ventajosa. Una vez tomada la decisión, utiliza los poderes de modificación de la mente, propios de la droga, para darle al sujeto lo que éste necesita. Por ejemplo, si lo beneficiara

la exhumación de recuerdos profundamente sepultados, dichos recuerdos serán debidamente exhumados. En los casos en que esto no revista mucha importancia, ocurrirá alguna otra cosa. Es posible que a la conciencia normal del estado de vigilia la sustituya la conciencia estética, y el individuo percibirá el mundo con toda su inimaginable belleza, con toda la intensidad refulgente de su presencia. Y la conciencia estética puede transfigurarse en conciencia visionaria. Gracias a otra manera de ver, el mundo se revelará no sólo como algo inimaginablemente bello, sino también como algo insondablemente

misterioso… como un abismo multitudinario de posibilidades que se materializan eternamente en formas sin precedentes. Nuevas percepciones de la interioridad de un mundo nuevo y transfigurado de «dación», nuevas combinaciones de pensamiento y fantasía: la corriente de novedad fluye a través del mundo en un torrente, cuyas gotas están todas cargadas de significado. Están los símbolos cuyo significado reside fuera de ellos mismos en los hechos dados de la experiencia visionaria, y están estos hechos dados que sólo se significan a sí mismos. Pero «sólo a sí mismos» es también «no menos que el territorio divino de todo

ser». «Nada más que esto» es al mismo tiempo «la Semejanza de todo». Y ahora las conciencias estética y visionaria se profundizan en la conciencia mística. Ahora el mundo es visto como una diversidad infinita que sin embargo es una unidad, y el observador se experimenta a sí mismo como si estuviera fusionado con la Unidad infinita que se manifiesta, totalmente presente, en cada punto del espacio, en cada instante del flujo de la defunción perpetua y la renovación perpetua. Nuestra conciencia normal condicionada por las palabras crea un universo de distinciones tajantes, blanco y negro, esto y aquello, yo y tú y ello. En la

conciencia mística de la fusión con la Unidad infinita, se produce una reconciliación de los opuestos, percibimos lo No-Particular que hay en las particularidades, trascendemos nuestras profundamente implantadas relaciones sujeto-objeto con las cosas y las personas: existe una experiencia inmediata de solidaridad con todo lo que es y una especie de convicción orgánica de que a pesar de lo inescrutable del destino, a pesar de nuestras propias estupideces oscuras y de nuestra maldad deliberada, sí, a pesar de todo lo que falla patentemente en el mundo, este es sin embargo, de una manera profunda, paradójica y

totalmente inefable, perfecto. Para la conciencia normal del estado de vigilia, la frase «Dios es Amor» no representa más que un testimonio de optimismo voluntarista. Para la conciencia mística, es una verdad axiomática.

Los cambios tecnológicos y demográficos rápidos y sin precedentes multiplican sistemáticamente los peligros que nos rodean, y al mismo tiempo reducen sistemáticamente la pertinencia de las pautas tradicionales de sentimiento-y-conducta que sus respectivas culturas imponen a todos los individuos por igual, ya se trate de gobernantes o de gobernados. El adiestramiento generalizado en el arte

de perforar boquetes en las vallas culturales, siempre deseable, es ahora la más apremiante de las necesidades. ¿El empleo prudente de las substancias psicodélicas que tenemos a nuestro alcance, inofensivas desde el punto de vista físico, podrá acelerar y hacer más eficaz dicho adiestramiento? Sobre la base de la experiencia personal y de las evidencias publicadas, opino que sí. En mi fantasía utópica *Island*, especulaba en términos de ficción acerca de la forma en que se podría utilizar una substancia afín a la psilocibina para potenciar la educación no verbal de los adolescentes y para recordar a los adultos que el mundo real es muy

distinto del universo desfigurado que han creado para sí mismos mediante sus prejuicios condicionados por la cultura. «Holgar con Hongos»: estas fueron las palabras con que un crítico zumbón desechó la idea. ¿Pero qué es mejor: Holgar con Hongos o vivir la Idiotez con Ideología, darse Palos por Palabras, fundar los Horrores de Mañana sobre los Errores de Ayer?

¿Cómo se deberían administrar las substancias psicodélicas? ¿En qué circunstancias, con qué tipo de preparación y cuidados? Estas son preguntas que deberemos contestar empíricamente, mediante la experimentación en gran escala. La

mente colectiva del hombre es muy viscosa y fluye de una posición a otra con la renuente parsimonia de una marea menguante de cieno. Pero en un mundo en plena explosión demográfica, donde el avance tecnológico y el nacionalismo militante son arrolladores, disponemos de muy poco tiempo. Debemos descubrir, y muy pronto, nuevas fuentes de energía para vencer la inercia psicológica de nuestra sociedad, mejores solventes para licuar la pringosa viscosidad de un estado de ánimo anacrónico. En el plano verbal, una educación sobre la naturaleza y las limitaciones, los usos y abusos del lenguaje; en el plano no verbal, una

educación sobre el silencio mental y la receptividad pura; y finalmente, mediante el uso de substancias psicodélicas inofensivas, una serie de experiencias o éxtasis de conversión desencadenados por medios químicos… esto suministrará, a mi juicio, todas las fuentes de energía mental, todos los solventes del cieno conceptual que necesita el individuo. Con su ayuda, podrá adaptarse selectivamente a su cultura, rechazando sus infamias, estupideces y desatinos, y aceptando con gratitud todos sus tesoros de conocimiento acumulado, de racionalidad, de misericordia humana y de sabiduría práctica. Si el contingente

de estos individuos es suficientemente numeroso, si su calidad es suficientemente elevada, tal vez podrán pasar de la aceptación selectiva de su cultura al cambio y la reforma selectivos. ¿Es este un sueño esperanzadamente utópico? La experimentación podrá darnos la respuesta, porque el sueño es pragmático; las hipótesis utópicas se pueden verificar empíricamente. Y por cierto en estos tiempos opresivos una pizca de esperanza no viene mal.

Capítulo 40

1963
¡Oh, tú que has nacido noblemente!

LAURA HUXLEY

La muerte de Aldous Huxley, según dijo Laura, fue «una prolongación de su

propia obra» y «un último gesto de continuada importancia». Hacía aproximadamente dos años que Huxley no ingería una substancia psicodélica. En sus semanas postreras había pensado en ello, pero optó por esperar hasta que se sintiese mejor. Su condición empeoró, y en sus últimas horas se ciñó consciente y valerosamente a un programa que había puesto a prueba tanto en su vida (al morir Maria) como en su obra literaria (la muerte de Lakshmi en Island). Pidió LSD, el equivalente más aproximado a la medicina-moksha que tenía a mano. Laura le administró dos dosis de cien microgramos y le

improvisó lecturas del manuscrito del manual de Leary-Alpert-Metzner para la experiencia psicodélica, que se publicaría en breve, y que se inspiraba en el Libro tibetano de los muertos. *Aldous murió plácidamente, plenamente consciente y aparentemente sin dolor, con las puertas de la percepción limpias.*

Laura incorporó posteriormente a la biografía de su marido este testimonio, escrito inicialmente para un grupo reducido de parientes y amigos. A mediados de la década de los sesenta, el doctor Eric Kast aliviaba con LSD el dolor y la angustia de sus pacientes atacados por enfermedades

mortales.

Aldous murió como vivió, haciendo todo lo posible por desarrollar plenamente en sí mismo una de las virtudes esenciales que recomendaba a los demás: la *Conciencia*.

Cuando comprendió que los trabajos de su cuerpo al dejar esta vida podrían amortiguar su conciencia, Aldous recetó su propia medicina o —expresado en otros términos— su propio sacramento.

«Los últimos sacramentos deberían hacerte más y no menos consciente —había dicho a menudo—, más y no menos humano». En una carta dirigida al

doctor Osmond, que le había recordado a Aldous que habían transcurrido seis años desde su primer experimento conjunto con mescalina, respondió: «Sí, seis años desde aquel primer experimento. "Oh. Muerte en Vida, los años que ya no son"… y sin embargo, también, oh, Vida en Muerte…». Igualmente a Osmond: «… Mi propia experiencia con Maria me convenció de que los vivos pueden hacer mucho para facilitar el tránsito de los moribundos, para elevar el acto más puramente fisiológico de la existencia humana al nivel de conciencia y quizás incluso de espiritualidad».

Con demasiada frecuencia, a las

personas inconscientes o moribundas se las trata como «objetos», como si no estuvieran presentes. Pero a menudo están muy presentes. Aunque el moribundo cuenta cada vez con menos medios para expresar lo que siente, sigue en condiciones de recibir comunicación. En este sentido la persona muy enferma o agonizante se parece mucho a una criatura: no puede decirnos cómo se siente, pero absorbe nuestro sentimiento, nuestra voz y, sobre todo, nuestro contacto. En el niño, el mayor canal de comunicación es la piel. Asimismo, el individuo sumergido en la inmensa soledad de la enfermedad y la muerte, el toque de una mano puede

disiparle dicha soledad, e incluso puede iluminarle cálidamente ese universo desconocido. Tanto para el «nacido noblemente» como para el «noblemente moribundo», la comunicación a través de la piel y la voz puede implicar una diferencia inconmensurable.

La psicología moderna ha descubierto cuán poderoso es para la vida del individuo el trauma del nacimiento. ¿Y el «trauma de la muerte»? Si uno cree en la continuidad de la vida, ¿no debería dispensarle la misma consideración?

El *Libro tibetano de los muertos* otorga la mayor importancia al estado de conciencia a la hora de la muerte. El

guía siempre aborda al moribundo con el saludo «¡Oh, tú, que has nacido noblemente!» y lo exhorta: «No dejes que se distraiga tu mente». El guía le recuerda constantemente al moribundo que no debe dejarse atrapar por visiones, celestiales o infernales, que no son reales, sino sólo las proyecciones ilusorias de sus pensamientos y emociones, de sus temores y deseos. A los moribundos se los insta a «seguir practicando el arte de vivir aun mientras agonizan. Saber quién es uno, en verdad, y tener conciencia de la vida universal e impersonal que vive a través de cada uno de nosotros. Este es el arte de vivir, y uno puede ayudar al moribundo para

que continúe practicándolo, hasta el final»[74].

«¡Oh, tú, que has nacido noblemente!». Esta señal de respeto y reconocimiento es estimulante y me parece que allana más el camino para una vida mejor —aquí o después— que la imagen del pecador que se golpea el pecho y suplica perdón desesperadamente: «¿Qué es lo que yo, frágil hombre, he de implorar? ¿Quién intercederá por mí, cuando los justos necesitan misericordia?».

El 22 de noviembre de 1963 fue el último día en la tierra para dos hombres de buena voluntad. Aunque provenían de generaciones distintas, de países

distintos y de medios distintos, John F. Kennedy y Aldous Huxley habían librado una lucha común contra la ignorancia y la malevolencia; ambos habían consagrado su vida a ayudar a la humanidad para que esta se entendiera y se amase. Fallecieron el mismo día, y ninguna imaginación podría ser tan vivida como para concebir dos formas de morir más antagónicas que estas. Han circulado rumores distorsionados acerca de la muerte de Aldous. Tres semanas después de la muerte de Aldous, relaté los hechos concretos de aquel día en una grabación para los familiares y unos pocos parientes. Estos son los hechos.

Estimado:

Deseo contarte muchas cosas acerca de la última semana de vida de Aldous, y particularmente acerca del último día. Lo que sucedió es importante porque implica una conclusión, o mejor dicho, una prolongación, de su propia obra.

En primer lugar, debo confirmarte con absoluta certidumbre subjetiva que Aldous no había considerado conscientemente el hecho de que podría morir muy pronto hasta el día en que murió. Inconscientemente estaba todo allí, y esto podrás verlo por ti mismo, porque desde el 15 de noviembre hasta el 22 de noviembre grabé muchos

comentarios de Aldous. Aldous nunca se mostró muy dispuesto a cambiar su escritura a mano por dictados o notas grabados en un magnetófono. Sólo usaba un dictáfono para grabar pasajes literarios que le gustaban, y después los escuchaba en los momentos sosegados de la noche antes de conciliar el sueño. A comienzos de noviembre, cuando Aldous estaba en el hospital, Ginny nos regaló un magnetófono: un artefacto pequeño, fácil de manejar y que pasaba prácticamente inadvertido. Después de practicar unos pocos días con él, se lo mostré a Aldous, que quedó muy conforme, y a partir del quince lo usamos un poco cada día, grabando sus

sueños y notas para escritos futuros.

El lapso comprendido entre el 15 y el 22 de noviembre marcó, según me parece, un período de intensa actividad mental para Aldous. Poco a poco habíamos reducido lo más posible el empleo de todas las drogas. Sólo utilizábamos analgésicos como el Percodan, un poco de Amytal, y algo para las náuseas. También recibió unas pocas inyecciones de medio centímetro cúbico de Dilaudid, que es un derivado de la morfina. El médico dice que así se introduce en el organismo una dosis muy pequeña de morfina.

Ahora, para retomar el tema, tanto

por sus sueños como, a veces, por su conversación, parecía obvio y transparente que sabía inconscientemente que iba a morir. Pero ni una sola vez habló de ello. Esto no tenía nada que ver con la idea que han enunciado algunos de sus amigos, en el sentido de que quería ahorrarme disgustos. No se trataba de eso, porque Aldous nunca había sido capaz de representar un papel, de decir un solo embuste. Era orgánicamente incapaz de mentir y, si hubiera querido ahorrarme disgustos, ciertamente habría hablado con Ginny.

Durante los últimos dos meses le daba casi diariamente una oportunidad,

un pretexto, para hablar de la muerte, pero desde luego este pretexto siempre era de tal naturaleza que podía encauzarse por dos caminos: por el camino de la vida o por el de la muerte, y él siempre se encauzaba por el de la vida. Leímos todo el manual del doctor Leary inspirado en el *Libro tibetano de los muertos*[75]. Aldous podría haber comentado, aunque fuera en tono de broma: «No dejes de recordármelo cuando llegue la hora». En cambio sólo se refirió al problema del «reingreso» después de una sesión psicodélica. Es verdad que a veces decía cosas tales como: «Si salgo de esta», en relación con sus ideas para nuevos escritos, y

que se preguntaba cuándo tendría fuerzas para trabajar, si es que volvía a tenerlas alguna vez. Estaba intelectual mente muy activo y parecía que se movilizaban nuevos niveles de su mente.

En la noche que precedió a su muerte (la noche del jueves), aproximadamente a las ocho, se le ocurrió repentinamente una idea.

—Cariño —dijo—, acabo de pensar que estoy fastidiando a Ginny… Tener a alguien tan enfermo como yo en la casa, con los dos niños… es realmente una carga.

En ese momento Ginny no estaba en la casa, así que contesté:

—Bueno, cuando vuelva se lo comunicaré. Esto la divertirá mucho.

—No —insistió, con inusitada obstinación—. Debemos hacer algo al respecto.

—Bueno —respondí, sin perder el aire jovial—, está bien, levántate. Nos iremos de viaje.

—No —dijo—. Hablo en serio. Tenemos que pensarlo… Todas estas enfermeras en la casa. Lo que podríamos hacer sería alquilar un apartamento durante este período. Sólo durante este período.

Lo que quería decir estaba muy claro, inequívocamente claro. Pensaba que quizá continuaría gravemente

enfermo durante otras tres o cuatro semanas, y que después podría volver a reanudar su vida normal. Esta idea de reanudar su vida normal afloraba con mucha frecuencia. En las últimas tres o cuatro semanas se había sentido desconcertado varias veces por su debilidad, al comprender cuántas fuerzas había perdido y cuánto tiempo necesitaría para volver a la normalidad. Pocos días antes, cuando iba a dormirse, le había preguntado.

—¿En qué piensas?

—Pensaba que hay que encontrar la forma de acelerar esta convalecencia. Es cierto que estoy mejor, que la espalda está mejor, pero es deprimente

no tener fuerzas para hacer lo que uno desea hacer.

Ahora ese jueves por la noche había hablado con inusitada energía de alquilar un apartamento, pero unos pocos minutos más tarde, y durante toda esa noche, sentí que declinaba, que perdía terreno rápidamente. Comer era casi inimaginable. Acababa de tomar unas pocas cucharadas de líquido y puré. Cada vez que ingería algo, se desencadenaba la tos. El jueves por la noche le telefoneé al médico y le informé que el pulso estaba muy acelerado: 140. Tenía un poco de fiebre y todo me hacía pensar que la muerte era inminente. Tanto la enfermera como el

médico me dijeron que creían que estaba equivocada, pero que si lo deseaba el médico vendría a examinarlo esa noche. Entonces volví a la habitación de Aldous y resolvimos aplicarle una inyección. Eran aproximadamente las nueve, y se fue a dormir y yo le dije al médico que viniera a la mañana siguiente. Aldous durmió más o menos hasta las dos, y entonces le aplicaron otra inyección y volví a verlo a las seis y media. Tuve la impresión de que se le escapaba la vida, de que algo marchaba peor que de costumbre, aunque no sabía exactamente qué era, y un poco más tarde os envié un telegrama a ti y a Matthew y a Ellen y a mi hermana.

Entonces, aproximadamente a las nueve de la mañana, Aldous empezó a mostrarse muy agitado, muy incómodo, muy inquieto. Quería que lo movieran constantemente. No encontraba nada bien. El médico llegó más o menos a esa hora y resolvió administrarle una inyección que ya le había aplicado una vez, algo que se inyecta por vía intravenosa, muy lentamente. Tarda cinco minutos en surtir efecto y se trata de una droga que dilata los bronquios para facilitar la respiración.

La vez anterior —debió de ser tres viernes atrás, cuando tuvo esa crisis acerca de la que te escribí— la droga lo hizo sentir incómodo. Pero lo ayudó.

Esta vez le produjo una sensación de desasosiego. No podía expresarse, pero se sentía espantosamente: nada estaba bien, ninguna posición lo aliviaba. Intenté preguntarle qué pasaba. Tenía dificultades para hablar, pero logró decir: «El sólo tratar de explicártelo lo empeora». Quería que lo movieran constantemente. «Muéveme». «Mueve mis piernas». «Mueve mis brazos». «Mueve mi cama». Tenía una de esas camas accionadas por un botón que se levantan y se bajan de la cabeza a los pies, y él quería que lo levantaran y lo bajaran, lo levantaran y lo bajaran, aparentemente sin cesar. Repetimos la operación una y otra vez, y por alguna

razón esto pareció dispensarle un poco de alivio, pero muy, muy poco.

Súbitamente —debían de ser las diez— apenas pudo hablar, y susurró que deseaba «una hoja grande, grande de papel para escribir». Yo no quería abandonar la habitación para ir a buscarla, así que cogí un bloc de papel para máquina que tenía cerca, lo deposité sobre una gran bandeja y lo sostuve. Aldous escribió: «Si me voy», y dio una instrucción para su testamento.

Entendí de qué se trataba. Como te dije, había firmado su testamento, hacía alrededor de una semana, y en este transfería una póliza de seguro que

estaba a mi nombre y la ponía a nombre de […]

—¿Esto significa que quieres verificar si la póliza de seguro ha sido transferida? —le pregunté.

—Sí —respondió.

—Los documentos para la transferencia acaban de llegar —expliqué—. Si quieres firmarlos puedes hacerlo, pero no es necesario, porque ya has legalizado la operación en tu testamento.

Exhaló un suspiro de alivio al enterarse de que no tenía que firmar. El día anterior le había pedido que firmara unos papeles importantes y me había contestado: «Esperemos un poco». Esta,

entre paréntesis, era su manera de decir que no podía hacer algo. Si le pedían que comiera, decía: «Esperemos un poco». Y cuando le había pedido el día anterior que estampara algunas firmas bastante importantes había dicho: «Esperemos un poco». Quería escribirte una carta. «Y sobre todo acerca del libro de Juliette, que es hermoso», había repetido varias veces. Pero cuando le proponía que la escribiera, contestaba: «Sí, dentro de poco», con voz muy cansada, y su comportamiento era muy distinto del habitual, que consistía en hacer las cosas enseguida. De modo que cuando le informé que no era necesario que firmase y que todo estaba en orden,

soltó un suspiro de alivio.

«Si me voy». Esta era la primera vez que lo decía en relación con el *ahora*. Lo había escrito. Comprendí y sentí que por primera vez enfrentaba la muerte… ahora. Aproximadamente media hora antes le había telefoneado a S.C.[76], un psiquiatra que era uno de los pioneros en el uso de LSD. Le pregunté si alguna vez le había administrado LSD a un hombre en esas condiciones. Respondió que sólo lo había hecho dos veces, y que en un caso la droga había producido una especie de reconciliación con la muerte, mientras que en el otro no había surtido ningún efecto. Le pregunté si aconsejaría administrársela a Aldous en su

condición. Le expliqué que se la había ofrecido varias veces durante los últimos dos meses, pero que Aldous siempre contestaba que prefería esperar hasta encontrarse mejor.

—No sé… creo que no —dijo el doctor C.—. ¿Qué opina usted?

—Tampoco lo sé —respondí—. ¿Debo ofrecérsela?

—Yo se la ofrecería en una forma muy indirecta —manifestó—. Limítese a decir: «¿Qué te parece la idea de tomar LSD?».

Esta respuesta vaga había sido la de los pocos investigadores especializados a los que les había preguntado si administraban LSD *in extremis*. La

única mención concreta que conozco figura en *Island*. Debí de hablar con el doctor C. aproximadamente a las nueve y media. El estado de Aldous empeoraba de minuto en minuto… Él no podía decir qué deseaba. Yo no podía entenderle. En determinado momento preguntó algo.

—¿Quién come de mi cuenco? —fue lo que dijo.

No entendí a qué se refería, y se lo pregunté. Aldous forzó una sonrisa débil, irónica, y murmuró:

—Oh, no importa, sólo es un chiste.

Y más tarde, al captar mi necesidad de saber un poco para poder hacer algo, comentó con tono atormentado:

—A esta altura hay muy poco para compartir.

Entonces comprendí que él sabía que se estaba extinguiendo. Sin embargo, esta incapacidad para expresarse era sólo muscular. Su cerebro estaba despejado y en verdad, intuyo, desarrollaba una actividad frenética.

En algún momento de la mañana, un joven que había venido varias veces trajo un nuevo tubo de oxígeno. Empezó a decir, en voz bastante baja:

—¿Ha oído que el presidente Kennedy…?

Lo interrumpí con una mirada. Aldous no lo notó, quizá porque lo tenía preocupado la propina.

—Esos tubos son pesados. Dale un dólar.

Aldous siempre tenía mucha prisa por dar propinas, como si la oportunidad de hacerlo estuviera a punto de desvanecerse. Ese día la impresión fue la misma. Contesté que sí, pero lo que pensaba era que no tenía un dólar en esa habitación, y no recordaba dónde estaba mi bolso. Aldous debió de intuir mi vacilación, porque repitió:

—Dale un dólar. Hay algunos billetes en el bolsillo de mi pantalón, en el armario.

Habló en voz muy baja, pero esta vez con mucha nitidez.

Entonces, no recuerdo con exactitud a qué hora, me pidió su bloc y escribió: «Prueba LSD 100 µ intramuscular». Aunque, como lo ves en la reproducción, no está muy claro, comprendí que esto era lo que deseaba. Lo leí en voz alta y él lo confirmó. Repentinamente tuve algo muy nítido, después de esta conversación tortuosa de los últimos dos meses. Entonces lo supe, supe qué había que hacer. Fui rápidamente a buscar la LSD, que estaba en el botiquín, en la habitación del otro lado del corredor. En esa habitación hay un televisor, que casi nunca usábamos. Pero más o menos durante la última hora había tenido conciencia de que estaba

encendido. En ese momento, cuando entré en la habitación, Ginny, el médico, la enfermera y los restantes ocupantes de la casa se hallaban mirando la televisión. Una idea cruzó por mi mente: «Es demencial, esta gente mira la televisión mientras Aldous se muere». Un segundo más tarde, mientras abría la caja que contenía la ampolla de LSD, oí que habían asesinado al presidente Kennedy. Sólo entonces comprendí el extraño comportamiento que exhibía la gente esa mañana.

—Voy a aplicarle una inyección de LSD —anuncié—. Él me la pidió.

El médico tuvo un acceso de agitación… tú sabes muy bien la

ofuscación que provoca esta droga en la mente de los médicos. Pero ninguna «autoridad», ni siquiera un ejército de autoridades, podría haberme detenido en aquel momento. Entré en la habitación de Aldous con la ampolla de LSD y preparé una jeringuilla. El médico me preguntó si quería que él aplicara la inyección, quizá porque vio que me temblaban las manos. El hecho de que me lo preguntara me hizo tomar conciencia de mis manos y respondí:

—No, debo hacerlo yo. —Me serené, y cuando le apliqué la inyección tenía el pulso firme.

Entonces, de alguna manera, ambos experimentamos un gran alivio. Cuando

le inyecté la primera dosis de 100 μ me senté junto a su lecho y le dije:

—Cariño, quizá dentro de un momento yo también tomaré una dosis. ¿Te gustaría que yo también la tome dentro de un momento? —Dije «dentro de un momento» porque no sabía cuándo podría tomarla. Y él hizo un ademán afirmativo. Debemos tener presente que a esta altura Aldous hablaba muy, muy poco. Entonces agregué—: ¿Te gustaría que Matthew también la tome contigo?

Y él respondió que sí.

—¿Y Ellen?

Dijo que sí. Entonces mencioné a dos o tres personas que habían trabajado con LSD y contestó:

—No, no, *basta, basta*[77].

Luego pregunté:

—¿Y qué me dices de Ginny?

Esta vez su «Sí» fue enfático. A continuación nos quedamos callados. Me limité a permanecer sentada junto a él, en silencio. Aldous ya no estaba tan agitado, físicamente. Parecía… de alguna manera yo intuía que él lo sabía… ambos sabíamos lo que hacíamos, y esto siempre le había producido un gran alivio a Aldous. A veces, durante su enfermedad, lo había visto ofuscado hasta que comprendía qué era lo que iba a hacer. Entonces, después de tomada la decisión, por grave que esta fuera, cambiaba

totalmente. Experimentaba esta inmensa sensación de alivio y ya no se preocupaba en absoluto. Decía «hagámoslo» y lo hacía y parecía un hombre liberado. Y ahora yo experimentaba la misma sensación: la decisión había sido tomada. De pronto él había aceptado el hecho de la muerte. Había tomado esta medicina-*moksha* en la cual creía. Nuevamente hacía lo que había escrito en *Island*, y yo tenía la impresión de que se sentía interesado y aliviado y tranquilo.

Al cabo de media hora, la expresión de su rostro empezó a cambiar un poco. Le pregunté si sentía el efecto de la LSD y él indicó que no. Sin embargo, creo

que ya había ocurrido algo. Esta era una de las características de Aldous. Siempre tardaba en admitir que un medicamento había surtido efecto, aunque no quedara duda de que dicho efecto se había hecho sentir. A menos que el efecto fuera muy, muy fuerte, decía que no. Entonces su fisonomía empezó a parecerse a la que ostentaba cuando había ingerido la medicina-*moksha*, cuando se apoderaba de él esa inmensa expresión de deleite y amor totales. Ahora este no era el caso, pero se produjo un cambio respecto de lo que había sido su semblante dos horas atrás. Dejé pasar otra media hora, y entonces resolví inyectarle una segunda dosis de

100 μ. Le informé lo que iba a hacer, y él asintió. Le apliqué otra inyección y a continuación empecé a hablarle. Ahora estaba muy sereno; estaba muy sereno y sus piernas se enfriaban. Cada vez más arriba veía áreas purpúreas de cianosis. Entonces empecé a hablarle, diciendo:

—Liviano y libre.

Algunas de estas sugerencias se las había formulado por la noche, durante las últimas semanas, antes de que conciliara el sueño, y ahora las repetía con tono más convincente, más vehemente.

—Te dejas ir ligero y libre, cariño; hacia adelante y arriba. Vas hacia adelante y arriba; vas hacia la luz. Vas

voluntaria y conscientemente, y lo haces maravillosamente; lo haces tan maravillosamente… vas hacia la luz… vas hacia la luz… vas hacia un mayor amor… vas hacia adelante y arriba. Es tan fácil… es tan bello. Lo haces maravillosamente, muy fácilmente. Ligero y libre. Hacia adelante y arriba. Vas hacia el amor de Maria con mi amor. Vas hacia un amor mayor que todos los que has conocido. Vas hacia el mejor, el mayor amor, y es fácil, es tan fácil, y lo haces maravillosamente.

Creo que cuando empecé a hablarle debían de ser alrededor de la una o las dos de la tarde. Me resultaba muy difícil orientarme en el tiempo. Estaba muy,

muy cerca de su oído, y espero haber hablado clara e inteligiblemente. Una vez le pregunté: «¿Me oyes?». Él me apretó la mano: me oía. Según la agenda de la enfermera, eran las 15.15. Sentía la tentación de formularle más preguntas, pero por la mañana me había suplicado que no se las formulara, y la sensación general era de que todo estaba en orden. No me atrevía a indagar, a molestar, y esa fue la única pregunta que le formulé: «¿Me oyes?».

Más tarde le formulé la misma pregunta, pero la mano no volvió a moverse. Desde las 14 hasta la hora en que falleció, o sea las 17.20, reinó una paz total, excepto en una ocasión. Debió

de ser alrededor de las 15.30 o las 16, cuando noté un comienzo de crispación en su labio inferior. Este empezó a moverse como si quisiera forzar la aspiración de aire. Entonces le dicté las instrucciones con más énfasis:

—Es fácil, y lo haces maravillosa y conscientemente, con plena conciencia, con plena conciencia, cariño, vas hacia la luz.

Repetí estas palabras u otras parecidas durante las últimas tres o cuatro horas. De cuando en cuando me vencía la emoción, pero cuando ocurría esto me alejaba inmediatamente de la cama durante dos o tres minutos, y sólo regresaba cuando podía controlar mi

emoción. La crispación del labio inferior duró muy poco, y pareció responder por completo a lo que yo decía.

—Calma, calma, y esto lo haces voluntaria y conscientemente y maravillosamente… yendo hacia adelante y arriba, ligero y libre, hacia adelante y arriba rumbo a la luz, entrando en la luz, en el amor total.

La crispación se interrumpió, la respiración se tornó cada vez más lenta, y no hubo absolutamente ningún indicio de contracción, de forcejeo. Sencillamente la respiración se tornaba más lenta… y más lenta… y más lenta. El cese de la vida no era dramático, sino

que parecía una pieza musical que se limitaba a concluir plácidamente en un *sempre più, piano dolcemente*... y a las 17.20 se detuvo la respiración.

Y ahora, después de haber pasado estos pocos días sola, y menos bombardeada por los sentimientos ajenos, el significado de aquella última jornada me parece cada vez más claro y cada vez más importante. Aldous estaba atónito, creo (y ciertamente yo lo estoy), de que la gente no tomara en serio lo que había escrito en *Island*. La interpretaron como una obra de ciencia ficción, cuando no era ficción, porque ninguna de las formas de vida que él describía

en *Island* era producto de la fantasía, sino algo que había sido ensayado en un lugar u otro, en algunos casos en nuestra propia existencia cotidiana. Si se conociera la forma en que murió Aldous, tal vez la gente tomaría conciencia de que no sólo este hecho, sino también muchos otros descritos en *Island*, son viables aquí y ahora. El que Aldous pidiera la medicina-*moksha* mientras agonizaba es no sólo una confirmación de su falta de prejuicios y de su coraje, sino como tal un último gesto de continuada importancia. Este gesto podría ser mal interpretado, por ignorancia, pero es histórico que los Huxley detengan a la ignorancia, antes

de que la ignorancia detenga a los Huxley.

Ahora, ¿su forma de morir ha de perdurar como un alivio y un consuelo para nosotros, y sólo para nosotros, o también los demás deberán beneficiarse con ella? ¿Acaso no es cierto que todos hemos nacido noblemente y tenemos derecho a morir noblemente?

Bibliografía

CAPITULO UNO «1931 a Treatise on Drugs», publicado en *The Chicago Herald and Examiner* 10 de octubre de 1931. Reproducido bajo el título de «Drugs» en la *Pall Mall Magazine*, de Nash, marzo de 1932, pág. 54.

CAPITULO DOS «Wanted. A New Pleasure», de *Music at Night, and*

Other Essays, Chatto & Windus, 1931; *Collected Works*, 1970, págs. 248-257.

CAPITULO TRES «1932 Soma», de *Brave New World*. Chatto & Windus, 1932, *Collected Works*, 1973, págs. 44-47, 66-68.

CAPITULO CUATRO «Propaganda and Pharmacology», de *The Olive Tree. and Other Essays*, Chatto & Windus; *Collected Works*. 1973, págs. 28-29.

CAPITULO CINCO «1944 A Boundless Absence», de *Time Must Have a Stop*, Chatto & Windus, 1952; *Collected Works*, 1966, págs. 136-142.

CAPITULO SEIS «1952 Downward

Transcendence», del apéndice de *The Devils of Loudun*, Chatto & Windus, 1952; *Collected Works*, 1970, págs. 361-363, 371-372.

CAPITULO OCHO «The Wise and Gentle Triphibian», de *Aldous Huxley, 1894-1963: A Memorial Volume*, Chatto & Windus, 1965, págs. 114-122.

CAPITULO DIEZ «1954 The Doors of Perception», de *The Doors of Perception and Heaven and Hell*, Chatto & Windus; *Collected Works*, 1968, págs. 5-7, 43-49.

CAPITULO DOCE «The Far Continents of the Mind», de una disertación pronunciada en el

Simposio Filosófico Internacional de Estudios Parapsicológicos que se celebró en St. Paul de Vence, Francia, 20-26 de abril de 1954. Publicado en *Proceedings of Four Conferences of Parapsychological Studies*, Nueva York, Parapsychology Foundation, 1957, págs. 6-8.

CAPITULO TRECE «1955 Mescaline and the "Other World"», de *Proceedings of the Round Table on Lysergic Acid Diethylamide and Mescaline in Experimental Psychiatry*, mesa redonda celebrada en el Congreso Anual de la Asociación Psiquiátrica Americana,

Atlantic City, New Jersey, 12 de mayo de 1955; Nueva York, Grune & Stratton, 1956, págs. 46-50.

CAPITULO QUINCE «Disregarded in the Darkness», de *This Timeless Moment*: A Personal View of Aldous Huxley, Chatto & Windus, 1969, págs. 143-149.

CAPITULO DIECISIETE «1956 Heaven and Hell», de *The Doors of Perception and Heaven and Hell*, págs. 114-117.

CAPITULO DIECIOCHO «Brave New World Revisited», publicado en *Esquire*, julio de 1956, págs. 31-32, bajo el título: «Brave New World Revisited: Proleptic Meditations on

Mother's Day, Euphoria and Pavlov's Pooch». Reproducido en *The Armchair Esquire*, Nueva York, 1958, págs. 236-244.

CAPITULO VEINTE «History of Tension», de una disertación pronunciada en una «Conferencia sobre meprobamato y otros agentes utilizados en perturbaciones mentales», que se celebró en la Academia de Ciencias de Nueva York, los días 18 y 19 de octubre de 1956. Tomado de *Annals of the New York Academy of Sciences*, n.°67, págs. 675-689, mayo de 1957.

CAPITULO VEINTIDOS «1958 Chemical Persuasion», de *Brave*

New World Revisited, Chatto & Windus, 1958; *Collected Works*, 1972, págs. 99-108.

CAPITULO VEINTICUATRO «Drugs That Shape Men's Minds», de *Collected Essays*, Chatto & Windus, 1960, págs. 336-346.

CAPITULO VEINTISEIS «1959 The Final Revolution», de *Contad: The San Francisco Journal of New Writing, Art, and Ideas*, n.° 2, 1959, págs. 5-18. El artículo se basa en una conferencia que pronunció Huxley en el simposio de la Escuela de Medicina de la Universidad de California sobre «Un enfoque farmacológico del estudio de la

mente», que se celebró en San Francisco, el 26 de enero de 1959, y que también fue publicado en una compilación que ostentaba aquel título, Springfield, Illinois, Thomas, 1959.

CAPITULO VEINTIOCHO «1960 The Art of Fiction», de *The Paris Review*, n.° 23, primavera de 1960, págs. 66-69. La entrevista fue realizada por George Wickes y Ray Frazer. Reproducido en *Writers at Work, Second Series*. Secker & Warburg, 1963.

CAPITULO VEINTINUEVE «Mushrooms for Lunch», de *High Priest*, Nueva York, New American

Library, 1968, págs. 64-67, capitulo treinta «Harvard Session Report», de notas tomadas durante una sesión con psilocibina que organizó el Proyecto de Investigaciones Psicodélicas de la Universidad de Harvard.

CAPITULO TREINTA Y DOS «1961 London Interview», de una entrevista grabada con John Chandos, Landowne Studios, Londres, julio de 1961.

CAPITULO TREINTA Y TRES «Visionary Experience», de *Proceedings of the XIV International Congress of Applied Psychology*, trascripción literal,

ligeramente corregida. Reproducido en *Clin. Psych.*, y por la Federación Internacional por la Libertad Interior.

CAPITULO TREINTA Y CUATRO «Exploring the Borderland of the Mind», de *Fate Magazine*, vol. 15, n.° 9, setiembre de 1962, págs. 36-43. Traducido al francés con el título «*Quelle formidable machine c'est l'homme!*», y publicado en *Planète*, n.° 3, 1962, págs. 35-39.

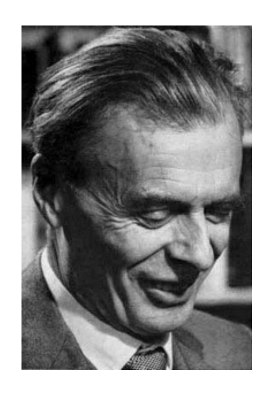
CAPITULO TREINTA Y CINCO «Love and Work», de *This Timeless Moment*, págs. 163-168.

CAPITULO TREINTA Y SIETE «Moksha», de *Island*, Chatto &

Windus, 1962, *Collected Works*, 1972, págs. 135-140.

CAPITULO TREINTA Y NUEVE «1963 Culture and the Individual», de *Playboy Magazine*, noviembre de 1963, págs. 84-88; 175-179. Reproducido en *LSD: The Consciousness-Expanding Drug*, Nueva York, 1964, págs. 29-30, bajo el título «Culture and the Individual».

CAPITULO CUARENTA «Oh Nobly Born!», de *This Timeless Moment*, págs. 295-308.



ALDOUS LEONARD HUXLEY (26 de julio de 1894, Godalming, Surrey, Inglaterra – 22 de noviembre de 1963, Los Ángeles, California, Estados Unidos). Escritor, poeta y filósofo inglés, miembro de una importante familia de intelectuales, entre los que hubo eminentes biólogos y hasta un

Premio Nobel.

Siendo joven, Huxley sufrió graves problemas visuales que retrasaron su educación universitaria en Oxford, pero una vez superada su enfermedad terminó sus estudios y viajó por Europa en calidad de crítico de arte y literatura.

Durante esa época, Huxley escribió sobre todo poesía y cuentos y sus primeras novelas no tuvieron demasiado eco. En 1932 publicó la que sería su obra más famosa y controvertida: *Un mundo feliz*, en el que plasma varias de sus obsesiones más conocidas, como el control del estado y la deshumanización de la tecnología.

En 1937 abandona Inglaterra y decide establecerse en los Estados Unidos. A partir de esta época, el escritor comienza sus experimentos con las drogas psicoactivas y se centra en el misticismo como objeto de análisis.

Quizá sea *Las puertas de la percepción* (1954) el libro que mejor recoge las experiencias de Huxley durante toda esta época.

Tras la muerte de su primera esposa, Huxley volvió a casarse. En 1960 le fue diagnosticado un cáncer de garganta al que no sobreviviría. Su última novela, *La isla*, se publicó en 1962.

Notas

[1] Benjamin Blood acuñó el término «revelación anestésica» en 1874. <<

[2] Colaborador del doctor Osmond y del doctor Abram Hoffer en investigaciones sobre esquizofrenia en el Saskatchewan Hospital, de Weyburn. <<

[3] *Hibbert J., L.I.,* 2, enero de 1953, resumen de su informe: «Schizophrenia: A New Approach», *J. Mental Sci.*, 98, abril de 1952. <<

[4] Presidenta de la Fundación Parapsicológica. <<

[5] Sir Julian Huxley (1887-1975), el famoso zoólogo, era hermano mayor de Aldous. <<

[6] Proyecto: grabación de entrevistas bajo los efectos de la mescalina con cincuenta a cien personas dotadas de aptitudes sobresalientes en diversos campos. Osmond y su colega el doctor Abram Hoffer lo bosquejaron junto con un proyecto, ya en vías de ejecución, de investigación estrictamente farmacológica de drogas que actúan sobre la mente. [Nota de Smith]. <<

[7] Ford no se ocupa de medicina pero sí le interesan las humanidades y financiaría el proyecto como aporte a la filosofía aplicada. Igualmente, será bueno mencionar el aspecto médico… esto les hará sentir que matan dos pájaros de un tiro. <<

[8] Encargado de controlar las obras de Huxley en Chatto & Windus. <<

[9] Ellis y Mitchell: véase el extracto de *The Doors of Perception*. <<

[10] Artículo de Sidney Katz en *Maclean’s Magazine*. <<

[11] Louis Lewin (1850-1929), farmacólogo y toxicólogo alemán, autor de *Phantastica*, etcétera. La monografía citada aquí es: «Über Anhalonium Lewinii Henn», *Arch. f. exp. Path. u. Pharm., 24,* 401-411, 1888, *n.*° 1886. <<

[12] H. Jaensch publicó ensayos sobre el estudio de la mescalina a comienzos de la década de los 40. <<

[13] Havelock Ellis (1859-1939), sexólogo y hombre de letras, el primer inglés que publicó sobre los efectos de la mescalina: «Mescal: A New Artificial Paradise», *Ann. Rept. Smithsonian Inst.*, 537-548, 1897; «A Note on Mescal Intoxication», *The Lancet*, 1540-1542, 1897. <<

[14] S. Weir Mitchell (1820-1914), neurólogo y novelista, uno de los primeros norteamericanos que publicaron sobre los efectos de la mescalina: «Remarks on the Effects of Anhalonium Lewinii, the Mescal Button», *Brit. Med. J., 2,* 1625-1629, 1896. <<

[15] La fecha precisa fue el 6 de mayo de 1953. <<

[16] Destacado investigador norteamericano de los fenómenos psi y de experiencia extrasensorial, temas estos que interesaban enormemente a Huxley. <<

[17] Más tarde, Osmond/Hoffer y sus colaboradores demostraron estadísticamente los efectos beneficiosos de la psicoterapia combinada con mescalina y LSD para el tratamiento del alcoholismo. <<

[18] Psicoterapeuta amigo de Huxley. <<

[19] El doctor Ladislao Reti, autor de la monografía *Cactus Alkaloids and some Related Compounds*. Viena, 1950. <<

[20] Un crítico de libros. <<

[21] Andrija Puharich, investigador pionero de la conexión entre la experiencia psicodélica y la parapsicología, autor de *In Search of the Magic Mushroom*, 1959. <<

[22] Huxley también conocía el trabajo del doctor John Lilly en este campo. Él y Julian Huxley habían visitado el laboratorio de Lilly en 1956. <<

[23] *Mescal: The «Divine» Plant and Its Psychological Effects*, Londres, 1928; Chicago, 1966. <<

[24] *The Genius and the Goddess* [El genio y la diosa]. <<

[25] *Heaven and Hell* [Cielo e Infierno]. <<

[26] Godel: *Un Compagnon de Socrate: dialogues sur l’expérience libératrice*, París, 1956. <<

[27] Aparentemente Huxley le había telefoneado a Osmond para obtener su aprobación antes de participar en el experimento. En una tarjeta postal fechada el 11 de enero, Maria Huxley le decía a Osmond: «Probablemente yo debería saber que ellos saben quién es el jefe… o Sumo Sacerdote […] como tú prefieras. Pero me tranquilizó mucho oír que te habían telefoneado». El capitán Albert M. Hubbard patrocinaba un centro de investigación de drogas en Vancouver. La «dama farmacológica» era Madame Steiner, de París. [Nota de Smith]. <<

[28] El carbógeno (mezcla de siete partes de oxígeno y tres partes de anhídrido carbónico) ha sido utilizado como agente psicoterapéutico. Sus efectos se analizan en un apéndice de *Heaven and Hell*. <<

[29] *Heaven and Hell*. <<

[30] El psicoanalista que presidió el simposio sobre mescalina y LSD que se celebró en Atlantic City el 12 de mayo, y que murió trágicamente en un accidente automovilístico. <<

[31] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[32] Más probablemente, mescalina. Véase la carta de Huxley a Osmond, fechada el 29 de octubre de 1955. Ingirió LSD por primera vez en diciembre. <<

[33] *Island*, págs. 266-267. <<

[34] Esta es la sesión descrita en el capítulo anterior. <<

[35] Texto de la copia en papel carbón corregida a mano que Huxley le envió a Osmond. Fabing es un médico de Cincinnati que colaboró en el hallazgo del tranquilizador Frenquel. <<

[36] Indios: Osmond había notado que la Iglesia Nativa Americana (que él conocía por Red Pheasant, Saskatchewan), practicaba una religión notable y posiblemente única, en la medida en que celebraba sus ritos como si fueran la actividad de un grupo pequeño, prescindía de un clero formal, utilizaba un elixir, y alcanzaba una experiencia compartida por toda la congregación. [Nota de Smith]. Véase también: la introducción de Osmond a *The Witnesses*, 1967, pág. xlii. <<

[37] *Russia, Mushrooms and History*, 1957, aunque es posible que Huxley se refiera a la crónica de Wasson en *Life*. <<

[38] Osmond había mencionado *psicodélico* (psychedelic), como nueva designación de las drogas modificadoras de la mente, en reemplazo de *psicotomimético*. Aparentemente Huxley leyó incorrectamente «psicodético», y esto explica su perplejidad. Osmond respondió:

«Para sondear el Infierno o remontarte angélico, basta una pizca de psicodélico (*psychedelic*)».

Huxley siguió sin entender la grafía, que trocó en *psychodelic*. [Nota de Smith]. Huxley utiliza invariablemente

psychodelic por *psychedelic*, pues tanto él como otros juzgaron que este último término era incorrecto. Se ha conservado la grafía de Huxley, pues esta era indudablemente su predilecta. Sin embargo, no se ciñe a una de las condiciones de Osmond, a saber, que el término «no esté contaminado por otras asociaciones».

En una carta enviada al doctor A. Shulgin en 1969, Osmond suministró una versión modificada del verso escrito en colaboración:

> «Para tornar sublime este mundo mundano,
>
> toma de fanerotimo medio

gramo.

Para hundirte en el Infierno o remontarte angélico,

necesitarás una pizca de psicodélico *(psychedelic)*». <<

[39] Vieja amiga argentina, editora de la destacada revista literaria *Sur*. <<

[40] *Bannisteriopsis caapi*, también llamada *yagé*. <<

[41] Hijo y nuera de Huxley. <<

[42] Festivales de los indios de la costa noroccidental de los Estados Unidos y de los aborígenes australianos. (N. del T.) <<

[43] No figura en G. Smith. Publicada en P. B. Smith: *Chemical Glimpses of Reality*, Springfield, Charles Thomas, 1972, págs. 86-87. <<

[44] Psiquiatra de Los Ángeles, autor de *The Beyond Within: The LSD Story* (1964) y *LSD* (1967), este último con R. Alpert. <<

[45] Psicólogo canadiense, colega de Osmond, Hoffer y Smythies en la Universidad de Saskatchewan, autor de *Frontiers of Being* (1969). <<

[46] Hofmann sintetizó la LSD y fue la primera persona que probó sus efectos (1943); aisló e identificó con éxito la psilocibina de los hongos sagrados de México (1957), y los alcaloides del ácido lisérgico de la antigua droga azteca, el *ololiuqui*. Hofmann y Huxley no se encontraron hasta 1961, porque Huxley no pudo acudir a la cita en Roma. <<

[47] *Confessions of an English Opium-Eater*, de De Quincey, fue la primera confesión e historia clínica de la droga en la literatura. <<

[48] *Two Sources of Religion and Morality*. 1935. <<

[49] El padre Merton le había escrito a Huxley el 27 de noviembre de 1958, planteando interrogantes acerca de la validez de la experiencia mística inducida por la droga y acerca de la distinción entre lo místico y lo estético. Su carta había sido inspirada por el artículo de Huxley «Drugs That Shape Men's Minds», que apareció en el *Saturday Evening Post*. [Nota de Smith]. <<

[50] Una salvación providencial: no obstante su visión defectuosa, Huxley salía a veces a caminar solo por la noche. Durante uno de estos paseos tropezó, se apartó del sendero y cayó por un terraplén. Sufrió lesiones dolorosas pero no graves. [Nota de Smith]. <<

[51] Sandoz Ltd. de Basilea fue el principal distribuidor de LSD y psilocibina para fines de investigación, hasta 1966. <<

[52] *Watcher on the Hills: A Study of Sonic Mystical Experiences of Ordinary People*, Londres, 1959. <<

[53] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[54] Director del Proyecto de Investigación Psicodélica en Harvard, 1960-1963. No figura en Smith. <<

[55] Huxley quiso decir que había ingerido mescalina cuatro veces y LSD tres veces. Posteriormente ingirió LSD otra vez y psilocibina dos veces, con un total de diez dosis psicodélicas [documentadas] en una década… virtualmente las mismas cifras que dan L. Huxley y S. Bedford. <<

[56] Karlis Osis: *Deathbed Observations by Physicians and Nurses*. «Parapsychological Monographs», n.° 3. N. Y.: Parapsychology Foundation, Inc., 1961. (Condensado en *International Journal of Parapsychology*, N. Y., vol. 4, n.° 2, primavera, 1962, págs. 27-56. Véase también Duncan Blewett: «Psychedelic Drugs in Parapsychological Research», *ibíd.*, vol. 5, n.° 1, invierno, 1963, págs. 43-74). <<

[57] Ances Keys y otros, *The Biology of Human Starvation*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1950. <<

[58] Philippe de Félice, *Poisons Sacrés, Ivresses Divines. Essai sur quelques formes inférieures de la mystique* (París, 1936). <<

[59] Roger Heim y R. Gordon Wasson: *Les Champignons Hallucinogènes du Mexique*. Etudes Ethnologiques, Taxinomiques, Biologiques, Physiologiques et Chimiques. Con la colaboración de Albert Hofmann, Roger Cailleux, A. Cerletti, Arthur Brack, Hans Kobel, Jean Delay, Pierre Pichot, Th. Lemperière y J. Nicolas-Charles. *Archives du Muséum National d'Histoire Naturelle*, 1958, serie 7, vol. VI, París, 1959. La curandera era María Sabina. <<

[60] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[61] Marguerite A. Séchehaye: *Journal d'une Schizophrène*. Auto-observation d'une schizophrène pendant le traitement psychothérapique, París, 1950. Versión inglesa de G. Rubin-Rabson: *Reality Lost and Regained*. Autobiography of a Schizophrenic Girl, with Analytic Interpretation, Nueva York, 1951. <<

[62] *Watcher on the Hills*, 1959. <<

[63] Abraham H. Maslow: *Toward a Psychology of Being*. Princeton, 1962. <<

[64] *Mescal*, 1928. <<

[65] El doctor Leary disertó más tarde, ese mismo día, acerca de «Cómo modificar el comportamiento». <<

[66] Osgood, C. E.: «Towards international behavior appropriate to a nuclear age». En *Psychology and International Affairs*, Proceedings of the XIV International Congress of Applied Psychology, vol. 1, págs. 109-132, Copenhague, Munksgaard, 1962. <<

[67] *Collected Essays*. <<

[68] *You Are Not the Target*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1963; capítulo 23. <<

[69] «Los hongos sagrados» *(Psilocybe mexicana)*, de los cuales la psilocibina es la síntesis química. «O lo que sea» implica una referencia a las substancias psicodélicas en general. [Nota de L. Huxley.] <<

[70] *The Song of God: Bhagavad-Gita*. Versión inglesa de Swami Prabhavananda y Christopher Isherwood, con una introducción de Aldous Huxley, Nueva York, New American Library, 1954. <<

[71] Paul Reps: *Zen Flesh, Zen Bones*. Penguin Books, 1971. <<

[72] Graves escribió sobre sus experiencias con drogas psicodélicas en *The Atlantic Monthly*, y en su libro *Food for Centaurs*, 1960. <<

[73] Codirector de *The Psychedelic Review*. No figura en Smith. <<

[74] *Island.* <<

[75] *The Psychedelic Experience*. 1964. <<

[76] El doctor Sidney Cohen. <<

[77] En castellano (o italiano) en el original. (N. del T.) <<